



LA HOGUERA BARBARA II

Vida de Eloy Alfaro

Alfredo Pareja Diezcanseco

Obra suministrada a la Secretaría General de la CAN, Lima, Perú

LA HOGUERA BÁRBARA II

Vida de Eloy Alfaro

ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

Colección Media Luna

CAMPAÑA NACIONAL EUGENIO ESPEJO
POR EL LIBRO Y LA LECTURA

ÍNDICE

TERCERA PARTE LA TRANSFORMACIÓN	9
I Las pastorales negras	11
II Gatazo	22
III La visión de América	39
IV El terror	51
V El incendio grande	69
VI El tema conductor	77
VII El poder de los sueños	84
VIII Para espantar al diablo	93
IX La sucesión	113
CUARTA PARTE LA TARDE	141
I Vientos de fronda	143
II La campaña de veinte días	164
III Cuando la tarde empieza	173
IV La Patria intacta	187
V Tiempo cumplido	195
VI Éxodo	212
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	249

TERCERA PARTE
La Transformación

LAS PASTORALES NEGRAS

El rigor de las lluvias había cesado. El canto de los últimos grillos anunció las mañanas frescas y los vientos nocturnos. Paraguas y chanclos se guardaron en el rincón de los objetos inútiles. La ciudad de la mitad del trópico, libertada del húmedo calor de la estación lluviosa, tenía otra fisonomía, remotamente parecida a la primavera, jamás probada en esa latitud de la tierra. El fango endurecido se tomó rugosa capa gris, en tanto que el cielo se fue más lejos, se hizo más azul y se cubrió de estrellas en las noches.

Pero fue después de aquel memorable 5 de junio de 1895, que, en verdad, Guayaquil trocó su rostro viejo por la joven tersura. Había en el aire nuevos rumores y un olor de tierra cosechada. Todo parecía nunca descubierto. Los transeúntes caminaban ágiles. El pueblo lucía de alegrías.

Los jóvenes se impacientaban por acudir al combate. Los viejos no cedían su ancianidad. El sueño de aquellas noches debió estar inflamado de imágenes heroicas. Y las palabras tenían que haberse pronunciado con la voz muy alta y subrayadas por ademanes inquietos y rápidos.

El Alma de la revolución había poseído a la ciudad. Su presencia se la sentía hasta en la muda contemplación de las calles abiertas al sol o en el trajinar de los suburbios. Ardía un nuevo sentido nacional. Ninguna fuerza habría de torcer su derecha ambición.

Empero, algunos jóvenes se confundieron con el brillo de los tenientes fugaces, y levantaron otros mitos de embriaguez. Así ocurrió con la llegada a Guayaquil del general Plutarco Bowen, después de sus triunfos en Babahoyo. Las dimensiones

de su vida aventurera aumentaron de voz a voz. Sólo sabían que era valiente y apuesto. No poseía mucha inteligencia, pero era gallardo. Los caballos de su coche fueron desenganchados y los más exaltados de sus admiradores tiraron del carruaje. Cayeron algunas flores sobre su cabeza casi adolescente. Y no faltó quien afirmara imperiosamente que Bowen debía ser proclamado Jefe Supremo de la República. Cayó en el vacío el increíble trampolín político, pero Bowen —el de la puericia en sus cartas a Alfaro— tuvo un instante de locura y acarició la promesa con versátil espíritu de aventurero.

Y mientras, los días pasaban con la angustia de no tener cerca a un jefe capaz de organizar la revolución y conducirla al triunfo. Ignacio Robles, jefe civil y militar interino, no podía serenar aquella primera etapa de violencia. Bowen eludía su cooperación para organizar las fuerzas militares. La administración civil amenazaba hundirse. Los rumores divisionistas cobraban aliento. La disciplina indispensable a la realización revolucionaria hallábase prácticamente destruida.

Hasta que el 18 de junio llegó a Guayaquil el general Eloy Alfaro.

Las casas quedaron vacías. El pueblo entero en las calles, frente al río, contemplando el vapor “Pentauro” cuando largó las anclas, la bandera nacional al tope. Las mujeres llevaban a sus hijos en brazos y los hombres rompían los pechos de grito. Millares de manos se agitaban contra la luz de este día limpio. Millares de cabezas se movían como las copas de los árboles en las tardes de viento. Millares de palabras nunca dichas salían en libertad. Cuando lo vieron, cuando sintieron tan adentro la presencia estimulante, se agitaron, ebrios, trémulos, hinchados los cuellos de gruesas venas ardientes, y el grito inmenso trepó los aires:

—¡Viva Alfaro!

La multitud se lanzó sobre sí misma. Las bandas militares tocaron el himno nacional. Flamearon las banderas. Los caballos permanecieron quietos por un instante, la piel brillante y nervio-

sa, hasta que empezaron a sonar los cascots en un paso recogido sobre las piedras. Los petardos se elevaron a reventar contra el cielo. Se acercaba. Pequeño, con la levita abotonada, en la derecha el delgado bastón, la barba enteramente blanca y la mirada perdida sobre aquella muchedumbre.

—¡Viva el viejo luchador!

—¡Viva el partido liberal!

Habían visto el saludo de su mano.

Momentos después, frente a los balcones de la Gobernación, el pueblo cayó arrebatado al contemplar al hombre que por tantos años mantuvo su esperanza en sazón. Hasta las ventanas llegaron las olas de los gritos, arrolladoras como las de un mar enloquecido. Era un mar inmenso, a sus plantas, bárbaro, pero obediente. No hubo aliento que no se cortase ni pecho que no estallara. Alfaro descansó las manos y no supo qué hacer. La comisura de sus labios hizo una curva temblorosa. La visión del pueblo le había penetrado todo el ser y le tenía con los ojos pasmados. Lanzó las miradas hasta muy lejos, y no pudo ver el fin de aquella muchedumbre. Y cuando las voces más cercanas pidieron su palabra y el rumor se fue apagando, hasta permanecer en el aire como el zumbido de millones de abejas, Alfaro inclinó dos veces la cabeza, alzó ambas manos, abrió la boca, y se le amarró la garganta. Entonces, con la mano derecha sobre el corazón, abierta como una ofrenda exclamó:

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Pueblo soberano, perdonadme! ¡No puedo hablaros! ¡Cumpliré con mi deber!... Hasta cuando llegaron las sombras, hasta cuando la luz de los faroles cayó sobre las calles, hasta cuando el cielo desapareció y las campanas de los relojes públicos sonaron lentamente en las plazas oscuras, hasta cuando todo el aparato del gran teatro ensordeció, el pueblo cantó su triunfo. De rato en rato, el grito de guerra se levantaba:

—¡Viva Alfaro! ¡Viva el viejo luchador!

Amanecía. Los gallos habían cantado inútilmente aquella noche, porque el silencio sólo se quebraba con la gruesa voz,

Alfredo Pareja D.

llena de rabia, de fiesta y de alegría.

—¡Alfaro o bala, carajo!

Y he aquí que lanzó su primera proclama, el mismo día de su llegada: “...Con mi cabeza respondo de la victoria... Vengo sin odios ni venganzas y dispuesto a dar a todos mis compatriotas un abrazo fraternal...”*. El 19 de junio, luego de abolir por decreto los tratamientos de Excelencia y Usía en lo político, lo civil y lo militar,** tomó posesión de la Jefatura Suprema, declarando vigente la Constitución de 1878, en todo lo que no se opusiere a la transformación política liberal. Designó su ministerio y empezó a organizar el ejército, en tres grandes divisiones. Una de ellas fue entregada a Plutarco Bowen, a pesar de los rumores contra él. Confiaba en que Bowen recapacitaría y, sobre todo, no daba ninguna importancia a sus locuras. Era un buen jefe valiente: lo necesitaba. El país necesitaba de paz. Y más que eso: formar una nacionalidad con las fuerzas dispersas y contrarias. Sabía que las realidades geográficas se rechazaban y que, por ello, y por la ignorancia en la que habíase mantenido el pueblo, el organismo nacional marchaba a destiempos peligrosos. El crimen de la clase aristocrática había consistido fundamentalmente en no afirmar los pies sobre la tierra, en no haberse esforzado por entenderla, en no haber advertido que la salud moral del pueblo representaba el signo mayúsculo en la ecuación nacional. La mala suerte trajo a Juan José Flores. La mala suerte rompió la unidad grancolombiana. ¿Cuál sería el destino si no se permitía que nuevas clases sociales, con más legítima dosis de ecuatoria-

* Proclama A los Habitantes de Guayaquil, junio 18 de 1895

** Robalino Dávila comenta este decreto con manifiesta parcialidad política y trivial exageración: “Ello no impidió que... Don Eloy continuase recibiendo el tratamiento de Excelentísimo Señor y que más tarde comprara una carroza de tipo monárquico, con cojines de seda, arrastrada por tres parejas de caballos”. Eloy Alfaro y su Primera Época, ob. cit., pág. 75.

nidad en la sangre, llegasen al poder? Los empleados, los artesanos, los comerciantes tenían que ascender. La ley histórica empezaba a cumplirse. Sólo el pueblo daría el poder arrebatándolo de las manos intrusas, extrañas, dueñas del país como lo es un pícaro que con el tiempo llega a creer en sus derechos sobre la cosa robada. En Guayaquil, la economía se transformaba y el choque con el feudalismo devenía inevitable. ¿Cómo hallar la solución a semejante problema? Alfaro no conocía las leyes económicas de la historia moderna, pero, en cambio, la intuición le hacía tocar la verdad. Gigantesca tarea sobre sus hombros, bien que lo sabía. Y tuvo, por ello, la angustia de pensar largamente en el destino que habría de conformar. A veces, creía dudar. ¿Contaría con hombres de pensamiento que le ayudaran en la obra de crear un país? La primera obligación consistía en conciliar. Sabía que la reacción conservadora no cedería sus posiciones y conocía como nadie, el fanatismo de los pueblos sometidos a la clerecía, las más de las veces, ignorante y usurpadora. Transformar el tiempo perdido, obtener que el retardo se incorporase a las ideas novísimas de su partido, era casi imposible. Y en sabiéndolo así, había que intentarlo. Lo intentó.

Algún día le denunciaron que el general Reynaldo Flores preparaba su salida del país. Ordenó silencio al denunciante y lo dejó marchar. Doblegó la intransigencia de los ciegos e impuso su voluntad. Paz, sobre todas las cosas. Fraternidad de los ecuatorianos. Y sacrificar algo, que más valía la obra por hacer.

Dos misiones de paz salieron de Guayaquil. La primera, a la capital de la República a buscar una fórmula con el Gobierno que permitiera al partido liberal asumir el poder sin derramamiento de sangre. La otra, a Cuenca. Ambas comisiones fueron rechazadas. El gobierno se negó a recibir a la una, que fue detenida en Latacunga, Y las autoridades de Cuenca no quisieron tratar con emisarios de Alfaro. Claro está que en Latacunga hubo discusiones con delegados, conversaciones telegráficas, acusaciones mutuas... Nada en definitivo.

Desde antes, y para conseguir que la provincia de Manabí,

adhiriese a la revolución, había partido a Manta un grupo de liberales, que incluía a Felicísimo López y el sacerdote católico, Manuel Ontaneda. Robles, antes de la llegada de Alfaro, había tomado la iniciativa, frustrada por la resistencia del Obispo de Portoviejo, que obstaculizó las negociaciones y pretendió que la comisión fuera apresada y conducida a Quito. Pero en Manta, el buque de guerra “Cotopaxi” se había entregado a las fuerzas liberales y mientras los delegados de Robles retomaban a Guayaquil, los manabitas organizaron la revolución, marcharon sobre Calceta y tuvieron el primer combate. Al tomar el pueblo, estaba ardiendo. Nada para los liberales, era la consigna de los seguidores del Obispo Pedro Schumacher. Una parte de la inocente población quedó reducida a cenizas. Se había combatido hasta en los templos y dos o tres frailes murieron con las armas en la mano. Schumacher tenía excitadas las iras fanáticas con una proclama de guerra: “...El grito de abajo los frailes y muera Jesucristo al parecer va a ser realizado... El tétrico masonismo, representado por un excomulgado,* y la profanación del santuario, simbolizada por un sacerdote, indigno aun de llevar las sagradas insignias del sacerdocio... éstos son los enviados del radicalismo... ¡Escoged entre Dios y Satanás, pues de esto se trata!... ¡Soldados cristianos! ¡El que sucumbiere en la contienda con el impío radicalismo, logrará la palma del martirio!... Rechace el Señor a los espíritus infernales... Así lo pedimos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...”**

Antes de la derrota, Schumacher había sido apresado por los revolucionarios. Libertado condicionalmente, a cambio de prisioneros liberales y de la mitad del armamento, la palabra empeñada por el conservador coronel Almeida fue negada por los otros, y Schumacher y sus compañeros se dieron a la fuga. Después del combate, se dirigieron, Schumacher y el batallón número cuatro hacia los Andes. Poseído de furia, el obispo man-

* Felicísimo López, excomulgado por tal Obispo.

** Roberto Andrade. ob. cit., págs. 228-229.

tuvo la firmeza de aquellos hombres harapientos y fatigados. Marchaba a la cabeza, exhortándolos con su monótona voz de predicador, descolorida la sotana negra con ribetes verdes, tan remendada como los pesados zapatos, el sombrero faldón de paja toquilla con cinta y borlas negras caídas hacia atrás, y en la mano un delgado bejuco con el que golpeaba las piedras del camino, mientras sus miradas se extraviaban con las visiones del cielo y del infierno. Si alguno desfallecía, el monje implacable, con sus duros ojos azules, dábale ánimos. Su palabra, entonces, llegaba al corazón, con la promesa de la ventura eterna. Era fuerte. Hinchadas venas le cruzaban las manos y en la frente adusta tenía la misma seña trágica de un ardiente predicador del desierto.

Cuando llegó a Quito con las tropas, fue aclamado. Besaban el filo de su sotana y rogaban su bendición. La procesión se hizo con los miembros del Gobierno a la cabeza, y el presidente Salazar dio el primero la bienvenida. Las campanas de la iglesia tocaron de alegría. Y las turbas temerosas, trotaron a la cola de los cánticos solemnes, embriagadas con el vino del misterio y del secreto de aquella pompa ultraterrena.

La noticia de la proclamación de Alfaro conmovió a las ciudades, a las aldeas, a los pueblitos más escondidos en la sierra. Los frailes se lanzaron a predicar la guerra contra el anticristo. Tañían fúnebremente las campanas. Los indios, asustados, escuchaban aquellos sermones de admonición. Los franciscanos organizaron una gran procesión impetratoria, que invadió las calles de Quito. El mismo Arzobispo Rafael González Calisto, llamó a las armas: “El enemigo llama a nuestras puertas... El enemigo es el liberalismo y radicalismo en toda su más repugnante desnudez y asquerosa deformidad. La serpiente que entró en el Paraíso para

* Roberto Andrade, ob. cit., pág. 225.

tentar a nuestra madre común madre, era por lo menos airosa, ostentaba en la piel los colores del iris, vibraban en sus ojos fascinadores rayos, su lengua trisulca pronunciaba muy halagadoras palabras... No así el enemigo que hoy nos amenaza... Monstruo es del infierno, espantoso, indescriptible, el liberalismo y radicalismo: es la gran ramera de Babilonia que vio San Juan en el Apocalipsis, como una mujer sentada sobre una bestia, llena de nombres de blasfemia... Con nosotros está Dios... Con nosotros está la Azucena de Quito, la Beata Mariana de Jesús... ¡Tomad las armas y tened buen ánimo! Porque más vale morir en el combate que ver el exterminio de nuestra nación y del Santuario”, terminaba la pastoral, repitiendo palabras bíblicas.*

Desde los púlpitos de las iglesias, a la hora de la misa, a la hora de la confesión, desde los conventos, desde las casas de las familias de pantorrilla, en todas las ciudades, en todos los pueblos, el dulce sermón se transformó en discurso de agitación. Tenemos que vencer al demonio... ¡Guerra a muerte al indio Alfaro, al inmundo Satanás que viene por vuestra alma!

Así, la guerra civil empezaba a convertirse en una peligrosa guerra de religión. Los conservadores estaban satisfechos. El clero acudía puntual a la cita, a la fortificación de los privilegios. No en vano eran sus aliados y no inútilmente habíanle sabido conceder una preeminencia que ahora no quería perder.

Por los altos caminos de la sierra, entre los picos azules y el apacible verdor de las laderas, entre los senderos ocultos o por los páramos helados, los indios caminaban repitiendo, en su lengua dulce y triste:

–Indio Alfaro viene... Indio Alfaro viene...

En Quito, el Gobierno pasaba por momentos de confusión al organizar la defensa, a pesar de haber acudido en su auxilio económico, por Orden del Arzobispo, las comunidades religiosas. Las contradicciones internas resultaban más poderosas que el buen ánimo por vencer a Alfaro. Ni siquiera el gran aparato de

la propaganda clerical servía seriamente para la guerra. Una de las dificultades mayores se presentó al buscar al general en Jefe. ¿A quién confiar el ejército? El nombre de Sarasti encontraba resistencia. No creían en él, porque había servido al progresismo, y el conservadorismo ultramontano nunca vio con buenos ojos, aun aprovechándola, a la combinación política inventada por Flores. Sin embargo, las circunstancias hicieron que fuera designado. Con el sobrenombre, de tulcanes, cruzaron la frontera fanáticos colombianos de Pasto, valientes, iracundos, al grito de guerra contra los herejes. De esta manera, el ejército conservador engrosaba.

Vicente Lucio Salazar renunció por motivos de salud. Lo reemplazó Carlos Mateus, último Presidente del Senado, y luego renunció al cargo. Otra vez, tomó el mando Salazar... Así era la descomposición oficial, que aparecía ya en la superficie. A pesar de todo, se habían logrado medios para la lucha. El ejército presentó armas al Gobierno. Un coronel, jefe de la primera división, detuvo su caballo y exclamó, como un pájaro agorero:

–Prometo, Excelentísimo señor, arrollar con mi división al enemigo de la República, y ofrezco al noble pueblo de Quito presentar en esta misma plaza al Jefe del Vandalismo, amarrado o arrastrado.

Los tambores y clarines corearon. Las marchas militares dejaron sus sonos en las calles, mientras una lluvia delgada y fría ensombrecía el paisaje.

Algunos jóvenes liberales de la sierra, después de viajes azarosos, empezaron a llegar a Guayaquil. Alfaro los recibió entusiasta y cariñoso, y confióle cargos de responsabilidad en el ejército que improvisaba. No contaba con jefes veteranos, pero sí con el ímpetu de una generación heroica. No descuidó un detalle. Si en la sierra se había abierto una peligrosa campaña de odio regionalista, él quería destruirla llamando a los hombres del otro lado de los Andes a engrosar las filas liberales. Le obse-

sionaba la idea de la unión nacional, única fórmula para salvar el país. La tarea no le arredraba, y sólo medía la gran distancia por recorrer, la gigantesca empresa que debía conducir.

El 25 de junio, cuando cumplía cincuenta y tres años de edad, escribió una conmovedora proclama: “...Nada soy, nada valgo, nada pretendo, nada quiero para mí. Todo para vosotros, que sois el pueblo que se ha hecho digno de ser libre... Con la experiencia del pasado y con las lecciones del presente, debemos establecer, en lo porvenir, una política humanitaria de tolerancia y justicia, que condene los excesos, reprima los abusos y concilie todos los ánimos... Mi administración se ha iniciado perdonando pasados extravíos y atrayendo a ella los mejores elementos sociales... Al hacerme cargo del poder, he pronunciado la palabra paz, porque dejo a la insensatez de los enemigos de la Patria el provocar la guerra... Hoy nos corresponde velar por los intereses del pueblo. Hoy es nuestra obligación, sagrada e ineludible, la de establecer la verdadera República, cortando de raíz las viejas corruptelas y estableciendo la más estricta moral administrativa... ¡Conciudadanos! El Partido Liberal ha vencido para siempre en el Ecuador”.

Ya las comisiones de paz habían regresado. No quedaba, pues, otro camino que la guerra. Nunca tuvo, a la verdad, muchas esperanzas en la actitud conciliatoria, pero debía cumplir con ese deber y justificar, después, lo inevitable de la lucha. Corrían los últimos días del mes de julio y apresuraba los preparativos bélicos, cuando recibió una carta de Londres, firmada por un polaco, de apellido Wilzinski. Abrumábale de elogios y le advertía que con dinero podría hacer la felicidad de la Patria. Y terminaba ofreciéndole cuatro millones de libras esterlinas a cambio de un puerto en las Islas Galápagos para Inglaterra. Estaba solo en su despacho. Su rostro atezado por el sol se encendió de vergüenza. Descargó un puñetazo sobre la mesa. Y se quedó, luego, abstraído.

Pocos días más tarde, un extranjero solicitaba audiencia. Venía por la respuesta de aquella carta. Alfaro no sabía si ese

hombre conocía el secreto de la oferta. De todos modos, no descendería a hablar de ella. El ceño arrugado, terminó la breve entrevista con estas palabras:

—Yo no doy contestación a esa clase de cartas. No pensó más en el asunto y contrajo su atención a la campaña que iba a iniciar. El 24 de julio encargó el Poder Ejecutivo al Consejo de Ministros, y el 25 salió a tomar el mando de sus hombres

Planeó el avance en dos grandes hojas de tijera: la una, bajo sus órdenes, seguiría por la ruta trazada para la construcción del ferrocarril a Quito; la otra, al mando del ministro de la Guerra, general Cornelio Vernaza, marcharía por Babahoyo con destino a Guaranda. En el centro de la sierra se encontrarían para librar la batalla definitiva y tomar la capital.

Otra vez, el blanco sombrero manabita con cinta tricolor le defendió del sol. No llevaba más insignias de mando que las viejas presillas en su americana azul. El mismo lazo negro de la campaña de 1883 anudado al cuello. Y los mismos zapatos toscos llevaban las espuelas para el caballo de buena raza. Sobre los hombros no se pondría otra cosa que un poncho de lana. Y entre las manos, no habría sitio más que para el sabroso cigarro dauleño, que invertía para sentir el humo en el rostro cuando alguna preocupación le atormentaba.

En las chinganas de Guayaquil, frente al vaso de aguardiente o al pocillo de claro de jora, se cantaba:

Con Alfaro por la Sierra
los patriotas marchan ya.
Y Sarasti en las trincheras
temblando de miedo está.

II GATAZO

Su asistente, un negro al que apodaba Sansón, fuerte como un caballo, y leal como suelen serlo los hombres de su raza, preparábale, de rato en rato, una taza de café. La vegetación tropical empezaba a desaparecer. Las montañas azules se veían lejos aún, desdibujadas por la bruma. La caña brava, los inmensos platanales, las huertas de cacao, por las que había que andar despacio, inclinando la cabeza hacia el pico de la montura, el calor húmedo, los cocuyos y las garzas blancas –millares, sí, volando sobre los soldados–, todo eso ya no se veía. Las noches venían hinchadas de viento y el chillido de los insectos no tenía la fuerza de las primeras jornadas. El vivac era alegre. Se contaban cuentos de picante sabor. Se destapaban botellas de coñac, casi nunca en la tienda del Jefe Supremo. En cuanto al aguardiente, era celosamente guardado para los días de batalla.

–Sansón, dame café.

El verde fue el primero en dulcificarse por las praderas vecinas y en las faldas de los alcores más cercanos. El río, en cambio, traía ruidos de piedras revueltas, corriendo hacia las tierras bajas. Iban trepando; al toque de diana, se encendían las cocinas. Los caballos eran ensillados premiosamente. Luego, las cometas transmitían la orden de marcha y todos a una daban comienzo, alegres y con un canto guerrero entre los labios, a la nueva jornada.

Hacia el norte. El ejército del general Vernaza, desde Babahoyo, debía cruzar, siempre al Este, la cordillera para amagar Guaranda, plaza que prometió solemnemente rendir. Se encontraría con Alfaro para luego derrotar a Sarastí. Alfaro marchaba por la línea

recta, entre los callejones de los Andes, para ganar la provincia del Chimborazo, unirse a Vernaza, y obligar al enemigo a salir de sus cuarteles de Riobamba. Cerca de tres mil cuatrocientos hombres bien armados tenía Sarasti, y Alfaro lo sabía; no arriesgaría, pues, su ejército, muy inferior en número, en una batalla decisiva sin contar con el concurso de las tropas de su ministro de Guerra. A más, la falta de hombres veteranos, el clima frío y alto, en el que los costeños respiraban con dificultad...

Mientras conducía, su hermoso animal inquieto, iba pensando. Entrecerraba los ojos, soñador incorregible, y podía oír así el fragor de una locomotora trepando los cerros increíbles. Ferrocarril, ferrocarril, ferrocarril... Lo tendría que hacer. Entonces –¡ah, entonces!–, cómo se inundaría la Patria de sangre renovada, cómo no se haría la unión nacional... Alguna pregunta le robaba el sueño.

Volvía a la realidad de aquel momento, daba sus órdenes y otra vez ya estaba con el anhelo trepado sobre las cumbres.

En Alausí se incorporaron varios oficiales, entre ellos, su hermano, el coronel Medardo Alfaro y el general Leonidas Plaza.* Allí recibió una comunicación del general Sarasti. La leyó con los íntimos: Medardo, que venía desde Centro América, el coronel Mendieta que arribara junto con Alfaro en el “Pentauro”, el general Morales, su jefe de Estado Mayor, los coroneles Moncayo, Andrade, Valles Franco... Era breve la carta: se limitaba a decir que había obtenido del Gobierno de Quito pasaportes para los presos políticos y que, por tal razón, solicitaba lo mismo para los apresados en Guayaquil. Alfaro sonrió y miró al coronel Men-

* Robalino Dávila, ob. cit., págs. 96-97, dice con inexcusable prejuicio clerical: “Leonidas Plaza que había alcanzado el grado de general en... El Salvador y se hallaba sirviendo como mercenario... en... Costa Rica”, y agrega, acogiendo palabras de un reaccionario y tardígrado escritor, W Loor: “Poco a poco, Guayaquil se va llenando con los agnados, cognados y paniaguados de Alfaro, casi todos procedentes de Centro América y que apenas si poseían los rudimentos de la instrucción primaria”.

dieta. Era su favorito. Por su medio, alcanzaban cualquier cosa del Jefe Supremo. Era centroamericano y su vida estaba realzada por cierto misterio. Nadie conocía con exactitud la razón del cariño que le profesaba Alfaro. Apuesto, valeroso, inteligente, buen camarada, se ganaba rápidamente las simpatías de todos. Y muchos, aún queriéndole, murmuraban que era hijo de Alfaro. Nunca hubo explicaciones de ninguna clase. El silencio confirmaba el decir, pero en nada hubo malicia.

–Está atrasado de noticias Sarasti.

Había dicho Alfaro, dirigiéndose a Mendieta. Luego llamó a su secretario y le dictó la respuesta: “Toda medida que tienda a suavizar los rigores... me causa especial satisfacción... El Gobierno que se inauguró en Guayaquil... expidió ya pasaporte para el exterior a los señores Sáenz, César Borja, etc. ... Ahora mismo, en esta ocasión, el país es testigo de cuánto he hecho por evitar la inútil efusión de sangre... Si la guerra entre hermanos ha estallado, nadie dirá que es culpa mía, y sí de quienes, como usted, no han sabido o no han querido inspirarse en los sentimientos de un puro y levantado patriotismo; la culpa es, y la historia lo confirmará, de quienes han apelado a todo medio, a la calumnia, a la sencilla credulidad de las masas, al fanatismo, que busca pretexto en una religión que nadie ataca, para atizar una contienda... La culpa es suya, señor general, puesto que ha podido y puede aún evitar esta lucha neciamente fratricida, entre la casi totalidad de la nación y un fantasma de Gobierno. Me hallo a la cabeza de un ejército invencible por su patriotismo; la justicia, apoyada en la fuerza, está de mi lado; cuento con la victoria, no obstante que sé que tengo por adversario a un ejército denodado, dirigido por un jefe experto y valeroso, digno de estar a la defensa de una mejor causa; pero antes que mis glorias como soldado están mis deberes como ciudadano; y así me permito invitar nuevamente al Gobierno de Quitó, por medio de su Comandante en Jefe, a un tratado de paz, que, siendo honroso para ambas partes, satisfaga las nobles aspiraciones del país; entendiéndose que esta proposición no implica la suspensión de hostilidades”.

Tres días después llegó la réplica de Sarasti: “En mi condición de militar no sostengo ningún partido político, sino la estabilidad de las instituciones y la dignidad de la nación. No quiero corresponder con frases zahirientes a las que usted se ha permitido dirigirme... ni calificaré de invencible el ejército que mando y en el que me acompañan los más beneméritos jefes de la milicia nacional... No dudo que el triunfo será del ejército que va a combatir por sus hogares, en una comarca invadida por agresores, a quienes no han inferido el menor agravio los pacíficos pero valerosos habitantes de la Sierra...” Naturalmente, la misiva terminaba pidiendo las bases de un arreglo, sólo que la carta estaba llena de regionalismo. Era una visión pequeña y localista la de Sarasti.

En tanto, el ejército liberal se acercaba al enemigo. El 6 de agosto, en el combate de San José de Chimbo, ascendió a coronela a la famosa liberal doña Joaquina Galarza. El 9 de agosto ocupa la población de Guamote. Desde allí volvió a escribir a Sarasti, a contrapelo: “...No estoy solo, general: es el Partido Liberal, con sus antecedentes irreprochables, con sus hombres connotados y con una gran masa del pueblo independiente muy laborioso, los que coadyuvan a esta ardua, pero nobilísima tarea que me he impuesto. ¿Ni cómo podría sostenerse que la guerra por la reivindicación de la honra nacional sea más bien costosa que interiorana? Porque si es verdad que a la costa le cupo la honra de iniciarla, no lo es menos que estalló, igualmente y casi al propio tiempo, en las provincias de Imbabura, el Carchi, Pichincha, León, Tungurahua, Chimborazo, Bolívar, y últimamente en Loja y Cañar. Los combates de Tulcán, San Miguel de Latacunga, Guaranda, Quito y al fin los de Chillo y Loja, probándolo están... En suma, esta guerra no es guerra de provincialismo; no es la costa que se lanza a invadir a la sierra. Decirlo por la prensa es una insigne mala fe; asegurarlo en nota oficial, una ligereza incalificable. La guerra podrá ser, si usted quiere, guerra de partidos, guerra de la probidad contra el fraude, de la honradez... contra los peculados monstruosos... por lo demás,

voy persuadiéndome de que es usted, señor general... el defensor convencido del orden legal... por más que en 1883 fue usted declaradamente revolucionario; lo que siento es que ese orden legal y esas instituciones republicanas sean los del señor Caa-maño, desgraciado fundador de “la argolla”, después del señor Flores, el celeberrimo financista... los del inepto y desventurado señor Cordero, uno de los pasivos culpables de aquella almone-da indigna del pabellón ecuatoriano, y en fin, lo que siento y hasta ahora me asombra es que usted que en diversas ocasio-nes ha asegurado que... la constitucionalidad del Gobierno de Quito terminaba el 20 de junio último, se empeñe todavía en la defensa de un orden de cosas condenado privadamente hasta por su propia conciencia... El señor general se servirá... decir-me oportunamente si su Gobierno acepta la iniciativa de paz, tomada por mí, para formular entonces las bases del arreglo a ella conducentes, sin que, mientras esto suceda, hay suspensión de hostilidades”.

Prácticamente, la gestión pacifista había concluido. Pero Alfaro había logrado un doble objeto: tratar de desvanecer, en documentos que se publicarían, las acusaciones regionalistas de los ultramontanos y sondear la decisión del enemigo. Y ahora, a prepararlo todo para el combate, Ya el ejército había atravesado la meseta de la rama occidental de los Andes. Era necesario un descanso, recibir noticias del enemigo y esperar mensajeros de Vernaza. Tres días acampó en Guamote. Alfaro había ordenado a su ministro de Guerra en campaña ocupar sin demora, con una parte de su ejército, posiciones estratégicas en los alrededores de San Miguel de Chimbo, a objeto de obligar a retirarse a las fuerzas enemigas que estaban en Guaranda. Allí, debía esperar la noticia de su llegada a Alausí para marchar contra Guaranda con el grueso de las tropas. Vernaza no creyó prudente permane-cer muy alejado de su avanzada y la protegió a dos jornadas de distancia. Hizo bien: a la medianoche del 5 de agosto, supo que el enemigo movilizaba hacia San Miguel. Horas después se puso en marcha y llegó a tiempo, derrotó a los conservadores y pudo

ocupar la población, al final de un cruento combate.

Alfaro, claro está, no había señalado número de tropas para la avanzada: “con la gente que considerase aparente”, eran las palabras de su orden telegráfica. Dos días después, el general Vernaza, sin resistencia alguna, entraba a Guaranda. En la batalla de San Miguel de Chimbo había perdido la tercera parte de sus efectivos, y, aunque brillante, la jornada era sólo iniciación de las hostilidades. Las fuerzas de Sarasti hallábanse intactas en Riobamba y Alfaro no podía exponer a sus hombres en una sola batalla sin esperar la conjunción de ambos ejércitos liberales. Sabedor de las bajas que sufriera Vernaza, el 11 de agosto le ordenó que incorporara sus fuerzas al cuartel general, indicándole la vía para la marcha. Alfaro no quería arriesgar los setecientos hombres que restaban a Vernaza en una sola acción, y por eso le instruía dar un rodeo para evitar al enemigo. El general Vernaza impugnó el plan. Arrogantemente, diría después,* que el enemigo había que batirlo en franca lid y que no podía retroceder como en fuga. La prudencia de Alfaro, veterano luchador, le aconsejaba proceder con cautela. Reconocía la gran capacidad militar de Vernaza, pero el responsable era Alfaro. Empero, aceptó las modificaciones propuestas por su Ministro, que le pedía ocupara Cajabamba mientras él se dirigía a tomar San Juan, y las aceptó aún con el riesgo que la empresa significaba. Vernaza había argüido que la marcha era muy difícil por las rutas ordenadas. Hacia el 10 de agosto, el Jefe Supremo telegrafaba al Consejo de Ministros en Guayaquil: “... Precisamente, el movimiento que voy a ejecutar dentro de pocas horas, tiene por objeto realizar la combinación indicada por Vernaza: hemos estado, pues, uniformes sin previo acuerdo, aun cuando yo le había propuesto que diera un rodeo para evitarle peligros”.

Era el 10 de agosto en Guamote y había que celebrar el ani-

* General Cornelio Vernaza, Para la Historia, Guayaquil, Imprenta “La nación”, 1901.

versario del primer grito de la independencia de América, lanzado en Quito. Hizo bautizar los cañones. Venía con su ejército, de capellán, el sacerdote Ontaneda, el que fuera en la comisión de paz a Manabí. Solemnes ceremonias, discursos de rigor, vivas, raciones de aguardientes y más carne...

El frío cortaba las carnes montubias y la piel morada se estiraba, mientras el aliento era a cada esfuerzo más corto y más veloz. Cierta día, se presentaron en el campamento numerosos indios. Dos caudillos al frente, Sáenz y Huamán, expertos, valerosos. Buscaron su tienda.

—Queremos ver indio Alfaro.

Los recibió de pie, extendida la mano cordial. Atónitos, los indios lo miraban con fijeza. ¿Sería en realidad un hombre de su raza, como decían en las ciudades y pueblos serranos los curas y los ricos? Alfaro llevaba el cabello cortado casi al rape, y en el rostro, las señales del sol. Dudaron. Tenían las manos enlazadas bajo el poncho y los ojos remotos. Movían la cabeza despacito. Una especie de dolor hecho piedra les curvaba los labios. Pensaron calladamente. Tomaron asiento. Y allí se quedaron sin hablar. Pero hubo de empezar el diálogo: corto, a monosílabos, terso como una hoja de acero. Ofrecieron hombres para combatir por la libertad.

—General Sáenz y usted, coronel Huamán... —empezó Alfaro.

Levantaron las cabezas. Una ligera sonrisa les tembló en los ojos. Alfaro manejó esas almas con la maestría de un viejo conocedor. Parcas palabras: sus ideales, la democracia... los otros pensaban acaso en la conquista, en la revancha... ¡General Sáenz y coronel Huamán! Allí mismo les otorgó las jerarquías militares. Declinaba el sol. La bruma envolvía los cerros. El viento corría limpio por los páramos y traía voces nuevas y eternas. Sellaron la alianza perdurable. Recibió a los indios que pudo utilizar. Ordenó pagarles el mismo salario que a los soldados. Jamás tuvieron tanto dinero en sus manos. No lo podían creer... ¡Amo Alfaro! ¡Amo Alfaro! ¡Amo indio Alfaro!, repetían con el

corazón apedazado de sueños... La voz de un yaraví sonaba en el camino como un lamento, deslizándose por la nieve de las montañas. Las sementeras comenzaron a cubrirse de sombras. Una inmensa, una tristeza de siglos esclavos llenó el paisaje. Apretados, trotando por los senderos verticales, los indios llevaban a sus chozas miserables la noticia, prendida de la tibia dulzura de su lengua quechua.

Alfaro dirigió un telegrama a su Consejo de Ministros en Guayaquil, pidiéndole expedir un decreto por el cual se exoneraba a la raza indígena del pago de la contribución territorial y del trabajo subsidiario. Cumplía el pacto con los caudillos indígenas. El 28 de agosto, el decreto se publicó con todas las de ley. En su artículo primero, decía:

“Los individuos de raza indígena pura gozarán del beneficio de amparo de pobreza en los términos de los artículos... del Código de Enjuiciamientos Civiles, pudiendo aun hacer uso de papel común en sus pedimentos ante cualquier autoridad” Y en el segundo: “En los juicios en que los indígenas siendo actores, fueren condenados a costas, el Juez de la causa ordenará que la mitad de éstas sea satisfecha por los procuradores, siempre que aparezca mala fe o temeridad notorias”. Más adelante, se ordenaba poner en libertad a los indios presos por costas judiciales, tan luego como sumariamente comprobasen su insolvencia.

Y desde entonces, cuando el ejército marchaba, se veían las señales de los indios que viajaban por los cerros.

Daban ruta. Indicaban las posiciones enemigas. Y los que andaban con la tropa, ofrecían sus espaldas para transportar municiones y bagajes. El rostro de Alfaro habíase iluminado de dulzuras desconocidas: jamás se conmoviera de tal modo con los vítores, como lo fuera con aquel canto de una dimensión de abismo:

¡Caparina! ¡Vivamálfaro!.*

* Significa gritar o grito. Y contracción de Viva Amo Alfaro.

Descendía la cordillera, hacia Cajabamba. Inquieto, duro el entrecejo, se protegía de hoscos silencios. Las tropas de Vernaza no llegaban. Cuando ocupó Cajabamba, despachó las columnas “Nueve de Abril” y “Tungurahua”, a las alturas de Ballubú, para favorecer la incorporación. De Sarasti, sólo sabía que estaba en Riobamba, con un ejército poderoso, que contaba con magníficos jefes. Los hombres de Alfaro estaban fatigados, después de una marcha por regiones abruptas, heladas, inhóspitas, por alturas de tres y cuatro mil metros, ellos que respiraban al nivel del mar. Pocos jefes de experiencia. La mayor parte de la oficialidad la componían jóvenes entusiastas, pero no expertos. ¿Por qué no se apresuraba el general Vernaza?

Pero en el campo del enemigo la situación era confusa. La rivalidad política sembraba divisiones irreconciliables. Sarasti había puesto confianza en la división de seiscientos hombres que, al mando del coronel Vega, saliera de Cuenca para operar de acuerdo con sus fuerzas. Vega habría hostilizado la marcha de Alfaro y entonces habría sido posible batirlo entre dos fuegos. Pero esos seiscientos hombres habían contramarchado a Cuenca; una información reservada aseguró que Sarasti no daría batalla, porque era progresista y no permitiría que el poder fuera a manos de los ultramontanos. Y como la situación legal estaba rota –las elecciones no habían podido verificarse sino en ciertas provincias de la Sierra–, el poder lo ganaría el más fuerte.

Cierta noche, el jefe de la primera división, salió de Riobamba al encuentro del Batallón n.º 4, que debía llegar a Ambato. Y no regresó. Era el mismo que había ofrecido al pueblo de Quito entregar a Alfaro, amarrado o arrastrado. No quiso pelear, lo detuvieron con razones políticas o no quiso mezclarse en la intriga.

Sarasti, reservado, no quería discutir los planes de la guerra. Le pedían audiencia sus altos oficiales, y respondía que no había necesidad, porque la Dirección de la Guerra tenía resuelto ya el

plan de operaciones, que se desarrollarían según conviniera. El coronel Fierro expresó a sus compañeros:

–Queda pendiente la vida de nuestros batallones y nuestro honor militar de la sabiduría del general Sarasti.

Tres días antes. Fierro había solicitado permiso para atacar Cajabamba con su división. No le fue concedido.

Y así, la disciplina estaba prácticamente destruida. Aquellos tres mil cuatrocientos hombres rumiaban su descontento. la salida de Riobamba se postergaba diariamente. ¿Qué esperaba Sarasti? Una vez, se demoró la marcha porque una división entera no estaba lista para el desfile, mientras el Intendente se quejaba del robo de unas mulas que debían cargar el parque.

Por fin, el 14 de agosto abandonó Sarasti Riobamba para buscar batalla. Se proponía, según explicara horas antes al Estado Mayor, batir primero a Vernaza, que venía desde Guaranda, por ser fuerza menor, y luego concluir con Alfaro. Alguno le objetó el plan, porque Alfaro podría atacar por retaguardia. Sarasti concluyó:

–De ninguna manera. Dejemos esta plaza: el enemigo que ha sufrido las penalidades de la campaña, no acostumbrado a nuestro clima ni a nuestros alimentos, entrará a la ciudad, se enervará con el vino y las mujeres, y nosotros fácilmente aprovecharemos la ocasión para atacarlo.

Eran las seis de la mañana del 14 de agosto. El Ejército salió de Riobamba.

Poco después del mediodía, Alfaro ordenó que un batallón ocupase la colina Amula, al noroeste de Cajabamba, sospechoso

* Curuchupa: gusano con rabo; rabo o prolongación de un gusano. Término azuayo, vulgarizado por escritores liberales de Cuenca. Los conservadores aceptaron el mote y tuvieron una especie de elegía cantada a las tumbas de sus muertos, con el título de “El Curuchupa”.

de un ataque de los curuchupas.* No había dado otras órdenes que las de buscar las mejores posiciones y defenderlas a costa de cualquier sacrificio. Una división acudiría en refuerzo del batallón, en caso necesario. Se sentía enfermo: las lluvias del páramo y los vientos helados se habían producido un grave resfrío. Permaneció en su campamento hasta que le llamaron. Abridado en el poncho de lana, había estado bebiendo, de rato en rato, su café negro. Nunca dio una batalla sin la taza de café y el cigarro, minutos antes. De súbito, llegó el posta jadeante. Las fuerzas que, al mando del general Leonidas Plaza, Jefe de Estado Mayor de la segunda división, fueron en auxilio de Vernaza, acababan de ser atacadas.

Al fin del collado de Bayubug, el “9 de Abril”, pie a tierra, se reunía para presentar batalla. Dos batallones más llegaron y esperaban firmes el ataque. Después de las dos de la tarde, se rompieron los fuegos, Alfaro se aprestó a salir. Los hombres de la primera división comandados por el general Plutarco Bowen, cuyo Jefe de Estado Mayor era el coronel Julio Andrade, contemplando los primeros embates del enemigo, levantaron las armas y gritaron:

—¡Al combate y a la victoria!

Ya estaba a caballo, mirando el horizonte cruzado de fuego.

—Sansón, apúrate, mi café.

Lo bebió de un trago, prendió el cigarro y partió a galope hasta la colina. Allí ordenó a Andrade que avanzara hasta Bayubug. Sin decir más, picó espuelas a su bestia y se lanzó el primero. Inmensas grietas, en fila india, saltando barrancos, apoyándose en las manos para no rodar...

—¡Adelante!

Resbalaron los cascos. Se adhería el lodo a las botas. Y pequeños derrumbes de tierra cegaban a los soldados.

—¡Adelante!

El campo se veía más cerca. Las últimas distancias se ganaron a carrera tendida. Sobre una eminencia, anteojo en mano, el general Alfaro los esperaba. ¿Cómo pudo llegar tan pronto? Se

sorprendieron.

–Que medio batallón cargue de frente y a la izquierda del “Daule”, y el resto a proteger el flanco derecho.

El enemigo flanqueaba la quebrada, pero le obligaron a replegarse. El entusiasmo montubio, los carajos broncos, aquella atlética manera de brincar y correr disparando, la serena bravura de los jefes... Y ni una pulgada de tierra cedida.

Cuántos estaban peleando por su redención. Cuántos de esos hombres de labios morados no se acercaron a Alfaro, durante la marcha, papel en mano:

–Mi general, quiero pelear a sus órdenes para que me libre pues, de esto.

Era la ruin papeleta de peón concierto, que les obligaba a trabajar por toda la vida para cancelar deudas heredadas de padres y abuelos. Lucharían por su libertad, por la de sus hijos, por el pan de ellos, por la pureza de la mujer que tantas veces pagaba el derecho de pernada al patrón lascivo, por los sueños toscos, pero simples, en las noches de la montaña fuerte, por no tener que recibir el salario en boletas para la tienda del amo, por conquistar un pedacito de tierra y un poco de agua para fecundarla... Eran poderosos ahora con el fusil en las manos. Campesinos cautos y rudos, estaban inflamados por una revelación que acaso presintieran como en los cuentos de aparecidos, como en las leyendas de “La viuda del Tamarindo”, de la mujer que, farol en mano, buscaba al hijo ahogado en el río, increíblemente sentada en la canoa balumosa, o de aquel muerto que galopaba por la huerta en las noches cerradas...

Los jefes cumplían con su deber: espada al aire, animaban, con el pecho alto. Los montubios eran noveles soldados y consu-

* Parte de la batalla de Gatazo por el Jefe de Estado Mayor de la Primera División, Julio Andrade, entonces coronel, quien agrega: “...y espoleando su caballo, de un salto se puso en situación de poder apreciar el movimiento: fue un episodio conmovedor”.

mían cartuchos en exceso. Los oficiales, así, tenían que correr de un lado a otro, cuidando de no comprometer la batalla.

Hacia el flanco derecho de la línea. Alfaro seguía las contingencias del combate. El coronel Julio Andrade llegó a su lado y le avisó que el enemigo trataba de forzar aquella parte.

—Bueno, Andrade, vamos a reconocerla.

—¡No, mi general! —dijeron varias voces—. Usted no debe exponerse. El fuego es muy nutrido para que permitamos que arriesgue su vida.

La escolta de honor le rodeaba. Allí la juventud brillante de Guayaquil. Y allí también, con sus ojos de amor. Carlos Zevallos, que había aprendido cómo mueren los hombres cuando Vargas Torres fuera fusilado.

Alfaro echó atrás la cabeza con una sonrisa burlona. Estiró el labio inferior:

—¡Muchachos, a mí no me hacen nada las balas!*

Y espoleó su caballo, a tiempo que la explosión de una granada le cubrió de polvo. La gente irrumpió en gritos conmovedores. ¡Adelante! Centauro criollo, copo de nieve por barba, piedra morena por rostro. El coronel Medardo Alfaro avanzó a la cabeza y ya paraba el ataque. El crepúsculo empezó. Sarastí, fracasado su intento de flanqueo, trepaba las cuevas de Gatazo y Bayubug. El empuje fue desesperado. Cuerpo a cuerpo. ¡Duro! Montubios macheteros, sin aliento, encogidos los pulmones, mostrando los dientes de alegría y agachando la cabeza.

Las alturas quedaron intactas.

La noche venía. Se había retirado el enemigo a sus posiciones. Alfaro no quiso continuar el combate entre las sombras. ¡A cesar los fuegos, cometa!

—Y ahora, las tropas combatientes deben mantenerse en sus puestos hasta la aparición de la luna. Entonces, organizaremos una nueva línea de batalla, utilizando las reservas, para el combate de mañana.

Bajó del caballo. De pie, los brazos cruzados por debajo del pecho, se puso a pensar. Los resultados del combate eran indeci-

sos. Sorbió otra taza de café y prendió un nuevo cigarro, que le hizo toser.

Dentro de la tienda, buscó un rincón pequeño y apartado y allí se sentó, esperando que llegase la luna, recogido por el escalofrío de la fiebre, y por el viento que se metía silbando como una víbora. Hora tras hora, casi inmóvil. De vez en vez, daba alguna indicación o bebía un fuerte canelazo, para limpiarse el pecho y entrar en calor. Afuera, llovía. Inmensas nubes negras atrasaron la luna. Miró su reloj. Luego se incorporó, envolviéndose en la goma del poncho de agua y salió.

Eran las dos y media de la madrugada. El Estado Mayor estaba reunido. Había que prepararse. La luz clara y dulce iluminó ahora las montañas. La artillería en los cerros de Bayubug, con la orden de romper fuego sólo en caso de ser atacada. La infantería, escasa de municiones por el desperdicio de la víspera, a quedar vigilante para cargar a la bayoneta, después de emplear, con blanco cierto, el parque que le restaba.

Al amanecer del 15 de agosto pudo apreciar las posiciones enemigas, enclavadas en los cerros que empezaban en la quebrada del río Chibunga, hacia el norte, entre la carretera y el camino de Caipi y Licán. A las siete y media de la mañana, las tropas de Sarasti hicieron el primer tiro de cañón. De súbito, el cielo se ennegreció. El aguacero empezó a caer torrencialmente y el campo de batalla, gris, sombrío, se veía encortinado por los hilos del agua. Dos cañonazos certeros dispararon los liberales. Después, repitieron con precisión un vivo cañoneo. Pánico en las filas contrarias, mi general. Gran confusión. Algunos desertores llegaron corriendo, con las manos en alto y unas letras en la cinta del sombrero: “¡Viva mi general Alfaro!”. Lo había preparado quién sabe desde cuándo, y ahora... Bueno, era el triunfo y el momento de pasarse sin que Sarasti pudiera impedirlo. Al acercarse, levantaron en el aire las gorras y gritaron:

—¡Viva Alfaro!

Poco después, estaban recogiendo el parque abandonado por el enemigo.

No lo persiguió. Años más tarde, Vernaza acusaría a Alfaro por no haberlo hecho, pero Alfaro no quería gobernar sobre el odio y debía estar atento a su doble misión de estadista y de general en jefe del ejército liberal. Y pensaba, además, en lo cruento que sería un combate dentro de las calles de Riobamba. Nada le podía dar seguridad de que Sarasti no combatiera en la ciudad. Debía dar descanso a sus tropas y esperar el ejército de su ministro de Guerra. Por eso, regresó a sus cuarteles de Cajabamba.

Entre los prisioneros estaba el coronel Pedro Lizaraburo, jefe del Estado Mayor de Sarasti, capturado personalmente por Medardo Alfaro. En cuanto Alfaro lo supo, fue a visitarlo y le colmó de atenciones. Luego, dispuso su libertado incondicional. Y el 16 de agosto, ya en Cajabamba, expidió un decreto concediendo “amplia amnistía en sus personas y bienes a todos los empleados civiles y militares que se separaran de su empleo o depusieran las armas”. Y ordenaba “libertad inmediata a los prisioneros de guerra tomados al enemigo en los dos últimos combates”, previa la promesa de no volver a hacer armas contra su gobierno.

En Ambato también se había combatido. Más de cuatrocientos tulcanes venían a reforzar a Sarasti. El coronel Fidel García contaba con tres compañías de jóvenes, algunos de Guayaquil. Los organizó rápidamente, muchos de ellos jamás habían tenido un fusil en las manos. Habían, eso sí, brillado en los salones de la nueva generación librepensadora y ahora ofrecían el tributo de sus veinte años.

La pequeña fuerza marchó a tomar posiciones en el puente de “La Liria”. El pueblo pidió combatir, pero apenas si restaban veinte fusiles. Jóvenes ambateños, con sus propias armas –quien un revólver, quien una carabina o una escopeta– acudieron a engrosar las filas. Ochenta valientes tuvo García en total. En el socavón del puente se parapetaron. Ya el enemigo se desplegaba en son de combate por la bajada de la Castiglata, cuando el coro-

nel García rompió fuego. El jefe enemigo, coronel Álvarez, cayó mortalmente herido. Poco más tarde, cayó también el segundo jefe, mayor Salgado. Los tulcanes –valientes, pero desconcertados– no se atrevieron a pasar del caserío de Tambillo. Sólo se había combatido, era verdad con la descubierta y minutos después aquellos temibles hombres del Norte –harta fama de bravos tenían–, salieron del bosque y empezaron a vadear el río para tomar a dos fuegos a la diminuta tropa heroica. Anochecía. Fuego en retirada, cantó la cometa contra el aire tembloroso del crepúsculo. Y así, palmo a palmo, sin volver la espalda, los liberales llegaron hasta la plaza principal de Ambato. Entre la penumbra se vio correr a un hombre. Era el doctor Constantino Fernández, que acababa de recibir la noticia del triunfo de Gatazo y se dirigía, ciego de entusiasmo, a un grupo de enemigos que tomó por liberales.

–¡Triunfó Alfaro en Gatazo! ¡Viva Alfaro! Le respondió una descarga. Su cuerpo quedó desangrándose sobre las piedras de la plaza. Otro hombre de inteligencia, de aquéllos que Alfaro necesitaba para gobernar, había sido devorado por la guerra.

¡Qué violento estaba por la demora de Vernaza! Se paseaba de uno a otro lado, brusco, con ademanes secos. Le telegrafió: “Como le dije en carta de ayer, cansado de esperarlo, me vine con las fuerzas de Bayubug donde no había ni agua. Hoy marché para Riobamba y en esa ciudad lo aguardo”. Después fue que meditó en la conveniencia de retomar a Cajabamba. Sólo que ya había telegrafiado al Consejo de Ministros con las mismas palabras de reproche: “Cansado de esperar al general Vernaza...” Un nuevo parte, conciso, envió todavía a su Ministro. El 16, desde Cajabamba, decía. “...Veo que no puedo moverme hoy: véngase, pues, a Cajabamba, donde lo espero”.

Al atardecer de ese día, Vernaza se incorporó a las fuerzas del Jefe Supremo. Ambos generales tuvieron una conferencia. Nadie supo de qué trataron. Vernaza, se afirmaba, quería regre-

sar a Guayaquil porque se hallaba enfermo. Alfaro le insistió en que le acompañara hasta Riobamba. Y allí los acontecimientos se violentarían. Noticias desconcertantes. La intriga política trabajaba como un sordo zapador en Guayaquil. Un Ministro se encargaba de leer al pueblo los telegramas de Alfaro: “Cansado de esperar”. Era la frase que se repitió en Guayaquil a diario. Se acusó a Vernaza, se le insultó. Algunos recordaron su conducta con Veintemilla. Otros hablaron de una combinación de Vernaza con Sarasti y Sáenz. ¿Un triunvirato? Primero se dijo que los partidarios de Sáenz insistían en su proclamación. Luego que Sarasti se había comprometido con Vernaza para esperarlo, unir ambos ejércitos y batir juntos a Alfaro. Después, un triunvirato –Sáenz, Vernaza y Sarasti– se encargaría del poder supremo. Las demoras de Sarasti en salir de Riobamba daban pábulo a la especie. Pasado algún tiempo, un hijo de García Moreno acusó públicamente a Sarasti de la extraña combinación política. Ahora, todo eran rumores. Y en Riobamba, Alfaro supo que los soldados de Sarasti, en desbandada, arrojaban los fusiles, gritando: ¡Traición!, ¡traición!

¿Qué debía hacer? La opinión popular acusaba a su ministro de Guerra. Cierto que las explicaciones de la demora eran tal vez justas: malos caminos, artillería montada sobre mulares que se hundían en el fango... Pero tenía que obrar de algún modo. Y lo hizo. Alguna duda le torturaría cuando dispuso mezclar los soldados de Vernaza con los suyos. Después, venciendo todo vestigio sentimental, le quitó el mando, le destituyó de su cargo de Ministro y el nombre del general Vernaza fue borrado del escalafón militar.

...No se embriagó de triunfos. El enemigo había huido y le dejaba el camino libre hasta la capital. Las visiones de su mocedad se renovaron. Tomó descanso. Y aquella misma tarde, frente a las nieves perpetuas, contemplando los altos eucaliptos inmóviles y el Chimborazo que acogió el delirio de bolívar, telegrafió su primera noticia a doña Anita:

“Señora: ponga a sus pies la espada vencedora del Ejército

Liberal en el Ecuador. Bendigamos a la Providencia. Abracemos a nuestros hijos”.

III LA VISIÓN DE AMÉRICA

El ministro Aparicio Ribadeneira, a cargo del Poder Ejecutivo en ruinas acompañado del Obispo Schumacher y el frente de las pocas tropas que había podido reorganizar, abandonó la capital. En Quito había pánico. En los suburbios del norte, abrieron fuego en retirada, porque desde un bosque de eucaliptos recibieron un vivo tiroteo. Así ganaron Chaupicruz. Se reunieron los liberales de Quito y designaron a Belisario Albán Mestanza como Jefe Civil y Militar, en tanto aceleraban los preparativos para recibir al caudillo. Las mujeres, bajo el influjo de los frailes, temblaban. De rodillas ante las imágenes sagradas, juntas las manos e inclinada la cabeza, clamaban al cielo las librase de los horrores de aquellos demonios de costeños, sacrílegos y bárbaros. El anticristo... Sólo el favor de Dios, sólo su infinita misericordia podría valerles. Y la invocaban como ante la presencia de una catástrofe.

Permanecía aún en Riobamba, cuando Alfaro fue ascendido por el Consejo de Ministros al grado de general de División. El 4 de septiembre se hallaba a las puertas de Quito. Una inmensa multitud acudió a conocerle. Temerosos, pero llenos de curiosidad, buscaban los mejores sitios para verle, para ver de cerca al masón, enemigo de Dios.

—Ya viene Alfaro...

Se apretaban, con el corazón enracimado de increíbles emociones, invadidos de un extraño placer, de una profunda ansiedad que les trepaba a los ojos desde las regiones más oscuras del ser.

—Allí viene el impío...

Se paraban en la punta de los pies, estirados los cuellos,

luchando por alcanzar la primera fila.

Empero, los liberales habían organizado la recepción y de algunos balcones se arrojaron flores sobre el viejo luchador. Niños de las escuelas cantaron el himno nacional. El pueblo sintió en el alma un choque inexplicable y empezó a debatirse en sí mismo. Nada malo vieron en aquel rostro moreno, de anchos labios voluntariosos, en aquella cabeza sin cabellos, en aquellos ojos rectos y tranquilos. La venerable perilla blanca les había impresionado. Ni un solo desorden... Ni un grito perverso... De súbito, una voz clamó derecha:

—¡Viva Alfaro! ¡Viva el Partido Liberal!

Y el pueblo coreó el grito.

...Un amigo, el doctor Rafael Portilla, le tenía preparado alojamiento en casa particular, llamada la Casa Azul. Allí empezó a trabajar. El Poder Ejecutivo, por necesidades de la guerra y la política, se ejercía en Guayaquil, y él actuaba como delegado del Consejo de Ministros en Quito. El pueblo llegó a sus puertas, despacio, hombre por hombre, mujer por mujer. Ancianos, desvalidos, enfermos, indios pedían verle. Ordenó que dejaran entrar a todos, menos a los borrachos. Odiaba la embriaguez como el peor de los hábitos. Uno de sus ayudantes de campo fue comisionado para distribuir monedas entre los miserables que acudían a pedir protección. Por toda la ciudad circuló la nueva de que el general Alfaro sabía escuchar la voz del pobre, y su casa fue invadida. El pondría remedio a sus males, pensaban. Alfaro dábales palabras de esperanza. En realidad, era un milagro poder estar cerca del Jefe del País... Regresaban a sus casas alegres, transformados, llenos de orgullo. A mí me dio la mano, decía uno, feliz de haber tenido en las suyas la de aquel hombre contra quien se habían descargado las más terribles admoniciones. A mí me dio

* Robalino Dávila dice: "Fue al panóptico y puso en libertad a muchos detenidos comunes", ob. cit., pág. 118.

una palmada en el hombro...

Cierto amigo le llamó la atención: no debía perder así el tiempo. ¿Por qué atender a todo el mundo? Alfaro movió negativamente la cabeza.

—No, para todos me alcanzo. No es ninguna ocupación despreciable enseñar a nuestros compatriotas que todos tenemos derechos iguales... Tal vez nunca en su vida hablaron con un Presidente... Déjelos que vengan... Aprendo mucho con ellos.

Y como tenía todos los poderes en su mano, al ser informado de que muchos presos estaban sentenciados injustamente y de que otros, por falta de recursos, no podían defenderse ni apresurar el trámite de sus juicios, resolvió visitar el panóptico. Llevó consigo gente que le aconsejase. Se rodeó de un gran aparato. Así era y sería siempre su teatro político. Se detuvo, majestuoso, en cada celda y un diálogo que nunca antes había ocurrido surgió en la terrible cárcel de piedra. Les escuchaba, asistiendo con la cabeza. Pedía informes. Conocía historias e historias.

—Pobrecito... Póngamelo en libertad. No es culpable.

Pero, cuando, valido de influencias, se presentó un joven y solicitó ser absuelto, por toda respuesta le mandó poner al calabozo: su crimen había sido el estupro.*

De noche, en el descanso de la casa, reía de los ataques de los curuchupas: había roto las normas jurídicas, no respetaba el Poder Judicial, era un ignorante usurpador... Encogía los hombros y llamaba a Sansón —Rosendo Méndez— para que le sirviera coñac en agua caliente. El resfrío aún no le dejaba desde la campaña y su voz, ordinariamente bronca, era ahora de un contrabajo acentuado.

Cierta vez, antes de recogerse, se llevaba la taza caliente a los labios, cuando el negro Sansón se le acercó, miró a todos lados con los ojos muy abiertos, el dedo sobre la boca, y empezó a tartamudear. Le contó una historia. Su propia madre se lo había dicho: influyentes personajes habían llegado hasta ella y díchole que era preciso poner veneno en aquellas bebidas que tomaba Alfaro. El negro balbuceaba palabras extrañas y le temblaban las

manos. Acaso todo fue mentira. Acaso... Alfaro se echó a reír:

—A mí no me hace nada el veneno. Sansón, a mí no me hace nada...

Y le guiñó un ojo, que el negro entendió.

Otro día, en el Palacio de Gobierno, fue visitado por una delegación integrada por dos damas distinguidas, tres monjas y dos sacerdotes. No podían disimular su nerviosidad cuando Alfaro les invitó a sentarse. Dijeron frases respetuosas, devotas. Al fin, explicaron que la ciudad hallábase excitada y temerosa por las rigurosas medidas de fuerza que aseguraban se iban a implantar.

—¡Todos los quiteños tiemblan, señor! Alfaro se puso en pie, lleno de sonrisas.

—¿Recuerden ustedes —dijo— que la Beata Mariana de Jesús prometió librar a Quito de los terremotos? Ya pueden estar todos tranquilos: he convenido con la Beata Mariana que mientras ella libre a Quito de los temblores, yo, por mi parte, procuraré que tampoco tiemblen los quiteños...

Después, ya serio, les ofreció seguridades. No habría violencias. Su Gobierno aspiraba a la concordia nacional. Pidíoles que no creyeran en rumores mal intencionados. Y les encargó que tranquilizaran a quienes les habían enviado.

Pero tenía otras cosas esenciales que atender. No había olvidado sus promesas a los indios. Expedido el decreto exonerando a la raza indígena de la contribución territorial y del trabajo subsidiario, ordenaba a las autoridades civiles y militares que “se trate a los indios con las consideraciones debidas al ciudadano ecuatoriano” y dispuso el establecimiento de escuelas especiales para la educación de aquellos hombres olvidados. No podía consentir que, a título de peones conciertos, los montubios y los indios fueran siervos. Era la iniciación de una transformación revolucionaria que habría de encontrar los más serios obstáculos. Y tamaño problema, era cierto, no habría de resolverse con decretos, y no se resolvería. Las fuerzas tradicionales eran muy poderosas. Los intereses de la clase rica tenían que frenar

la revolución. El sueño de Alfaro se perdía en utópicas conjeturas. Pero, cuando menos, era una voz que se levantaba en aquel desierto de rapiña. Sólo generaciones futuras podrían cumplir con el mandato. En aquellos momentos, esas reformas no se realizarían. Ni la burguesía progresista de la época ni mucho menos los feudales del interior y de la costa entendieron el problema y tomaron como una simple postura política las indicaciones de Alfaro. Ellos eran los fuertes. Ellos –siquiera los comerciantes y los burgueses– habían dado el poder al Jefe liberal. Además, el país no podía comprender todavía la magnitud del problema ni en el aspecto moral ni en el económico: la producción incipiente, el consumo limitadísimo, la escasa circulación de la moneda no eran factores propicios para que tales asuntos se abrieran a la discusión y a la inteligencia. Puerta hermética era la Nación para la exótica penetración de ideas semejantes. Y, sobre todo, las condiciones históricas del país no alcanzaban para la realización de la formidable empresa transformadora. A más, el Gobierno de Alfaro no lograba aún estabilidad: su primera necesidad política era la transacción. De otra manera, el poder habría sido, sin duda, efímero. El mismo no creía en la violencia y tenía toda su fe colocada en la táctica evolucionista. Su pensamiento de fines del siglo y la estructura nacional de los países del continente no le permitían, no le hubieran permitido nunca, emprender reformas radicales de carácter social. Como un documento para el devenir, como etapa inicial, quedaron sus decretos publicados.

Lo hacedero, el impulso de la revolución, aquello que se encontraba detrás de las proclamas de los derechos del pueblo, era el progreso del capitalismo, de la empresa comercial e industrial, de la burguesía. Y era lo que Alfaro, representaba y lo que tenía que cumplir, intuitivo de las profundas verdades históricas.

La paz tampoco estaba lograda. Desde la provincia de El Oro, su hermano, el coronel José Luis Alfaro, en compañía del general Manuel Serrano y otros oficiales, había marchado sobre Cuenca, aún no rendida. Algunos liberales de aquella ciudad se

incorporaron a la marcha. Eran cuatrocientos sesenta hombres. En el Chorro del Girón se libró el combate contra las fuerzas del coronel Vega. Cinco horas duró el fuego. Cuenca se ganó.

Después, en el norte, en las proximidades de Ibarra, Aparicio Ribadeneira se levantó en armas con lo que pudo sacar de Quito y lo que reunió después. El Ministro conservador había atravesado la frontera y sostenido algunas conferencias en Ipiiales con autoridades y militares colombianos. La intervención era buscada afanosamente. En la jornada de Caranqui, los conservadores fueron derrotados. Dos meses más tarde, se hizo necesario librar nuevo combate en el campamento de “Chapues”, cerca de Tulcán. Desde el territorio colombiano, recibieron los liberales fuego nutrido de los refugiados curuchupas a los gritos de ¡Viva Colombia!, ¡Vivan los conservadores!, ¡Viva la Religión!... Cuando Alfaro supo el triunfo, telegrafió al coronel Nicanor Arellano, jefe de sus fuerzas: “Autorizo a usted para ofrecer completo perdón y garantías”.

Su obstinada política de conciliación le valdría como lo dijera Montalvo, ser llamado “corazón de madre”. Perdón y olvido fueron palabras que permanecieron en la jerga política de la época.

Y en medio de todo, qué profunda, qué cavilosa manera de gozar el poder. Encontraba su placer en expresarse con una mansedumbre recia y simple. Pero adentro, qué de cosas alegres y sonoras.

* El 3 de octubre escribía al Gobernador de Pichincha: “Con sorpresa he visto la falta de un mercado en esta ciudad... Los puestos de vivanderos... que hay esparcidos en la Plaza de San Francisco... son un descrédito para la Capital. Es urgente... establecer un local apropiado y decente... en el lugar que el Concejo elija y contando para la obra con una subvención fiscal de cincuenta mil sucses. ...Con las condiciones especiales de que la construcción... se haga pre-

Los asuntos de Guayaquil no marchaban bien. Confusión, ambiciones de tenientillos, intrigas, minaban subrepticamente en el Consejo de Ministros, en tanto que el Jefe Supremo se afanaba en sus primeras labores de estadista, reconociendo derechos a los indios, exaltando a la mujer ecuatoriana, otra víctima de la tradición y los prejuicios. Había dispuesto que se diera empleos en las oficinas de Correos a las mujeres y habría de ordenar la fundación de una Escuela Normal de señoritas. Propoñase viajar a Guayaquil y había prometido expedir desde esta ciudad un decreto habilitando a la mujer para el ejercicio de ciertos cargos públicos. No faltaron familias que se escandalizaran de estas medidas, juzgándolas atentatorias para la tranquilidad del hogar...

En Quito no había agua sino en algunas fuentes públicas, por lo que era necesario trasladarla a lomo de borricos o sobre la espalda de los indios desde las vertientes del Pichincha. El baño era un privilegio de muy contadas personas. No existían desagües ni canalización. El aseo hacía aprovechando de las lluvias y las basuras no se recogían en los barrios apartados. Ni jardines ni árboles en la ciudad. Ni alumbrado: débiles espermas de sebo, encerradas en faroles o lámparas de Kerosén proyectaban luces sordas. En muchos barrios, la obscuridad era completa. Los víveres se vendían en la plaza de San Francisco, en la vieja plaza gris, cuyo monumento hiciera soñar a Felipe II desde el Escorial y pusiera en sus labios aquellas palabras de alucinado, cuando miraba al cielo esperando que surgiesen las torres de su iglesia de San Francisco de Quito. De lo alto llegaba la voz recia y melancólica de las campanas, y todo el aire temblaba como un salmo de éxtasis. Abajo, el bisbisar de los indios y la policromía de sus trajes. La maravilla de la piedra inmóvil y la tristeza de los cerros azules hacían que la lengua se cortase en diminutas

* Somatén, ob. cit., pág. 200.

dulzuras apenas pronunciadas. La gente se detenía para hacer la señal de la cruz. Y en los días de procesiones, era la plaza un gran nudo de amor, de misterio y de pena.

Pero la gente moría y la ciudad se despoblaba. La mortalidad infantil alcanzaba cifras inverosímiles. Había que romper aquellas costumbres. Alfaro lo hizo: ordenó la construcción de un mercado,* colocó a disposición del Consejo Municipal dineros del Estado y dio comienzos a las obras públicas indispensables para higienizar la capital. Se empezó la construcción de inmensos estanques de agua y el caudal que bajaba de los deshielos del Pichincha fue aumentado. Dejaría a la ciudad con alumbrado eléctrico y no descansaría en gestionar la instalación de tranvías.

Graves y pequeños problemas a diario, mientras que en Guayaquil hacía crisis la intriga. A fines de octubre, viajó al puerto. Se había descubierto una conspiración de los generales Plutarco Bowen y Juan Manuel Triviño, el veterano camarada de los hermanos Cerezos. Decían que Marietta Veintemilla no era extraña a los manejos de Bowen, cuya inteligencia no le permitía medir el alcance de los otros. Tal vez Bowen fue engañado con la promesa del poder. En todo caso, sirvió de instrumento. La hermosa Marietta discutía con su cuñado, José de Lapierre Cucalón, a quien increpaba su alfarismo.

—Papá Ignacio es el único que puede poner orden en este país. Y tú, no me lo explíc, partidario del indio Alfaro.

Y Lapierre notaba muchas cosas raras... Entrevistas, conferencias ocultas. Caído el ministro Vernaza, el ataque habíase dirigido contra Carbo, que había sido Ministro de Veintemilla. Tuvo que renunciar. Cierta día, Bowen y Triviño fueron apresados y juzgados en Consejo de Guerra* por el delito de traición. La sentencia de muerte no se hizo esperar, el 10 de octubre de

* Somatén, ob. cit., pág. 710.

1895. Mas Alfaro les conmutó la pena por el destierro. A Juan Benigno Vela, que intercede por los condenados a muerte, el 11 de ese octubre dice; ..."Como liberal pienso como usted, pero como jefe del Ejército mi deber era mandar fusilar a los traidores; ...en esta vez he tenido que faltar a esos deberes... La pena capital ha sido conmutada por la de expulsión del país... Esos perversos abusadores de mi paciencia poniendo en juego intrigas terribles: a eso se debe el Consejo de Guerra. Años más tarde. Plutarco Bowen moriría fusilado en Centroamérica, revolucionario derrotado.

Conjurada la crisis política, Alfaro recibió a su familia. Doña Anita y sus hijos fueron vitoreados por el pueblo. Era la primera vez que venían al Ecuador. La promesa de bautizar a los hijos en la patria pudo ser cumplida. El había tenido la razón. Ya lo veía... La fuerza que le moviera fue cierta. Jamás se engañó. ¿Elucubraciones? Aquí tienes las elucubraciones, Anita, Anitilla... Los niños estaban asombrados. Muchas damas se hicieron presentar para conocer a la familia del indio, y comentaban muy sorprendidas que tenían la piel blanca, sin poder ocultar su desilusión. Alfaro reía. A las once de la mañana tocaba la campanilla del comedor para que sirvieran el almuerzo, y si alguna diminuta cebolla llegaba a sus labios, se estremecía, rechinaba los dientes, no probaba un plato más y se le malograba el día. La cena era servida a las seis. Luego, un buen cigarro, la tertulia, el paseo por el amplio corredor y a las diez de la noche ya estaba en cama, para ponerse en pie al momento del alba.

Ni bailes ni fiestas ni esplendor alguno. Iba a su despacho con la habitual levita azul, chaleco blanco, sombrero de blanca toquilla y el bastón de puño de plata. Como un empleado de oficina, trabajaba, disponía lo necesario y retomaba a ocultarse del mundo.

Premiosos negocios reclamaron su presencia en Quito. Viajó solo. No era aún conveniente instalarse definitivamente en la capital. Y más que nada, la cuestión religiosa le ponía inquieto. Sus reformas habían de ser lentas. El 31 de diciembre de 1895,

se dirigió al Papa León XIII, en breve carta que terminaba así: “...Durante el ejercicio del alto cargo conque he sido honrado... y esperando justas y benéficas concesiones a favor de esta República, procuraré conservar la buena armonía que existe entre el Ecuador y el Vaticano”. Meses después, fechada el 5 de mayo de 1896, llegaría la respuesta: “...Aplaudimos muy de veras la resolución que espontáneamente. Nos expresas de conservar... las relaciones... Como augurio de los favores celestiales y prueba de Nuestra Benevolencia, Te enviamos, Amado Hijo e Ilustre y Noble Varón, Nuestra Bendición apostólica en el Señor”.*

Necesidad política, la conciliación. A más, reconocía que el catolicismo era profesado por la mayoría abrumadora del pueblo. Los exaltados empezaban a criticar su tolerancia, pero él miraba la realidad. Y así, para evitar nuevas guerras civiles, antes de un año de poder, instruí a su ministro de lo Interior que se dirigiese al Arzobispo, comunicándole que habíase ordenado al Ministro del Ecuador ante la Santa Sede gestionar para que el Papa canonizase a la Virgen quiteña, la Beata Mariana de Jesús. ¿Ridículo? ¿Teatral? ¡Ja!, se dijo y esperó el chubasco que le vendría encima. Los conservadores dijeron que no tragaban el anzuelo, y los radicales murmuraron. De Costa Inca llegaron cartas preguntando si Alfaro había renegado de sus principios. Hizo que otros explicaran por él, y mantuvo sus resoluciones con aquella tenacidad que le salvaba o le arruinaría. Años atrás, en su destierro vivido en el Perú, había respondido al preguntársele cómo procedería con la Iglesia Católica cuando llegase al Poder:

—Yo no he estudiado teología, de manera que nada puedo hacer. Si los sacerdotes no intervienen en el gobierno político, yo no intervendré en el eclesiástico absolutamente en nada; y lo auxiliaré en todo cuanto la ley disponga.

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, etc., ob. cit., págs. 143-144.

Estabilizar en el poder al Partido Liberal, era la consigna. Complacer a poderosos sectores de la opinión, la táctica inexcusable. Y en él, profundamente insondable, estaban la creencia en el espíritu y la preocupación del Más Allá.

Terminaba 1895. Desde febrero. Cuba estaba en guerra. Apenas un año y medio antes, Alfaro había discutido con Maceo y Martí sobre la libertad de Cuba. Martí había tenido razón: la guerra cubana sería larga, la del Ecuador, breve. Y había previsto que tareas más urgentes obligarían a Alfaro a luchar exclusivamente en el frente de su Patria. Antonio Maceo y Máximo Gómez estaban peleando heroicamente. Martí, había rendido ya la vida. Cierta día, se acercó a Alfaro un cubano que residía en el Ecuador y le pidió ayuda. Llamó al coronel Valles Franco y le propuso que dirigiera una expedición bélica. Las dificultades del transporte eran muchas, pero hubieran podido vencerse, a no ser porque Colombia no autorizaba el paso por el Istmo de Panamá. Le obsesionaba la libertad de Cuba, y no sabía qué hacer. Hasta que resolvió aquello que le venía acudiendo a la cabeza: el 19 de diciembre escribió una carta a la Regente de España, María Cristina. Era un documento, que habría de perdurar en la historia de la lucha por la libertad del Continente. "...Nuestra historia recuerda que durante largos quince años lidió Colombia por su independencia y la conquistó a costa de más de doscientas mil vidas, de la casi total extinción de su riqueza pública y privada y de un legado en deuda flotante de doscientos millones de pesos... Tan grandes males se habrían evitado, a mi ver, si España no hubiera desoído el prudente consejo que en tiempo oportuno dio el Gabinete británico, consistente en que ajustase la paz con sus colonias, reconociendo su independencia, con la reserva establecida en solemne convenio —entonces aún posi-

* Somatén, ob. cit, págs. 665-666.

ble— de ventajas especiales para su bandera... Parece cuerdo acatar ahora las enseñanzas de la experiencia y el consejo del Gabinete británico...; así España pondrá a cubierto sus intereses y habrá hecho justicia a las aspiraciones de Cuba, sin mengua de su decoro...”.* Terminaba la carta con sobrias y dignas palabras de respeto. Algunos enemigos de Alfaro le calificaron de loco. Otros, se encogieron de hombros y ridiculizaron la actitud del viejo luchador. La carta se reprodujo en toda la prensa del Continente y, por un momento, el mundo se ocupó de ella.

La visión continental de Alfaro no se limitó a la independencia de Cuba. El sufragio de sus sueños le autorizaba a levantar la voz. El derecho público de América había sido siempre la piedra fundamental en la arquitectura de sus ideas. El maravilloso anhelo de Bolívar tenía enclavado en el alma. Hacía muchos años que venía luchando por la reconstrucción de la Gran Colombia, pero esto no era todo. Unión Continental, visión futura del panamericanismo, integral concepción de América Confederada, así como lo había discutido con Piérola en Lima. Estados Unidos del Sur y Estados Unidos del Norte, compás para el mundo. Desarrollo industrial, sólo posible en el esfuerzo común, en la extracción del tesoro que los Andes mantenía oculto y que apenas pudieron revelar los indios en la pre-conquista. Veía las máquinas, los buques, las ciudades en las orillas del mar y en la entraña de la Selva, allí donde hubiere un río, donde un camino pudiera hacer el milagro del conocimiento. Una sola gran estructura política, conformada a la geografía y al espíritu americanos. Una fórmula original, sin óxido y sin traducción exótica. Y la manera de empezar era reuniendo a los dirigentes de los países hispanoamericanos, procurar que la trayectoria política se desplazara del diminuto despacho de los Ministerios de Gobierno y Policía hacia la ancha vía de los Ministerios de Relaciones Exteriores.

El 26 de diciembre, su ministro de lo Exterior, Ignacio Robles, dirigía una circular a las Cancillerías de América, invitándolas a participar en un Congreso Internacional, que debería

Alfredo Pareja D.

reunirse en México, el 10 de agosto de 1896. Aquella Convención se levantaría en la historia como una voz profética y su primera declaración –lo aseguraba en la intimidad– tenía que ser el reconocimiento de la independencia de Cuba. Se pedía la concurrencia de dos representantes por cada una de las Repúblicas y avisaba que tenía acreditado en Washington un plenipotenciario con instrucciones de facilitar la reunión para: “...Ensanchar las relaciones políticas y comerciales entre los dos países y ocuparse en dar a los intereses de ese continente, por medio de un Congreso Internacional, toda la fuerza de cohesión que han menester para la mutua prosperidad y grandeza de las naciones del nuevo mundo...” Y a las Cancillerías de América advertía que se debía llegar a “La formación de un derecho público en América, que, dejando a salvo derechos legítimos, dé a la doctrina americana, iniciada con tanta gloria por el ilustre Monroe, toda la extensión que se merece y la garantía necesaria para hacerla respetar”.*

IV EL TERROR

A la orilla del camino, por entre la espesa niebla, se alcanzaba a ver, de cuando en cuando, el movimiento de pequeñas ramas de cactus. Las bestias soplaban humo por las narices húmedas, levantando la cabeza ante la proximidad del abismo. En los pasos difíciles, se afanaban, inclinando los cuellos, por buscar el sitio más seguro donde afirmar los cascos. La vanguardia de la tropa gritaba y, entonces, de las últimas filas respondía una voz ululante de arriero.

Sólo algunas horas habían pasado desde que salieran de Quito. Ahora, en el páramo del Cotopaxi, la marcha cautelosa se hacía casi en absoluto silencio. Más que decir palabras, bisbisaban sílabas congeladas. Las mulas iban adelante, animales expertos en los senderos abruptos, con las riendas abandonadas a su instinto. Una que otra vez, se echaban los oficiales un largo trago de coñac en la garganta. ¡Maldito páramo helado! ¡Maldita arena! ¡Perverso viento acuchillado! Tenían los ojos ardientes y la piel del rostro apergaminado. Unos reían, sin saber por qué. Y otros, invadidos por una repentina tristeza, no respondían a las bromas ni celebraban el chiste más o menos obsceno que algún animador contaba con fuerte lengua de soldado.

No lo había pensado dos veces Alfaro, cansado de aquellas idas y venidas de los revoltosos. Él, en persona, ordenaría las operaciones. Su política de perdón y olvido no le había dado frutos. Desde que empezó el 1896, la policía descubría conspiraciones a diario. En el Norte, la paz nuevamente se había roto. El jefe supremo, entonces, nombró al coronel Manuel Antonio Franco, su viejo camarada de las campañas de Esmeraldas, Inspector General del Ejército. Franco era buen militar, de arraiga-

das convicciones ideológicas, pero no conocía otros medios de gobierno que el rigor. Su mano se descargó cruelmente sobre los conservadores. Habíanle ordenado que mantuviese la paz, y él la mantenía en la única forma que sabía hacerlo. Indignado por la agitación de los frailes capuchinos en Tulcán e Ibarra, dispuso la expulsión de los principales cabecillas. La comunidad entera pidió sufrir la misma pena; la desazón pública creció. Eran clérigos enérgicos, en su mayoría viejos carlistas españoles. Franco se encogió de hombros. Si quieren irse, pues que se vayan todos, tanto mejor. A la postre, logró la paz, pero sembró de odios su administración militar, que no podía dejar de ser política también,

Desde el 5 de enero, Alfaro había dispuesto trasladar el Poder Ejecutivo a la capital, lo que le obligó a cambiar Ministerio, pues algunos de sus Secretarios de Estado no pudieron viajar a Quito. Asumió el poder el 21 de enero, después de haber sonreído de gusto cuando recibiera una carta del general Joaquín Crespo, presidente de Venezuela. A sus amigos les daba a leer aquella carta. Crespo le felicitaba y después: "...Ya usted estará en conocimiento del interesantísimo proceso de nuestra cuestión de límites de Guayana con el gobierno británico, y del rumbo que viene tomando desde que, advertida la gran nación americana de los planes ulteriores del Gabinete inglés, creyó contribuir al resguardo de sus propios intereses, prestándonos su generoso apoyo en la defensa que hacemos de un derecho que, al ser violado, sus consecuencias no afectarán tan solamente a Venezuela, sino también a las demás naciones... Le envió el diploma de primera clase del Busto del Libertador y la joya correspondiente... Incluyo a usted cancelado el vale que otorgó a mi favor el 18 de marzo de 1893; y le llamo la atención sobre la nota que lleva al pie... Escribame con frecuencia, pues hoy creo que es indispen-

* Somatén, ob. cit., págs. 688-689.

sable la comunicación entre nosotros y el cambio de ideas que persiguen un mismo fin...”

Aquel vale representaba la suma de quinientos mil bolívares. Lo había firmado y entregado al general Crespo a cambio de la autorización para girar a su cargo por esa cantidad para los gastos de la expedición al Ecuador. Al vencer Alfaro, debía devolver el préstamo, igualmente que lo erogado bajo su garantía en favor de la revolución liberal colombiana, si ésta fracasara. Crespo ahora le condonaba la deuda ¿Cómo podía Alfaro abrigar dudas acerca de la unión colombiana, de los más vastos planes americanos, si todos ellos estaban entonces sustentados por la ideología de la libertad?

Y los quehaceres diarios y la incompreensión de los compatriotas tirándole hacia el gasto de sus fuerzas. Sólo cinco días después de haber trasladado el Gobierno a Quito, una manifestación popular había llegado a sus ventanas a pedirle la expulsión de los frailes extranjeros. Usó de harta sagacidad para calmar los ánimos y convencer al pueblo de que el gobierno tomaría las medidas más convenientes. Y si entonces no complació la exigencia, dos meses más tarde expulsó a los salesianos. El ambiente se cargaba de malestar. Y si la frontera con Colombia era motivo de continua preocupación, por el Sur, Reynaldo Flores, desde Lima, proyectaba expediciones revolucionarias. El general Veintemilla, entonces en el Perú, hizo cuanto estuvo a su alcance por destruir los planes de Flores, y ofreció tomar las armas. Empero, de los afanes floréanos sólo resultó una pequeña guerrilla, destruida en Cajanuma.

Era en el Norte que la situación llegó, en cierto momento, a ser peligrosa. En la frontera colombiana, el incorregible obispo Schumacher, en traje paisano, con botas, casco y sobretodo de caucho blanco, exhortaba a las tropas. A fines de mayo, entra-

* Somatén, ob. cit., pág. 700.

ron al suelo patrio. Prisiones políticas hubo en Quito y algunas de eclesiásticos. Jóvenes liberales de Quito y Guayaquil pidieron combatir. Frente a la casa donde vivía, aun en Guayaquil, doña Anita, el pueblo, en conmovedoras palabras de adhesión, le prometió salir a campaña. Doña Anita, en el balcón, con los ojos reventados de lágrimas, agitaba su pañuelo. Los vítores la confundieron. Aquellas miles de voces gritando su nombre y el de su Eloy le pusieron en el alma muchas cosas que no había conocido, y advirtió, entonces cómo era de maravilloso turbarse las entrañas por el amor de un pueblo entero.

La burguesía tampoco hubiera permitido la regresión: bancos y comercio reunieron medio millón de pesos y lo ofrecieron a Alfaro.

La campaña del Norte fue breve: el coronel Rafael Arellano, comandante en jefe, y su hermano, el coronel Nicanor Arellano, en un combate de cuatro horas en los barrancos de Cabuyo y Cayalés produjeron el desastre de los curuchupas. Federico González Suárez, entonces Obispo de Ibarra, escribió a Alfaro: "...Para mí no hay colores políticos, porque mi única política es el amor sincero a la Patria. Ruego que los prisioneros de guerra sean tratados con los miramientos que exige la civilización cristiana..." En mayo 30, respondió Alfaro: "Mis fuerzas suelen tratar siempre a sus enemigos prisioneros como a reos sagrados con amor y fraternidad; y aun cuando estoy persuadido de que así se los tratará ahora... recomiéndolos hoy... La voz de S.S. lima. en favor de la humanidad será siempre debidamente atendida, mientras ella sea el eco de los sentimientos de un digno y bondadoso prelado como lo es S.S. lima. Su amigo y compatriota".*

En Cuenca también se conspiraba al mismo tiempo. Cierta noche, fueron sorprendidas en la casa parroquial de San Blas setenta personas, deliberando y con armas. Los dispersos, que pudieron fugar, se reorganizaron en Gualaceo, pasaron a Paute y tomaron hacia el Norte, donde se unieron a los sublevados del Centro de la República, que venían derrotados por los generales Morales y Plaza en Huerta Redonda, cerca del río Chambo.

El general Morales era ministro de Guerra. Le acompañaba el coronel Pedro Montero, jefe de la caballería, hombre mestizo de valor extraordinario. Había sido soldado en la campaña contra Veintemilla en 1883, revolucionario de los primeros antes del 5 de junio, y de aquéllos que en Yaguachi asaltaron al presidente Caamaño. Peleó en Gatazo. Y seguía a Alfaro con una lealtad a toda prueba. Con aquella misma fuerza, marchaba también el coronel Gerardo Paredes, hermano de doña Anita. Pocos días más tarde, los conservadores sufrieron nueva derrota en Sicalpa.

En el despacho presidencial, en sus habitaciones, a cualquier hora, Alfaro recibía noticias de la campaña. Mediaba el mes de junio. Tropas de Guayaquil viajaban a Quito, portando valijas y dinero. En el desfiladero de Monja Corral fueron sorprendidos por los hombres del coronel Vega, que venía al mando de los prófugos de San Blas. Seis horas resistieron los liberales, hasta que se derrotaron: perdieron el dinero, un cañón, fusiles, municiones...

Era imposible gobernar con aquellas montoneras, que tan pronto estallaban en el Centro, como en el Norte o el Sur. El 18 de junio, el coronel Otoya avistó a las fuerzas de Vega en Combate: al caer la noche las venció. Pernoctó luego en la hacienda Tanquis, y al amanecer viose cercado con fuerzas superiores y refuerzos que recibieran los contrarios. Los jefes y gran número de tropa cayeron prisioneros, debido a la imprevisión de Otoya. Vega, triunfante, retomó al Azuay, porque temía la llegada de nuevas fuerzas liberales, y los sublevados del Centro marcharon a tomar posiciones en los alrededores de Chimborazo, Tungurahua y Cotopaxi.

Y el 22 de junio, Alfaro se había puesto en marcha. Horas antes, le visitó el Arzobispo para pedirle la libertad de cinco jóvenes, sus

* Somatén, ob. cit., págs. 750-751.

sobrinos, que estaban acusados de conspiradores. Accedió y salió de Quito.

En cuanto descendió al páramo del Cotopaxi, aceleró la marcha. Pocos días después, estaba en el río Chambo. Allí el primer combate. El puente, destruido. Unos palos sobre el río. Sobre ellos pasó. Algunos hombres cayeron y fueron arrastrados por la veloz corriente. Pero el enemigo se derrotó. El mismo día, 3 de julio, el general Plaza triunfaba en Quimiag, Pulculpala, Valcashi y otros pequeños pueblos, y rescataban a los prisioneros de Tanquis.

De regreso en Riobamba, decretó el indulto a los revolucionarios, exceptuando a los cabecillas, y telegrafió al Consejo de Ministros: “Los generales Plaza y Morales... han sido los héroes de la jornada...”.* La fiebre que tenía por gobernar no le dejaba ver que debía ser inflexible. Y otras montoneras, entre cuyos jefes había cinco frailes, atacaron y tomaron Latacunga y Píllaro.

—Anda, Placita y véncelos.

Y Plaza los venció en Santo Domingo.

En Quito estaba ahora el coronel Manuel Antonio Franco, el hombre en cuya energía Alfaro tenía más confianza. Era la primera autoridad militar y gozaba de plenos poderes. Pronto se llenó el panóptico de presos. Algunas guerrillas en las proximidades de la ciudad dieron el motivo. Ordenó que aquéllos que no querían entregar sus armas fueran apaleados. El látigo fue el instrumento investigador. En la cárcel de Santa Marta encerró a dos señoras acusadas de haber participado en la conspiración. El odio envenenó esos días a Quito. Palo y látigo, ningún respeto por ningún derecho... ¡A ver si así entendían!

Le denunciaron que el joven periodista, Víctor León Vivar,

* Robalino Dávila, ob. cit., págs. 138-139 (Tomado del n.º 89 de “La Ley”, del 8 de agosto de 1903).

que había sido cabecilla de algunos insurgentes, estaba oculto en Quito. Supo señas y pormenores y le mandó a prender. Vivar resistió con su pistola, hasta que no pudo más. Franco, que aseguró saber que el detenido conspiraba contra su vida, ordenó su fusilamiento. Después de la media noche, un oficial lo llevó al cementerio de San Diego. Aquella noche no habría de borrarse jamás del recuerdo de los habitantes de Quito. El cementerio, arrinconado entre los cerros, blanqueaba contra las sombras. No llegaba el alba, y cómo tardaba... Vivar caminaba en silencio. Entraron. Le soltaron y ordenaron que avanzara. Vivar no dio un paso. Los fusiles le apuntaron a boca de jarro.

—¡Andando! ¡Andando, desgraciado!

Empezó a caminar de espaldas. Orillándole los ojos como un animal encandilado. Posó la derecha en una tumba y dio la vuelta, cauteloso, huidizo, lento. El silbido del fusil hízole agazaparse: no fue herido. Un temblor absurdo se apoderó de su cuerpo entero. No era cobarde. Había luchado a la vanguardia de los sublevados, y más de una vez se jugó la vida con risas altaneras en los ojos. Pero aquella cacería entre las tumbas... Acosado, así, como un jabalí... Inclino, entonces, en un supremo esfuerzo la cabeza, y corrió... Los disparos rebotaban contra la piedra y reventaban la cal de las bóvedas. Cayó una vez, pero se enderezó. Sin lengua, sin pecho, sin ojos, sin manos, sin miembros que le sostuvieran, se arrastró entre los muertos... Los últimos tiros lo dejaron inmóvil, boca arriba abriendo y cerrando las manos.

Alfaro, que no se hallaba en Quito, guardó silencio cuando supo el fusilamiento de Vivar sin fórmula de juicio. Una sombra trágica cruzó sus ojos: era el destino de sangre que empezaba a cumplirse. Franco logró sus deseos: produjo en la capital el pánico que quería El Consejo de Ministros, en ejercicio del ejecutivo por ausencia del Jefe Supremo, deliberó por convocatoria de su Presidente, Hornero Moría, ministro de Obras Públicas y Encargado del de Guerra, y quien había ordenado de inmediato

a la Comandancia de Armas de la Provincia la instrucción del correspondiente sumario. Moría pidió la suspensión de Franco de su empleo de Comandante en Jefe del Ejército del Interior: votaron con él los subsecretarios de Estado José Julián Andrade y Manuel Tama; contra la destitución, pero en favor de la instrucción sumaria. Francisco J. Montalvo, ministro de Relaciones Exteriores, Serafín Wither, de Hacienda, y José de La Pierre, Subsecretario del de lo Interior y Policía. Continuó el general Franco en sus funciones. Moría renunció al Ministerio y la Presidencia del Consejo: "...el rechazo de la proposición para que suspendáis de su empleo al señor general Franco mientras se sustancie el juicio... indispensable para asegurar la imparcialidad... de los procedimientos manifiesta que no hay en el seno del Consejo unidad de miras, y no habiéndola, mi presencia en el Gabinete es rémora, etc".* El subsecretario de Estado Leonidas Pallares Arta hizo lo propio. Y Manuel Tama, en términos de enérgica protesta: "Señores Ministros de Estado: Vuestra conducta vacilante, como inspirada por el temor o el miedo, en presencia del inaudito crimen perpetrado por la fuerza pública el 6 de los corrientes en esta capital (agosto 1896)... sois deplorablemente incapaces para contener los atropellos, escándalos y vejaciones del militarismo imperante... En efecto, el titulado Comandante en Jefe... cuya crueldad y perversión moral habéis conocido y disimulado más de una vez... Delante, pues, de sucesos tan escandalosos, cuya responsabilidad os pertenece... juzgo que sólo haciéndose partícipe o encubridor del mal y los malhechores se puede seguir con vosotros colaborando en el Gobierno que se ha envilecido y encanallado... En tal virtud, renuncio de modo irrevocable al cargo... con que el Jefe de la Nación le plugo distinguir y honrar mis escasos merecimientos, mi ardiente amor a la Patria y el odio y el rencor que profeso a la tiranía".*

La Corte Suprema de Justicia y el Concejo Municipal de Qui-

* Somatén, ob. cit., págs. 753-754.

to elevaron sus públicas protestas. Y el joven coronel Pacifico Gallegos, primer jefe del Batallón n.º 1, se separó del servicio de las armas, que juzgó deshonradas por el atentado.

Por su parte, Franco se defendió. Importa reproducir parte de su comunicación del 9 de agosto al Presidente del Consejo de Ministros: “El carácter de vandalaje... que tienen las diversas partidas de gente armada en varias de nuestras provincias. . cometiendo toda suerte de crímenes y atropellos, tiene de tal manera alarmados a los ciudadanos honrados, trabajadores y pacíficos, que por doquiera la sana opinión pública reclama... medidas salvadores... En tal virtud, y ateniéndome al espíritu y la letra del decreto que con fecha 4 de julio del presente año expidió el señor Jefe Supremo... y cuyo artículo único dice así: “Los derrotados en las jornadas de Quimiag, Casahuico, Puculpala y Chambo quedan indultados incondicionalmente, con la excepción de los cabecillas” (subrayado de Franco), había resuelto asumir una actitud enérgica con todos aquellos que capitaneasen partidas de montoneros, las formasen o las fomentasen... Tuve conocimientos de que del campo... se había dirigido hacia esta ciudad el cabecilla Víctor L. Vivar, con el propósito de estudiar el estado de nuestras tropas, procurar defeccionarlas por medio del soborno, acaparar dinero, armas y municiones para fomentar montoneras, y, por último, llevar a término un plan de asesinato contra mi persona, como consta de las diversas informaciones adquiridas por la policía y por mis agentes especiales... Vivar no podía, pues, ser considerado sino como a cabecilla de montonera, y de los más pertinaces; y si a esto se agrega la misión que trajo a Quito, que lo ponían en el caso de un espía que, en plena campaña, se introduce en plaza enemiga, usted comprenderá, señor Presidente, que al lograr capturar como capturé a pesar de que se resistió hasta el extremo de hacer fuego sobre la fuerza pública, al mencionado Vivar... ordenase ipso facto que... fuese pasado por las armas; con tanta mayor razón cuanto que, por los papeles que se le ocuparon, se venía en conocimiento de que ya había realizado

algunos de sus propósitos, dejaba preparados para que se efectuasen otros, y se proponía en la misma madrugada regresar a revienta cincha al campo de los montoneros, para lo cual toma sus precauciones a fin de cambiar oportunamente de caballería... En mi calidad de Comandante en Jefe... pesa sobre mí... la responsabilidad de los hechos de armas... y estoy en el imprescindible deber de procurar que desaparezcan las causas que, a cada paso, obligan a nuestro ejército a combatir, sin que las victorias que obtienen sean eficaces para la pacificación del país... En la conciencia de todos está que el perdón y el olvido han dado resultados contraproducentes, pues los bandidos de hoy son los perdonados de ayer. El señor Jefe Supremo, con tal motivo, invocó el lema de severa y estricta justicia, y, por consiguiente, tratándose como se trataba... de un antiguo cabecilla y de un espía en campaña la ley marcial me obligaba, en cumplimiento de mi deber, a proceder como he procedido, y como estoy resuelto a proceder en todos los casos análogos que se me presenten mientras ejerza la jurisdicción militar que hoy ejerzo”.*

¿Decía verdad Franco? ¿Era indispensable tanta dureza para pacificar el país? ¿La política de perdón y olvido había en realidad fracasado? Alfaro, hosco, no quería hablar con nadie de Franco y de Vivar. Su buen humor habitual había desaparecido en esos días. Además, todo conspiraba para ensombrecerle. En Cuenca se había capturado a un jefe de la avanzada conservadora, llamado Guillen, y habíaselo fusilado, siendo jefe de la guarnición un oficial a quien estimaba, el coronel Belisario Torres. Luego, el coronel conservador, Antonio Vega había atacado, y, con la cooperación de los habitantes de Cuenca, que lucharon desde los tejados y las torres de las iglesias, vencido fácilmente a Torres y hécholo prisionero. Alfaro se trasladó a Guayaquil.

—¡Ave María, barajo! —había exclamado, recobrando el humor. Y se puso a organizar un fresco ejército de montubios.

La noticia llegó a Cuenca como la aparición de un cometa ante los ojos pasmados de los campesinos: era el presagio de la

catástrofe. El coronel Vega, que había sido generoso y noble con los vencidos, procuró tranquilizar a la población, pero ¿quién hubiera podido vencer aquel sentimiento de santo horror, mezcla de heroísmo y de pánico?

Procesiones diarias marcharon por las calles de Cuenca. Frailes, mujeres, hombre, niños, todos recogidos, rezando en altas palabras sus temores. Por las noches, las voces lúgubres se elevaban en el silencio, entonando cánticos y letanías.

—¡Del indio Alfaro, líbranos, Señor!

Los frailes mascullaban sus latines. Las campanillas sonaban como cuando iban a administrar los últimos sacramentos a los moribundos. Pálidos faroles viajaban, a lo lejos, entre el aire negro y frío.

—Kyrie eleison! Kyrie eleison! Kyrie eleison! ¡Del indio Alfaro, líbranos, Señor!

Eran cientos, eran miles de sombras, los masculinos cuellos cruzados arriba, las mantas dejando afuera sólo los ojos brillantes, las manos portando la cera mística con la pantalla protectora de papel. ¡Ay la ciudad tranquila y dulce de los cuatro ríos! En las casas se andaba de puntillas, bisbisando promesas de morir en el martirio, y los hombres habrían de probar a las doncellas el denuedo tradicional de sus mayores.

El cántico solemne se levantaba como una columna hasta el cielo apagado. Los rosarios colgaban, balanceando crucifijos de plata. Después, ante el misterio de la iglesia envuelta en mirra, los fieles, de rodillas, se golpeaban el pecho.

Guayaquil se levantó de entusiasmo. Acudieron voluntarios, los mismos que se lanzaran a las calles el 5 de junio. El grito de viva Alfaro conmovió a la ciudad. Cuando tuvo la tropa necesaria, se embarcó hacia la provincia de El Oro. La muchedumbre llegó hasta los muelles, clamando, atropellándose por ganar un puesto. Se hundieron los muelles de balsa. ¡Atrás!, era la orden que se repetía con las gargantas broncas. Los pequeños buques,

repletos de hombres, estuvieron en peligro de naufragar. Desde la borda, Alfaro contemplaba a su pueblo, con los labios ajustados. Había prometido triunfar.

Desde la provincia de El Oro empezó la marcha. Ciénagas, bosques, desfiladeros, caminos de herradura, brava montaña montubia, fueron veintidós días de penalidades. Las montañas grises, en la lejanía, envueltas en bruma, esperábanlos como una inmensa boca oscura. Trepaban. Los indios iban adelante, mostrando el camino, conduciendo las bestias por los pasos más difíciles. Los montubios, con los labios morados y los ojos rojos, temblaban de frío. Los negros de Esmeraldas pelaban los dientes en un canto ondulante y largo: traían la selva en su voz de ritmo prolongado. Raciones de aguardiente pasaban de boca en boca. En las noches, arrimados a las fogatas, dialogaban de la tierra que quedaba distante.

Un día, recibió Alfaro nuevas de los espías. Indios, que, a sus preguntas, respondían con los labios silbantes.

—Si, amu Alfaro.

El enemigo se había posesionado de las alturas inexpugnables de Portete, donde Sucre, en 1829, batiera a los invasores peruanos. Reunió su Estado Mayor. El viejo luchador no entraría en aquel desfiladero. Mandó avanzadas. Destacó al coronel Ulpiano Páez, para que debilitara las líneas enemigas con falsos movimientos. En tanto, Alfaro, con el grueso del ejército, daba un rodeo sigiloso. Avanzadas conservadoras fueron derrotadas en Lircay, Lenta y Girón. Al comienzo de la gran llanura de Portete, en la hacienda Irquis, el coronel Pedro Montero había tenido éxito con la caballería. La vanguardia iba dirigida por el propio Alfaro. En Irquis esperó que se incorporase todo el ejército. En la media noche, vio desfilar a sus hombres: exhaustos de fatiga, con el fango a la rodilla, agobiados por la marcha entre senderos de cabras y por el filo de los abismos.

El 22 de agosto, en las alturas de Cullca, el coronel Vega esperaba. ¡A desalojarlo! Un oficial contrario se pasó con indicaciones precisas. El mismo Alfaro indicó, ocultas las manos bajo

el poncho, levantando la tela, los sitios del ascenso. Esguazar un torrente, pues el puente había sido destruido, y seguir no más. Empezaron a trepar los primeros batallones. Alfaro miró hacia las cumbres. La marcha había sido un éxito. La estrategia matemática del rodeo, obligando al enemigo a presentar batalla en otras posiciones, acosándole para que abandonase la fortaleza natural, todo eso, sí, estaba muy bien, había sido magnífico. Pero ganar esa cumbre ahora... Era el paso indispensable. Miraba con el antejo cómo caían y se levantaban los hombres, inundados, luchando primero contra el agua y después con las breñas. Muy pronto sintió encenderse la batalla. El batallón Esmeraldas iba en avanzada. El coronel Manuel López Arteta, uno de sus jefes, dio un salto y se desplomó. El coronel José María Concha, hirviéndole la misma sangre de Vargas Torres, espada en mano, lanzó un grito:

—¡A machete! ¡Arriba esmeraldeños!

Los negros saltaron como locos. Acometida bárbara, resistida heroicamente. Anchas las bocas bembonas, blancos los dientes apretados, la piel brillante y temblorosa como la de los caballos en celo, desgajaban cabezas igual que racimos de plátano en la montaña. La tierra se empapó en sangre. Se abrieron de horror aquellos ojos moribundos. Eran demonios con la muerte en el filo de esa arma que no sabían manejar los serranos. Eran demonios de fuerza descomunal, de manos inmensas, de brazos de piedra negra como el basalto de los volcanes. Parecían brotar de las llamas perversas. Y con esa voz de tambor selvático que les rompían los sentidos:

—¡Ahaaaaaáaaa! ¡Ahaaaaaáaaa!

Ululantes, ágiles, trepaban como monos. De nada servían las balas, porque ni uno solo se detenía sobre los cadáveres de los camaradas. El coronel Concha avanzaba al frente, disparando su pistola con la izquierda, la hoja de la espada en remolino sobre

* Somatén. ob. cit., pág. 744.

su cabeza. Los negros lo querían. Y al verlo así, alegres danzantes de horror, lo vivaron:

—¡Viva el niño José María!

Cuando la confusión del enemigo fue colmada, Alfaro ordenó retirar al batallón Esmeraldas, y entró con la artillería. No había más que un paso, y ahora debían actuar los cañones. Los valientes hombres de Vega se rehicieron al ver retroceder a los negros, pero ya era tarde: las líneas estaban rotas y los cañones de montaña terminaron la resistencia. Las fuertes posiciones eran abandonadas, pero dando cara, en buen orden. El batallón Guayas les flanqueaba el ala derecha, mientras el grueso del ejército acometía de frente contra las trincheras. Hacia las tres de la tarde, el ejército liberal avanzaba combatiendo hasta los suburbios de Cuenca, donde se refugiaron los enemigos. Tres batallones se adentraron por las calles: ahora el combate se hizo de casa en casa, de puerta en puerta, de metro en metro. Desde las torres de las iglesias, desde las ventanas, desde cada tapia, el enemigo y los habitantes de la ciudad se defendían. Los jefes pidieron a Alfaro que emplease la artillería. Se negó, porque no quería destruir la ciudad.

Y no se rendían los conservadores. Obscurecía ya. A las siete de la noche, la cometa mandó suspender fuegos. En la línea del “Cebollar” permanecieron las fuerzas de Alfaro hasta la madrugada. Volvieron a pedirle que utilizase la artillería. Era indispensable. Hasta las mujeres peleaban desde los balcones, parapetadas entre los muros de ladrillo o tras del mármol rosado de algunas casas. Si no tenían armas, vaciaban enormes pailas de agua hirviendo sobre los herejes.

Alfaro tuvo que convencerse: a los primeros cañonazos, las tropas liberales se abrieron paso. Con el fusil a la bandera, corrían agazapados y haciendo fuego. Desde la torre de una iglesia, una ametralladora mantenía a raya a los asaltantes. Alfaro llamó a un oficial:

—Comandante Rugel, a tomar esa iglesia

Rugel picó espuelas al frente de sus hombres: muchos caye-

ron acribillados por los rápidos tiros. Regresó.

–Te he dicho, Rugel, que tomes esa iglesia.

–Está bien, mi general.

Rugel era un valiente. Pero aquella máquina le mataba a sus hombres por decenas. Hizo un nuevo intento. A mitad del camino, se detuvo.

–Mi general, es imposible: nos despedazan. Alfaro arrugó el entrecejo y le clavó los ojos fríos en medio de la frente. Tiró las riendas del caballo. Temblaron los belfos del animal. Clavó de un golpe rabioso ambas espuelas y partió a la carrera inclinando la cabeza sobre el cuello del caballo. Debajo de la torre, fuera ya del ángulo de tiro, saludó con su blanco sombrero manabita. Luego, hizo caracolear al animal, que giró en redondo sobre sus patas traseras y retomó junto a sus hombres.

–Estas cosas se hacen así, Rugel.

No dijo más. Encendido el rostro de rabia, el comandante Rugel se lanzó furiosamente, entre los gritos de ¡Viva Alfaro!, que le azuzaban. La iglesia fue tomada.

Un cuarto de hora después, a las once de la mañana de ese 23 de agosto de 1896, la batalla terminó.

En telegrama al Consejo de Ministros, del 29 de agosto, Alfaro decía: “...Ayer recorrí a caballo las calles de la ciudad acompañado de un solo edecán y con sorpresa agradable oí a muchas de las gentes del pueblo... dar vivas entusiastas... Verdad es que todas ellas esperaban la muerte y el exterminio... en vez del generoso perdón... Las armas las entregan sin resistencia. Por los campos vagan muchos dispersos armados que no se muestran hostiles y que terminarán por acogerse al indulto que decreté inmediatamente después de la ocupación...”.*

Pero las cosas después sucedieron de otro modo. Alfaro fracasó en su gestión de paz. Por eso, llamó al coronel Franco de Quito: la atmósfera de la capital le era irrespirable después del fusilamiento de Vivar, y en Cuenca necesitaba de su energía. Le

designó comandante general de Armas en el Azuay. Mano dura requería aquella región de valientes conservadores. Mano dura les daría.

Franco se impuso. Ni odio ni venganza de los perseguidos le importaron. Azotó. Encarceló. Envió presos a Quito para que fueran encerrados en el panóptico. Dio de bofetadas a un fraile que osó rebelársele. Cuenca había sido siempre noble en sus luchas: no merecía tal amo. La región azuaya, de todas suertes, quedó en silencio.

El 25 de agosto un motín se produjo en Quito: habíalo provocado el rumor de que los franciscanos serían expulsados del país. La policía quiso reducir a los manifestantes: el intendente recibió una pedrada que le hizo rodar del caballo. Entonces, descargas al aire y después qué hacer, al bulto.

La prensa conservadora no cesaba de atacarle. Cierta día, ya en Quito, un desfile de damas llegó a sus puertas a protestar porque afirmaban que la expulsión de ciertos clérigos se haría muy en breve. Le insultaron. Alfaro ordenó cerrar las ventanas, se revistió de paciencia, tomó asiento muy cerca para oír bien lo que decían y las dejó hacer. Cayeron piedras contra su balcón. Las voces femeninas, chillonas, no se cansaban:

—¡Verdugo! ¡Verdugo masón!

—¡Indio malvado! ¡Verdugo!

Había tanta obra por hacer. Tantas cosas empezadas. Desde el

* Así lo llama Robalino Dávila. ob. cit., pág. 166.

** Somatén, ob. cit., pág. 558 (Noviembre 20 de 1895).

*** Somatén, ob. cit., pág. 560.

mes de febrero, una comisión de abogados revisaba los Códigos Civiles y Penas y el de Enjuiciamientos, para adaptarlos a las reformas. En marzo, había ordenado la suspensión del pago de la Deuda Externa, hasta llegar a un acuerdo equitativo y honroso con los tenedores de bonos. En abril, concedió sumas de dinero a los deudos de liberales ilustres, Montalvo el primero. Desde los primeros meses del año, la canalización de Guayaquil había sido declarada, por decreto, obra nacional. Y al mismo Juan Benigno Vela, que había combatido su nombre antes del 5 de junio, le pidió que redactase el proyecto de una constitución política. Mejoró los sueldos de los empleados públicos. Dispuso que los extranjeros nacionalizados pudieran ser concejeros municipales. Hizo iniciar los estudios para la construcción de su sueño: el ferrocarril de Guayaquil a Quito. Proyectoó la construcción de un dique seco en Guayaquil, el cultivo de la agave, la repoblación forestal y, previendo el problema que tenía con su ejército, comenzó a disponer lo necesario para que los militares en retiro ocupasen los terrenos baldíos del país. Estableció el patrón oro de la moneda, corrigiendo la anarquía de la hacienda pública y sorprendiendo con sus conocimientos y consejos a los mejores expertos. El mismo, con gran pericia, redactó leyes, reglamentos, reformas hacendarías. Era un nuevo Alfaro que no conocían. Estaban atónitos al escucharle y al leerle, y ya nada más tenían que hacer sino someterse. Entre una y otra revolución, construía. Sólo que el tiempo se le escapaba como un truhán regocijante y malévolo.

El 14 de septiembre de 1896, desde Guayaquil, convocó a la Convención Nacional para el 9 de octubre. Acaso el ordenamiento jurídico le daría la paz tan anhelada.

Empero, ni sus tenientes ni sus enemigos comprendieron sus esfuerzos. El liberalismo pasó horas cruciales, de tremendas pruebas: señal de valentía era ser anticlerical y burlarse de la iglesia. La rebeldía de los frailes y la intervención de clérigos extranjeros atizaban el fuego. ¿Rezar? Una vergüenza, indigna de un hombre con los pantalones bien puestos. Pasaba que

muchos hombres, muchos oficiales, habían ascendido desde las últimas filas hasta los altos grados, ganados en combate. Alfaro, como Napoleón, como Bolívar, estaba creando una nueva clase dirigente: la de sus oficiales. No alcanzarían el poder, más que como instrumentos, claro está. Pero eran díscolos, soberbios y odiaban a los curas. Frente a hombres de tan clara inteligencia, como Julio Andrade, entre los militares, como Abelardo Moncayo, entre los civiles, se levantaba un montón de aventureros. La alfarada era así: buena, santa y perversa. La clerofobia llegó a ser enfermedad peligrosa. En los pueblos, después de los combates, se encontraban imágenes sagradas envueltas en trapos rojos o acribilladas a tiros de fusil. Mataban a Dios en efigie. Borrachos, jactanciosos, machismo rudo y machetero. Cierto que los clérigos provocaban. El mismo arzobispo de Quito, Rafael González Calisto, que fuera llamado por Alfaro a una conferencia de paz, había proporcionado, sin embargo, su imprenta para los ataques al gobierno en el periódico “La Ley”. Y un día la soldadesca y algunos civiles “come curas”, como les decían, habían asaltado el palacio arzobispal, destruido la imprenta, y forzado las habitaciones del prelado.

Cortinajes y jarrones fueron hechos pedazos al grito de ¡Viva Alfaro! Libros y papeles, por la ventana, al patio, a quemarse. El arzobispo imploraba la misericordia divina.

—¿Te acuerdas de cuando dijiste que Alfaro era un demonio? Ahora las vas a pagar todas juntas.

Simularon un Consejo de Guerra. Una voz aguardentosa leyó la sentencia: era de muerte.

—Pero si yo no he dicho nada, señores, nada... Lo juro por la Santísima Virgen.

Grandes risotadas. Conversaron en voz baja después, y por fin hablaron:

—Te podemos perdonar, pero tienes que arrodillarte y gritar ¡Viva Alfaro!

A gritar ¡Viva Alfaro! o te fusilamos. ¡Anda a coger ahora las palmas del martirio!

Se acercó, musitando una oración. De rodillas, alzó la voz como un ruego débil:

–Hágase la voluntad divina... ¡Viva Alfaro! Alfaro ordenó una investigación para castigar a los culpables. Poco le fue dado hacer, en verdad: la revolución cumplía su destino, y la crueldad era un elemento que vivía en el fondo de todas las pasiones como una bestia agazapada.

Mas la guerra del clero contra la revolución liberal, continuaba en todos los frentes. Y “el manso señor González Calisto”^{**} prohibía la lectura de “Los Siete Tratados”:

“Nos... mandamos y ordenamos al venerable Señor Cura de Vasa que explique al pueblo... los efectos de la excomunión... Leerá y fijará en la puerta de la Iglesia esta nuestra conminatoria, por medio de la cual mandamos que en el término de 8 días se entreguen las mencionadas obras, al señor cura de Vasa: y si no lo hicieren... el mismo Señor Cura recibirá una información jurada acerca de las personas que tienen la dicha obra, y, con vista de ellas, los declararemos excomulgados...”^{**}

El periodista de “El Pichincha”, al comentar la conminatoria del arzobispo, hizo esta horrible profecía que habría de cumplirse en 1912: “Hoy se prende la hoguera con libros: mañana le darán pábulo la propia carne de Alfaro y de sus partidarios”.^{***}

EL INCENDIO GRANDE

No podía gobernar desde un caballo. Los cañones no le producían más que muertes, y con los muertos bien poco podía hacer. El milagro de la esperanza no le regalaba todos sus frutos ni el otro milagro del pueblo en armas le ofrecía el pleno sustento que necesitaba dar a su vez. Los soldados se habían batido bravamente. Había podido atravesar los Andes con ellos, cruzar sobre los abismos, sobre los ríos de presta corriente, sobre las llanuras desiertas, por las montañas cálidas, por los desfiladeros y las emboscadas Pero no podía gobernar desde un caballo ni con el silencio que dejaba la metralla

Estaba triste La desolación de la guerra manteníalo en incertidumbres. Si hasta el cuerpo le pesaba con aquellos dolores en los dedos y en los tobillos hinchados. Se incorporaba despacio, oyendo cómo crujían sus huesos. Entonces, bajaba a la costa, en busca del calor para su reumatismo y del otro calor de doña Anita para reverdecer el alma desértica. En aquellas horas graves, leía el Nuevo Testamento, saboreando los versículos rítmicos e inundándose el espíritu con las parábolas y las profecías.

Debatiéndose así, el resultado de su más alta gestión internacional: la reunión del Congreso de las repúblicas americanas le había sorprendido en la campaña de Cuenca. Su carta a la Regente de España no había sido respondida.

—Sólo quise cumplir con mi deber de americano —dijo—, Me apena que el Ecuador no sea un país fuerte: se habría escuchado su voz.

Después, la diplomacia del interés a tanto alzado le destruyó su congreso. A pesar de los días turbulentos de la guerra civil,

no cejó en su idealista empeño. Cuando leyó la respuesta de Washington supo que había fracasado: los Estados Unidos concurrirían sólo si todas las otras naciones lo hicieran. ¿Es que entonces, los Estados Unidos, en pleno crecimiento imperialista, hubieran permitido que otros pueblos participasen en la interpretación de la doctrina Monroe? El primer Congreso Panamericano se había reunido el 1 de octubre de 1889, en Washington, ocho años después de la invitación del Secretario de Estado, James Blaine. Dieciocho naciones asistieron: las dieciocho emplearon el tiempo en discusiones acerca de pesos y medidas, reglamentaciones consulares... La América Latina adquiriría fisonomía de comprador. Y muy claramente se había hecho entender entonces que la situación de los Estados Unidos como la principal potencia del Nuevo Mundo bien podía acordarle a su Gobierno el derecho de hablar con voz autorizada para aplacar discordias entre sus vecinos.

Nada de esto era parejo al ideal de Bolívar. La memoria del Libertador era la antítesis de la política internacional americana de esos días. Y si un loco de sueños había osado levantar del olvido la casi derruida arquitectura espiritual de América, nada más fácil que hacer más honda y más aislada la sepultura abandonada.

El Derecho Público de América nació como un deseo, como una voluntad sin realización, en la época en que se empezaba a desarrollar la gran industria de Norte América. Las naciones de raíz hispana no poseían industria y no podrían crearla con éxito mientras la dependencia económica lo impidiese. Materias primas, nada más, regreso de la riqueza ya manufacturada, he aquí el destino asignado, “el destino manifiesto”.

El 10 de agosto de 1896, a pesar de que muchos países aceptaron la invitación, sólo se reunieron en México los delegados de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, México y Ecuador. Casi medio siglo más tarde, se hablaría de aquella reunión como de un precedente para la formación del derecho americano, aún hoy no estructurado. Entonces no tuvo

mayor importancia: se pronunciaron discursos y se acordó aplazar la conferencia por doce meses, cuyo término jamás se contaría. El Secretario de Relaciones Exteriores de México hizo notar que el fracaso sería análogo al del Congreso de Panamá, convocado por el Libertador. Junta de Delegados del Congreso Internacional Americano, ese fue el modesto nombre con que se llamó. Resultaba hartamente amargo ver cómo era de fácil destruir un puñado de ilusiones. Pero algunas voces maduras se oyeron en la oquedad de esos días: entre ellas, la de Francisco Pi y Margall. El eminente republicano español pensó que nunca había sido más oportuna una conferencia como la convocada por Alfaro, cuya visión del porvenir de América le hacía comprender que la doctrina Monroe era estrecha para contenerlo, llamado, como estaba a grandes destinos, mientras en Europa se hacían cada vez menos posibles la paz y la democracia.

Al soñador le caían los guijarros de su torre en la frente. El país le estrechaba el sitio. Fue entonces cuando pensó en apresurar la consagración de la legalidad. Tal vez así obtendría la paz que daría apariencia formal a la pequeña nación que dirigía. Sólo que el precio era alto y no fue bien estimado. Alfaro, obligado por las condiciones internas del país, iba acaso a cometer el primer error político grave: sujetar el ímpetu de la revolución a la ficticia rigidez de las leyes, cuando aún el fruto hallábase en agraz. Ciertamente que sus convicciones doctrinarias le aconsejaban normar su gobierno en el cauce constitucional. Pero Alfaro no era un trepador de poder, como tantos otros, antes y después; nada más fácil, si tal hubiera sido, que remendar constituciones o forjar nuevas; así era la tradición del país y así continuaría por muchos años, despedazando dignidades y robándole al pueblo sus entusiasmos. Alfaro era la expresión de un movimiento histórico profundo de una auténtica revolución. El dilema le fue duro: arrostrar el conflicto armado y construir la nueva patria con sus soldados y con los jóvenes inexpertos; o ampararse en el sufragio legal y atraer así a su lado a colaboradores civilistas. Optó por lo segundo.

El 9 de octubre se reuniría en Guayaquil la Convención Nacional. Las elecciones se realizaron y fueron elegidos los diputados que candidatizara el Partido Liberal. No podía ser de otra manera ni oposición valedera se presentó. Habíase dispuesto que la mitad del tiempo sesionara la convención en Guayaquil y la mitad en Quito. Guayaquil poseía, entonces, la más alta categoría política: su burguesía progresista había hecho posible la revolución; y a más, nunca se estaba entonces seguro de lo que podía ocurrir en Quito.

Faltaban cuatro días. Los diputados de provincias habían llegado al puerto. La ciudad se preparaba a celebrar el día de la Independencia de Guayaquil, señalado también para la inauguración del Congreso. Los almacenes, abiertos durante la noche, iluminaban sus vitrinas con las luces agua verde de las camisolas del gas. Los empleados públicos se endeudaron con ávidos prestamistas. Los dependientes y los oficinistas privados gastaron sus ahorros y pidieron adelantos al patrón. Los ricos mandaron a limpiar los trajes de ceremonia, y no hubo dama que no se ocupase, de la mañana a la tarde, en las nuevas prendas que luciría en los bailes. Habían llegado de París grandes alfileres y plumas para los sombreros, encajes y miriñaques, enaguas de hilo de Escocia y corsés de cintura de avispa. Los peluqueros tuvieron trabajo en exceso. Y las madres se afanaron en imitar gorras marineras para que los niños, con vestidos nuevечitos, pudieran divertirse en el tiovivo.

A la media noche del 5 de octubre, las campanas empezaron a tañer. Campanas diminutas, vivas, sobresaltadas. Campanas lúgubres, inmensas, de las torres altas. Campanas de bronce y campanas de plata. Y la voz aturdida sofocante corriendo por las calles:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Din-dan... Din-dan... Din-dan...

En el mismo corazón de la ciudad saltó la llama. Los bomberos buscaron sus puestos de combate, en tanto se abotonaban la casaca a la carrera. Los bomberos eran el pueblo y la ciudad se

estaba quemando. Eran voluntarios. Luchar contra el incendio, honra y deporte de los guayaquileños. Las espirales negras y las espirales rojas se torcían por sobre los tejados. Soplaban viento sur y las llamas corrieron hacia el norte.

—¡Agua!

El guimbaete de las bombas sólo impulsaba lodo.

Cuando brincó el primer chorro de agua contra las inflamadas paredes de madera, era tarde. El Palacio de la Gobernación estaba separado sólo por una calle: se salvó por hallarse al sur, en el camino opuesto del que hacía, conducido por el viento, el incendio. Una manzana entera quedaba ya en esqueletos negros y rojizos. La hoguera saltaba sobre estos escombros. Cuchillos inflamados penetraban por el frente de las casas y asomaban la punta por la espalda. Sólo permanecían en pie, tristemente erguidos, algunos firmes puntales de guayacán, semicarbonizados: lo demás, se venía al suelo con un estrépito de gigantes coleópteros aplastados. Un techo de zinc, al rojo vivo, cruzó los aires. Los piloneros más hábiles le clavaron un chorro de agua en la mitad para dirigir su caída.

—¡Pampa a pampa y limpio a limpio!

Era el grito de guerra de un viejo sargento, con la voz repleta de aguardiente, que manejaba su pitón con elegancia de veterano. Mientras más borracho, mejor la faena. Ya no era una plancha de zinc: docenas pasaban por encima, aleteando como enormes pájaros lúgubres. Las mangueras serpenteaban, hasta que la presión del agua las ponía erectas. Los hacheros, en los sitios de más peligro, defendidos por cortinas de agua, descargaban golpe tras golpe, allá, trepados en las escaleras verticales, desgajando ventanas, destruyendo puertas, arrebatando al fuego su alimento. Era inútil: perdían la carrera. Descendían, entonces, medio asfixiados, para volver a trepar más lejos.

Gritos de auxilio, voces lánguidas y extrañas como las de las almas perdidas. Mujeres y niños despavoridos, llorando junto a los muebles y los atados de ropa, allí amontonados en la orilla del río. Y el fuego tragándose las casas, haciendo retroceder a

los fugitivos, más allá, más allá, siempre unos metros más de fuga...

Ninguna casa quedó habitada. Por entre el pánico de los moradores, los caballos de los soldados se abrían paso. Ciudad iluminada. Enormes nubes rojas envueltas en sí mismas. De minuto en minuto, en los claros distantes del cielo, se encendían reflejos como relámpagos: era cuando la hoguera levantaba los brazos.

Nadie advirtió la madrugada. El ruido del incendio subía y bajaba, bronco, silbante, agudo, todo a un tiempo revuelto. Las llamas se extendían por el suelo como un río en desborde o viajaban de cima en cima como cometas de espanto. Así, saltaron a la Plaza de San Francisco y así lamieron las torres de la iglesia, hasta que el fuego cubrió las esferas de los relojes. Las campanas se echaron a vuelo antes de morir. Después se descolgaron en una vorágine de voces metálicas. Transiluminado, como una pantalla china, quedó el templo unos minutos y se deshizo.

Chirriaban las ruedas de cincuenta carretas. Se hinchaban las gargantas de cincuenta soldados aurigas. Cincuenta latigazos silbaban a un tiempo, de segundo en segundo, sobre el lomo brillante de las mulas.

—¡Va a volar! ¡Va a volar!

Se acercaba el incendio al cuartel de artillería: las municiones y las armas eran conducidas en aquellas carretas fantasmas.

—¡Va a volar la artillería!

La multitud enloqueció. A su paso violento, se derrumbaron los rimeros de muebles. Se cruzaban los proyectiles igual que en la batalla. Estallaron algunas balas de cañón: muchos hombres de arrojaron al suelo, para levantarse luego y emprender la carrera hacia el norte. Empero, el peligro de las balas perdidas no fue tanto. Renació la esperanza; el fuego tendría que detenerse: los esteros del norte le cerrarían el paso. Ya allí estaban la sabana y el cerro para dar albergue.

A las ocho de la mañana, la iglesia de la Merced estaba ardiendo. Se caldearon de voces clamorosas los bronces, y el incendio pasó. Tres calles paralelas ardían. Pronto las llamas se

torcieron sobre los esteros: hervía el agua y se puso a brincar a cada madero que se sumergía. Otras vigas cruzaban los aires para ganar las orillas opuestas. ¡Pobres puentes románticos! Se desmenuzaron como las cerillas débiles.

Ya estaba en las mismas faldas del cerro Santa Ana. La iglesia de la Concepción, los depósitos de Aduana, el Colegio de los Sagrados Corazones, el templo de Santo Domingo, incrustado en la pendiente, todo se fue acabando. Los ojos cárdenos, los ojos muy abiertos, las manos extendidas, los cuellos alargados, corrían por la colina buscando la hacienda Atarazana, al otro lado, hasta donde no podía alcanzar el infierno.

De súbito, un inmenso silbido sopló sobre la hoguera. Se levantó una tromba hirviente: grandes maderos treparon al cielo y cayeron después como una lluvia increíble de fuego. El barro de las Peñas, con sus residencias señoriales, fue abatido por ella. Abandonaron las casa, entre la atmósfera abrasada, aunque ninguna ardía aún. Y ahora, el pánico creció: afirmose que el polvorín del Santa Ana estaba encendido. Nadie supo qué hacer: a las espaldas, el incendio, y al frente la explosión que se esperaba por instantes. Quisieron correr al río, pero el huracán lo había desatado. Sobre las crestas enloquecidas, las lanchas y los botes luchaban por mantenerse. Muchas embarcaciones naufragaron. Nadie pudo socorrer a nadie. Una lancha, llena de monjas de los Sagrados Corazones, fue alcanzada por las chispas y se incendió. En medio río, y la gente mirando. Se arrojaron al agua las más desesperadas. Otras, se abrazaron entre si y se torcieron juntas cuando las alcanzó la llama. Las más serenas, recibieron la muerte de rodillas. Se vieron los brazos levantarse en ruego inútil. Y alejarse, alejarse con la corriente la pequeña lancha hasta que se clavó entre las aguas.

En los potreros de la sabana grande, la masa humana se apretaba entre sí para defenderse del huracán. Volaban los baúles, abriéndose arriba para esparcir las ropas como hojas de papel. Los árboles perdieron raíces de un solo tirón. Y todos pudieron ver, atónitos, aquella mujer que trepaba el cerro huyendo de las

llamas y que, de repente, fue arrojada en tierra por el viento y comenzó a rodar hasta la hoguera.

Amaneció el 7 de octubre. Humeaban los escombros, dilatados hasta donde las miradas no alcanzaban. La bruma y el acre olor de los carbones envolvían la ciudad. Ya no se levantaba ni una llama. Todo era plúmbeo, empañado, sucio. La mayor parte de la población había desaparecido. La tierra estaba negra y caliente. El cielo, peor que negro: espantosamente gris.

Al temor sucedió la rabia. Los que, durante el incendio, quisieron amotinarse, cayeron de un certero balazo. Ahora, ¿quién podría contener la furia desatada? A un hombre –incendiario dijeron– lo despedazaron a machetazos. Borrachos, iracundos, trajinaban sin ruta, buscando víctimas.

–¡Ya no hay ricos ni pobres!

–¡Todos somos iguales!

Era júbilo y cólera. Impotencia, venganza, rijosidad justiciera. Reían y lloraban. Desnudos, nada tenían que ocultarse. El humo subía blanquecino y lento. Reventaban de ardor los ojos y el nudo de la garganta se había desatado. Empero, el pueblo no atacó a las mujeres ni a los desamparados por el siniestro. Buscaban a los culpables: alguno habría de ser. Ambulaban, sonámbulos de justicia. Los fanáticos atribuyeron el desastre al castigo divino sobre la ciudad hereje que proclamara a Alfaro. Los liberales del pueblo, culparon a los conservadores de haber cometido tamaño crimen incendiando la población. Un hombre, Juan Tello, fue apresado por el pueblo. Cinco testigos declararon en su contra. ¡Incendiario! Le vieron con trapos empapados en nafta. Juraron que había salido corriendo de la casa que ardió primero... Pidieron su muerte. Muchos creyeron de buena fe que era culpable. Un sumario rápido se inició. Dos diputados fueron detenidos en las calles por grupos de hombres que les rogaron acercarse al general Alfaro, que había llegado de la capital, en demanda de justicia: Tello debía ser fusilado.

–Nada tengo que ver –respondió Alfaro, violento– lo están juzgando ya.

Alfredo Pareja D.

En la calle del Malecón, Juan Tello fue fusilado. Era inocente. De no haberse cumplido la sentencia, habría sido arrebatado de su prisión y hecho pedazos. Alfaro no vaciló: el sacrificio de Tello significaba el ahorro de miles de otras vidas. Para salvarlo, hubiera tenido que asesinar al pueblo. El motín sólo esperaba un pretexto. Horas de crisis tremenda pasó el partido liberal. Alfaro se paseaba como un poseso, encerrado, sin ver a nadie, absorto, ajustando los puños. Sacó a la superficie todas sus fuerzas escondidas para no impedir la muerte del inocente. Y dejó hacer: un destino que no podía desafiar habíale colocado en el trance, para el que requería de un valor heroico y de una visión sutil. En el mismo instante en que se cumplía la sentencia, se desplomó sobre la silla, y se cubrió los oídos con las manos.

* Roberto Andrade, ob. cit., págs. 279-281.

VI

EL TEMA CONDUCTOR

La Convención Nacional inauguró sus sesiones sobre las ruinas de Guayaquil. Barcos llenos de víveres anclaban en el puerto, trayendo el auxilio de los países hermanos del Continente. Aún la ciudad, naturalmente, sentíase desconcertada, pero en orden, en el orden posible en esos días de tragedia. El odio entre conservadores y liberales creció con la catástrofe. Y las mejores inteligencias cegaron: el problema religioso fue el preferente para los legisladores. Era el más inmediato, pero no el más profundo, y su excesiva vecindad impedía el trato de los fundamentales, de aquéllos que vivían en la entraña de la revolución. Ciertamente que el fanatismo era un mal que había que curar. Verdad que la explotación de los indios y montubios contaba con el clero como aliado. Y que las tinieblas del país dependían en buena parte, no de la fe religiosa, sino de la sumisión estúpida. Pero las reformas de las relaciones del Estado con la Iglesia no significaban soluciones para la Patria: eran fragmentos, parcialidades, de lo que no podía estudiarse ni resolverse a retazos.

Alfaro fue nombrado presidente Interino de la República. Se presentó a prestar juramento y a leer su mensaje. De pie, pequeño y bronco, sólo en los ojos se le advertía el espíritu conturbado. Habló de todos los problemas urgentes, de las transformaciones inaplazables: nuevos cultivos en la agricultura, descentralización de las rentas nacionales, elevación de la mujer a las funciones públicas, aumento de salarios a los servidores del Estado... El problema del campesino, en las costas y en la sierra, le detuvo. Era necesario abolir el concertaje infamante, por cuya liberación muchos hombres del agro pelearon a sus órdenes.

Empero, no tuvo soluciones que ofrecer de inmediato al grave infortunio de los trabajadores del campo. La fórmula conciliatoria resultaba estéril e ingenua. Alfaro no quiso o no pudo hacer más: las condiciones del país, su poder político aún no estabilizado, los intereses de los agricultores, la misma naturaleza de la producción señorial se lo impedían. Su visión de la política era de realismo descamado. Si poseía el don de soñar, no le faltaba el de afirmar los pies en la tierra. La radical liberación del indio y del montubio, en aquellos días, hubiera producido tal confusión, que Alfaro y la alfarada habrían sido destruidos. Concesión, entonces, concesión doblemente peligrosa y muchas veces insincera. Con lo poco que había hecho, ya se murmuraba que la hez del pueblo imponía su voluntad y que los cholos altaneros habían perdido el respeto a los señores y las buenas costumbres de la obediencia. Hubiera querido la transformación profunda, pero no bien paseaba las miradas en tomo, se desolaba: toda gran empresa, decíase, requiere de tenientes esforzados, sin prejuicios y sin miedo. Mucho entusiasmo vocinglero, pechos valerosos para el combate; más cobardes para lo otro. No se atrevió. Era un reformador, no haya duda, pero no olvidaba que gobernaba a un país con cientos de años de retraso y con una geografía feudal, de señores y de esclavos.

Sus decretos de Jefe Supremo fueron aprobados y de hecho, algunos de ellos, pasaron a adquirir la fría presencia de los papeles sin vigencia. La legalidad, la mera forma, empezaba a destruir, por prematura e incapaz, la revolución. Empero, era de todas suertes la magnífica iniciación, y Alfaro siempre creyó en la vitalidad creadora de su pueblo y en que los jóvenes que se formaban a su lado serían capaces de conducir la antorcha de generación en generación en las horas propicias. Tuvo, es cierto,

* Carta del 19 de diciembre de 1896. Archivo de la familia Alfaro, reproducida en el tomo II de Eloy Alfaro: Obras Escogidas, ob. cit., pág. 336.

hombres de talento al servicio de su gobierno, pero no realizadores. No existía la formación de un pensamiento universitario ni la calidad práctica de los adelantados en la tarea de hacer progresar la nacionalidad que no tenía atadura perdurable. Para ser realizador se requiere primero olvidarse del juicio ajeno por un rato largo, y eso, en la sociedad de tipo colonial de entonces, era casi imposible. ¿Comprendió Alfaro su soledad, su trágica definición de isla? Acaso. Tal vez el entusiasmo que le quemaba le impidió medir la magnitud de las dificultades de un país, en el cual los hombres de mejor levadura habían sido asesinados o habían perecido en las batallas, y donde la cultura y la educación pública ni siquiera significaran el privilegio de un puñado de aristócratas. La desoladora ausencia de enseñanza, la escasez de maestros, la desorientación profesional y técnica, el claustro monacal de los institutos, la falta de aire bueno en la formación de los jóvenes, la corrupción del clero, todo aquel peso gravitaba sobre el destino de la Patria y sobre él. Ningún milagro, por grande que fuera, podía vencer en poco tiempo la resistencia de un país culturalmente inerte.

Quisieron ofrecerle condecoraciones, distinciones, honores, premios. El proyecto fue combatido, con la aprobación de Alfaro, por algunos diputados, que le sabían superior a las banalidades exteriores. La revolución estaba en su momento espartano. Si hasta su traje era simple como el de un escolar en día de clase. Si jamás buscó los hilos dorados para su casaca de soldado ni calzó espuelas de plata ni tuvo otro brillo que el de su mirada apasionada. ¡Qué habrían de importarle los honores de protocolo!

La cuestión religiosa apasionó a la Legislatura. La retórica melenuda fue empleada hasta la fatiga. El primer artículo sobre el tema en la nueva Constitución era tolerante, sin embargo:

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, etc., ob. cit., págs. 197-200.

“La religión de República es la católica, apostólica, romana, con exclusión de todo culto contrario a la moral. Los poderes públicos están obligados a protegerla y hacerla respetar”. En el capítulo de las garantías, se decía: “El Estado respeta las creencias religiosas de los habitantes del Ecuador, y hará respetar las manifestaciones de ellas... Las creencias religiosas no obstan para la adquisición de los derechos civiles y políticos”. Alfaro influyó mucho para que el extremismo declinara exigencias. Pero había cosas que requerían de urgentísima erradicación. Al hablar de los extranjeros, que serían admitidos en el Ecuador, bajo las garantías constitucionales, se exceptuaba la inmigración de comunidades religiosas; y expresamente se agregaba: “...ningún eclesiástico que no fuere ecuatoriano de nacimiento podrá ejercer prelación ni servir beneficio en la Iglesia ecuatoriana ni administrar los bienes de los institutos monásticos existentes en la República”. Así, el Concordato con el Vaticano quedaba, de hecho, derogado.

Era tolerante la Constitución, pero la lucha amarga se hacía y se haría por otros lados. Ahora, el temor, y la influencia de la mujer, aparte de las conveniencias conciliatorias, daban a la ley cierto aspecto benigno y protector.

La Convención, empero, siguió discutiendo el orden político en tomo al religioso, lo que equivalía a medicación sintomática nada más. Las reformas se hacían en la superficie. Se reformó, así, un artículo del Código Penal, concediendo derecho al poder político para calificar y censurar la predicación de los sacerdotes católicos. Protestó el Arzobispo González Calisto. Respondió Alfaro: “... Si todos los sacerdotes de la Iglesia ecuatoriana cumplieran... el deber de la enseñanza del Evangelio... nada habría importado a la Asamblea Nacional el que el pueblo les

* Robalino Dávila. ob. cit., pág. 296, dice: “Estos fueron los prolegómenos (no-obligatoriedad del latín para los alumnos que prefiriesen cursar francés o inglés) de la famosa “educación laica” que tantos daños hizo y continúa haciéndolos en nuestra Patria; la insolencia de los colegiales, las huelgas estudiantiles, el prematuro alistamiento en partidos políticos de izquierda...” ¿Qué diría hoy el señor Robalino de los sacerdotes que hablan latín y son revolucionarios en español?

oiga, les atienda, y dócil y respetuoso guarde en su espíritu los ecos de la voz del Apóstol, del virtuoso y desinteresado ministro del Altar; pero, como, por desgracia, no todos suelen hacerlo, es incontrovertible el derecho de la Asamblea para impedir los rotundos ataques de los cuales vienen siendo víctima, junto con la Constitución del Estado, el Gobierno y el personal que lo forma... Los eclesiásticos afiliados en las montoneras, y aquéllos que hoy, convertidos en politiqueros desenfrenados, predicán la guerra civil, no son los verdaderos apóstoles de Cristo, los voceros de la enseñanza evangélica, ni menos los portadores de la verdad divina... Sería cruda e inevitable la nueva guerra política, que candorosamente se preparan a llamarla guerra religiosa... El sacerdote que ocupa la cátedra sagrada, levantando la frente al cielo, para no mancharla con el polvo de las pasiones, será respetado por todos y garantizado por el Gobierno y las leyes en el libre ejercicio de su ministerio...”.*

Entre los diputados, en el grupo que discutía por las reformas más radicales, no sólo frente a los peligros que provocaba el clero fanáticamente luchador, sino también por la enseñanza primaria libre, gratuita y obligatoria, sobresalían Abelardo Moncayo y jóvenes como el ya general Leonidas Plaza Gutiérrez y el militar y periodista Luciano Coral.

El 6 de noviembre, Alfaro dirigió un mensaje a la Asamblea sugiriendo la conveniencia de trasladar las sesiones a Quito y solicitando facultades extraordinarias durante la suspensión de las labores legislativas. El 9 de diciembre, se reabrieron las sesiones en Quito y el mismo día, Alfaro que había trasladado el Poder Ejecutivo a la capital, devolvió las facultades extraordinarias sin haberlas usado.

Aún vivía solo en Quito. Doña Añila quiso acompañarle, pero él se opuso, mientras su poder no estuviera sólidamente afirmado. Provocadores reaccionarios predicaban guerra, y él debía estar listo para salir a campaña si fuere necesario. Su vida privada no existía entonces. Vivía para el país todas sus

horas, todos sus instantes. No tenía más placeres que el café negro y el tabaco. Su sueldo de Presidente era tan escaso, que difícilmente cubría sus gastos en Quito y los de su familia en Guayaquil. Pasaba días de estrechez. Su ropa era contada. Sus necesidades, también. Pero le preocupaban los hijos y había hecho sacrificios para tomar una póliza de seguro de vida. Se endeudó. Y al vencimiento, no tuvo dinero para pagar unos cientos de sucres. Mediaba diciembre, cuando escribió a su amigo Eduardo Hidalgo Arbelaiz una sencilla carta:

“Eduardo amigo: A mediados del mes próximo vence el pagaré por el dinero que me consiguió usted para atender a la póliza de mi seguro. Mientras no me aumenten el sueldo, no me será fácil atender a ese compromiso, lo cual entiendo sucederá al establecerse la constitucionalidad. Y en vez de conseguir el dinero por otro conducto, prefiero molestar a usted, persuadido de que tiene usted placer en atender mis encargos. Consígame, pues, esa suma por tres o seis meses y recoja el pagaré... A Anita le escribo abone a usted la cantidad que sea por intereses...”.*

El 13 de enero de 1897, Alfaro fue elegido por la Asamblea, Presidente Constitucional de la República por el período legal de cuatro años. Igual que cuando el triunfo de Gatazo, pusiera su espada a los pies de su Anitilla, ahora le telegrafió a Guayaquil, ofreciéndole su bastón presidencial.

No pronunció un discurso de rigor al juramentarse. Nada más lejos de Alfaro que la academia y la retórica. Dijo sus palabras, avaro de adjetivos, con el mismo estilo directo de sus cartas y sus polémicas. ‘...Como para realizar mis propósitos de progreso, en todo sentido, sería insuficiente mi buena voluntad, cuento para ello con el desinteresado apoyo de los ciudadanos inteligentes y patriotas; cuento con la adhesión a la causa liberal de la heroica juventud copartícipe de las victorias obtenidas... cuento

con el poder de la opinión pública... Bien habéis reconocido... la situación lamentable en que encontramos al país: en completo desorden la Hacienda Pública: exhausto su Tesoro; con una poderosa carga de créditos pasivos; sin sistema rentístico, que ponga en claro el verdadero monto de las rentas nacionales y con una escandalosa corrupción en todo el organismo administrativo... Los compromisos que nos ha legado el régimen anterior, han traído un desequilibrio inmenso para nuestro sistema económico...” Y he aquí lo extraordinario: no pidió impuestos, no exigió aumento de las rente. Por el contrario, la sorpresa del país fue enorme cuando dijo, con gloriosa sencillez: “Las rentas ordinarias son suficientes para el servicio de la administración, dejando, además, un sobrante con qué atender a los gastos de mejoras y empresas materiales. Regularizado el sistema rentístico, saldada la deuda contraída en la campaña y la que los anteriores gobiernos han dejado sobre el país, podrá establecerse ya la armonía de la hacienda...” Impugnó la deficiente legislación en lo educativo y previo la incrementación de enseñanza primaria, guardando el futuro de las generaciones venideras. Y luego, las frases sobre su sueño de tantos años: el ferrocarril. “...Aún en medio del fragor de la ruda y larga campaña... no he separado la atención de la grande empresa ferroviaria que debe unir las poblaciones del litoral a las interior de la República. Mi más ardiente anhelo se dirigirá, con preferencia a esta obra salvadora, de la que depende todo progreso material...”.*

Guardaba sus proyectos al principio como un avaro. Sólo decía frases al azar. Nadie, ni sus íntimos, creyeron en la realización de la obra inaudita, en esos días de pobreza. Los enemigos dijeron que era una patraña para asaltar los fondos nacionales. Los amigos creían de buena fe en la imposibilidad de realizarla. Alfaro callaba, pero todas las potencias de su espíritu estaban prontas para la desigual pelea. Recibía visitas a diario. Los diputados le consultaban proyectos. Le hablaban largamente sobre escuelas, sobre maestros que habría que contratar en el extranjero. Alfaro respondía con pocas palabras. Y de repente, decía

muy suave.

—El ferrocarril será el mejor maestro.

Desde entonces, el ferrocarril fue el tema conductor de su política. En él fincó esperanzas, abrigó sueños y glorias, dejó tristezas y desengaños, en él afirmó su orgullo y de él se sostuvo para no caer. Y lo rodeó del mito de las empresas magistrales, clavándose en el corazón el canto obsesionante que trepaba los Andes, entre el humo de la máquina y el alegre y metálico bullucio de las ruedas.

VII EL PODER DE LOS SUEÑOS

Aparentemente, el orden jurídico consiguió la paz. Hubo algunos levantamientos en las provincias de Loja, Azuay, Bolívar y Chimborazo, pero el único de cierta importancia fue el de esta última. Los cabecillas entraron clandestinamente a Riobamba y se alojaron en el convento de los jesuitas, frente al cuartel. Desde allí sostuvieron el combate. El coronel Flavio Alfaro, en unión del coronel Echeverría, mandaban las fuerzas liberales, que, lanzadas a la calle, asaltaron el convento y tuvieron que luchar dentro del templo para liquidar al enemigo. El Padre Moscoso. Superior de los jesuitas, murió en la refriega. En el Congreso, el diputado Roberto Andrade pidió la expulsión de aquellos frailes y Quito volvió a vivir horas de angustia. Alfaro, requerido por los conservadores, prometió no sancionar la resolución del Congreso. Su actitud hizo que el proyecto no fuera ley, sin llegar a la tercera discusión, y las damas quiteñas manifestaron su agradecimiento, regalando a Alfaro un cuadro con sus nombres impresos en tarjetas... El viejo luchador conocía todas las mañas para desarmar al enemigo. Y ahora no tenía tiempo que perder en luchas que juzgaba estériles. Sin embargo, cuando fue necesario, castigó. Así lo hizo con el obispo de Riobamba, Arcenio Andrade, a quien confinó en Guayaquil por haber publicado una

pastoral sediciosa. Y ordenó, de acuerdo con la ley, la expulsión de todos los frailes extranjeros que tomaron parte en la rebelión de Riobamba.

La Convención Nacional continuaba sesionando. Secularizó la Enseñanza* y dispuso la creación de dos escuelas normales, en Quito, para hombres la una, para mujeres la otra. Alfaro obtuvo que se consintiera en la permanencia de las Escuelas de Hermanos Cristianos, reconociendo su capacidad pedagógica y la falta de maestros seculares. Fundó también la Convención el Instituto Mejía, de segunda enseñanza. Dispuso ascensos militares y la confirmación de los grados de generales que el Jefe Supremo había conferido a Juan Francisco Morales, Manuel Antonio Franco, los hermanos Arellano y Leonidas Plaza. Un incidente ocurrió con el ascenso de Franco. La discusión fue reñida. El ciego Vela le acusó del asesinato de Vivar y en un momento dramático, había gritado:

—¡Yo soy liberal! ¡No soy delincuente!

Hizo ademán de recoger algo con las manos para arrojarlo a los rostros de los diputados que defendían a Franco, mientras decía:

—¿Queréis sangre? ¡Bebedla, está caliente! ¡Es la sangre de Vivar! ¡Bendigo mi ceguera! ¡Bendigo mis ojos que no ven caras de asesinos!

Franco fue absuelto por la Convención y otorgándole el despacho de General.

Lo importante era que la atmósfera se tranquilizaba. Alfaro estaba satisfecho: podía trabajar. No había un preso político en las cárceles. Se levantaba al amanecer, tomaba un frugal desayuno y revisaba la correspondencia, mientras daba instrucciones y preparaba notas para el trabajo del día. A las once y media de

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., págs. 183-184.

la mañana, servíase el almuerzo; de Manabí le mandaban platos criollos: sal prieta –maní molido con especias– roscones de harina de maíz con miel, ostiones en salmuera... No le faltaba café tostado y molido especialmente para su mesa. A las seis y media de la tarde, cenaba. Paseaba luego durante quince minutos. Un edecán, después, le leía los diarios en alta voz, a excepción de las noticias y artículos más importantes que viera en la mañana. Si se trataba de algo elogioso para él y su Gobierno, interrumpía:

–Sáltate el resto. Ya sé lo que dirá más abajo. En cambio, si había censuras, escuchaba en silencio y hacíase repetir párrafos enteros, mientras movía pausadamente la cabeza.

Un día, en 1897, Alfaro recibió en Quito la visita de Fernando Sánchez, su amigo, liberal nicaragüense, en cuya casa viviera antes del 95. Amigo personal y de los mejores, igual que Alfaro, del presidente Zelaya de Nicaragua, Alfaro le encargó presentar sus planes sobre la Gran Colombia al Presidente, planes que debían producir la unión centroamericana también. El recuerdo de Marcos Alfaro estuvo presente. Se remozaban los años viejos del destierro. Y ocurrió que estando Sánchez en Nicaragua, llegaron, provistos de poderes, liberales colombianos a entenderse en el mismo negocio. Sánchez había sido nombrado Ministro del Ecuador en Nicaragua y le fue dada la misión confidencial de marchar a Caracas a entrevistarse con el general Crespo. Primero que todo, asegurar el triunfo de la revolución liberal colombiana. Poco después, Sánchez llegó a México a recabar ayuda de Porfirio Díaz. Apoyo moral, nada más, por temor a conflictos con los Estados Unidos del Norte y debido también a la perspectiva de conflictos con Guatemala, dominada por el dictador Estrada Cabrera, enemigo de los unionistas centroamericanos y, por tanto, también de los grancolombianos.

El mapa de América le era familiar. Lo seguía con el dedo y se cuajaba de risas el rostro. Si hubiera tenido a su mano el

poder de un país fuerte... De frontera en frontera, rodaba su sueño y el crecía. No se apresuraba. Como un cazador, esperaba, tenaz, sigiloso. Y si acaso el sueño mayúsculo se le desvaneciere, entonces por una maniobra del subconsciente, pondría la suerte y la supervivencia en aquel otro inmediato del ferrocarril.

Nada más peligroso que hablar entonces de un contrato para la construcción del ferrocarril. García Moreno había concebido e iniciado los trabajos, con aquella su visión creadora. Alfaro conocía, como ningún otro ecuatoriano, la desdichada historia de la obra siempre fracasada, que se había alimentado de millones y de honras. Hablar de ella, era resucitar sucios negocios y combinaciones políticas apasionadas. Entre la montaña de peculados y rapiñas, sólo se erguía la figura solitaria y recia de García Moreno, que lograra construir los primeros quince kilómetros desde Yaguachi, adonde llegarían las embarcaciones fluviales de Guayaquil. El ferrocarril, desde allí, debería ascender hasta la meseta de Sibambe para encontrar con la carretera que venía desde Quito. Veintemilla y Caamaño, a sobresaltos y a costa de sacrificios nacionales, pudieron extender la línea hasta el puente de Chimbo. Después, el mismo Caamaño, envuelto en la sombra de los negocios turbios, la continuó hacia atrás, hasta Duran, para evitar la larga navegación por el río. Antonio Flores no creyó en las posibilidades del éxito, a pesar de que continuaba gastando dinero. En su mensaje al Congreso de 1890 había dicho: “Nunca he creído en la pronta construcción de la carretera ni menos en los ferrocarriles. De simples caminos de herradura es de lo que necesita el país, ante todo”. Algunos comentaron que el presidente Flores prefería las mulas, y así fue: colocó su empeño en el camino de herradura de Babahoyo a Guaranda, muy bien construido, sin duda, al que se le llamó “la vía Flores”. ¿Y qué restaban de más de veinte años de trabajos por el ferrocarril? Setenta kilómetros de vía estrecha, en estado ruinoso. ¿Quién podía tener confianza en la realización del utópico

proyecto? Había que empezarlo todo de nuevo, sin dinero y sin crédito. Por eso, cuando se supo que Alfaro se proponía celebrar un contrato, la pasión política afiló las garras. Muchos atacaron de buena fe Muchos lo hicieron, felices de hallar un pretexto para la agitación. Los más reaccionarios e ignorantes afirmaron que el hereje Alfaro llevaría su herejía por los Andes a trastornar con ella la pacífica y dulce región de la sierra.

Alfaro tuvo que luchar contra los intereses contrarios y los prejuicios. Y luchó bien. Repasó la memoria sobre la vida de García Moreno. Aprendió de él la dura y abnegada disciplina en el trabajo. Háblale combatido en sus años mozos, sí, y lo combatiría si aún viviera, pero no le sisaba la admiración por sus grandiosas concepciones de progreso material ni por su fuerza espiritual. Las ideas fundamentales de Alfaro tenían su raíz en el afán de hacer la unidad nacional y para ello eran inestimables las lecciones del pasado.

Apenas llegado a Guayaquil, en 1895, escondiendo sus sueños para no malograrlos habíase ocupado del proyecto. Pidió al Banco del Ecuador que buscara en el extranjero un empresario responsable. Casi en el silencio, poco después celebraba un contrato con el ingeniero Müller, para que iniciara los primeros estudios. Más de dos años de trabajo demandó el trazado de la línea, proyectado por las cumbres de Sibambe, según las previsiones de García Moreno. Müller cobró doscientos mil sucres por su tarea y en su informe al Gobierno dijo que consideraba el ferro-

* Arbitro dirigente fue designado Eloy Alfaro mientras fuere Presidente de la República, y el presidente de México al cesar Alfaro en sus funciones. Robalino Dávila, ob. cit., pág. 379, se sorprende de tal disposición y dice: “¿Por qué esta ilimitada confianza en el presidente Alfaro y en el presidente de México?... ¿Vínculos masónicos de Harman con Alfaro y con Porfirio Díaz?” ¿Con cuánta razón, entonces, gente ignorante y fanática solía decir que en la locomotora venía trepado el diablo para llevarse a los quiteños al infierno.

carril “quizás como el más difícil del mundo”. Alfaro tuvo que desistir por esta vez: el presupuesto que Müller presentara para la construcción no tenía financiación posible; jamás el Estado podría cumplir. Sus miradas, entonces buscaron otros caminos que él, comerciante de vuelo en su juventud, conocía.

El ferrocarril más difícil del mundo. Solía pensar con las manos enlazadas junto al pecho, receloso de los otros, sumergiéndose en sí mismo. El ferrocarril más difícil del mundo... Se enamoró de estas palabras como un poeta de la música interior. Una sonrisa le movía los gruesos labios y levantaba las cejas como para llenar los ojos de luz.

Cuando lanzó las primeras sugerencias, sus amigos quisieron hacerle ver los inconvenientes y los peligros. Tal vez una nueva revolución de los conservadores sería la respuesta. La oposición no le daría cuartel. Era menester reflexionar. Con los ojos semi-cerrados, respondió:

–La gloria política tiene por base la exacerbación de los adversarios. ¡Qué triste sería un gobierno sin oposición en el Ecuador! Es necesaria, es necesaria...

Ni consejos ni temores le habrían de detener. Comisionó a su ministro en Washington, Luis Felipe Carbo, que formara parte de su primer Gabinete, para que buscara inversionistas en los Estados Unidos. Cierta día, recibió la respuesta telegráfica: dábele las mejores nuevas acerca de la posibilidad inmediata de la formación de un Sindicato en Nueva York. Entonces, se dirigió a la Asamblea Nacional y el 31 de enero de 1897 obtuvo la autorización para contratar. El 3 de febrero, alborozado, telegrafió a su ministro en Washington: “Empresarios ferrocarril interandino tendrán apoyo honrado y decidido del Gobierno y de todo el país, que cifra su progreso en esta obra redentora”.*

Por aquellos días, llegó al Ecuador Arístides Agüero, agente diplomático de la Cuba revolucionaria. Le había precedido una carta de Tomás Estrada Palma, en demanda de apoyo para la libertad cubana. Agüero gozó de una magnífica recepción: desde las afueras de Quito le atendieron militares y políticos y

luego le ofrecieron un suntuoso banquete. Pocos días más tarde, habló con Alfaro. Recordó su amistad con Máximo Gómez y Antonio Maceo, y pidióle ayuda. Alfaro le relató sus trabajos por la libertad de Cuba: el Congreso Internacional de México, la carta a la Regente de España, la expedición frustrada... Llamó a su pequeño hijo Colón Eloy, a quien había enseñado la canción de Rayamos, la región cubana donde nació aquella música de libertad. El pequeño de seis años, ante Agüero, tomó postura marcial para cantar:

Al combate corred bayameses,
que la Patria os contempla orgullosa.
No temáis una muerte gloriosa,
que morir por la Patria es vivir.

En tanto, gestionaba en la Convención el reconocimiento del Gobierno revolucionario de Cuba, pero no obstante el informe favorable, el debate fue suspendido hasta que se concluyese la discusión del presupuesto nacional y de unas leyes de carácter militar. Otra vez, la política interna, la necesidad de paz, la visión localista de algunos de sus cooperadores le detenían el ímpetu. Por otra parte, decían, España era arbitro en el litigio ecuatoriano-peruano, y de producirse un rompimiento con España, la situación del Gobierno liberal tomaríase insostenible.

–No es por miedo a España –dijo a Agüero en la última entrevista– que no reconoce mi Gobierno la beligerancia de Cuba. Tampoco por temor a ser el primero en América: acostumbro a hacer de cabeza y no de cola; procedo con arreglo a mis convicciones y nada me importa que me sigan o no.

Hizo un silencio, recogió el labio inferior y prosiguió.

–Me parece utilísimo para el Ecuador romper con España. Fui el primero en tratar de ello, y continuaré firme en esa creencia, pues España nos dará fallo adverso.

Veló la voz, acercándose a Agüero. ¿Reconocimiento? Seguiría luchando por lo que juzgaba un hecho brillante en la política

americanista. Sólo que... Por ahora, reuniría el Consejo de Ministros para pedir una subvención secreta para Cuba, a pesar de la escasez de recursos... ¿Qué más hacer? Bien poca cosa, pero lo hizo: reunió como pudo los mil sucses y los entregó a Agüero como su ayuda personal. Pera los que conocían su pobreza, el sacrificio –mil dólares– pareció grande. Para los otros, no fue más que una manera fácil y mezquina de salir del conflicto.

La verdad es también otras cosas le ocupaban. Había iniciado sus conversaciones con Archer Harman, el gringo surgido de la anécdota: en un café de Nueva York, el Ministro del Ecuador y otros amigos hacían planes. En una esquina, Harman jugaba billar. A gritos, de un extremo a otro de la sala, uno de aquellos hombres de negocios, le llamó:

–¡Hey, Harman! ¿Quieres hacer un ferrocarril? Paró la jugada, el taco levantado y preguntó:

–Down South (abajo, en el Sur).

Harman acababa de trabajar en un ferrocarril americano. Se acercó a la mesa, preguntó si era difícil y si habría aventuras... La empresa había nacido.

Ahora, el asunto iba en serio. Conversaciones detalladas, número a número, capítulo a capítulo de la audaz operación. Sin un centavo, hacerlo todo, he aquí el problema. Harman era astuto. Alfaro penetraba sus intenciones, sabía que Harman haría la empresa de la nada, y le aprobaba. A más de diecisiete millones alcanzaría el costo aproximado de la obra. Para cubrirlo, se emitirían acciones. De ellas, cinco millones doscientos cincuenta mil corresponderán a acciones preferidas, que Harman y sus socios tomarían y que rendirían un beneficio del siete por ciento anual, una vez que el ferrocarril estuviese en explotación. Del saldo,

* Eloy Alfaro, Historia del Ferrocarril del Sur, Quito, Editorial Nariz del Diablo, 1931, pág. 22.

que sería del Gobierno y de la compañía, restaba algo más de siete millones por acciones comunes, que producirían un seis por ciento anual y el uno por ciento para fondo de amortización. Harman se detuvo y preguntó:

—¿Cómo se repartirán, señor Presidente, las acciones comunes?

Alfaro levantó la cabeza.

—Explíquese usted, mister Harman.

Harman díjole que tenían instrucciones de sus mandantes de Nueva York para arreglar ese asunto. Cuando no había aclaración previa era costumbre en su país repartir los ingresos posteriores a la amortización del capital entre los socios que organizaban una compañía y los personajes que intervenían en ella. Tales ingresos eran representados por las acciones comunes de que habían estado tratando. Alfaro debían indicar lo que deseara. Tratábase de una comisión corriente en las operaciones mercantiles de esa naturaleza. Era una costumbre establecida, no había que dudarla. Y según ella, a Alfaro le correspondía disponer de la mitad de las acciones. Tal vez para gratificar a los amigos que ayudaban...

Alfaro se echó hacia atrás en la silla de su despacho. Miró a Harman por un instante. Le ardió la sangre, pero eludió la escena. Con la voz tranquila, respondió:

—No, mister Harman, sufre usted un error, que le perdono por el desconocimiento que tiene usted de mi Gobierno. Es usted hombre de negocios. Yo soy el jefe del Estado. Voy a aceptar su propuesta, porque de otra manera la compañía de usted se beneficiará con esos valores.

Con toda intención, hizo una pausa larga. Harman lo miraba nerviosos. El tic-tac del reloj caía sobre ambas cabezas. Lento, lentísimo, Alfaro reanudó su palabra:

—Debo decirle antes una pequeña cosa: la Nación me paga para que le sirva y yo no comercio con ella. Mis amigos tampoco lo harán. En nombre del Ecuador, le doy a usted las gracias, mister Harman, Ponga, ponga eso en el contrato; será magnífico.

Y se echó a reír.

Harman se aprovechó del momento para pedir el cincuenta y uno por ciento de tales acciones para la compañía y dejar el saldo para el Estado ecuatoriano. Eran tres millones y medio de que iba a disponer el país y que significaban un título más para el reparto del beneficio, luego de que transcurriesen los treinta y tres primeros años de amortización, y una posibilidad más también para la futura nacionalización de la empresa.

Pocos meses más tarde, el Contrato fue aprobado por el Congreso. Tres días después, el 14 de junio de 1897, la Convención Nacional clausuraba sus sesiones.* El contrato fue firmado por el ministro de Hacienda y Harman.

Los sueños comenzaron a andar. En Nueva York se fundó la compañía con el nombre de The Guayaquil and Quito Railway Company. Harman había hablado de la rectitud de Alfaro. Ni un centavo empleado en gratificaciones; era incomprensible. ¿Adónde está ese país?, preguntaron los señores millonarios. Y se empezaron a suscribir los capitales. Era una nueva experiencia en sus negocios de propulsores imperialistas.

VIII PARA ESPANTAR AL DIABLO

Los rieles se estiraban por la montaña. Bajo la lluvia o bajo el sol, los trozos de madera incorruptible se veían a los lejos como escaleras de juguete. El remachar de los clavos repercutía en los desfiladeros, repetido mil veces por el hueco de los cerros. Silbaba el escape de vapor. Un penacho de humo denso se enroscaba acercándose, hasta que los frenos ahogaban, en dos o tres espasmos últimos, la voz metálica de las ruedas y de los émbolos. Pitaban las locomotoras, y allí la columna vertical del humo claro, cortándose y volviéndose a erguir cada vez que la enorme mano de guante sucio tiraba de la cuerda. Una campana repicaba al paso raudo de las máquinas. Y los pequeños carros de mano bajaban veloces de las alturas, repletos de hombres y de herramientas.

El ferrocarril más difícil del mundo... Lágrimas de rabia y lágrimas de despecho. Caras enfurecidas por la impotencia. Caras exaltadas de alegría y de triunfo. Frentes copiosas de sudor. Manos encallecidas, respiraciones fatigadas, fiebre, sed, músculos recogidos o estirados como cuerdas nudosas. Los indios miraban con ojos absortos el fuego de los calderos y las chispas saltarinas en las noches. Los zorros o las ágiles ardillas brincaban sobre las líneas, como sombras súbitamente impelidas por el viento, o permanecían encogidos, agazapados, con los pelos erectos y las pupilas encendidas.

Los campamentos de los trabajadores se extendían igual que

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., pág. 206.

parches de un blanco mugriento por el verde apacible de las laderas o sobre los desiertos volcánicos. Y avanzaban –pequeños poblados nómadas– ganando alturas, esparciéndose en las hoyas de los valles, contra el viento, contra el frío, contra la inevitable angustia de saberse solitarios en los caminos absurdos de la cordillera.

Un hombre de corta estatura sonreía en su despacho. Miraba cifras y papeles. Pasaba su lápiz por las columnas de los números. Anotaba palabras con su letra delgada y rápida. A ratos, escondía la sonrisa y las cejas se ajustaban. Entreabría un poco los labios. La derecha acariciaba la canosa perilla. Y si la preocupación le hería de firme, poníase en pie y cruzaba de uno a otro lado la habitación, a la espalda las manos, cargados los hombros recios.

Alguien pedía verle y era recibido. Discutía, se informaba, escuchaba. La prensa conservadora no cesaba de atacar. Y los liberales de machete, la alfarada anárquica y juvenil, cometían atropellos, se embriagaban, golpeaban...

–Pondré remedio, pondré remedio... ¡Qué barbaridad! –decía, llevándose las manos a la cabeza

Pero si era un íntimo el que le hablaba de aquellos asuntos que tan difícil era evitar, entonces, hacia un gesto rápido desde los ojos a la boca, y murmuraba:

–Los muchachos se divierten...

¿Qué le importaban los pequeños sucesos cotidianos si el ferrocarril se hablaba en plena construcción? Viajaba a Guayaquil frecuentemente. Deteníase en cada campamento, frente a cada obra, vestido como un ingeniero de caminos, inspeccionando los trabajos, haciéndose repetir las explicaciones, analizando el progreso de la vía.

Y cuántas veces no le había subido a la boca el amargo sabor de los disgustos. Desde el comienzo surgieron las dificultades. En el mismo año en que se firmara el contrato, Harman le informaba desde los Estados Unidos que los accionistas habían recibido malos informes de los tenedores de bonos de la Deuda Ingle-

sa, cuyo pago fuera suspendido por Alfaro desde marzo de 1896, hasta lograr un arreglo justiciero. El Ecuador aparecía como un país sin crédito, y así sus papeles no tenían colocación. Pero Harman era hombre audaz. Comunicó sus proyectos a Alfaro: iría a Londres, de acuerdo con algunos banqueros norteamericanos y trataría de consolidar la deuda. Desde aquella entrevista en la cual Alfaro rechazara para sí una comisión de millones, Harman habíase transformado en amigo fervoroso del caudillo liberal. Creía en él. Tenía fe en sus energía y nunca temió quedarse solo ante las dificultades de la empresa. Los proyectos de Harman fueron aprobados por el Gobierno ecuatoriano. En Londres, Harman instaló suntuosas oficinas: miles de libras gastó en amueblarlas. Y esto lo hacía en los momentos en que la compañía, con dificultades financieras, estaba a punto de liquidar. Alfaro sonreía de las posturas de gran señor que adoptaba Harman, y las aplaudía. La empresa se había iniciado con un formidable alarde de propaganda: bien conocía Harman a sus millonarios... El Consejo de Tenedores de Bonos resolvió vender sus derechos por el treinta y cinco por ciento de su valor nominal, una parte en efectivo y otra en una emisión especial de Bonos Córdores, cuya equivalencia era de una libra esterlina, hecha por el Gobierno del Ecuador. De esta suerte, las acciones del ferrocarril podrían cotizarse en la Bolsa de Londres y los capitalistas norteamericanos aseguraban, al parecer, su inversión. La campaña de calumnias fracasó. Era entonces Cónsul del Ecuador en Nueva York Miguel Valverde, viejo amigo y camarada de Alfaro, el escritor azotado por Veintemilla, y al que sacara de su calabozo después de la campaña de 1883. Alfaro le había dado el cargo. Eran amigos, pero el tiempo y el chisme habíalos alejado. Valverde, a pesar de su talento, pensó que Alfaro fracasaría pronto y no se creyó bien retribuido. Ayudas las había recibido, pero eran cosas de poca monta, y él, muy ambicioso. Valverde, engañado o sabedor de lo que hacía, servía de agente a los enemigos de Alfaro y cooperaba al desprestigio de la empresa del ferrocarril. Fue, por eso, destituido del empleo.* Iría, así, apartando los obstáculos a la obra. Si los

enemigos decían que Alfaro y Harman eran un par de pícaros, él respondería con los hechos. Si aseguraban que la empresa era una farsa y que el costo del ferrocarril se elevaría gradualmente para beneficio de unos pocos especuladores, Alfaro soportaba con abnegación las injurias y no se detenía. Jamás flaqueó: el ferrocarril o nada. Aquí sí que no podía transar.

La operación financiera no pudo ser resuelta con todo el éxito planeado. Cuando las primeras compras se hicieron, la cotización de los bonos subió en la Bolsa de Londres. Los últimos, unas cien mil libras esterlinas, fueron adquiridos al cuarenta y cinco por ciento. La oposición clamó el arreglo. ¿Y el ferrocarril? Alfaro, como García Moreno, había ordenado la suspensión de los pagos de la deuda externa, pero Alfaro había logrado cancelar la deuda a cambio del ferrocarril, y restablecer el crédito nacional. Poco importaban las ganancias que no se pudieron hacer. De cualquiera manera que se hubiera procedido, en el momento comprar, los acreedores habrían querido el mayor provecho. Fraude, fraude, fue el grito de los enemigos. Se habló de un peculado monstruoso. Alfaro se irritaba, permanecía en silencios prolongados, pero su voluntad seguía inalterable, fundiéndose en el rigor de esos momentos cruciales para su honra, “...en la Cámara de Diputados quedaron reducidos a dos votos (al ferrocarril)... el de don Emilio Estrada y el de un joven Intriago (J. Federico), que después nombré ministro del Tribunal de cuentas de Guayaquil en premio a su patriotismo”. Ya no estaba en Quito solo: doña Anita y sus hijos le rodeaban y con ellos se confortaba. En julio de 1898, nació su última hija: pocas horas después de nombrarla. Ana María perdió la vida. No creció el único de sus hijos nacido en la Patria. Pero tenía tanto amor en su tomo... El mayor de los hombres Olmedo, andaba por los vein-

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., págs. 228-229.

te años y quería ser militar. Las niñas le atendían en la mesa. Y doña Anita, silenciosa y con el carácter adquirido en los tiempos de adversidad, posaba en todas las cosas su mirada vigilante.

De Manabí habían llegado unas parientas campesinas. Recibiolas en su casa. Los extraños sonreían a su presencia, porque no llevaban los trajes a la última moda y sus maneras eran simples. Alfaro llenolas de atenciones preferentes, y todo lo entendía y por eso se esmeraba más con ellas.

Pero el ferrocarril le absorbía todos los pensamientos. La unión nacional contaría con el vehículo indispensable. Intuía que la nación sólo se conformaría cuando sus regiones predominantes igualasen sus ritmos económicos. El trágico descompás entre la costa y la sierra era la causa de los trastornos internos y del estancamiento de la vida nacional. El ferrocarril transformaría el altiplano. Y si no fuera así, ¿para qué pensar en la derrota? ¿Acaso la fuerza tradicional sería más fuerte que la reforma? Once constituciones políticas contaba el Ecuador hasta entonces; la unidad en el poder se hizo por la fuerza, y las leyes o se adelantaron a las costumbre, pero no pudieron reformarlas. Ahora, sólo había un medio de recobrar el tiempo perdido: haciendo la revolución desde arriba. Ningún aliado mejor, para ello, que el ferrocarril. Hizo levantar un catastro sobre el valor de las propiedades rurales y urbanas de las provincias de la sierra que atravesaría el ferrocarril, con el objeto de que el Estado se beneficiase con una parte de la plusvalía. La operación fue muy combatida, y antes que perder la batalla, Alfaro renunció a su propósito, pero renunció como un estratega que espera ocasión favorable.

Y cuántas cosas no le ocupaban a diario. La circulación de la plata produjo una grave crisis, pues se depreciaba constantemente en los mercados del mundo. Para reemplazar el respaldo monetario con el patrón oro, el Gobierno asumió la pérdida en la conversión, al exportar las reservas de plata y comprar divisas de oro, salvando así a los bancos de emisión de un desastre. Y junto a este problema fundamental, otros que le obligaban al trabajo sin descanso: había pedido a la Convención asignar fon-

dos para la construcción de un pequeño ferrocarril entre Manta y Santa Ana, en su rica y abandonada provincia, la creación de becas en el extranjero para formar maestros y técnicos, la construcción del edificio de la Aduana en Guayaquil, la del Ministerio del Tesoro... Había conseguido de la Legislatura la Ley de División Territorial, la de Régimen Administrativo Interior, la Ley Orgánica del Poder Judicial, la del Servicio Militar, la de Bancos, la de Instrucción Pública... Ordenar, ordenarlo todo dentro de una nueva estructura política. El tiempo quería ganarle la partida. Sus dolencias físicas aumentaban gradualmente, pero se defendía poblando su mundo interior de sueños.

En veces, la fatiga le vencía por unos momentos. La solución de un problema le creaba siempre otro. Así, cuando le fue necesario hacer igual diligencia a la que Harman había hecho en Inglaterra, pero ahora con los acreedores norteamericanos. Mandó instrucciones a su Ministro en Washington, Carbo. Y éste se excusó por la campaña de difamación. En noviembre de 1897, le había teleografiado pidiéndole que la negociación se hiciera por intermedio de un Banco. “Usted y yo –decíale– procedemos de buena fe y estamos calumniados... Si las negociaciones comprometen la honra del Gobierno... creo que es tiempo de detenerse. Usted no debe sacrificarse para que después todos maldigan y ninguno agradezca...” Veinticuatro horas más tarde, Carbo recibía un lacónico mensaje:

“Procediendo con honradez, nada importan calumnias. Don Miedo nunca fue buen consejero. Con fracaso ferrocarril, más costaría una nueva guerra que el pago a la Deuda Externa. Pueblo necesita trabajo; país, prosperidad. El decoro nacional no consiente un paso atrás”.*

* Carta del 21 de junio de 1899, archivo de la familia Alfaro, reproducida en el tomo II de Eloy Alfaro – Obras Escogidas, ob. cit., pág. 340.

** Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., pág. 224.

La guerra civil estalló de todos modos, aunque minúscula: en Chambo y Quero los conservadores sufrieron nuevas derrotas. Pero como la campaña sorda continuaba, tenía que estar vigilante, con el ejército en pie, la policía en movimiento, consumiendo dineros, cuidando la frontera Norte para impedir el paso de los revolucionarios refugiados en Colombia, recibiendo insultos y sitiado por la incompresión de la época. Se fortalecía con el amor del pueblo, y era bastante. El grito de ¡viva Alfaro! corría por los cuatro lados del país: era la asignatura de la fe popular.

Cierta noche, le llamaron en altas horas. Inclino la cabeza cuando le dieron la fatal noticia: Mendieta había muerto. En una jarana, Flavio Alfaro, borracho, le había metido un balazo en la cabeza. No lo quiso matar: habían apagado las luces en la reyerta porque entraron a disputarle una mujer. Se acercó una sombra y la creyó enemiga. Nada más que eso. Alfaro no se lo perdonó, pero nada podía hacer. Lloró, hombre entero, a pequeñas lágrimas ardidadas, y se quedó triste por muchos días. Hacía el rostro a un lado cuando le hablaban de aquello. ¿Perdió al hijo? ¿Lo era Mendieta? El misterio envolvió su vida y su muerte y Alfaro supo callar.

Nunca le habría de llegar la paz. Apenas si revelaba su rostro el océano de amargura, salido de cuenca, que le movía al dolor. Había aprendido a no entregarse. Luchador avezado, así de riesgosa la empresa, así de temerario. Luchaba contra todo y contra sí mismo. Luchaba, por destino, contra el tiempo de su patria. Ahora le venía encima otra preocupación: recibió la visita de un diplomático europeo a preguntarle si existía alguna negociación sobre las islas Galápagos. Reflexionó unos minutos y luego le contó la verdad: no había otra propuesta que la contenida en aquella carta que recibiera en Guayaquil en 1895 y a la que no había respondido. (¡Y no tenía con qué pagar la prima de su seguro de vida!) El diplomático abandonó la cautela y juzgó conveniente hablarle con franqueza: tres naciones de Europa habían

resuelto ofrecer al Ecuador dieciocho millones de libras esterlinas a cambio de un acomodo —mucho cuidado puso en escoger la palabra— en las islas.

El ambiente se agitó. Consultó Alfaro con sus ministros y acordaron entre todos guardar reserva hasta el próximo congreso. Pero las noticias corrieron aumentadas: el pretexto para una nueva revolución había nacido. Unos conspiraban para reprobar la supuesta aceptación de Alfaro. Otros, para, si mere verdad que se hubiera negado, aceptar la oferta a cambio del poder, substituyendo a Alfaro. Reunió su papeles, escribió a Guayaquil reclamando la carta de aquel polaco le dirigiera casi tres años antes, y se puso a esperar el momento oportuno para la publicación de los documentos. Su prudencia le salvó. El congreso opositor de 1898 aprobó que se hubiera negado a todo negocio con el patrimonio territorial, y la crisis fue conjurada, no sin antes padecer los ataques de los congresistas enemigos, que rechazaron el propósito de Alfaro de dar una explicación al pueblo. Nada de misterios, nada secreto cuando se trata de los grandes intereses de la República, había dicho Alfaro en su mensaje, pero no le complacieron y tuvo que callar.

Pidió, eso sí, al Congreso que adoptase disposiciones para robustecer la ecuatorianidad de las islas. Solicitó medios para colonizarlas y organizar una administración eficiente en el Archipiélago. Sugirió una alianza con Venezuela y Colombia... ¡El viejo tiene cada cosa!, decían con aire importante los políticos retóricos. Hablaban, claro, está, en discurso solemne, un poco brillante y siempre mediocres. Y permanecían, así, náufragos de la superficie, desposeídos de toda acción positiva y creadora.

La ley de patronato tuvo que dictarse como una solución inaplazable a las cuestiones religiosas. Todos los medios para la celebración de un nuevo concordato fueron agotados. Un delegado apostólico, Monseñor Guidi, había venido al Ecuador, pero sin otras autorizaciones que las de obtener la vigencia íntegra del

Concordato de 1882. Hubo discusiones, cambio de notas diplomáticas, agitación de la prensa ultramontana, protesta, actitudes sectarias de parte y parte... La Santa Sede se quejó de las persecuciones a ciertos religiosos extranjeros. El Gobierno respondió con firmeza. Y el diplomático del Vaticano, a comienzos de julio de 1898, salió del Ecuador, llevando los puntos fundamentales del Ejecutivo: no intervención de la Iglesia en la instrucción pública, necesidad de discutir sobre el fuero y el juzgamiento de las causas eclesiásticas, intervención del poder civil en la designación de las personas que ejercerían prelación en la Iglesia, provisión de curatos, cuentas de administración de bienes, suspensión de derechos parroquiales de defunción, conducta del clero durante las guerras civiles...

Llegó después un memorándum del cardenal Rampolla, Secretario de Estado de León XIII, quejándose del trato a los religiosos. La comunicación era fuerte. El ministro de Alfaro hubo de responderla con dureza: "...Los únicos que contra su voluntad han dejado el país, son los Salesianos, esos fabricantes de armas y municiones para alimentar la guerra civil; y los capuchinos, especie de tributos de sayal, que predicaban la matanza bárbara entre compatriotas, el degüello fanático entre hermanos, la destrucción del mismo pueblo que les había prestado generosa hospitalidad".*

Otra vez, el problema religioso fue la comidilla de todos los corrillos. Alfaro quería terminar con tan enojoso asunto. Además, sus consejeros, su ministro de Gobierno y de Cultos, José Peralta, llevado al gabinete después de que en el Congreso había formado en las filas de la oposición, le pedían con urgencia liquidar la situación aún pendiente. Alfaro había ganado a Peralta, como ganó a muchos, aplaudiendo su oposición, porque era sincera o por lo menos inteligente, y trayéndoles a su lado. Peralta poseía talento, pero en negocios de religión era intolerante. Los principios doctrinarios quedaron impresos en el proyecto de Ley de Patronato que fue enviado a la consideración del Congreso extraordinario, reunido en julio de 1899. Alfaro, en

su mensaje, señaló las palabras evangélicas: “Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. Y luego, mirando de reojo, afirmaba: “Nacionalizar de veras nuestro clero; inducirlo a vivir nuestra vida republicana, a fin de que propenda con nosotros, sin salirse de su órbita, al bienestar y engrandecimiento de la Patria, mediante el ejercicio sublime, pero exclusivo de su ministerio...”

Las matronas de Quito pusieron, como se dice, el grito en los cielos. El entonces Obispo de Ibarra, Federico González Suárez, cuando un periódico conservador, “El Industrial”, de Ibarra, injurió a Alfaro, había prohibido su lectura en su diócesis. Y el arzobispo de Quito reprobó a González Suárez y anuló la prohibición.

El proyecto de Peralta, con algunas modificaciones y después de enviar el Congreso al ministro un voto de aplauso por “el mantenimiento de la honra nacional en los asuntos relacionados con la Santa Sede”, se convirtió en ley de la República. Las bulas y demás disposiciones pontificias que trataran de asuntos de gracia o disciplina universal o de reforma o variación de la constitución de regulares no podrían promulgarse, ejecutarse ni tener valor alguno, sin el exequátur del Poder Ejecutivo; los legados o nuncios del Papa no podrían ejercer su jurisdicción en la República sin autorización del gobierno; el arzobispo y los obispos prestarían promesa de ley para asumir sus cargos; el Estado suministraría las rentas para el sostenimiento de la Iglesia; colectores, síndicos o procuradores, con caución económica, administrarían los bienes de las órdenes y comunidades religiosas y serían nombrados por el Poder Ejecutivo, de acuerdo con una tema formulada por la Iglesia...

¡Ah, la sutil manera de tener que enfrentar a cada adversario y a cada amigo en estos asuntos! En tanto, el ferrocarril daba el sustento para tantas luchas cotidianas. Las cosas que había realizado y las muchas que tenía por hacer llevaban el ritmo profundo del camino de hierro que metro a metro se acercaba. Todo para el ferrocarril, plato fuerte de su banquete de sueños. Vendría

alguna vez cantando su himno y de campanas hasta la misma Quito. Subiría más de cuatro mil metros por los filos de los Andes. Correría de uno a otro extremo transformando la vida de los pueblos. Y él podría sentirse en paz.

Pero había que despachar minucias... Iba dejando obras, como quien no se olvida, a pesar de la prisa del viaje, de abotonarse la americana o anudarse la corbata. Quedarían el Colegio Militar, la Academia de Guerra, el Curso de aplicación para perfeccionamiento de oficiales, la Escuela de Clases para sargentos y cabos. Le preocupaba lo militar porque le preocupaba el destino de la patria en lo internacional y en la estabilidad interna. Nunca en el Ecuador los oficiales habían salido de academias o de colegios. Se formaban en los campos de batalla o adquirían las jerarquías merced a las influencias familiares o de la política. Alfaro habría de dejar las bases para un ejército moderno.

Para sus asuntos personales nunca tuvo tiempo. Su hacienda privada marchaba de mal en peor. El presupuesto mensual era un milagro en las manos de doña Anita. Alfaro no se preocupaba de esas cosas. Pero al vencimiento de los compromisos, se veía en apuros. Ocurría por ayuda a los amigos. En lo que más cuidado ponía era en su póliza de seguro de vida. Muchas veces no tuvo cómo pagar las primas anuales. Y muchas se endeudó. “A mediados de julio –escribía en 1899 al doctor Felicísimo López– tengo que pagar la prima por mi póliza de vida a la New York Life Insurance Co. ...Son cerca de novecientos pesos oro americano, o sea, más de mil ochocientos sucres... De golpe no puedo hacer semejante desembolso. De mi sueldo de julio podré disponer de seiscientos sucres para ese objeto; lo que falta para el completo de aquella prima, necesito que lo adelante Pedro Córdova, para ser reembolsado con parte de mis sueldos de agosto y septiembre. Véase usted con dicho amigo y arrégleme ese importante asunto para mí. Gracias a esa póliza de seguro vivo tranquilo respecto de recursos para mi familia, en el caso de que los acontecimientos políticos me obligaran a emprender viaje intempestivo para el otro mundo...”*

Y no lo decía porque abrigase ideas de derrota. Nunca fuera tan seguro de sí mismo como en aquellos días. Las revoluciones no habían terminado, y eso le nutría de nuevos bríos. En diciembre de 1898, se había combatido en Cuenca y en el Norte. Los derrotados de Guangaloma, donde Julio Andrade, cuyos prestigios militares crecían, recibiera una herida, habían pasado por caminos ocultos hasta cerca de Riobamba. El 23 de enero de 1899 se libró el combate en el Nudo de Sanancajas. Alfaro estaba en Guayaquil y allí recibió el telegrama –parte de Andrade:

“Le envío mi respeto junto con la expresión de mi cariño”,**
decíale luego de participarle el triunfo. Y era verdad: sus subalternos le querían. Y hasta aquéllos que le habrían traicionado de buena gana, no podían sustraerse al influjo de sus miradas ni de sus palabras roncas y definitivas. Tuteaba a todos, venerable y paternal, y todos le obedecían porque había nacido con el don de mandar.

Nadie podría asegurar candorosamente que no hubo errores. Muchos, provocados por sus hermanos, José Luis y Medardo. Hombre amante de su familia, habría de sufrir harto con ellos. Sus hermanas estaban casadas y en buenos términos con él. Correspondía con ellas con frecuencia: la una, mujer de Cagigal, la otra de Morales. Pero Medardo y José Luis... No podía remediarlo. Así fue de grande el escándalo cuando José Luis aprisionó al gobernador de Guayaquil, Ignacio Robles, hombre de alto prestigio y de influyentes relaciones. Túvolo con centinela de vista. Robles había cooperado a su triunfo, y ahora, por rencillas, estaba acusado de íntimo de los enemigos. Emilio Estrada le dirigió una fuerte carta con esta ocasión, protestando del atropello y porque Alfaro se negaba a destituir a José Luis.. Estrada era su viejo camarada de confianza y debía ser escuchado.

Se pasaba las manos inquietas por la cabeza. El recuerdo de Marcos le atormentaba. ¿Por qué habría de morirse él? Y todo esto le ocurría justamente cuando pasaba momentos de terrible

lucha con los problemas del ferrocarril.

Los ricos y los pobres estaban nervios con la llegada del Siglo. El último día comenzó a morir. Las calles y las plazas fueron estrechas. Los ojos inquietos contemplaban el cielo esperanzados en algún fenómeno maravilloso. Los que tenían reloj, lo miraban a cada instante, y luego se frotaban las manos. Salieron procesiones de muñecos de paja, enmascarados y barbudos: voces plañideras cantaban la muerte del siglo viejo. Minutos antes de las doce de la noche, leyeron gracioso testamentos y dispusieron lo necesario para quemar los muñecos. La primera campanada saltó. El estampido de un cañonazo dio la señal. Volaron rectos al cielo los cohetes de colores. Los muñecos comenzaron a arder, en tanto que los chiquillos saltaban sobre las llamas cogidos de las manos. La multitud entró en delirio. Abrazados, cantando, deseándose ventura, hombres y mujeres, alegres y simples, corrieron por las calles hasta el alba. De los alones iluminados llegaban el sonido de los pianos y el compás de las cuadrillas de rigor.

Alfaro gozó de la fiesta popular. Las recepciones oficiales le habían aburrido. Bendijo a sus hijos y les besó en la frente cuando el reloj marcó las doce. Después, se retiró al balcón y allí, mirando la noche, comenzó a pensar hasta que se fue dormitando.

1900. Como un cuartel gigantesco, el ferrocarril venia con el siglo. No había sido fácil vencer la inercia de los incapaces y la intransigencia de los enemigos. Repasaba la memoria. No. Hoy no quería recibir a nadie en su despacho. Como Anteo, lle-

* Archivo del autor.

** A. T. Barrera, ob. cit., pág. 27.

gándose a la tierra, él se llegaba a los momentos solitarios para tomar fuerzas. Descansaba las manos sobre la mesa, y se quedaba absorto, quedo... Estaba triunfando, lo sabía. Y se ponía a recordar... Aquel Congreso de 1898. La oposición había ganado la mayoría y él recibió una dura lección. Tuvo penas que no confesó y desengaños que no quiso mostrar. Se hablaba ya sin embargo del golpe de Estado. El punto vulnerable del ataque, fue, naturalmente, el ferrocarril. En la Cámara de Diputados sólo llegó a contar dos votos favorables. La bandera de la insurrección se levantó. En los discursos se lo llamó traidor a la patria, y la diaria algarada de los legisladores produjo insultos, bofetadas, interpelaciones. El contrato firmado con Harman no era sino una combinación diabólica para entregar el país a los yanquis imperialistas. ¡Abajo el contrato!, era la voz de guerra. A la verdad, el contrato distaba mucho de ser obra perfecta: contenía inexactitudes, errores, detalles no bien aclarados, pero lo que Alfaro pudo lograr lo logró con la visión de conjunto que poseía. En la Cámara del Senado, Manuel Larrea y Lizardo García se disputaban ya la jefatura suprema de la revolución. Cuando Alfaro supo que los diputados tenían resuelto destruir el contrato, se dirigió al Senado. “Vais a estudiar... un asunto de vida o muerte para la Nación... Ninguna explicación pedida hasta hoy al Ejecutivo, ningún deseo de proporcionarse los datos necesarios para no errar, y, en fin, en sesiones secretas y en momentos menos esperado, un golpe mortal en el corazón mismo de la República... Trátase de la fe pública y de la honra de nuestra Patria ante el mundo civilizado, y sus propios hijos, sus representantes, son los que... la rompen y conculcan. Trátase de dar vida, de medio levantar ese cadáver, entre nosotros llamado crédito nacional, y ecuatorianos legisladores son los que le dan el golpe de gracia... Vais a resolver un asunto general de vital interés para toda la

* Eloy Alfaro, Historia del Ferrocarril, ob. cit, pág. 29.

Nación. ¿Por qué el secreto, el misterio en las sesiones?... Es tan solemne el instante... que no he podido menos que hablaros con ingenuidad y entereza que me son característicos al de mandaros nada más que justicia y cordura”.

No se le escuchó. El 15 de septiembre de 1898, el Congreso de la República prohibió al Poder Ejecutivo el cumplimiento de las estipulaciones del contrato del Ferrocarril y la celebración de cualquier otro contrato sobre las bases del anterior. Hubo en Diputados una curiosa discusión, acerca del saneamiento de Guayaquil, previsto en el contrato: uno de aquellos oradores de circunstancias saltó de su curul a gritar que era una vergüenza solicitar a los extranjeros que nos limpien la ciudad... Alfaro objetó el decreto de prohibición, pero el 6 de octubre fue ratificado por el Congreso y, así adquirió vigencia legal.

Archer Harman vino y ofreció entablar demanda por indemnizaciones. Alfaro le dejó hablar, y luego, con la voz decisiva que usaba en sus diálogos en los momentos de riesgo, le pidió que no lo hiciera. Todavía podría encontrar un arreglo, ¿Cómo? Sabía, sabía muy bien la manera de manejar a los hombres. Habría de someterlos. Harman, hombre de aventura, le entendió.

Alfaro comenzó a luchar. Si el Congreso quería hacerle la revolución, él llegaría a disolverlo. Nunca lo dijo, pero en su pensamiento cruzó la resolución radical. Y dejó que otros lo dijeran. Los partidarios del Gobierno invadieron las barras y gritaron toda su rabia a la cara de los congresistas. El rumor de la disolución fue creciendo. Los batallones vivían alertas y en las noches la policía montada cruzaba las calles. Alfaro sonreía. Miedo hay que darles, miedo y más miedo... Como las labores del Congreso estaban al terminar, hubo de prorrogar las sesiones. Un nuevo mensaje de Alfaro escucharon las cámaras reunidas en pleno: “... Y llegado es el caso de que cumpláis lo que tantas veces habéis prometido a la opinión pública: arreglar con el representante (Harman) lo que concierna a tomar las segurida-

des necesarias, respecto de las cantidades que en el contrato no halléis bien garantizadas...”

Esas palabras enseñaban que Alfaro había triunfado. Tuvo que ceder en algo: su ministro de Hacienda había sido interpelado y su renuncia fue el epílogo, aceptado por Alfaro, quien, sagaz, provocó la crisis de gabinete, complació al Congreso para ofrecerle el camino de la rectificación y aturdirlo con lo que los legisladores llamaban un triunfo, y designó, así, nuevo ministerio. Y nada más. La oposición quedó debilitada, con sus mejores hombres llevados a colaborar con Alfaro, y las voces secundarias se fueron apagando. De esta suerte fue cómo se trajo a José Peralta consigo.

Vinieron los arreglos. Harman aceptó algunas modificaciones al contrato, hechas de acuerdo con una comisión del Congreso. La más importante era que después de sesenta y cinco años, a partir de la terminación de los trabajos, la compañía entregaría cancelados al Gobierno, sin indemnización alguna, los bonos del stock preferido, y el ferrocarril, libre de todo gravamen y en buen estado de servicio, siempre que hubieren sido pagados todos los bonos del stock común. Aquí los congresistas habían tenido la razón. Sólo que la decisión primera fue la de usar el contrato como bandera política para derrocar al régimen.

Conjurada la crisis, salvado el ferrocarril, Alfaro quedó fatigado. Tuvo ratos de abandono. Había aprendido que la transacción es la condición del ser político, pero no había aprendido a dejar de sufrir. Cuando le hablaban de las cosas que debía disimular, temblaba físicamente y respondía:

—Mucha corrupción hay en nuestra Patria. Ya estoy fatigado. Parece que en el Ecuador no hay una persona honrada. ¡Y toda la responsabilidad la han de cargar sobre mí!

Se apretaba las sienes, autor de su propia tragedia, y ya no quería decir una palabra más.

Vino luego la segunda gran batalla. Su destino era pelear. Harman llegó a adquirir la fisonomía de un teniente leal y valeroso, el escogido para las comisiones más difíciles. El nuevo contra-

to desanimó a los accionistas. Una firma millonaria se llamó a engaño y exigió de Harman la devolución de sus aportes. No hay buena fe en el Gobierno del Ecuador, era la frase que se repetían en los círculos financieros de Nueva York. La compañía estuvo al borde de la quiebra. Un contrato celebrado con otra compañía para la provisión de materiales, fue anulado. Harman no se derrotó: dirigióse a Londres, se rodeó de especuladores y estrechó amistad con un millonario inglés. James Sivewright. Le compró a éste acciones, y el crédito de la compañía volvió a subir. Sivewright se convirtió en amigo personal de Alfaro. No le importó el dinero, enamorado como estaba de la obra en el país exótico: su ayuda al ferrocarril hízole perder, años más tarde, millones, pero no se dolió de ello.

Los recuerdos se ataban unos a otros como los relatos desarticulados de una historia de fantasmas sin otro hilo conductor que el terror o la demoníaca exaltación creadora de un delirante. La mirada y el corazón tenían que estar prestos a ponerse en caminos y encrucijadas extraños. Entonces se consolaba pensando en el más allá... El problema de la muerte fue siempre para Alfaro el problema vital de su existencia. De vez en vez, invocaba a los espíritus, con el afán trágico de un buscador de Dios. Los conservadores y los frailes le acusaban de espiritista y muy pronto el calificativo fue sinónimo de liberal; ambas cosas eran una y se explicaban en otra: el masonismo. Alfaro no prestaba atención a los rumores. Algunas noches trató de comunicarse con el espíritu de su hermano Marcos, asesinado en Guatemala; pedíale consejos, y guardaba celosamente las líneas que la médium escribía...

En el diario trajín, procuraba serenarse con la paz evangélica que era el orden de su hogar. Alfaro tenía en verdad dos hom-

* A. T. Barrera. ob. cit., pág. 30.

bres dentro de sí; pasadas las horas de la lucha, se tomaba en un dulce y pequeño ser humano, de palabra tímida y ademanes leves. Castigábase la ambición de gloria, gozando en humillarse como un monje lo hace con las disciplinas materiales. Así, los jueves santos llevaba a su mesa doce pobres y comía con ellos y les pedía la bendición... Prefería a los ciegos.

—Pobrecitos, Anita, no pueden ver... Sírvelos tú misma. Era el teatro, el aparato del que nunca podría despojarse. Cambiaba la escena; era en su despacho: la cara tensa, las miradas trasmutadas, seco todo él como un árbol sin raíces. Atendía los menesteres de su empleo de presidente con la minuciosidad de un oficinista: todo en orden, todo limpio, el ganchito para los papeles, los archivos sin atrasos, la libreta de notas a la mano... Los grandes problemas le iluminaban y le afirmaban la calidad humana que pocos adivinaban en él. Y en los momentos difíciles, se paseaba dialogando por la habitación hasta que encontraba la fórmula salvadora.

De esta manera se agitaba cuando el movimiento liberal de Colombia pareció maduro. Por lo pronto, obtuvo un auxilio reservado, del tesoro de su propio gobierno, valor de diez mil pesos, y él mismo envió sus consejos. Desde 1899, había mandado a Luis Felipe Carbo a Bogotá, cuya misión resultaba hartamente delicada en medio de la guerra civil colombiana. A Carbo telegrafiaba el 4 de julio de 1899:

“Conviene no dejar de mano un momento el proyecto... de la Confederación de las tres Repúblicas de la antigua Colombia. ¡Qué porvenir, entonces, de engrandecimiento y gloria, y qué ejemplo para las demás naciones de este Continente! El resultado inmediato... será la seguridad y respetabilidad de nuestras relaciones internacionales... La seriedad misma de todos nuestros actos y de nuestras instituciones, al considerarse también grandes cada uno de los tres Estados que compondrían la Confederación...”.*

Y en su mensaje al Congreso de ese mismo año, decía: “La cordialidad y deferencia con que ha sido recibida en Bogotá nuestra Legación nos dan la esperanza de que se estrecharán aún más todavía los lazos que nos unen al pueblo colombiano; y de que, más tarde, podrán quizás las tres repúblicas que formaban la Gran Colombia firmar un pacto de unión en lo que mira a sus relaciones internacionales”.** La Gran Colombia, sueño de siempre, desde la niñez campesina en Montecristi, cuando absorbo en el regazo de la madre escuchaba el bello cuento fáustico del Libertador.

Todo, en verdad, dependía de la guerra civil colombiana, y por eso tenía que ayudar a los liberales que vivían con el arma lista. En mayo de 1900, entregó dos cañones, mil rifles y doscientos mil cartuchos. Y no daba más, por ahora, porque no tenía, y la amenaza conservadora obligábale a estar siempre vigilante.

No. Hoy no quería recibir a nadie en su despacho. Era feliz, a su manera. Todo marchaba más o menos bien. El ferrocarril se acercaba, despacio, pero seguro. Tenía las manos en las rodillas y habíale invadido una dulce laxitud por todo el cuerpo. Un telegrama urgente le hizo incorporar, Abriolo con desgano. Y con el gesto habitual a sus momentos de desgracia, se llevó las manos a la frente y la apretó entre ellas.

El invierno de ese año de 1900 fue en extremo riguroso. Aquel día, bramaron los cerros y se desmoronaron sobre los rieles. El alud gigantesco sepultó hombres, carros, casas, hierro... Ni una huella de trabajo quedó en la tierra. Los hombres corrieron despavoridos. Inmensas piedras venían rebotando a saltos desde las cumbres. Estruendo bárbaro, entre el torrente de la lluvia y el bramido de los ríos alocados.

Poco después, Harman llegó a Quito, desalentado. Explicó a Alfaro la magnitud del desastre, que había hecho desaparecer más de diez kilómetros de vía férrea y muchos más de terrenos listos para recibir las paralelas.

—¿Y ahora qué hacemos. General? Alfaro se puso en pie.

Sonrió ligeramente, tal vez de pena, tal vez de soberbia. Y respondió:

–”Primero, don Archer, tomemos un trago de whisky par espantar al diablo y después veremos qué se hace”.*

Harman hizo un ademán con la cabeza, se quitó los lentes y le clavó su mirada azul.

Y el diablo se espantó. Un magnífico, ingeniero, llamado Davis, fue designado para buscar una nueva vía, que encontraron por el río Chanchán, a pesar de los inconvenientes de exigir más gradiente y ser muy escabrosa. Cuatro mil negros de Jamaica, expertos en el manejo de la dinamita, fueron traídos para el trabajo. Los trabajadores ecuatorianos se negaban; habían tomado miedo a aquella tarea peligrosa, en la que se moría de repente con una piedra en el pecho o con la fiebre extraña. Un día descubrieron que millones de insectos rojos, pequeñísimos, eran los que al picar transmitían una desconocida enfermedad. Vivían aquellos animales en unos árboles bajos, a cosa de setecientos metros de altitud, a medio camino de los cerros. Las plataformas pasaban llenas de cadáveres. Harman y Alfaro resolvieron guardar silencio y destruir los árboles.

Ni los derrumbes ni la muerte detenían el ferrocarril. El ingeniero Davis enfermó y murió. No importaba: John Harman, ingeniero del ejército americano, hermano del empresario, le reemplazó. ¿Y la revolución en el Norte? Tres mil hombres del ejército conservador de Colombia habían entrado en el territorio ecuatoriano. Conturbado por sus preocupaciones, tuvo que disponer la campaña. Su ejército volvió a vencer. No le dio ninguna importancia a la batalla. No castigó a nadie. El ferrocarril, el ferrocarril... Se acabarían las revoluciones... El bienestar, la

* Eloy Alfaro, Historia del Ferrocarril, ob. cit., pág. 33.

Alfredo Pareja D.

riqueza, la unión nacional... Estaba cierto. El ferrocarril vendría. El mismo lo iría a recibir súbitamente joven y alegre. Después, cuando le dolieran los huesos, ya tendría comprado el boleto para llegar a un pequeño rincón lleno de pausas eternas.

IX LA SUCESIÓN

La prematura legalidad era una valla que no se podía saltar sin riesgos. Alfaro pagaba el precio de su error: las leyes le ataban y le comían el tiempo. Ayer no más comenzó y hoy tenía que pensar en alejarse, por lo menos un poco. No hizo la mitad de lo que pensara. Cierto que el Poder Ejecutivo era fuerte y que los Congresos, como en todas las democracias americanas, se reunían sólo una vez por año, pero dejaban una atmósfera tejida con leyes apresuradas, muchas veces contrarias a la realidad. Y el esfuerzo de tal suerte, tenían que doblarse. Las creaciones un tanto aisladas y en cierto desorden, le dejaban descontento. Había tenido que vencer innúmeras subversiones, y si las había dominado, no era sin gasto de dinero, de hombres y de tiempo. La prensa conservadora no se rendía.

Algunos exiliados políticos, pocas prisiones, ninguna venganza ni castigo cruel, por lo menos que en su mano estuviera. La paz iba fortaleciéndose; los enemigos eran prófugos, ultramontanos curuchupas y pseudoliberales, como Sarasti, que no había vacilado en romper su palabra empeñada en Quito, de no salir de la ciudad y de no participar en la revuelta, para ser derrotado y puesto en fuga en Sanancajas...

Gustaba de repasar a diario los incidentes de su gobierno. La construcción del ferrocarril le sostenía como un vino cordial. Se estaba realizando la empresa, y aún no creían en ella. ¡Cómo iban a creer, así sobrara buena fe, si al firmarse el contrato los ingresos fiscales no llegaban a los seis millones de sucres al año! Eran, entonces, tres millones de dólares. El compromiso adquirido con el contrato era una locura: ni intereses ni amortización

podrían cubrirse, y, al final, el Ecuador quedaría en manos de sus acreedores imperialistas... Alfaro hizo el milagro.

A partir de 1898, a pesar de las revoluciones, la hacienda pública había aumentado notablemente sus ingresos. Para los apuros del Gobierno, había organizado la Sociedad de Crédito Público entre fuertes comerciantes de Guayaquil. Al progreso material, unía los esfuerzos de la cultura; funcionaba ya el Conservatorio Nacional de Música, bajo la dirección de un profesor contratado en Italia; la organización de enseñanza normal hallábase a cargo de maestros norteamericanos... Pequeñas islas, frente a la oceánica grandeza de los sueños no realizados. Tal vez llegó tarde al poder. Acaso las condiciones de América, cuyas fronteras nacionales se cerraban a diario, no le permitían echar a andar sus sueños bolivarianos. Empero, persistía en ellos, empecinándose en luchar contra el destino y contra la época. Movía la cabeza tristemente, pero no se dejaba vencer con las malas noticias. La misión diplomática de Carbo no había logrado sus propósitos en Bogotá, y entonces no quedaba sino ayudar a los unionistas colombianos. No lo pensó dos veces para darles un millón de sucres. El gobierno de Venezuela, de acuerdo con Alfaro, también les auxilió. Hasta que Cipriano Castro, presidente de Venezuela, flaqueó, no obstante que se le ofreciera la primera presidencia de la Gran Colombia federal, posponiendo Alfaro sus títulos. Un día de abril de 1901, recibió un documento extendido por liberales colombiano residentes en Quito, organizados en una Junta Patriótica Colombiana. “Los suscritos, miembros del Gran Partido Liberal de Colombia, plenamente autorizados y con credenciales especiales, proclamamos como Supremo Director de la Gran Confederación de la Antigua Colombia, al muy egregio apóstol de la libertad, el eximio general Eloy Alfaro. Dese cuenta de la presente resolución a los señores general G. Vargas Santos, general Cipriano Castro y doctor José Santos Zelaya; y excíteles para que, aumentando sus valiosos esfuerzos, veamos coronada la grande idea iniciada de antemano por los más esclarecidos caudillos de la América Latina...”.*

Alfaro veía en años próximos engrandecerse esta parte del mundo. Vargas Santos, en Colombia, que podría llegar al poder en cualquier momento afortunado; Castro, jefe del Estado venezolano; Zelaya, presidente de Nicaragua, y él, eran los cuatro del pacto liberal. Tendrían que triunfar. ¡Si con sólo una alianza internacional con Venezuela y Colombia, el problema de límites con el Perú se habría solucionado! Y más tarde, América Hispana confederada. Qué ciegos eran los hombres de su tiempo y cómo jugaban con el porvenir. La retórica lo cumplía todo, el recuerdo de los libertadores no merecía más que el discurso y la postura arrogante y falsa.

Entre los sueños grandes, los éxitos y los derrumbes, entre la lucha agotadora de transformar un país, cuántas cosas diminutas, hinchadas por el tropicalismo descontento. Así ocurrió cuando el clero, sabiéndose vencido con la Ley de Patronato, solicitó nuevas conversaciones amistosas. Vino al Ecuador un Delegado del Papa, Monseñor Gasparri. La fiebre amarilla que azotaba otra vez a Guayaquil, le detuvo en Santa Elena. El ministro Peralta me mandado a su encuentro, con poderes de plenipotenciario. Eso te gusta, parecía que hubiera dicho Alfaro, pues a eso te mando. Allí, en el pueblo vecino del mar, se celebraron varios acuerdos. Alfaro abrigaba esperanzas de que la Ley de Patronato fuera aceptada por el Vaticano, como la base de un *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado, y para lograrlo, hubo de hacer concesiones. Jamás Alfaro estuvo en lucha contra la religión. Nunca sus ideas dejaron de ser tolerantes y cristianas. Esto era, un cristiano puro. En las discusiones con Gasparri se tomaron notas para un nuevo Concordato, que no llegaría a firmarse, pero que demostraba cierta benevolencia y ánimo favorable de parte del Gobierno. El secretario de Peralta, Gonzalo Córdova, más tarde presidente del Ecuador, permitió que se publicase

* Víctor Emilio Estrada, *Vida de un Hombre: Emilio Estrada*, Guayaquil, Imp. A. G. Senefelder, 1942, pág. 30.

alguna de las innovaciones transaccionales... El grito de protesta llegó a Palacio. Su intención había sido acceder en lo posible a las demandas de la Iglesia. Su capacidad política, su conocimiento del país, sus deberes de estadista, le aconsejaban ceder. Pero tenía que apaciguar la tormenta, y él temblaba sólo ante la posibilidad de una lucha religiosa. Empero, los diplomáticos suscribieron dos acuerdos: el que secularizaba los cementerios, facultándose para que todos aquellos que profesasen una fe distinta a la católica tuvieran cementerios especiales o laicos; y el que se refería a las rentas de la Iglesia, a la que se le concedía la propiedad sobre las rentas que diferentes leyes habían destinado para el sostenimiento del culto. No llegaban al cuarto de millón de sucres aquellos dineros. Pero la gritería volvió a esgrimirse contra el Gobierno. Si Alfaro era el autor de la libertad religiosa, no podía arrebatar las garantías para la religión católica, que era la del pueblo. El mismo gobierno asistía oficialmente a las fiestas católicas en las iglesias. Su convicción ideológica inducía a respetar la conciencia individual de los ecuatorianos y la expresión de ella.

Y por más que hubiera obtenido del Embajador del Vaticano la separación de dos obispos rebeldes: Schumacher y Masiá; a pesar de que había conseguido que Gasparri dirigiese una circular aconsejando el sometimiento a todo el clero y que así la paz se lograría definitivamente; los tumultos callejeros, movidos por ambiciosos enemigos, insultaron y arrojaron piedras a Peralta cuando regresó a Quito... ¡Ah, los come curas!

Alfaro tenía fuerzas para soportarlo todo, y lo soportaba.

—La educación de un pueblo no se cambia ipso facto, a balazos; es obra del tiempo —solía decir y ya no quería hablar más del mismo negocio.

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, 1890-1894, New York, 1931, (No se indica imprenta), pág. 31.

Y ahora, de repente, mientras Archer Harman hallábase en el extranjero, su hermano John fue a buscarle. Traía en las manos un mensaje de don Archer, como le llamaba Alfaro. La bancarota volvía a amenazar a la compañía, que no podía cumplir cuantiosos compromisos, atrasada en sus pagos debido a los perjuicios del derrumbe y a lo costoso de las reparaciones y del nuevo estudio de la línea. Era, pues, indispensable que el Gobierno anticipase algunos millones de dólares en bonos. Alfaro no respondió inmediatamente. Llamó a sus ministros Peralta y Abelardo Moncayo y les consultó. Ambos se negaron. El procedimiento sería ilegal. Quebrada la compañía, arrastraría el gobierno en su caída. El Presidente de la República no estaba facultado para eso... Alfaro esperó que todos los argumentos prudentes se agotasen y tomó el turno de hablar:

–Si nos negamos, el ferrocarril se viene abajo. Y se viene también abajo el Partido Liberal. Triunfarán los terroristas ultramontanos.

Los ministros insistieron en su negativa. Antes que correr semejante riesgo, preferirían expatriarse voluntariamente y no volver más al Ecuador. El préstamo no lo podían autorizar.

“Les observé que los materiales habían principiado a llegar y que llegaría lo restante anunciado; que al quebrar la Compañía, como se presumía, yo me comprometía a dejar la Presidencia de la República en manos del Vicepresidente (Manuel Benigno Cueva), para irme a dirigir personalmente los trabajos de la vía férrea... Los Ministros... aceptaron con aplauso... y facilitaron con regocijo el temido préstamo...”.*

Cuando viajaba a Guayaquil, tomaba la vía de Alausí. Detenía-se frente a los precipicios verticales. ¡Millones de dólares! Ni las cabras podrían sostenerse... ¡Millones de dólares! ¿Será todo lo que sueño impracticable? Por eso mismo lo sueño, se dijo rien-

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., págs. 35-36.

do. Después, solitario frente a los abismos, movió los labios:

–Cierro los ojos y confío en mi buena estrella.

Era como si un lazo le ajustase la garganta. La boca amarga y seca. La lengua de cobre, los ojos de miedo. Las manos, como las de los muertos acabados de morir. Todo se podía derrumbar y él también quedaría sepultado. No se escucharía el repiqueteo de las campanas ni el silbo agudo y claro del vapor de los calderos ni el alegre cantar de las ruedas. Todo podía acabarse... El amor del pueblo también se tomaría mudo como una catástrofe silenciosa. Y aquella tan suya pasión de mando se reduciría a la enana estatura de la voz doméstica y trivial. Era como un lazo en la garganta. El mismo tejió el dogal para su cuello. El suelo empezaba a huir y el aire no le rescataba las ansias de supervivencia. La ley, la ley, la ley... Él hizo la ley. Sentíase acorralado. Y así, con el instinto buido, con la prisa febril de los últimos días, tuvo la audacia de los condenados para dar el socorro salvador de unos millones al ferrocarril, para conciliar la pugna religiosa, para terminar las pequeñas obras iniciadas.

Apenas un año más y tendría que dejar el poder. ¡Qué brava pelea para el alma! Miraba en tomo suyo y veía surgir la ambición de los tenientes. Todo error político se paga. Todo error histórico apareja vencimiento improrrogable. Estaba ejecutado por haber dado prematura legalidad a la revolución. Convicto, sentenciado, ninguna apelación era posible.

Hasta en 1900 tuvo que luchar contra los conservadores y

* En *El Viejo Luchador*, tomo I, por Eugenio de Janón Alcívar, Quito, Editora “Abecedario Ilustrado”, 1948, pág. 132, se publica una fotocopia de este recibo.

** El 15 de julio de 1890, “como resultado de su destacada participación en la guerra contra las fuerzas invasoras de Guatemala, el coronel Leonidas Plaza G. es ascendido a General de Brigada...”: *Historia Militar de El Salvador*, por Gregorio Bustamante Maceo, págs. 85-86.

contra los suyos. Perdonó, castigó, hizo la vista gorda. Jamás se borrarían de su recuerdo los gritos de los invasores que atacaron Tulcán: “¡Viva el billete colombiano en el Ecuador!”

Y él, cuando lo supo, había dicho:

—Con plomo hicieron nuestros soldados el canje respectivo.

La lucha de hoy era peor, sobre la aparente superficie de la paz. El partido liberal se dividía en tanto el enemigo reaccionario esperaba en las sombras el momento propicio. Y la ley le seguía por todas partes, acosándole, como el ojo de Dios a los pecadores aterrados.

El Congreso de 1900 no había podido reunirse el 10 de agosto, sino trece días más tarde, porque los diputados y senadores habían sido amenazados con el secuestro. Se hablaba de montoneras, de levantamientos armados en los páramos. La inquietud, como un oleaje grueso, invadía todo el país. En las esquinas de las calles, en los bares, en los salones no se hablaba más que de la revolución. ¿Tuvo Alfaro algo que ver con esos rumores? ¿Le convenía que se rompiera la legalidad por dislocamiento del propio poder legislativo? Tal vez, pero no era aún llegado el momento de crisis, y el Congreso se reunió. Allí la política tomó otra dirección: el Congreso sería el trampolín para saltar a la Presidencia de la República. Manuel Benigno Cueva sería designado Presidente de los senadores, como lo fuera en el año anterior, y el general Leonidas Plaza de los diputados. Cierta día, una comisión de legisladores visitó a Alfaro y le pidió su opinión acerca del problema electoral: se negó a darla. Pero Cueva buscó una conferencia privada y díjole que sus amigos deseaban lanzar su candidatura y que deseaba marchar de acuerdo con él. Alfaro repuso que la Constitución prohibía que el Presidente y Vicepresidente de la República fueran reelegidos antes de dos periodos. Discutió Cueva el precepto constitucional, arguyendo

* Somatén, ob. cit., págs. 738-743.

que él había sido elegido Vicepresidente no por el voto popular sino por la Convención de 1896 a 1897. De nada valieron las sutilezas: Alfaro fue terminante. Se ganó un enemigo que no le daría cuartel.

Lizardo García contaba con ricos partidarios. A partir del Congreso de 1898, se había apartado de Alfaro, olvidando que a los hombres de su clase les estaba reservado influir en el poder político, pero no tomarlo aún para sí. Afortunado comerciante, de sólida reputación, honesto, pero sin formación política alguna. Cuando el periodista Juan Murillo, viejo camarada de ostracismo de Alfaro, le habló sobre García, Alfaro le enseñó una carta que García dirigiera a un conservador, en la que le hería en su vivo afecto: el ferrocarril, obra que, según afirmaba, constituía un monstruoso peculado, para cuya terminación feliz Alfaro requería de un sucesor condescendiente, que siguiese el sistema con provecho del cesante. Alfaro mandó a litografiar la carta y la hizo circular, ordenando al Gobernador del Guayas que pusiera a disposición de García, que vivía y comerciaba en Guayaquil, todas las comunicaciones y documentos privados y públicos sobre la negociación del ferrocarril y de la deuda externa. García no se acercó al Gobernador, por más que fue notificado, pero ya había comprometido la estabilidad política del partido y después serviría de instrumento de los divisionistas.

Alfaro estaba perplejo. El general Manuel Antonio Franco había exhibido también su candidatura, apoyada por una juventud brillante y valerosa, buena parte del ejército— que no quería saber nada de candidato civil— y nutridos sectores populares del litoral. Cuando supo que Alfaro, no le apoyaba, lanzó unas palabras provocadoras: “Si encuentro cerradas las puertas, entraré por las ventanas”.

Franco era leal, pero arrogante y cruel, le cegaba la cólera y entonces perdía la cabeza. Manuel Benigno Cueva, en el Senado, encabezaba ya la oposición. En cambio, Plaza hábilmente esperaba. Su palabra y su acción estuvieron siempre al servicio del Gobierno. ¿Qué hacer? No hallaba respuesta Alfaro.

Convocó a reuniones de ciudadanos notables y a sus ministros. Hubo tres juntas, sin resultado práctico. Unos opinaban porque el candidato debía ser un militar. Otros, que Alfaro debería ser nombrado General en Jefe del Ejército: así podría afianzar las instituciones liberales y el peligro de la candidatura civil desaparecería.

General en Jefe del Ejército... Era tal vez la solución. No había que recurrir al golpe de Estado. El mando permanecía en sus manos. Como en los combates, flanquearía al enemigo, un rodeo a la fortaleza inexpugnable de la ley, y entonces, se levantaría a batallar en el llano, a dos fuegos y cargando de firme. La fórmula era sabia y con ella cumpliría sus deberes de jefe del partido liberal que, en tales horas, estaban por encima de los de Presidente de la República.

A la última junta, llevó seis nombres, según lo había convenido previamente, para que los otros escogieran entre ellos. El rector de la Universidad Central, doctor Ascencio Gándara, encabezaba la lista. Seguían Hornero Moría, su ministro Peralta, Luis Adriano Dillon, Felicísimo López y Emilio Estrada. Gándara se excusó: hallábase muy enfermo y era muy anciano. Peralta dijo tener muchos enemigos ganados con la polémica de su pluma. Otras razones hubo para no admitir a Dillon, que no contaría con la base popular necesaria. López resultaba demasiado bondadoso para época tan escabrosa. Moría, ausente del país, podría dar una respuesta negativa o vacilante que dañaría a la campaña electoral. Y Estrada, antiguo luchador liberal, de alto prestigio por sus virtudes y recio carácter, declinó la oferta: no sólo porque dijo con hidalguía que su temperamento no era el más propicio para las circunstancias, sino porque “resentidos,

* Cartas del Archivo del autor.

** Archivo del autor.

pospuestos, envidiosos... y funcionarios que habían sentido... el carácter del Gobernador del Guayas (ocupó varias veces este cargo en la administración alfarista)... lo que se designa... como “oposición generalizada en Guayaquil”^{*} se manifestó contrario a su candidatura.

¿No había más hombres o es que Alfaro no quería señalarlos? Dejó que hablasen todos. Escuchaba tranquilo, sin que su rostro dejase asomar la batalla interior. El senador Vela insistía en que el sucesor fuera militar.

—Si —respondió Alfaro—, Franco sería muy bueno. Tengo plena confianza en su lealtad a los principios liberales; pero la violencia de su carácter no tardaría en hacerlo cometer alguna atrocidad capaz de hundir al partido... Su administración podría convertirse en un corto período de devastación y degüello... Mi deber es posponer todo afecto personal a las conveniencias de la Nación.

Y ocurría que en aquella junta nadie había pensado seriamente en Franco. El viejo luchador se había lanzado en hábil estrategia para conocer el pensamiento de los otros. Abelardo Moncayo, la inteligencia de más prestigio en aquellos días, opinó también por un militar. Los ojos de Alfaro viajaban de un sitio a otro. De súbito. Peralta afirmó que, de no aceptarse una candidatura militar, debía optarse por el golpe de Estado. Viva-mente, Alfaro se hizo oír.

—No mancharé mi nombre con semejante proceder. Me separaré del ejercicio del poder ejecutivo en el día señalado por la Constitución.

¿Qué querían de él? ¿A qué solución le conducían? Vela, Peralta, Moncayo... Los tres parecían de acuerdo en algo que no se atrevían aún a declarar. Peralta argumentaba con razones radicales y proponía soluciones también radicales, en firme ataque

^{*} Robalino Dávila, ob. cit., Tomo II, págs. 605-606.

de fondo. Vela hablaba con una sutileza que no se podía romper. Moncayo era cauto y parco. Alfaro les hincaba el corazón con sus miradas, pero no lograba la confesión. Entonces, decidió insistir en Emilio Estrada. Y cuando le vieron decidido a lanzar un manifiesto a la nación recomendando francamente el sufragio por Estrada, saltó el nombre del general Leonidas Plaza.

Vela trazó el elogio de los servicios prestados por Plaza a la causa liberal y enumeró sus actos en el Congreso. Era hombre nuevo, de energías, recomendado por tres de los más inteligentes y capaces liberales de la época. El rechazo de Alfaro fue violento.*

De no haber mediado Vera, Peralta y Moncayo, Emilio Estrada habría sido elegido, pues a la postre no habría insistido en su excusa, forzado como hubiera estado por todos, por la plana mayor del liberalismo, y obligado a la exigencia de su caudillo. Pero los tres políticos habían decretado lo contrario, y Estrada, que lo intuía, no estaba para que su nombre jugara de un lado a otro. La entrevista había terminado con palabras duras del Presidente y, al despedirlos, sólo les dijo que meditasen en la conveniencia que significaba la candidatura de Estrada. Ya el Congreso había cerrado sus debates. La lucha política se canalizaba entre Franco, García y Estrada. En Guayaquil, el franquismo sentó sus reales: impondría su voluntad a viva fuerza. “Nada contra Alfaro; pero después del 31 de agosto, la revolución”, era su divisa. Estrada, viendo tanta discordia, declinó definitivamente su candidatura para evitar contrariedades a Alfaro y al partido. Trató Alfaro de buscar otros hombres: Guillermo López, que acababa de llegar a Guayaquil desde Chile, y era liberal prestigioso. Tuvo con él una conferencia telegráfica, pero López estaba muy enfermo y se negó. ¿Qué hacer? –volvió a preguntarse–. Las peleas a garrote eran la comidilla de las crónicas de los diarios. Y una voz tenaz le hería los oídos: el general Plaza o la guerra civil. Por fin, su voluntad cedió: el ejército quería un militar; sus mejores consejeros se lo pedían... Mandó llamar a Plaza. Viejo paternal y seco, sus palabras resultaron terribles, según el mismo

las relata:

“...le dije que era en recompensa por su buen comportamiento en el Congreso; que en mi estimación personal, entre Franco y él... era preferente al primero, porque siempre habíame acompañado con lealtad; pero que sobre el cariño estaba el cumplimiento del deber como magistrado, mirando por la paz y la consolidación del Partido Liberal en el Poder. Le referí lo esencial acerca del incidente... ocurrido en mi gabinete con relación a sus dos cuñados que residían en Guayaquil, le manifesté que... los grandes riesgos para... que el Partido Liberal se consolidara... habían pasado, pero que aún había que soportar el peligro personal permanente para cumplir con sus deberes como liberal doctrinario, y que con el cumplimiento honrado de la obra del ferrocarril trasandino estaba asegurado un brillante porvenir social y económico al Ecuador. A todo me respondió con expresiones sinceras que parecían brotarle de lo íntimo del corazón, protestando que prefería morir primero antes que dar un paso atrás. Yo quedé satisfecho y tranquilo, y poco faltó para que hubiera manifestado mi gratitud por ese hallazgo a los promotores de tan flamante candidatura”.*

No cabe duda de que los servicios prestados por el general Plaza al partido liberal fueron de significación. No se trataba sólo de sus funciones como legislador: la Gobernación del Azuay había sido un modelo de pacífica e inteligente administración, sobre todo comparada con la jefatura militar en esa provincia ejercida por el violento general Franco. Es menester advertir, por otro lado, que Plaza no contaba aún treinta y cuatro años de edad, y tenía a su crédito una brillante carrera militar en el Ecuador desde el combate naval de Jaramijó, donde su valor de adolescente fuera premiado por Alfaro con el ascenso a Capitán. Como su ayudante, acompañó al caudillo por tierras de Manabí y Esmeraldas hasta ganar Colombia. Por entonces, fir-

man ambos este curioso recibo en favor del agricultor manabita, don Francisco Antonio Aveiga: “Recibimos de poder del señor... doscientos ochenta pesos, de los cuales respondemos solidariamente y serán pagados después del triunfo de la causa liberal en el Ecuador.– Riomariano, enero 6 de 1885”.* Y en los campos de batalla de Gatazo y otros durante las reiteradas sublevaciones conservadoras. En el exterior, había ganado un generalato en El Salvador por su actuación contra fuerzas invasoras de Guatemala.** Con tales antecedentes y edad, muy explicable es que la ambición política de mando hubiera crecido en las zonas conscientes y subconscientes de su espíritu.

En un artículo del periódico El Pichincha, reproducido en la colección del libro Somatén, su director, fervoroso partidario de Alfaro, Miguel Aristizábal, decía de Plaza:

“...Un joven guerrero que luce... las charreteras de general, conquistadas fuera de la Patria... Leonidas Plaza Gutiérrez sálenos al encuentro con la misma naturalidad que cuando niños juntábanos para los juegos inocentes, y sin el orgullo que tanta repugnancia inspira... Al hacer reminiscencias sobre la educación de Plaza, no es posible dejar de recordar a su tío, el señor don Frutos T. Gutiérrez, ciudadano modelo de la culta y liberal sociedad de Barbaças. Este caballero fue quien formó el corazón de nuestro condiscípulo y amigo... en el seno de una familia honorabilísima.... El señor Gutiérrez fue también nuestro maestro... Plaza siguió por otras latitudes trabajando honradamente para ganarse la vida, pero siempre llevando consigo la gloriosa consigna que el Jefe... Eloy Alfaro dábales a los radicales... Estos telegramas (reproduce algunos de Plaza sobre acciones de armas, durante agosto de 1896, como uno de Pelileo: “Los clérigos que huyen a los primeros disparos son los responsables de tanta sangre derramada, porque abusan del candor de la gente sencilla para lanzarla a la criminal revuelta, con pretexto de defender una religión que tienen ellos infamada con sus vicios y crímenes... Cinco de esos fariseos... son los verdugos de los

desgraciados radicales que caen en sus manos...”), y las acciones de guerra llevadas a cabo con tanto valor y acierto, habilitan al general Plaza Gutiérrez a ocupar grandes puestos en la política radical de su Patria. El vencedor en Quimiag, Guapante, Santo Domingo y Patate es el mismo Ayudante del general Eloy Alfaro... cuando el Pichincha en Jaramijó... Que la espada del general Plaza sea un baluarte del radicalismo... y que sirva para garantizar ese credo político que es el porvenir de la Patria ecuatoriana...”.*

No habría una auténtica historia del liberalismo ni completarse la vida de Eloy Alfaro sin conocer, aunque sea a grandes rasgos, la de Leonidas Plaza Gutiérrez, puesto que la revolución liberal muy pronto se dividiría entre las dos facciones personalistas, alfarista y placista, división que, siendo la frecuente en la tipología sociopolítica hispanoamericana, impediría que esa gran transformación cumplierse con mejor éxito su cometido histórico.

Don José Buenaventura Plaza, padre del general, nació en Manabí, vivió en Cuenca, llegó a ser después Procurador de la Nación en Colombia, de donde, como liberal revolucionario, fue exiliado por los conservadores. Vino así a trabajar en Charapotó, en gran pobreza, como maestro de escuela, ya casado con doña Alegría Gutiérrez, hija de un prócer de la independencia colombiana. Después, se trasladó a Bahía como gerente de la firma Seminario, propietaria de grandes plantaciones de cacao. Véanse estos párrafos de carta de don José a su hijo:

enero 27, 1896: “...La gobernación de Cuenca te dará renombre. Veo que no te faltará popularidad y apoyo para regenerar ese beaterío y si lo consigues, habrás afianzado el gobierno liberal... por muchos años... Creo que moriré renegando... y esperando que la libertad, la igualdad y la fraternidad las haga efectivas el gran partido socialista que se impone en Europa y que dominará al mundo civilizado antes de que termine el primer cuarto de

siglo venidero. Tú lo verás”; marzo 22: “Tu decreto (en Cuenca) en favor de los pobres indios conciertos, muy bueno; pero, como tú dices, es poco para esas víctimas seculares del gamonalismo”; abril 4: “Creo que sobra razón al Gral. Alfaro para negar tu renuncia: era necesario esperar la convención... A la comisión que ha ido a Portoviejo aconsejé tacto y unión... Que... voten por los designados por la mayoría, siempre que sean liberales probados y especialmente adictos al Gral. Alfaro”; “... El Gobor candidatiza a Felicísimo López... El Comandante de Armas a Roberto Andrade. etc... pero figurando tu también en todas (las listas), menos en la del Gobernador. Tuvieron el valor de decirme que la lista del Gobor era la indicada por el Jefe Supremo: yo rechacé la especie honrando debidamente al general Alfaro y diciendo a los amigos que el general no impondrá jamás su voluntad a los electores”; mayo 3: “Mucho temo que nuestro amigo Alfaro no llegue a ser el Jefe constitucional del Estado ¿No te parece inconsecuencia criminal que nuestro amigo P Córdova... dijera serle imposible dar paso alguno en virtud de un telegrama del Gral. Alfaro que mostró, en que decía: ‘Es menester arruinar a Elio Santos y a Manabí’? Si este telegrama es auténtico, la amistad y consecuencia pedía que sólo Córdova lo conociera, y no enseñarlo a un joven que nos es adverso. El conocimiento que tengo del Gral. Alfaro hace que tenga yo ese telegrama como forjado... No olvidaré nunca al clérigo Justo León, fanático de la fuerza. ¡Qué inquina la que me tuvo!... Convalecía de unas intermitentes y mi humor estaba muy agrio: llega a visitarme... cuando el reloj... dio las 12. Al punto el clérigo se hinca a rezar y pretende que lo acompañe. Padre, le dije, si quiere usted rezar vaya a la Iglesia. Salió de casa como alma que la lleva el diablo. Deseo que le dé codillo...”; noviembre 1 a Guayaquil: “Si para entonces la Convención ha decretado el matrimonio civil, mi hija, seguida de sus padres, hermanas y testigos, irá a la oficina del Notario o de la autoridad que la ley designe a celebrar su matrimonio, y complementarlo después, según el rito católico... A todo estoy resuelto, antes que permi-

tir que la hez que queda de las famosas imprecisiones clericales del ex obispo Schumacher se encargue de bendecir a mi hija... Mis nervios se crisparon al ver que pasó a tercer debate...: ‘La enseñanza es gratuita, laica, no obligatoria’. Si tú no pides (en la Convención de 1896) que la educación fuera laica... habría pasado... como estaba en el proyecto; y semejante acto... habría sido el inri del partido liberal, y lo será, a pesar de tu adición, si no se decreta la educación obligatoria. Dirijo al doctor Peralta una carta de reproches al respecto”.*

En diciembre de 1896, el general Plaza, por alguna razón no esclarecida, pero diciendo sentirse desengañado de la revolución (querría decir de la Convención Nacional que hubo de hacer tantas concesiones a los conservadores), resolvió ir a establecerse a Costa Rica. Decíale a un señor F. Noriega, de Alajuela, Costa Rica, en carta del 19 de ese mes y año:

“Cuatro palabras para comunicarle que a fines del mes próximo tendré el gusto de abrazarlo en esa querida tierra costarricense. Si, amigo, tan luego como se verifique el matrimonio de mi hermana Diana, levaré anclas, le diré adiós a mi Patria ecuatoriana e iré a radicarme definitivamente a C. Rica, desengañado de los radicales de ayer que han olvidado su filiación tan luego como han entrado a sentarse al banquete del presupuesto. La Cámara reanudó sus sesiones el 9 de los comentes y aun que me ha llamado oficial y particularmente, he dicho terminantemente que no asistiré más a esa Convención que con tanto ahínco se ocupa de traicionar a la revolución de junio...”.**

Lo cierto es que tuvo una novia en Costa Rica, con la cual no llegó a casarse.

Debido a la muerte de su madre, Plaza volvió al Ecuador a fines de 1899, fue elegido diputado al Congreso de 1900 y luego Presidente de la Cámara Baja. En este Congreso presentose un proyecto para pagar los gastos de la guerra civil con los bienes

del clero, en el caso de comprobarse una invasión desde Colombia, de la que se hablaba a voz pública. He aquí lo que dice Robalino Dávila:

“El más ardoroso sostenedor (del proyecto) fue el Presidente de la Cámara Baja, general Leonidas Plaza, que desde entonces proyectaba la confiscación de los bienes llamados “manos muertas...” Las intervenciones de los señores Plaza y Coral (Luciano) especialmente, fueron extensas e impregnadas de una clerofobia aguda, sosteniendo que el clero daba fondos para la revolución”.*

A esa actitud en el parlamento de 1900, habíase referido Alfaro cuando habló a Plaza de su “buen comportamiento en el Congreso”.

Ahora, la suerte estaba echada. Alfaro había tenido que usar mano fuerte. Ochenta y cinco jefes y oficiales de la guarnición de Ibarra fueron dados de baja de las filas por haber manifestado públicamente su voluntad de llevar a Franco al poder a costa de cualquier precio. El caudal de la violencia había crecido con las elecciones de concejales, porque los Municipios tenían, por ley, que hacer los escrutinios parciales de los sufragios para Presidente de la República. Una frase maliciosa corrió por ciudades y aldeas: el que escruta, elige. Las urnas fueron asaltadas por los franquistas, los partidarios de García, apaleados en media calle. Los militares se dividían, si bien la mayoría aún permanecía fiel a Franco. Por los sucesos de Ibarra, el coronel doctor –así se firmaba, un si es no es jactancioso– Emilio María Terán vióse en situación difícil, pues era jefe militar de esa plaza y tuvo que declinar el cargo bajo duras acusaciones, no sin antes sincerar su conducta en una carta que escribiera a Alfaro. En Guayaquil,

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., pág. 45.

la agitación culminó en batallas callejeras. Al correr, la gente pasaba gritando: “¡Cierra puertas!”. Y las amas de casa trancaban de prisa puertas y ventanas. Algunas familias abandonaron la ciudad. Tiros de pistola se escuchaban por las noches. El cierra-puertas guayaquileño fue una nueva institución de aquellos días turbulentos, y perduraría hasta entrado el siglo veinte. Allí la zambería en camiseta, azul o rosada, gran mechón de cabellos en la frente, sombrero de alas amplias, pantalones a la marinera, siempre lista la navaja o el puñal, y cuando no, el trompón certero o el ágil suelazo. A pleno sol o en la noche, rompiendo vitrinas o faroles, jóvenes distinguidos dirigían las pandillas. Aquella generación tuvo su deporte en la política de gresca y la convirtió en su placer.

Por las cercanías de Tulcán, la invasión conservadora empezó, pero fue vencida. Y allí no estaba el peligro mayor, sino en la propia contradicción interna de una revolución legalizada prematuramente, no haya duda. Con la elección de García, el ejército se habría sublevado. Y los caudillos militares se alistaban con sus bandos.

Así, cuando Franco renunció a su candidatura en términos violentos y duros, para asegurar la disciplina militar, Alfaro, nombró al general Leonidas Plaza Comandante en Jefe del Ejército del Litoral.

Nunca fue tan poco hábil como entonces, pero nadie le vio temblar. Para abrir su corazón a sí mismo, ponía siete llaves a su rostro y luego, en soledad, cerraba los ojos y llevaba las manos a la cabeza: ¡maldita ley enemiga!

Desde sus ventanas, podía contemplar los cerros. Cualquiera desgarradura en las nubes, y ya estaba viendo figuras extrañas

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., págs. 46-48.

en lento viaje a las regiones insondables. Allá era un penacho de humo que daba la vuelta por las cumbres, tan junto al cielo que los ojos se cansaban de mirar. Sólo faltaba el ruido, el bullicioso canto de las máquinas y de los remaches, pero como lo tenía adentro, poco a poco, como un coro lejano, acudía a sus oídos. Y así se estaba, quiera que no, soñando hasta que la realidad vigilante lo necesitaba. ¿Qué pasaría con su obra en aquel torbellino de pasiones? Plaza le había prometido cuidarla y ayudar a los liberales colombianos. Eran las dos piedras fundamentales de su duda. La Gran Colombia y el ferrocarril. Guardaba los papeles como un viejo noble engreído los pergaminos de sus antepasados. Sus manos poníanse a volver páginas, saboreando los éxitos y las derrotas. Todo el trayecto desde Duran a Chimbo había sido ensanchado a cuarenta y dos pulgadas. El nuevo trazado de la línea, hecho bajo la dirección del célebre ingeniero coronel Shunk, era una obra maestra. Shunk, que fuera Presidente de la Comisión de Ingenieros Americanos que estudiara el trazo del ferrocarril intercontinental en los Estados Unidos, trabajaba con entusiasmo de pionero en la difícil obra civilizadora. Alfaro no lo olvidaría, como no olvidaría la agitada vida de los campamentos. Tan entusiasmado estaba entonces que, no obstante la violencia de la política, en octubre de 1900, una noche, adolecido de sueños que no pudo reprimir, llamó a Harman y le dijo:

—Hay algo muy importante que quiero proponerle, don Archer. Fíjese usted bien: el futuro del Ecuador necesita del Oriente y nada mejor para conservarlo y redimirlo que un ferrocarril hasta el Amazonas...

Harman lo miró sin comprender.

—Si don Archer, un ferrocarril hasta cerca de la desembocadura del Napo, hasta Tabatinga... Puede partir de Ambato... Hágame una propuesta, don Archer.

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., págs. 48-49.

—Será una empresa inmensa, General. Mucho más grande que la del ferrocarril que estamos construyendo.

—Hágame una propuesta, don Archer.

Y la primera propuesta, en una carta que no sería conocida sino muchos años después de la muerte de ambos personajes, se hizo. Cuatrocientas millas. Veinte millones de dólares. Veinte millones de bonos firmados por la nueva compañía, garantizados por la hipoteca del mismo ferrocarril y sobre lotes de terreno de una milla cuadrada, que pertenecían alternativamente al Gobierno y a la compañía a formarse. El Estado no hubiera podido servir los intereses ni la amortización. Entonces, la empresa gozaría de un impuesto de diez centavos oro por cada libra de caucho que se produjera en el oriente ecuatoriano, el diez por ciento sobre las maderas y productos agrícolas que se encontrasen y sobre los minerales y piedras preciosas. Los impuestos sólo se cobrarían hasta la cancelación de los bonos. El cuarenta y nuevo por ciento de las acciones sería del Gobierno y el cincuenta y uno de la compañía. Nada gastaría el Estado. Su única contribución sería de quinientos a dos mil soldados para proteger la vida de los trabajadores.

El proyecto tenía la sabrosa altura de una leyenda, que podría milagrosamente convertirse en realidad, redimiendo el oriente, haciendo surgir al país lleno de poder. Envuelto en el sortilegio de los sueños, Alfaro, de repente, se llenó de tristeza. ¡Maldita ley enemiga! Tuvo que callar, tuvo que amarrarse la lengua para no hablar. Se construyó esos días de silencios y la atención del mezquino problema de la sucesión lo tuvo atado. Si algo se había murmurado, ya empezaba la maledicencia a calumniar. Cuántos desatinos no gritarían los enemigos y le llamarían traidor por hipotecar el patrimonio territorial. Toda la máquina electoral se habría descompuesto y, quién lo sabe, se habría echado a perder lo mejor o lo poco logrado.

—Callemos, don Archer. Algún día será posible. Hay tanto imbécil y tanto perverso...

Plaza, Franco, García. Las elecciones. La pequeña preocupa-

ción cotidiana. La disciplina del ejército. La constitucionalidad. La ficticia armazón normativa, que le sujetaba el genio creador y le hacía descender a la mediocre angustia de la política personal, a los lugares comunes de la retórica partidista, el ripio obeso de los discursos y las declaraciones públicas.

Y luego, penitente rebelado, se llenó de cólera. No necesitaba más que un pretexto para estallar. Uno de sus amigos refirió que durante una fiesta ofrecida en casa del señor Enrique Valenzuela, cuñado de Plaza, había manifestado el anfitrión que Plaza declararía su neutralidad en la revolución liberal de Colombia y que proponíase prescindir de las luchas de los partidos políticos ecuatorianos, buscando cooperadores independientes, sin aceptar influencias de nadie. Plaza contra Alfaro. Acaso el chisme no fue cierto. Y de nada valía que Plaza hubiera lanzado un manifiesto a la nación exponiendo su programa y sus ideas. La ruptura era ya inevitable.

Dos pequeñas cosas no lograron amenguar su tristeza y su rabia, pero le hicieron sonreír. Por más de medio siglo se había debatido acerca del lugar en que se hallaban los restos de Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, y varios países se interesaban en la búsqueda. Cierta día, una anciana monja del Carmen Moderno reveló que se encontraban en el templo. El 24 de abril de 1901, con solemnes formalidades y exámenes médicos, con la asistencia del cuerpo diplomático, los restos del prócer fueron exhumados. Algunos conservadores dijeron que era una imposición, pero Alfaro se echó a reír sin responder.

Después le llegó una carta del presidente de Francia, en la cual le agradecía por la acogida amistosa que dispensara a los miembros de la Misión Geodésica que vinieron al Ecuador a comprobar los cálculos hechos el siglo XVIII sobre el meridiano terrestre. Y en prueba de aprecio –decía– le ofrecía un sable de

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., pág. 59.

Alfredo Pareja D.

honor, fabricado especialmente para él. Era un asunto oficial, no de Alfaro, y él bien lo entendió cuando, ya en casa, se encogió de hombros.

La lucha rebasaba las fronteras de la Patria. En Chile, un grupo de exiliados conservadores progresistas mantenía correspondencia con los conspiradores del Ecuador. El coronel Vega, desde el Azuay, mandaba emisarios y noticias. Hablábase de un triunvirato formado por Miguel Seminario, Rafael María Arízaga y José María Sáenz. En los comienzos de 1901, Enrique Baquerizo Moreno, exiliado también, publicó sus “Opiniones Radicales sobre Alfaro”, reproduciendo artículos de prensa y atacándole duramente. Exiliados en Lima mantenían comunicación con los de Chile. Y todos esperaban la invasión por el norte, como la seña para la gran venganza.

El cónsul de Ecuador, Arias Sánchez informaba a Alfaro de los planes y trajines de los desterrados. Y cierto día que un periódico chileno atacó a los exiliados, especialmente al coronel José Martínez Pallares y a Enrique Baquerizo Moreno, el artículo fue atribuido al Cónsul. Lo encontraron en una calle de Valparaíso, y Martínez Pallares creyendo, según dijo, ser agredido, se adelantó, tomole de las solapas de la americana y le escupió la cara. Arias Sánchez trató de defenderse, pero sus fuerzas físicas no le alcanzaron. Quejose al ministro de Relaciones Exteriores de Chile, solicitándole protección.

El 17 de junio de 1901, en un banco de la Avenida Brasil, en Valparaíso, amaneció el cadáver de Arias Sánchez, con un balazo en la nuca y una oreja mutilada.

* Eloy Alfaro, Obras Escogidas, Tomo II, Guayaquil. Edil. “Luz de América”, 1959. págs. 344-345.

CUARTA PARTE
La tarde

VIENTOS DE FRONDA

Desde su ventana era dueño de la gracia del río. Los muelles, largos y flacos, hundidos en el lodo de la baja marea. Trotaban los estibadores morenos, con los músculos tensos, el saco de dos quintales de cacao al hombro, desnudos de medio cuerpo. Hacia el norte, las pepas de oro esparcidas en las calles para recibir el sol. Los cacahueros, descalzos, pasaban encima, haciendo hileras para que el calor las dorase por igual. Batíanlas con enormes cucharas de madera, y cuando estaban ya preparadas, llenaban los sacos que cosían con agujetas curvas. Y luego, al muelle.

Sabía madrugar. El ruido de los tarros de leche y el vocear de los diarios ya le encontraban a pie, bebida la taza de café negro, el cigarro en la boca. Las niñas dormían aún, pero doña Anita se deslizaba por las habitaciones sin dejarse sentir. A las once de la mañana, él mismo tocaba la campanilla del comedor. A las seis, la cena. Después, un poco de lectura, el paseo con las manos a la espalda, la meditación entre la penumbra. Bendición a cada uno de sus hijos. Y nada más que la soledad, refugio para la trizadura de los sueños.

Doña Añila ocultaba su felicidad como un secreto. Nada importaban las estrecheces: iría alcanzando los días, contando los centavos, como pudiese. Los homenajes que los liberales habían rendido a su Eloy en los primeros días de su llegada a Guayaquil, si le gustaron no le conmovieron. Ansiaba paz. El pueblo, a su paso, levantaba las miradas a los balcones de don Eloy. Paz sobre todas las cosas. Paz que nunca había logrado doña Anita y que siempre persiguiera. Con las manos juntas hubiera querido el hogar en su tierra, en el Panamá de su juventud y de

los primeros años de ternura, cuando el dinero abundaba y no sabía nada de los enredos locos en que se metían los hombres, por gusto, por dizque regenerar a la Patria y hacer sufrir a las mujeres. Pero en Guayaquil, miles y miles de hombres habían aclamado a su Eloy, y ella había experimentado la emoción del contacto con las muchedumbres. Al fin y al cabo, ser la esposa del héroe no era cosa tan mala ni estaba libre de placer.

Algunos sures bastaron para los primeros días. Después, la pobreza reinó en la casa como un reproche diario a la fortuna derrochada por la libertad. Al desayuno, café y pan. Un plato fuerte, casi siempre sopa de verde, al medio día, y acaso un vaso de leche. Y para la cena, sólo un pedazo de carne... Doña Anita posaba sus miradas dulces sobre la mesa y luego recorríala de uno a otro de sus hijos, y no abría los labios para el reclamo. Conversaba con su marido de las apreturas que solían ambos pasar, del arriendo de la casa, de los precios del mercado, porque no podía hacer otra cosa. Tomábala él la mano, la tenía unos minutos entre las suyas, y reflexionaba en alto:

—En el presente Siglo de Oro, la pobreza es el mayor enemigo que el hombre de bien tiene en la vida social.

¿Cómo obtener algún dinero? Doña Anita empeñó sus joyas, aquéllas pocas que había podido guardar contra los días de desgracia y que él mismo le obsequiara cuando fuera su novio y en los primeros años de matrimonio. otras más había que ella compró con ahorros de los sueldos de Presidente, así como podía y cuando el precio de los brillantes era cómodo. De familiares de Panamá recibía alguna ayuda. Y de sus amigos Emilio Estrada y Pedro Córdova una módica mensualidad.*

* Víctor Emilio Estrada en su libro *Vida de un Hombre*, ob. cit., pág. 95, dice: “El señor Córdova y mi padre consideraban que esta acción conjunta no tenía significado material, sino que era el cumplimiento de un deber ciudadano para la máxima figura del liberalismo.

Desde que llegara a Guayaquil, los partidarios le convencieron para que aceptase el nombramiento de General en Jefe del Ejército, ofrecido por Plaza. Alfaro no podía rechazar la oferta: era el poder, la vigilancia, el mandato y la fuerza del pueblo.

—Sí, pero el cargo debe crearlo el Congreso. Plaza no lo quiso así. Él mismo lo nombraría. ¿Aceptaría Alfaro el nombramiento de quien sólo por haberle desobedecido, llamaba traidor? Los telegramas iban y venían. Alfaro debía escoger: la jefatura del ejército o la Gobernación del Guayas. Pero Alfaro no quería la primera autoridad militar emanada de otra fuente que del Poder Legislativo. Sin embargo, compelido por los amigos, se dispuso a aceptar la Gobernación de Guayaquil, pero con la condición de que todos los empleados civiles de la provincia serían designados de acuerdo con sus indicaciones.

—Aceptaré —dijo— por hacer de Guayaquil una taza de oro.

Era una ilusión más. Plaza no le entregaría, con tamaña condición, el sector político más importante, entonces, del país. Habíase apartado de Alfaro porque quería emanciparse de su tutela. Él también abrigó sueños de gloria; no aceptaría procuradurías ni vigilancias. Plaza nunca estuvo colérico: frío, apacible, hasta risueño, seguía su camino, ganando voluntades.

Alfaro se llamó a engaño otra vez. No tenía un centavo, pero rechazó la pensión militar que, como general en retiro, le correspondía. Nada que viniera de Plaza. Probablemente la negativa irritó al presidente Plaza. Acaso el chisme político le hizo creer que Alfaro se levantaría en armas contra él. Lo cierto es que, temiéndole, quiso que se apartara y pensó en el exilio “voluntario”, no sin consultarlo a su amigo Emilio Estrada, quien, el 4 de octubre de 1901, le respondió:

“Recibí su muy atenta del 25 de septiembre y le agradezco que haya juzgado de mí con acierto... Con pena he visto en su carta su deseo de que el general Alfaro se ausente de la Patria. Yo le ruego a Ud. encargar a algún otro amigo de tal noticia, y, aún más, le ruego meditar USTED SOLO tal medida

que carece de objeto y entraña un procedimiento odioso con un liberal. Igual cosa le diría si el aludido se llamara Lizardo García. No juzgue Ud. al general Alfaro ni permita que lo condenen sus adversarios... Vea las obras públicas llevadas a cabo con el fusil en una mano y la pluma en la otra, y piense que quien ha hecho eso... en el centro del torbellino creado por tirios y troyanos, merece algo que no se parezca a un destierro. Repítele con la sinceridad que... que no juzgue Ud. al general Alfaro, porque indudablemente su juicio será erróneo, ni permita que ante Ud. lo juzguen los perpetuos censores de su administración, porque éstos no juzgan sino que vilipendian a quien los tuvo a raya en sus avances y los sostuvo en sus desfallecimientos. No destrocemos lo que nos resta de la victoria, es decir, nuestro credo y la fe en el prove-nir, y recordemos que los hombres desaparecen y la historia continúa escribiéndose por nuestras propias manos...”.*

Plaza escuchó el consejo. Alfaro siguió en Guayaquil.

Tras de aquellas nubes lejanas estaban las cumbres. Dejaba caer las manos, entrecerrando los ojos. Veía como un ciego, tanteando las sombras: un penacho de humo, las aldeas móviles, el grito de los hombres jadeantes, las ágiles campanas, la rauda maravilla de las ruedas como aros de viento... ¡El ferrocarril más difícil de mundo! Le pertenecía: era su sangre y sus huesos. Lo creó de la nada. Se puso a reír cuando se le ocurrió esta frase, para sí, y pensó en Harman, su brazo ejecutor. Pero le dolían las entrañas por no ver su obra cerca. Ausente de su calor, entristecía. No le importaba la estrechez de sus recursos: necesitaba tan poco dinero. Amigos generosos le obligaron a aceptar ayuda:

* Víctor Emilio Estrada, *Vida de un Hombre*, ob. cit., pág. 106.

una pequeña renta para que pudiesen comer sus hijos y para que él pudiera sostener, a lo que alcanzaba, su rango. Pero el ferrocarril... ¡Ay, de Plaza, si no le diera apoyo!

Archer Harman le visitaba con frecuencia. Y un día le contó que ya no había dinero para proseguir los trabajos. Lo que se había presupuestado para que el ferrocarril llegase hasta Guamote estaba ya gastado. La nueva ruta por el Chanchán era mucho más costosa. Harman le pidió ayuda. Acaso el millonario Sivewright quisiera salvar la compañía, y, para eso, sólo un telegrama de Alfaro era necesario. En así diciendo, le presentó un largo mensaje, con muchas explicaciones, para que lo firmase.

—No, don Archer, demasiado extenso. ¡Tantas explicaciones! Tonterías... Lo haré a mi manera.

Tomó la pluma y escribió palabras lacónicas. Era necesario salvar el capital invertido y los accionistas debían proteger la Empresa hasta que el tren llegase hasta Guamote. Así quedaría asegurado el tránsito en la parte más difícil del camino y se obtendría un considerable rendimiento sobre la base de un servicio de utilidad pública. No había para qué decir más. Sivewright respondió sin tardanza y el ferrocarril se salvó. Sabía, por Harman, que Alfaro había rechazado una gratificación cuantiosa, y le parecía tan extraño... Tenía que ayudar a ese hombre.

El ferrocarril y la revolución liberal en Colombia le preocupaban. Correspondía con mucha frecuencia con los revolucionarios de la patria hermana, y recibía informes preciosos, como aquél que el general Benjamín Herrera le enviara en diciembre de 1901; "... En toda situación y en todo tiempo los liberales colombianos tenemos a usted por el primero de nuestro amigo y por aquél a quien están obligados nuestra causa y nuestros corazones... El 2 de los corrientes llegué aquí (Tumaco) con el "Almirante Padilla", artillado con piezas de poder más que satisfactorio, y con el parque que me suministró el general Zelaya..."

Los días le fueron ligeros porque estaban llenos de tan altos negocios. En enero de 1902, Antonio José Restrepo, prestigioso liberal colombiano, le comunicaba desde Nueva York, con papel

nemado así: “República de Colombia, Gobierno Revolucionario, Agencia Confidencial”, que “nuestra pequeña flota se ha hecho sentir de un modo estridente: acaba de comunicar un cable que el “Padilla” y sus dos acólitos el “Domingo Díaz” y el “Gaitán” se presentaron de súbito en la bahía de Panamá, incendiaron el “Lautaro”, hundieron el “Chucuito”, mataron al insigne Albán, y han desembarcado tropas todo el día de hoy para tomar la ciudad de Panamá a sangre y fuego... El general Uribe Uribe tomó con sus dos mil hombres para los llanos. Ya está en Arauca y antes de una semana estará en Tama, y antes de un mes habrá reunido por allá un ejército de cinco mil hombres... La constancia de usted y su noble entusiasmo han vencido los imposibles. ¡Bien haya quien traspasa las montañas! Lo abraza lleno de júbilo...”

No todas estas noticias habrían de ser verdaderas, porque el cable había exagerado bastante, como Restrepo mismo se lo diría en carta posterior. Sin embargo, la revolución colombiana avanzaba y Alfaro pasaba momentos de exaltación. Se escribió con Zelaya, presidente de Nicaragua por un nuevo periodo, con todos los jefes liberales de Centro América y de Colombia, de Venezuela. Su amigo Fernando Sánchez, en 1902, había conseguido ayuda económica para Alfaro en desgracia. En mayo de ese año, Alfaro le escribía, después de hacerle varios encargos para el presidente Zelaya: “...las cantidades que ustedes me proporcionan, se las reembolsaré con mis agradecimientos por intereses, apenas me sea posible, aunque bien sé yo que ustedes no se preocupan de ello”. Y cuando Sánchez se dirigió a México también en 1902, se apresuró en escribir al general presidente Porfirio Díaz: “Después de saludar a usted de la manera más cordial, me permito presentar a su buena amistad a mi distinguido amigo, el doctor Fernando Sánchez, ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua y gran admirador de usted y de la República Mexicana”.

No había caído. Por el contrario, su figura se levantaba cada vez más sólida. Si había dejado el poder, nadie podía arrebatársela la condición de Caudillo, adentro y afuera de la Patria.

Y la política interna le sacaba de quicio. Había llegado a sus manos una curiosa carta, escrita en Quito por Antonio Campoverde, el 7 de junio de 1902, y dirigida al doctor José María Ortega, a Guayaquil: “Aquí la política no puede estar mejor –decía Campoverde–, porque el dicho general Plaza se va pasando a nuestro partido (el conservador) con armas y municiones y los conservadores somos ya los dueños del campo. Ni reserva guarda ya el gobierno y públicamente mandó el otro día a Ipiales uniformes para la oficialidad y vestuario para la tropa del gobierno colombiano, a cuyo nombre el señor Isaza le ha ofrecido mandar tres o cuatro mil hombres para debelar cualquier revolución liberal en el Ecuador... Estos pícaros liberales están esperanzados en Alfaro, y ahora no hablan sino de él... Pueden darnos qué hacer, si como dice Ezequiel Calle en una correspondencia a “La Patria”, el puñal de la salud no nos libra del luchador viejo. Esto es bueno para dicho, pues hace tres días corrió la bola de que dos pastusos lo habían asesinado... y hubiera visto usted la alarma del pueblo, hasta que se desmintió la noticia. Todavía lo temen o lo estiman a ese viejo. Lo más seguro es seguir el consejo del señor Isaza, un gran político y un católico a carta cabal: echarles mano al tirano y a sus principales secuaces, empuntarlos a Galápagos o a Panamá... El general Plaza tendrá que hacer esto al fin, si él no lo hace, lo haremos nosotros cuando lleguemos al poder... Todo nos está saliendo bien. Hasta la reconciliación de Franco con Plaza nos ayuda, porque este paso en falso del asesinato de Vivar lo desprestigiará por completo... Siempre habrá zafarrancho, amigo mío; pero no tema, porque con dos mil hombres que nos dé Isaza, podremos poner sobre las armas a seis u ocho mil conservadores e irnos sobre Guayaquil y ponerle freno a los monos (costeños), aunque Plaza y Franco lloren tarde...”.*

Campoverde se equivocaba. Algunos conservadores, que

* Archivo del autor.

ansiaban la paz, es cierto, simpatizaron con Plaza, pero él no se entregó. De instrumento pretendido, se convirtió en usador de los otros, y se fue estabilizando gradualmente.

“Tú eres un joven muy honrado a carta cabal —escribía Alfaro al coronel Rafael Palacios, en junio de 1902—, pero sin experiencia de la vida todavía. Respecto a la situación... siento decirte que es más grave de lo que te imaginas... Los terroristas han tomado ya participación activa en la administración, especialmente en los cuarteles, y se consideran ya dueños de la situación... Por estas medidas gubernativas, he venido a quedar a merced de un golpe de mano de los cocodrilos. La cabeza más amenazada, como ha venido siendo siempre, era en todo caso la mía; y el único daño que pueden hacerme es asesinarme, perspectiva que no me inquieta, porque tengo confianza en que mi sangre, derramada de ese modo, servirá de enseña al pueblo liberal y lo conducirá en la lucha a la victoria... Para poner en tela de juicio mi rectitud de liberal, se necesitan dos cosas: ser muy corrompido o ser un idiota”. (Se refería a una circular del general Franco en que le acusaba de estar conspirando).

Cuando le hablaban del ferrocarril, alejaba de sí la tortura de los chismes políticos. En septiembre de 1902, el tren llegó a Alausí. Alfaro y su familia fueron a visitar la obra, invitados por Harman. Iba contemplando los inúmeros puentes. Gozó al atravesar los túneles en gradiente... La formación del lecho para las paralelas parecía como de milagro. Y luego, el increíble paso en zigzag de la Nariz del Diablo. Allí estuvieron, colgados como monos, los negros de Jamaica, expertos en Va dinamita. Los grandes bloques de roca fueron lanzados por los aires. Abajo, el río era una cinta delgada y mansa. Arriba, el espanto del abismo, con verticales amenazas. De repente, con un grito ahogado, brincaba un cuerpo humano, de piedra, como el rebote de una pelota de caucho en bruto. Ni rastro de sangre en los abismos. Un saco de huesos en el fondo. Y la rabia de los negros. La voz implacable de los jefes. Las detonaciones estremeciendo el paisaje. Sudar y sudar, hechas garras las manos, viajando por alambres

aéreos, corriendo por el filo del cerro antes de que la dinamita los alcance. La cumbre floreció de cuerpos negros. Cantaban, reían, cubiertos de tierra. Y al terminar la tarea, descendían, en fila india, al hombro las herramientas, como una procesión de medianoche.

Alfaro iba con los ojos abiertos y el oído alerta. El tren dio marcha atrás para trepar. Luego, volvió adelante. Salió a la puerta del coche y miró. El ferrocarril cabalgaba sobre aquella gigantesca nariz de demonio. Se sintió conrito y, a la par, alegre.

Los ingenieros le dieron explicaciones. Era, en verdad, una obra prodigiosa. Alfaro, poco a poco, quedaba envuelto en la telaraña de los sueños y se ponía a mirar hacia el abismo.

Luego volvió a partir para visitar la quebrada de Shucos. Recorrió a pie los trabajos del puente que había de salvar aquel hueco, explicando gozoso, a su pequeño hijo Colón Eloy, los detalles de la obra. Se gastarían aún más del medio millón de dólares que costó el atropello a la Nariz del Diablo. El río pasaba furioso, reventando de piedras y de espuma. Una fina garúa caía sobre la tierra deleznable. Cuando regresó a buscar la locomotora, hallábase descarrilada por un súbito hundimiento del terreno. Alguno explicó que allí, en tiempos inmemorables, estuvo el cráter de un volcán... Alfaro movió la cabeza, preocupado. Los Andes se defendía. Bien estaba para ellos el salto de las cabras y el trote de los indios. Tierra convulsa y bárbara, haría la guerra a la máquina. Y no cesaría de luchar por los años de los años.

El ojo alerta, Alfaro había convertido su casa en cuartel general. Acechó día por día la política de Plaza. Escribía muchas cartas. Sus amigos de Colombia le daban noticias sobre el Canal de Panamá, hecho que se iba a producir sin remedio. Restrepo, ahora en Europa, le contaba cosas raras y buenas y malas. Si Panamá se separaba de Colombia, se despediría Alfaro para siempre de sus sueños por la gran nación que comprendería Centro América. La historia estaba dando una vuelta que él no podía

evitar, porque fuerzas superiores empezaban a cambiar la geografía del Continente. Y ahora, con lo que Restrepo le escribía, con aquello de que ya era hasta conveniente ceder Panamá para no ceder más... Le escribían y le consultaban porque Alfaro era el director espiritual de la Gran Colombia. Las malas noticias le llegaban demasiado rápido: los liberales colombianos ya empezaban a rendirse. Y no había esperanzas.

El prestigio en el extranjero siempre defendió a Alfaro en aquellos días. De otra suerte, hubiera parado con sus huesos en la cárcel. A más, el pueblo le hubiera libertado entonces y una revolución que, a todas luces, él ganaría habría destrozado a sus enemigos. Repetidas veces le propusieron la conspiración, y se negó: cualquier trastorno interrumpiría la obra del ferrocarril; los accionistas, alarmados quién sabe lo que harían. No, ordenaba a los amigos, hay que esperar, como en carta a Luciano Coral del 14 de noviembre de 1902: “Toca a todos rodear al gobierno... menos a mí, por dignidad”.* Y Plaza estaba gobernando con sobrada discreción, sin descuidar las conquistas doctrinarias del liberalismo. Así, el Congreso de 1902 decretó la ley de matrimonio civil, ya pedida por Alfaro desde 1896, completando la de Registro Civil de 1900. Plaza estaba haciendo una buena administración. Utilizaba lo que dejó el viejo luchador y, en mucho, seguía su camino. Aunque, como lo había previsto Alfaro, Peralta había pronto caído en desgracia, y Moncayo vivía apartado del Gobierno, formó su Ministerio con hombres de cultura: Alfredo Baquerizo Moreno, que fue Vicepresidente, Gonzalo Córdova, Julio Andrade, a quien nombró ministro de Instrucción Pública y luego fue destinado a la Plenipotencia en Colombia, José Luis Tamayo, que formara parte del primer gabi-

* Francisco Guarderas, *El Viejo de Montecristi*, Quito, Editorial “La Unión C. A.”, 1953, pág. 305.

** Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., pág. 67.

nete de Alfaro, y, para apoyarse en el alfarismo, designó a Flavio Alfaro, ministro de Guerra.

En cuanto al ferrocarril. Plaza cumplía. Estableció, eso sí, vigilancia policial sobre Alfaro. Y el viejo caudillo desataba su cólera en las cartas, como aquella que escribiera al escritor colombiano Vargas Vila, el 5 de septiembre de 1902: "...mi desprecio los tiene confundidos y alarmados. De que han deseado y desean asesinar-me, no me cabe duda; pero esa amenaza no me inquieta en modo alguno: mi sangre así derramada, levantaría al país entero contra mis asesinos y por el triunfo de la causa".** Varias veces repitió las mismas frases. Pero también solía decir con picara frecuencia: "en la tardanza está el peligro".

En tanto, tranquilizaba a Abelardo Moncayo en 1904:

"Yo no creo que Placita se entregue en cuerpo y alma a los conservadores, porque conoce que sería sacrificado sin remedio... Mi muerte pondría en palpable evidencia la monstruosidad de las calumnias levantadas contra mí y les sería muy fatal a todos mis enemigos... Usted sabe que yo creo que nadie muere la víspera. No hay, pues, por qué inquietarse".*

Nadie muere la víspera, otra de las frases de Alfaro, que sus hombres iban repitiendo por los cuatro lados del país.

Ya no se oía el bisbisar de los incrédulos. El tren llegó a Guamate y las pasiones políticas parecían sosegadas. Hubo una fiesta inaugural en honor del viejo luchador, un 25 de junio en que contó sesenta y un años de edad. Allí, radiante, apoyado en el bastón, cargados los hombros, el paso menudo. Le bullía en los ojos la mocedad perpetua, perdido entre la garganta de la cordillera, que se había doblegado ante él, frágil carne pequeña. Los

* Eloy Alfaro, *Narraciones Históricas*, ob. cit., págs. 74-75.

indios le veían y le señalaban moviendo apenas los labios:

–Amu Alfaro.

Vino después a Riobamba. La serpiente de hierro faldeaba el Chimborazo, cruzaba el páramo y se lanzaba recta por entre los altos eucaliptos de olores rituales, hasta las puertas de la ciudad, en el mismo corazón de la República.

El ferrocarril era su alimento, su protección. Lo vio crecer, amamantado por sus fuerzas, descifró sus primero balbuceos, padeció sus dolencias y apoyó su mayoría de edad.

Anciano desamparado, nunca lo fue.

Y Panamá se fue de la Colombia bien amada. Sintiólo en carne viva, heredero legítimo de Bolívar. Las rutas del mundo se modificarían. Consoló a doña Anita por la desgarradura de la Patria: era inevitable y convenía acatar los designios de la Providencia, que eran también los de la historia... Razones para su Anita, no para lo que le dictaba el deber de su conciencia hispanoamericana, que sólo haríase conocer años después en el sentido de que el Canal debió haberse organizado internacionalmente y con directa ingerencia en su administración de las repúblicas del Sur.

Pero en esos días toda su atención hallábase en vigilar la administración del general Plaza. Los íntimos le pedían la intervención inmediata. Él se negaba, y era así un factor importante

* Esta Ley de Plaza ha sido confundida con la de Beneficencia y expropiación de los bienes eclesiásticos, promulgada por Alfaro en 1908. Luis Robalino Dávila repite el error, así: "...El general Plaza, ya en el poder, y a fin de imponer de todas maneras el laicismo, auspició las leyes... bajo su mandato: ley de matrimonio civil; ley de divorcio; ley de cultos...; ley de Beneficencia por la cual se despojó a las Comunidades Religiosas de sus propiedades territoriales, expropiación que se llamó de los bienes de manos muertas". "El Ocaso del Viejo Luchador", tomo VIII de Los Orígenes del Ecuador de Hoy, Puebla, México, Editorial José M. Cajica Jr. S. A., 1969, pág. 16.

en la estabilidad del gobierno, al que no se oponía la aristocracia feudal, deseosa ya de paz, ni la burguesía de la costa que, en la tranquilidad pública, encontraba la garantía a sus negocios.

La Alfarada, que no entendía el pensamiento político de su caudillo, quería, empero, volver al poder, y vivía alerta. Había logrado el alfarismo el surgimiento de un nuevo estrato social, que quería incorporarse prontamente a la burguesía: artesanos, pequeños comerciantes, empleados, llegados a ostentar altos grados militares, una legión de hombres que lloraba su ausencia.

Mas era la verdad que Plaza consolidaba desde el gobierno la obra revolucionaria del liberalismo y empezaba a obtener, por la persuasión, un frente nacional que conciliaba en lo posible los interés económicos contrapuestos de la Sierra y la Costa.

El 12 de octubre de 1904, fue promulgada la Ley de Cultos, que, al permitir el libre ejercicio de todo aquél que no fuera contrario a las instituciones ni a la moral, prohibía a las autoridades eclesiásticas la función en cargos públicos emanados de elección popular, la inmigración de comunidades religiosas, en conformidad con lo dispuesto en la Constitución de 1897, y la fundación de nuevas órdenes; y sometía a conventos y monasterios al examen y vigilancia de las Juntas de Sanidad e Higiene y de las autoridades de policía. Disponía esta ley, por otra parte, y de acuerdo a la de Patronato, expedida por Alfaro en 1899, que sólo los ecuatorianos de nacimiento y en goce de sus derechos ciudadanos, pudiesen ejercer jurisdicción eclesiástica en cargos como los de Obispos y otras dignidades, incluso las de Superiores de Ordenes. Su capítulo III levantó la indignación de los clericales: sujetaba los bienes eclesiásticos a contribuciones y gravámenes legales; no permitía su enajenación, salvo autorización del Congreso, ni gravámenes hipotecarios a no ser autorizados por el Poder Ejecutivo; debían arrendarse, en pública subasta, todos los predios rústicos, y administrarse, los que no fueren arrendados, por medio de procuradores nombrados por el Gobierno, si el candidato no fuere idóneo; y el producto de la administración o del arrendamiento habría de destinarse, primero, a cubrir el

presupuesto de la respectiva orden religiosa propietaria, y luego, al sostenimiento del culto y clero católicos en la República. Si hubiere déficit, sería cubierto por el Estado; si superávit, sería invertido en la obra de beneficencia o pública que el gobierno indicare. Además, los presupuestos de las comunidades habrían de ser aprobados por el Gobierno; y el clero quedaba prohibido de cobrar diezmos, primicias, derechos mortuorios y otros semejantes, en acuerdo con la Ley de Patronato.*

Cierto día, empero, Alfaro creyó que debía empezar de nuevo. “En la demora está el peligro”, pensó en alta voz con su vieja frase de caudillo. Los asuntos internacionales pasaban por un momento de seria crisis. Desde 1903, había habido incidentes en la zona oriental, en los cuales unos cuantos soldados ecuatorianos perdieron la vida. Hubo reclamaciones y lo de estilo en casos tales. Y ahora, en 1904, se supo que los peruanos subían por el río Napo y ocupaban ya posiciones ecuatorianas desgarnecidas. El Gobierno envió una fuerza de algunas decenas de hombres. Llegados éstos al Aguarico, el Jefe ecuatoriano quiso obligar a los peruanos a que abandonasen Torres Causano, sitio en el que se habían afirmado. Discutieron los otros que se trataba de territorio peruano. Y la lucha se trabó: los soldados peruanos, en mayor número, derrotaron a los ecuatorianos, cuyo jefe, comandante Carlos Rivadeneira, fue hecho prisionero. El incidente cobró proporciones. Torres Causano se tomó en un grito de venganza y en una consigna. Pero llegó al Ecuador don Ramón Menéndez Pidal, comisionado del Rey de España y obtuvo de los dos Gobiernos que retirasen las tropas de las regiones del Napo, En febrero de 1904, se suscribió un protocolo con el Perú reconociendo la vigencia del Convenio de Arbitraje de 1887 y sometiendo, por tanto, al Rey de España, como arbitro de derecho, la solución del pleito de límites.

* Francisco Guarderas, ob. cit., pág. 338.

Un año más tarde, se haría una propuesta al Brasil sobre territorios orientales. Miguel Valverde, el amigo de ayer, el enemigo de hoy, siendo ministro Plenipotenciario en Río de Janeiro, propuso al Barón de Río Branco, ministro de Relaciones Exteriores, entregar al Brasil extensos territorios comprendidos en el Artículo quinto del Tratado con el Perú de 1829, firmado después del triunfo de Sucre sobre los peruanos invasores, de modo que Brasil llegara a ser una potencia en el Pacífico y nos garantizase contra las pretensiones peruanas. No dio respuesta Río Branco al Memorándum de Valverde; dejó sobre el legajo que la contenía una banderita ecuatoriana y esta despectiva apreciación: “Escandaloso”.*

A todo este malestar, se sumó el que en cierto año Plaza no cumplió con la amortización de los bonos del ferrocarril, porque las relaciones entre Gobierno y compañía estaban al romperse, a causa del incumplimiento de la empresa en un contrato de rectificación de la línea que debía, a solicitud de los habitantes de Riobamba, entrar en la ciudad. El ingeniero Van Isschot, delegado del Gobierno para supervigilar la obra, tuvo un altercado con Harman. En la estación de Guamote, Harman violento, ultrajó a Van Isschot.

Alfaro observaba y se preparaba a intervenir. ¡Ay, de Plaza y los suyos, si le dañaban el ferrocarril! Su cólera saldría de cuenca y entonces...

Manifestaciones populares hubo a su favor. Alfaro pedía cordura a las masas. Cierta noche, ya muertas las luces de la casa, llamaron a golpes recios. Doña Anita y sus hijas no quisieron abrir.

—Que abran —ordenó Alfaro.

Entonces, ellas quisieron dar luz, pero Alfaro se negó. Una sola esperma ardía en toda la casa. El medidor del gas estaba cerrado ya. Pasos fuertes y lentos empezaron a trepar las escaleras. Sentado en el sillón de la sala, Alfaro esperaba. Era uno de

sus viejos soldados, medio borracho, que venía a prevenirle. Si alguna manifestación llegaba a sus balcones, no debía asomarse porque él, que estaba de servicio en el cuartel de policía, había oído decir que se aprovecharía del primer escándalo para asesinarlo de un tiro al parecer perdido.

—Has llegado un poco tarde. Ya pasó la manifestación y me asomé y nadie me ha dado un tiro. Te estoy contando el cuento... Además, me parece que estás borracho...

A la verdad, Alfaro, vacilaba, pero casi a tientas, se lanzaba a la conspiración inevitable. Iba disponiendo la jugada, experto consumado en el arte de la sublevación. El escándalo que se suscitó con los bonos de la deuda externa, acabó de decidirle. Las dificultades económicas de la campaña del ferrocarril habían impedido a Harman efectuar el canje de los bonos en Londres a su debido tiempo, desde que la deuda quedara liquidada con el arreglo que hiciera Alfaro. Los acreedores habían guardado sus bonos, garantizándolos con los mil catorce bonos primeros del ferrocarril, que debían ser redimidos a la par, y mientras no se les pagase todo, no daban sus títulos. Plaza envió entonces a Lizardo García, como comisionado especial, a terminar la operación y a estudiar las cuentas del ferrocarril, y se afirmaba en todos los corrillos políticos que de esa suerte se descubriría el fraude que Alfaro había cometido.

La batalla decisiva había comenzado.

A la mitad de 1904, se hablaba de candidatos para suceder a Plaza. Surgieron, otra vez, Franco y García. El sobrino de Alfaro, Flavio, que era ministro de Guerra de Plaza y su compadre, aspiró también a la presidencia. Alfaro supo que era el momento —su instinto no le engañaba— y logró que se convocase una junta patriótica de liberales radicales, con representantes de Plaza,

* De las guerras civiles francesas, 1648-1653, llamadas la Fronde (Fronde: honda).

Alfaro, García, Franco y Flavio, para designar el candidato del partido. Plaza se negó a mandar representantes, indicando que debía mantener la neutralidad, pero Flavio lo hizo, sin dejar de adelantar en sus trabajos para sí. Plaza, después de una escena violenta, destituyó a Flavio del cargo de ministro de Guerra.

Los delegados de Alfaro, Franco y Flavio tuvieron la primera reunión, sin los de Plaza y de García, el 16 de agosto. Alfaro consiguió el primer triunfo: obtuvo que tanto Franco como Flavio declinasen sus aspiraciones y le ayudaran en la designación de Ignacio Robles. Eliminaba así, por lo pronto, un doble peligro: ni Franco ni Flavio merecían su agrado, y si por una parte el carácter de Franco le desengañaba, por otra, en lo que a Flavio hacía, no le consideraba inteligente y era dado a la bebida. Hábil el viejo, jugó con todos ellos, dominó las deliberaciones de hombres inteligentes y se salió con la suya. La junta patriótica pasó a la historia del país como “La Fronda”.* El ritmo de agitación, bajo la enseña de “La Fronda” se extendió rápidamente. El candidato oficial de Plaza era Lizardo García, que ya había regresado de Londres sin haber encontrado un solo cargo en contra de Alfaro. García llegó muy ufano de haber terminado el negocio, con grandes utilidades para la Nación, según informaba. Un diario habló, sin embargo, de fraudes cometidos o iniciados desde la administración de Alfaro. El viejo se irritó. El 22 de mayo de 1905 se dirigió a la Corte Suprema de Justicia pidiendo que se hicieran investigaciones y acusando a García de fraude. Ocurría que los bonos que podrían haberse redimido con un gran descuento lo habían sido al ochenta por ciento, pero luego se supo que sólo una pequeña parte de los bonos redimidos correspondía a los especiales. Eran seiscientos sesenta y uno los adquiridos; y de éstos, sólo sesenta y nueve, comprobándolo Alfaro por la

* El Tiempo, Guayaquil, abril 15 de 1905.

numeración, eran de la serie especial y quinientos noventa y dos, también comprados al ochenta por ciento, correspondían a los comunes, que se valorizaban al cuarenta por ciento y que habían sido, pues, comparados al doble de su precio en el mercado. Clamoroso escándalo contra García. La Corte Suprema de Justicia se encogió de hombros y no acogió la denuncia de Alfaro, convertido de acusado en acusador. ¿Qué le pasó a García? Era, no hay duda, un hombre honrado. Compró una cosa por otra. Quizá negoció mal con los hábiles acreedores ingleses. El tremendo lío de esa deuda nadie lo entendía. Si García hizo un mal negocio, seguramente fue porque no pudo hacer otro. De todas suertes, la cuestión quedó entre explicaciones mutuas y ataques apasionados. Alfaro fue implacable. García representaba el ala derecha del Partido, y, por otra parte, le había combatido desde 1898. Públicamente decía Alfaro: “De los 661 bonos comprados, 592 eran comunes, es decir, de los que se cotizaban al 40%.”. Y un articulista agregaba: “¿quién o quienes se apropiaron de los 278.000 dólares desfalcados...? Todos honrados y la capa perdida... y el señor García está en obligación o de enseñarnos el criminal... o de renunciar a la Presidencia”.*

Ignacio Robles no había querido hacer frente a la complicada situación y se excusó. Entonces, los planes de “La Fronda” se desarticulaban, pero Alfaro sonrió de gusto. Flavio Alfaro, ya sin compromisos, se lanzó a la contienda electoral. Y García, en contra de la opinión de muchos liberales, había sido elegido Presidente de la República.

El congreso de 1905, que posesionó y recibió juramento de García, creó una comisión codificadora de leyes militares, que fue integrada por Alfaro, y los generales Sarasti e Hipólito Moncayo. Viajó Alfaro a Quito, acompañado de su hijo Olmedo, que acababa de llegar de los Estados Unidos y de Europa, luego de

* Eloy Alfaro, Obras Escogidas, ob. cit., págs. 352-353.

cursar estudios militares en West Point y Saint Cyr, academias para las cuales Alfaro había conseguido las becas necesarias. Olmedo le serviría grandemente en el trabajo que iba a realizar. Y el Gobierno, sospechoso, sometió a Alfaro a vigilancia policial, por lo que el viejo lanzó un manifiesto al Partido Liberal Radical: “De esa misma unión –decía, refiriéndose a los acontecimientos de 1895 –hemos menester ahora para la consolidación de nuestras conquistas civilizadoras, a la sombra de la paz, cuya conservación debe ser nuestro principal objeto, a no ser que desafortadas ambiciones o incalificables felonías intenten destruirla... Los partidos doctrinarios... no toleran jamás Gobiernos que, por negocios o conveniencias privadas, se forman con personal híbrido”.* El manifiesto era el reto, la revolución sin careta ya. El Gobierno, temeroso, impidió que el coronel Emilio María Terán sirviera el cargo de Secretario de la Comisión Codificadora de las Leyes Militares, llamándole al servicio activo de las armas, y tomó providencias para que lo reemplazara el coronel Ángel Polibio Chávez. La comisión, que era autónoma, creada por el Congreso, protestó. Alfaro también lo hizo, dirigiéndose al Consejo de Estado. Estaba satisfecho con lo que ocurría: se frotaba las manos e iba despedazando, en su imaginación, figuritas de barro.

Días más tarde, el 1 de diciembre, un grupo de liberales se convocó para reorganizar el partido, nominando un directorio central, cuya presidencia fue confiada al general Flavio Alfaro. El procedimiento no fue democrático, pero, más que una organización de partido, se trataba de acción más o menos conspirativa. Alfaro venía trabajando con astucia: junta tras junta, golpe tras golpe, operaciones de tanteo, midiendo la resistencia enemiga, divorciando al Gobierno de los sectores políticos más importantes y preparando las cosas para el ataque de fondo.

Hallábase aún en Quito, cuando le avisaron que García tenía resuelto encerrarlo en el panóptico y no por causas políticas: artatamente, se le acusaría de haber adelantado al ferrocarril unos

millones de dólares, violando la ley. Había salvado el ferrocarril cuando la catástrofe de 1900, obligando a sus ministros Moncayo y Peralta, y para eso saltó sobre la ley. Ahora, a la cárcel. ¡Imbécil!, murmuró Alfaro y prestamente dispuso lo necesario.

Una junta revolucionaria fue encargada de coordinar el movimiento. Había asistido a ella Manuel Benigno Cueva, aparentemente convicto y arrepentido de su alejamiento de Alfaro, pero cuando el general Nicanor Arellano se alistaba para cumplir la comisión que el caudillo le diera para las provincias del Norte, Cueva le advirtió:

–No se sacrifique usted inútilmente: el general Alfaro es un cadáver político.

Alfaro partió a Guayaquil, burlando la policía, se detuvo en Riobamba, donde tenía comprometidos principales y donde se hallaba más o menos en salvo, y siguió en un tren expreso que los empleados del ferrocarril pusieron a su orden. En la base de la Nariz del Diablo un carro fuera de los rieles, intencionalmente así, le retrasó el itinerario. No se detuvo: siguió en una plataforma movida a mano hasta Huigra. Debía llegar a tiempo. Y a pesar de que arribó a Guayaquil casi a medianoche, el pueblo le recibió con vítores y le acompañó hasta su casa. García, que deseaba evitar la manifestación popular, cuando menos, quedó burlado.

Dio algunas vueltas por la habitación sin decidirse a hablar. Doña Anita hacía su tejido y disimulaba. Él deteníase y volvía a andar. Por fin, tomó valor y como un niño, con la cabeza baja, le dijo:

–Anita, tengo que salir otra vez de campaña. Doña Anita levantó la mirada. Suspiró levemente y susurró:

–Eres incorregible, Eloy.

Como de costumbre, paseaba con las manos a la espalda después de la comida. Se sirvió dos tazas de café negro y ahora respiraba el humo de tabaco, volviéndolo hacia la cara y dán-

dole vueltas. Cargó su revólver, se vistió de calle y se puso a esperar.

Los policías secretos pasaban frente a las ventanas. Tras de ellas, doña Anita vigilaba. Las horas caían lentas en aquella noche de fin de año. Sólo una calle tendría que salvar, alcanzaría el malecón y luego el muelle; el bravo coronel Pedro Montero lo esperaba en una canoa.

—¿Todavía no se van, Anita?

Se incorporaba. Volvía a caminar como en una prisión, batiendo los brazos por escapar. A oscuras la casa. Y se andaba de puntillas. Doña Anita y sus hijas contenían las lágrimas.

Las campanas anunciaron el nuevo año. Los petardos aturdieron la noche y el ruido de las matracas cruzó por las calles. Doña Anita, a la ventana entreabierta. Dio la señal: los pesquisas se habían dirigido a beber una copa de medianoche a una cantina del barrio. Alfaro se despidió:

–No hay tiempo que perder, Anita.

–Tengo miedo, Eloy. Mis hijas... ¿Qué irá a pasar en Guayaquil? Tengo miedo por mis hijas, Eloy.

Él había descendido ya el primer peldaño de la escalera. Le tomó las manos dulcemente:

–No temas, Anita. Nuestras hijas quedan con Dios. Bajó como un ladrón, despacito, deslizándose por la escalera. Su hijo, adolescente, Colón Eloy, abrió la puerta para volver a cerrarla con sigilo cuando ya había salido.

Lo vieron alejarse paso a paso con dirección al río. Cinco minutos después, los policías regresaron. El corazón de doña Anita se alegró cuando dos amigos pasaron y sacaron sus pañuelos sin mirar hacia la casa: su Eloy estaba a salvo.

II

LA CAMPAÑA DE VEINTE DÍAS

Feliz año nuevo, mi general.
La canoa se mecía levemente. Contra los palos de la balsa, las pequeñas olas del río golpeaban con un chasquido de rápida lengua.

–Feliz lo tengas, Pedro. ¿Estamos listos?

–Esperándolo no más, mi general. El coronel Montero se puso en pie y le extendió la mano para ayudarle a saltar desde el muelle.

–¿No tuvo novedad, mi general?

–Ninguna, Pedro. ¿Partimos?

Montero era fornido como un toro. Soldado de Alfaro, había ascendido por actos de valor y llegado a ser jefe de la invicta caballería revolucionaria. Muchos eran sus servicios a la causa: toma de Guayaquil en 1883, allí estuvo; fue de los que dieron el susto a Caamaño en Yaguachi; peleó en Gatazo y en las más rudas campañas... Campesino, desconfiado y astuto, sólo en Alfaro creía. La sangre montubia que corría por sus venas le había dado el color moreno, la lealtad a toda prueba y aquel amor candoroso por su jefe.

Empuñó el remo. A los primeros golpes, la canoa se deslizó por la corriente. Alfaro prendió un cigarro y estiró las piernas.

–La repunta, mi general. Iremos volando. Hubo un silencio corto.

–Riobamba debe estarse pronunciando en estos momentos. Y

* Pacheco: el viento.

Guaranda también. En el Norte está Arellano...

–Y de no, apenas llegue usted, mi general, va a ver como zumba la bala que da miedo.

La canoa se clavaba un poco de proa a cada golpe de las aguas.

–Oiga mi general, y si no pasa nada... ¿Qué hacemos?

–No tengas cuidados, Pedro. Todo está bien. En último caso, nos regresaremos como hemos venido. Pero pasará, pasará mucho...

El viento se llevaba las palabras. Alfaro sintió frío y se cruzó el poncho.

–Pacheco* está bravo, pero como yo estoy bogando, por mí que sople.

El coronel Montero desconocía el cansancio. Le era familiar el río y podía dirigir una embarcación sin vacilar, así no viese a dos metros de distancia. Guió la canoa hacia el centro de la corriente –a cientos de metros del malecón de la ciudad– y entonces se deslizó rauda, buscando la desembocadura del río Yaguachi, que entraba al Guayas trayendo el caudal remoto de los Andes.

–¿Cómo quedó la señora Anita?

–Bien, Pedro, bien. Un poco nerviosa.

–¿Y las niñas?

–Bien, Pedro, bien.

La masa negra del barranco se recortó en la noche. Se aproximaban al Yaguachi. El viento madrugador empezó a soplar y a levantar menudas olas revueltas. Pronto, el cielo se azuló y por un extremo se dibujó una tímida transparencia de porcelana. Alfaro había dormido en el fondo de la canoa. Montero lo contemplaba, tan pequeño, y se enternecía de sus canas.

–¡Lindo viejo! –murmuró, con una sonrisa de amor. El sol le despertó.

–¿Durmió, mi general?

–Eso creo.

Inclinose sobre la borda, tomó agua en el hueco de las manos

y se lavó la cara. Montero había hecho fuego en una lata vieja y tenía café caliente y plátano verde. Tuvo que bogar con más vigor, remontando la comente, y, para que el fuego no se apagase, habíase acercado al barranco mientras el viejo luchador dormía. Brillaba el sol a pleno. Encendidos los rostros, dialogaron largas horas.

Después del mediodía, llegaron al Estero, una pequeña aldea. Allí tomaron alimentos y descanso. A las siete de la noche partieron, a la una de la madrugada, de ese 2 de enero de 1906, estuvieron en Los Ángeles, en la casa de Hilario Benítez, donde se incorporaron tres jóvenes: Jorge Gagliardo, Lorenzo Maridueña, Augusto Viteri. El telegrafista de Yaguachi les había dado noticias del triunfo de Riobamba. Alfaro, complacido escuchaba. Los jefes y algunos oficiales del batallón “Quito” estaban comprometidos. El 31 de diciembre, los conspiradores asistieron a un baile, que se ofrecía como el pago de una aguinaldo que astutamente hicieron perder al Gobernador. Terminada la fiesta, se dirigieron al cuartel –algunos oficiales no comprometidos bebieron mucho aquella noche–, armados de cortos machetes y revólveres. Cuando el centinela lanzó el “quien vive”, los revolucionarios respondieron con el santo y seña.

–Banda en desfilada.

Se abrió la puerta y penetraron, a la cabeza el coronel Terán. Hizo resistencia el centinela, y dio tiempo a que acudiera la guardia. Hubo lucha. Se combatió en el patio, pero ya los asaltantes se habían armado con los primeros fusiles arrebatados al enemigo. Luego del triunfo, el coronel Terán, irónico, telegrafió al presidente García deseándole feliz año nuevo y comunicándole que su Gobierno había sido desconocido por las provincias del Chimborazo y de Bolívar, pues Guaranda también acababa de pronunciarse. Contaban que Lizardo García hallábase en la fiesta de máscaras que ofrecía en Palacio, cuando recibió el telegrama de Terán. El ministro de Guerra había comentado:

–Es una inocentada de Terán.

–Inocentada de mal gusto –respondió el Presidente y salió

de la fiesta.

Alfaro rió cuando le hicieron el relato. Sonó las manos, impaciente por incorporarse a los revolucionarios y dijo:

—¡Ave María, barajo!

La marcha continuó hasta que a las tres de la mañana arribaron a la hacienda María Teresa, de propiedad de Montero. Descansaron y luego, con buenos caballos, se lanzaron por las selvas de Bulubulo.

El tigre de Bulubulo, llamaban a Montero. Habría que verlo, con los bigotes caídos, alto el pecho y muy pagado de sí guiando a su general Alfaro. Las iguanas cruzaban espantadas por el sendero. Las hojas muertas amortiguaban el paso de los caballos, y en las huertas de cacao, cálidas y abovedadas, alguna víbora colgaba de las mazorcas amarillas. Vinieron los árboles gigantes y el matorral espinoso. Los caballos brillaban de sudor, los belfos espumantes y las crines pegadas al cuello recogido. Mi coronel Montero, a la cabeza. De rato en rato, empuñaba el machete y cortaba las ramas, abriendo el camino. Latían las sienes entre el bochorno. Las raíces de los árboles rompían la tierra y el verde enmarañado envolvía el paisaje de violencia. Galopaban si la montaña dejaba libre un espacio. Y después, a contener el paso, inclinando las cabezas para no tropezar con la torcedura de las ramazones.

Un extraño placer hacía insensible a las fatigas. Sus sesenta y cuatro años y su arteriosclerosis no le hacían pesada la carne. Galopaba feliz, envuelto en el sortilegio de la montaña y junto a los hombres de su teniente. Montero, que se habían agregado en el camino. Eran apenas quince peones que al verlo le lanzaron un viva montubio. Tembló su sangre de guerrillero.

—Gracias, muchachos.

Camareta, Barranco Alto, Barraganetal, el río San Antonio... Una noche entera se perdieron en el bosque... Montero estaba perplejo. Alfaro festejaba los apuros en que le veía... Andaban a tientas, rodeados de una nube de insectos, atormentados por la picadura de los mosquitos. Millones de gritos y silbidos volaban

entre las ramas negras, y la selva inmensa se poblaba de voces extrañas, ahogadas, zumbantes... Alfaro mantenía su cigarro prendido para combatir la plaga y de vez en vez lanzaba una gruesa interjección, mientras se golpeaba el rostro con la mano para cazar un mosquito. Aparecían los cocuyos como frágiles estrellas viajeras, salpicando el rumor negro de la montaña.

Vino la madrugada, y con ella la noticia de que un destacamento del Gobierno les perseguía. El extravío les había salvado. Ahora, había que seguir por la montaña del río Tigrillo hacia la provincia de Bolívar. Treparon la cordillera. El viento helado les dolió en las carnes erizadas y les humedecía los ojos, fijos en los picos azules, enlazados en niebla. En Chillanes estuvieron el 6 de enero. Apenas se detuvieron para comer y continuaron a San José de Chimbo. Esforzada jornada para un hombre ya viejo. Allí supo, de labios del jefe civil y militar de la provincia de Bolívar, que fue a recibirle, José Facundo Vela, la derrota de Bellavista, donde Pacífico Gallegos, en los desfiladeros de Chacaguán había hecho prodigios de valor, peleando con el rifle de su hermano herido.

Malas noticias. La derrota de Bellavista le cortaba el camino. Fuerzas enemigas venían sobre Guaranda. Marchó, entonces, al occidente, hasta Agua Santa, donde le dijeron que los batallones “Carchi” y “Pichincha” se habían sublevado por su nombre. Latacunga, Ambato y otras capitales estaban ya por la revolución. Volvió a tomar el camino de Guaranda. Llegado que hubo, estableció comunicación con los amigos. Su hijo Olmedo, con el grado de comandante, le envió un parte desde Riobamba, informándole con detalles de los asuntos. Alfaro resolvió dirigirse al Norte, dando la vuelta al Chimborazo para evitar encuentros con el enemigo. Terribles senderos escogió. Altas breñas, despeñaderos gigantes, gargantas sin fondo... El viento se encajonaba en los callejones y rechazaba las cabalgaduras con su potente silbido de lobo. Veían la nieve eterna amenazar sus cabezas. Un alud podría rodar de súbito. El granizo les golpeaba y la desolación del paisaje tenía los callados. Se perdieron en aquellos

laberintos helados, de una etapa geológica de terror. Anocheció. Las tinieblas los detuvo como una muralla. Hablaban con los ojos cerrados y los labios sangrantes. Malo el viento y qué duro golpeaba. Alfaro, recogido bajo el poncho, juntas las manos y la blanca perilla empapada en lluvia... Hicieron fuego. En tomo, se sentaron como indios, señores de la comarca. ¿Sueño? Quién pensaba en eso. La botella de coñac pasaba de mano en mano para matar el frío. Fumó su cigarro dauleño toda la noche. En la mañana, cuando el sol brilló sobre las cumbres como cristales iluminados, reanudaron la marcha buscando la salida.

Descendieron hasta Pilaguín y después a Santa Rosa, aldea perdida entre los Andes. El coronel Montero se adelantó hasta Ambato en procura de noticias. A alcanzar al coronel Terán, que ya había abandonado la plaza. Cuando Montero volvía, encontró con Alfaro en Ambato. Sin pérdida de tiempo, Alfaro siguió a Latacunga, se incorporó al ejército y el 14 de enero, un día después, asumió el mando supremo y lanzó su primera proclama.

Las tropas del gobierno, al mando del coronel Larrea, estaban fortificadas en Chasqui, caserío en el enfaldo meridional del nudo de Tiopullo, al comienzo de la hoya que empieza en Sanan-
cajas. En un ribazo, por el occidente, Larrea había colocado cuatro cañones de tiro rápido. Las tropas, en buena línea defensiva, estaban listas, convenientemente distribuidas y municionadas. Alfaro tendría que atacar por la llanura, sin un paraje de defensa, y con el peligro de ser destruido por los cañones.

El 15 de enero, el viejo luchador avanzaba por la carretera. A las once de la mañana, un piquete de caballería capturó una avanzada enemiga que, a órdenes del coronel Leonidas Delgado, se entregó casi sin resistencia. Delgado era alfarista y se pasó a la revolución con gran alegría. Diole informes preciosos. Entonces, Alfaro, ordenó alto a la tropa y subió a una pequeña eminencia, provisto de sus anteojos. Tomó su café de un sorbo y se puso a mirar.

Dos cañonazos tronaron sobre su cabeza. Descendió. Llamó a Montero:

—Pedro, toma el batallón “Pichincha” y carga por la derecha.

A los coroneles Terán y Viteri los envió por la izquierda con el “Carchi”.

—Confío en el valor de ustedes: media hora de coraje y apuntar al bulto.

La niebla protegió el ataque. Montero se lanzó por la llanura como un centauro hasta el pie de los cañones. Las bestias parecían locas de espanto y corrían, aguzadas por las explosiones, las crines arrebatadas. El horizonte se moteaba de pólvora blanca y de llamaradas intermitentes. Poco tiempo duró el embate: Montero y su gente, enardecidos cuando vieron que el viejo luchador picaba espuelas a su caballo, tomaron los cañones. Allí, la voz de mando de Alfaro se levantó entre el fragor de la lucha:

—¡Adelante, y buena letra, muchachos! El “Carchi” reforzó la cometida y pudo flanquear al enemigo, que se dispersó confundido. Pidieron órdenes a Alfaro. Sólo dijo:

—Ni un fusilado ni un prisionero. A curar a los heridos de ambos bandos y a enterrar a los muertos.

Él mismo pasó la noche, sin cuidarse del cansancio que le agobiaba, visitando a los heridos, así fueran enemigos.

En Quito, sabedores del triunfo de Chasqui, los presos políticos que se hallaban en el panóptico atropellaron la guardia y salieron a las calles a órdenes del general Flavio Alfaro, que también estaba encarcelado. García no ofreció resistencia, se asiló en una legación extranjera y pidió después pasaportes. El general Franco que había sido enviado a combatir al general Arellano en el Norte, depuso las armas.

El 17 de enero, Alfaro entró a Quito y se hizo cargo del gobierno.

La plaza de Guayaquil no se había rendido. Su Jefe, el coronel Fidel García, quiso resistir. Organizó reservas para enviarlas a campaña, pero al desfilar frente a la Comandancia General,

Alfredo Pareja D.

rompieron filas al grito de ¡viva Alfaro! Y se refugiaron después en los manglares del Estero Salado, esperando la señal para salir a combatir. El general Leonidas Plaza, terminado su gobierno, había marchado a Washington como ministro Plenipotenciario, pero García le llamó de urgencia y el 18 de enero estaba en Guayaquil.

Cuando el pueblo supo que Alfaro había triunfado en Chasqui, se lanzó a las calles. Doña Anita, temerosa escuchaba los vítores delirantes. Y todo habría terminado en paz. Pero Alfredo Baquerizo Moreno, Vicepresidente de la República, que se hallaba en el puerto, conociendo la renuncia de García, asumió el poder ejecutivo y nombró ministros de Estado. Y la exaltación popular rompió el gesto efímero. Aquel 19 de enero, el pueblo, por sus manos, dio libertad a los presos políticos, asaltando el cuartel de policía. Los veteranos de la alfarada del 95 dirigieron a esos hombres descalzos. La artillería hacía fuego de cañón; veinte cuerpos cholos dieron un trampolín sobre el empedrado al primer tiro. El comandante Uraga, al mando de un grupo popular, tomó la Iglesia de la Victoria y amagó desde la torre el cuartel de artillería. Otro cañonazo desgajó la torre; los que salvaron, desplegaron en las calles vecinas. A caballo, el comandante Carlos Alfaro, sobrino del viejo luchador, daba órdenes y procuraba el avance del pueblo por los portales, haciéndole tender en guerrillas improvisadas. Los coroneles Campi, Treviño y Legarda se batían cuidando de sus hombres. El comandante Landín hacía maravillas con su puntería. Ramón Acevedo ganaba terreno palmo a palmo, la pistola en el aire, y gritando:

—¡Adentro, pueblo! ¡Viva Alfaro!

* Francisco Guarderas, *El Viejo de Montecristi*, ob. cit., págs. 330-331.

La ciudad se empapó en sangre. Cayó la noche. Ni un farol hizo luz sobre más de cuatrocientos cadáveres tendidos en las calles. El latigazo de los fusiles azotaba las sombras, y de rato en rato el cañón retumbaba en el aire denso. Y vino un incendio que remató la tragedia. Corrieron los bomberos, sin parar miedos a las balas. Acribillados, entre el zigzagueo de las mangueras, se doblaban con el mismo chorro de agua. Las cometas ordenaban siempre ataque, y atacaron de tal modo que las llamas declinaron.

Doña Anita oraba. No temía al pueblo, pero aquella soldadeca que disparaba a todo transeúnte, como un deporte... Sedientos de sangre, arrebatados, los instintos en libertad, si el pueblo no hubiera impuesto el prodigio de su heroísmo, allí nada les hubiera contenido Doña Anita clamaba a Dios por la victoria popular.

Y del pueblo fue la victoria. Hombres descamisados treparon muy en la mañana por los estantes de la casa de gobierno, saltaron sus balcones y proclamaron adentro el gobierno del viejo luchador.

Después se embriagaron con el triunfo. Doña Anita se asomó a recibir el corazón alborozado de la muchedumbre.

En la mañana del 20 de enero, todo terminó.

El general Plaza volvió a embarcarse. “Llegué tarde a Guayaquil, y la fortuna autorizó con su sello la transformación de enero, bautizada con la más vergonzosa e inicua de las traiciones

* Francisco Guarderas, *El viejo de Montecristi*, ob. cit., pág. 330-331.

** Francisco Guarderas, en *El Viejo de Montecristi*, dice: (ob. cit., pág. 327) “...nos toca... subrayar la desgracia que acarreo al liberalismo y, sobre todo, a la patria, la reyerta Alfaro-Plaza..., pues la división constituyó el eje de un largo periodo del vivir ecuatoriano. La conducta del uno en función de la del otro; la emulación recíproca como norma de conducta, pero una emulación cargada de odios, estéril, que sólo sirvió para sembrar pasiones negativas, para las cuales no había intereses nacionales que preservar, ni doctrinas políticas que robustecer, sino únicamente enemigos que triturar”.

Alfredo Pareja D.

que registra nuestra historia”, diría, con irritado acento en una carta que parece escrita por quien desea, por sobre todo, curar ofensas recibidas.*

III

CUANDO LA TARDE EMPIEZA

El mismo día del combate en las calles de Guayaquil, la República quedó en paz. Otro de los hermanos Concha, Carlos, se sublevó en Esmeraldas y luego se dirigió a Manabí y todo lo arregló en buena manera.

El sortilegio del poder nuevamente envolvió a Alfaro, pero un sabor extraño, nunca probado, le llenó de dudas. El partido liberal no estaba unido.* Y no sólo eran los recién llegados, que algunos hombres de la promoción del 95 se alejaban también murmurando. Empleos, empleos, empleos... ¿De dónde sacaría tanto para satisfacer a todos?*** Cada quien quería un pedazo de la túnica para cubrir ambiciones. El cuartelazo substituiría –los síntomas se estaban cuajando– el mandato del pueblo. De nada sirvió decretar amnistía general, porque la libertad de los presos políticos se la llamó debilidad. Perdonó a García, cuya salida para el exterior facilitó. Y trató, por todos los medios a su alcance, que la familia liberal quedase entera. Inútil fue: el peso del error inicial lo aplastaba todo. La nacionalidad, otra vez, salía a cauce. El esfuerzo de Alfaro por enderezar la historia, vacilaba en señas de angustia. El placismo contaba con partidarios de valer. Las horas propicias se marchaban. Empero, había que luchar hasta el fin. Nunca la esperanza quemaría sus naves. El vigor de los sueños aún remozaba sus viejos huesos enfermos. Y empezó para él a contar el tiempo, en una trágica carrera hacia la eternidad.

Recibía aplausos y heridas. Miguel Valverde, en una carta a Camilo Aldás, echaba maldiciones: "... No queremos que la convención Alfarista elija presidente a otro hombre que Eloy Alfaro ni que éste dimita el usurpado mando en otro ciudadano.

Nosotros queremos combatir con las armas al usurpador; derribarle con las armas en la mano y, en seguida, no por venganza, sino por necesidad... juzgarle, sentenciarle, condenarle a muerte y fusilarle a medio día, en la plaza pública... Hay medidas dolorosas que se imponen... Horrible, pero necesaria, para la noble causa de la independencia de Colombia, fue la matanza de prisiones en Puerto Cabello, ordenado por la energía libertadora de Bolívar; trágica y terrible, pero necesaria, fue la ejecución de los castigos nacionales de Querétaro, decretada por la autonomía de México...; feroz, espantoso, salvaje, pero útil, pero oportuno, pero necesario, fue el linchamiento de los hermanos Gutiérrez, ejecutado por el pueblo de Lima; triste, muy triste, pero indispensable para la vida misma de la nación ecuatoriana será la ejecución del general Eloy Alfaro. Que la fiera se defienda y que sus zarpazos hieran de muerte a todo el que la ataque, está bien: éste es el derecho de la fiera; pero los sobrevivientes tenemos, no el derecho, sino el deber imperioso de matarla. Ese hombre, ese conspirador audaz es más peligroso que una fiera. Suelto, seguirá conspirando; encarcelado, seguirá conspirando; desterrado, continuará conspirando. Hay que matarle, para seguridad de la República”.

Campañas y aventuras corridas juntos, nada importaba. Así es de terrible la pasión política. ¿Qué has hecho de ti, Miguel? Pensaba Alfaro y una gran tristeza le dejaba quieto. A ese tiempo, recibía una carta de Nicolás de Piérola: “... el Ecuador y Sud-América han hecho real ganancia con que usted rija de nuevo los destinos de ese país”. Si, le gustaba que se lo dijeran, y no sabía ocultarlo. Estaba enamorado de su grandeza.

Y al trabajo, de prisa. En la demora está el peligro, volvió a repetirse por milésima vez. Ferrocarriles, ante todo. El trasandino, el primero. Riobamba había adherido a la revolución porque quería que el tren entrase a la ciudad. En cierta ocasión, sus habitantes desclavaron los rieles que pasaban por la población cercana a Luisa. Alfaro habló con Harman y obtuvo la rectificación de la línea. Nuevos adelantos de dinero fueron indispensables. Usó,

para ello, del crédito oficial en el comercio Guayaquil. Siguió, así, por varias veces, salvando a la compañía de la quiebra. Que continuaran los trabajos, que la máquina no se detuviera por nada, que el ruido de los remaches conmoviera las regiones dulces y solitarias, que el humo avanzara entre los Andes. Jalones de lágrimas quedarían, pero el ferrocarril habría de ganar.

Y vinieron los nuevos contratos. En la provincia de Cañar había yacimiento de hulla y se la tenía, sin embargo, que comprar a Australia, encareciendo los fletes. Un ferrocarril hacia el sur proporcionaría combustible barato y levantaría la vida de las provincias australes. Las paralelas se unirían con el ferrocarril de Guayaquil a Quito. También su provincia manabita, abandonada, necesitaba de un ferrocarril de Manta a Santa Ana, y otro de Bahía de Caráquez a Chone. Firmó los contratos sujetos a la aprobación de la Legislatura. ¿Y por qué no atender al mismo tiempo el camino de Quito a Chone? Reconstruirlo y dejarlo expedito para el tránsito, nada más. Luego, el camino del Pailón, que vitalizaría a tres provincias: Esmeraldas, Imbabura y Carchi. Sus miradas sobre el mapa y una cosa muy dulce y rara dentro del corazón. Había capitalistas que querían invertir su dinero. Y tal vez, los rieles alcanzarían Loja, la provincia tan postergada y tan heroica, en la que debía circular dinero peruano debido a que el comercio con la misma patria era harto difícil por las malas vías de comunicación. La redención nacional por todas partes. Y cuántas cosas más le movían los anhelos: empezó el saneamiento de Guayaquil, la canalización de Quito fue declarada obra nacional, y, adelantándose a la Convención, convocada para el 9 de octubre de ese año de 1906, promulgó nuevos códigos: mercantil, penal y de procedimiento. Escuelas también: nuevos edificios, más maestros, más alumnos...

Corría contra el tiempo. El 29 de septiembre, en la Quinta de las Hermanas de la Providencia, a orillas del Machángara, celebró una reunión con funcionarios públicos y del ferrocarril trasandino. Era la iniciación del ferrocarril a Ibarra; la prolongación del que debía llegar a Quito. Tenía los ojos llenos de fe. Tomó una pala y removió la tierra:

—En nombre del progreso de la República, doy principio a los trabajos de este nuevo ferrocarril.

No le cegaban luces ni le atemorizaban las sombras. Ferrocarriles, caminos, escuelas, ciudades modernas...

Esta vez, la Asamblea Constituyente era indispensable para que el origen de su gobierno se esclareciera con el bautizo de la legalidad. Freile Zaldumbide fue elegido su Presidente. Y Alfaro, Presidente Interino de la República. Desde que Alfaro tomara el poder, la prensa de oposición había difamado: “Jamás, en ningún país de América —decía, resentido en su mensaje—, se ha desbordado la prensa de oposición como entre nosotros, en la época actual: la falsedad, la injuria, la calumnia, en sus más repugnantes e inmorales fases, han sido las preferidas por nuestros adversarios. Se ha conspirado abiertamente, sin respetos ni escrúpulos; se han urdido conjuraciones...; se ha difamado a la Nación misma, para combatir a mi gobierno; en fin, se ha dado rienda suelta a todas las pasiones de bandería, en uno como certamen de perversidad y de infamia...”

Manuel Benigno Cueva había sido descubierto en una conspiración. Se presentó a Alfaro, confesó su falta, prometió no volver a incurrir en ella, y fue perdonado. Poco después, comprometería al general Arellano, resentido con Alfaro después de haber sido su ministro de Guerra, pues necesitó de la cartera en la primera crisis de gabinete. Un sobrino de Cueva era marido de una hija de Arellano, y de esta suerte aprovechó de las relaciones familiares. Con poca sangre se arregló todo en la provincia de León: Arellano salió a Colombia. ¡Cuánta tristeza en los recuerdos! Arellano, amigo perdido, valiente soldado, camarada que

* Archivo del autor, actualmente donado a la Biblioteca de la Casa de la Cultura, Quito.

siempre fue leal... Estaban todos enloqueciendo con la miel de las astutas lenguas promisorias... Todos estaban locos. O hablaban otro idioma y pensaban con otros signos. Alfaro, recordando el perdón a Cueva, exclamó:

—En lugar de mandar inmediatamente a Cueva a la cárcel, confíe en su palabra y cometí el crimen de dejarlo libremente en su casa.

Y también fue Terán, el militar abogado. Tuvo que encerrarlo en el panóptico hasta que las pasiones se calmaran. La de Terán picaba alto, cansado de ser subalterno, enamorado del mando. Negros presagios le alcanzaban. Ya le habían contado que Terán, antes de Chasqui, forzó la marcha para ganar él la batalla y entrar a Quito antes de Alfaro. No lo quiso creer, entonces.

Y había de atender a la doctrina. Ante la Asamblea Nacional, planteó el problema religioso, aún vigente:

“...Dos son a mi juicio las soluciones posibles... el regreso al antiguo Patronato, con todos sus inconvenientes y mientras la libertad de cultos se abra campo en los centros populares para que pueda el credo católico adquirir vida independiente y propia; o la separación de la Iglesia y el Estado, también con todas las dificultades inherentes a este sistema... Sea libre la Iglesia y capaz de adquirir derechos y contraer obligaciones. Pero quede sujeta a todas las prescripciones de nuestra legislación...”

El clero andaba un poco alborotado. Y no sólo en la política. Sacerdotes inmorales, de aquéllos que tan bien sabía castigar García Moreno, se alzaban a mayores. El castigo por mano de Alfaro constituía un escándalo, porque se lo adjudicaban a su supuesta herejía. Un padre de familia le pedía auxilio porque un sacerdote perseguía a su hija. “No lo confine usted en ese sitio, no lo destierre usted, que allá está mi familia, y tengo miedo. Por suerte, Federico González Suárez, ya arzobispo de Quito, le ayudaba, como en aquella ocasión en que pasó una carta reservada, el 17 de agosto de 1906, al sacerdote Segundo Álvarez Arteta, vicario general de Diócesis de Guayaquil, nada menos: “...Su trato frecuente con la familia del señor... ha comenzado

a causar escándalo; conviene que usted no se hospede en esa casa; en esta ocasión pase usted de largo y no se detenga ni un solo día en Ambato. Se murmura de la amistad de usted con una joven de esa misma familia, con quien, se me ha asegurado, que usted ha cometido graves y lamentables indiscreciones, como la de estar encerrado con ella en un cuarto, a solas, hasta altas horas de la noche. Ella ha ido a Guayaquil sola y sin motivo. Pésele todo muy despacio y delante de Dios... Me olvidaba: se habla de una fulana... y de una joven... Necesario es que usted sepa también que su nombre ha sonado con motivo de lo ocurrido entre la joven... y el desgraciado sacerdote Juan Bautista Egüez, quien, para atenuar su crimen, no ha vacilado en echar lodo sobre la fama de otros sacerdotes...".*

No era que Alfaro quisiera moralizar al clero ni estuviera persiguiendo pecados que sancionar. Pero si esos mismos predicaban contra el diabólico liberalismo y azuzaban a las turbas fanáticas... ¡Pues a darles!, decía, y hasta resultaba benigno.

La nueva Constitución Política fue la cartilla ideológica definitiva del movimiento liberal ecuatoriano. En ella alcanzaron su clímax las reformas, y el espíritu individualista se consagró como la fisonomía de época. Perduró como el Abecé de todo liberal de principios: allí aprendió a leer la siguiente generación, a pesar de los vicios y el personalismo que truncaron la revolución. El Estado y la iglesia se separaron para siempre. La libertad de cultos no sufriría limitaciones. Y las garantías individuales levantaron el derecho del hombre y la libertad de conciencia hasta el sitio más alto. Libre fue el pensamiento y libre la palabra. El mecanismo de los poderes del Estado adquirió el juego necesario. El espíritu nacional bebió de las disposiciones fundamentales y nunca más permitiría regresiones. Golpe de gracia fue para las fuerzas

* El testimonio documentado de Manuel María Borrero demuestra el suicidio en su libro *El coronel Antonio Vega Muñoz*, Cuenca, Edil. Austral, 1957.

reaccionarias y tradicionales. Y a pesar de que las condiciones del país no eran las convenientes para recibir aquel documento, hubiera empujado la historia hacia delante, en maravillosa previsión del futuro, si las contradicciones interiores no hubiesen empezado a destruir la entraña de la Nación.

Presidente constitucional por segunda vez, el primer día de enero de 1907, prestó juramento. “Mi más constante afán –dijo– ha sido la reconciliación de la familia ecuatoriana, hasta el punto de que mi política sea tachada como débil para los adversarios... Perseveraré en esta política de magnanimidad, en cuando me lo permitan las leyes y no omitiré sacrificio alguno para lograr esa reconciliación de los ecuatorianos... Que se mantenga siempre limpia... la bandera nacional; que los principios salvadores del liberalismo tengan aplicación estricta; que las libertades de los ciudadanos sean inviolables; y que la ley y la Justicia dominen ampliamente en el Ecuador”.

El hogar se reducía. Dos hijas, Colombia y Esmeralda, se habían casado. Colón Eloy partió a los Estados Unidos, a la Academia Militar de West Point. Se iba quedando solo. Le sitió la vejez apresurada. No podía vencer el sueño después de las comidas; caído el labio inferior, sueltas las manos, corría la sangre pesada por las venas duras, escleróticas.

El año de 1907 fue de crisis. Cartas de amigos habíanle hecho saber que en Lima, el general Veintemilla, le elogiaba y no abandonaba la idea de que le reconociera Alfaro el grado de Capitán General para regresar a morir al Ecuador. Marietta se había rendido, por fin. Alfaro la recordaba, bella enemiga, porque así también recordaba sus propios años frescos... Quito... Lima, donde, en alguna tertulia, Marietta se inclinaba juguetona hacia él, brazo de fruta desnuda, abierto escote altanero... ¿Capitán General? No. Era una idea absurda. El cargo no existía según las leyes. El viejo Veintemilla quería morir en gloria y él no podía dársela. Desviaba la atención de esas cosas para fijarla en las inmediata realidad.

El ferrocarril... Era lo que le restaba de los sueños. Conven-

ció a Harman de que entrara el tren en Ambato –igual reclamo que Riobamba había hecho esta ciudad–, y para ello fue necesario salvar la temida quebrada de la Oreja del Diablo. La empresa, al filo de la bancarrota, no tenía compradores para sus bonos. Todas las crisis las conjuró Alfaro, como si estuviera entregando al ferrocarril sus últimos alientos de luchador. Antes que la muerte, el ferrocarril. Antes que la muerte, el ferrocarril más difícil del mundo...

Nadie supo de esa lucha desigual y bárbara. Todos querían el poder. Ahítos de palabras y llenos de la vanidad que les dieran los campos de batalla, nada mejor que fabricar grandeza en serie y dar trampolines para trepar. La prensa no se fatigaba en herir. Hasta por haber enviado al extranjero más de cuarenta jóvenes con becas, fue duramente criticado. De entre ellos, alguno llegaría a la Presidencia de la República; tal el caso de Isidro Ayora. Al fin, ciertos periodistas fueron perseguidos y otros, obligados a abandonar el país.

El año de 1906 terminó con un hecho que los enemigos utilizaron sin cuartel: en la provincia del Azuay, el coronel Antonio Vega Muñoz promovió una insurrección, que fue dominada por el coronel Ulpiano Páez. Entraban los prisioneros a Cuenca, cuando sonó un tiro y el coronel Vega cayó, herido de muerte en la sien. Alfaro cargó con la muerte, por más que el sumario aseguró que fue suicidio. Se afirmó que él mismo había ordenado a Páez el asesinato. La verdad es que ningún beneficio hubiera derivado de la muerte de Vega: no significaba ya una fuerza de temer (los enemigos peligrosos eran de casa adentro), y Alfaro, que había perdonado en momentos de aguda crisis, jamás habría recurrido al crimen. No era hombre para eso. Se horrorizaba del asesinato.*

El 25 de abril de 1907, Quito fue conmovida por una manifestación de estudiantes de la Universidad Central. Una circular del ministro de Gobierno prohibiendo la reunión de juntas inscriptoras para las elecciones de senadores y diputados fue la causa. Había naturalmente conspiración y las juntas trataban de

provocar la revuelta, según se afirmó al gobierno. En el fondo, había la creencia de que Alfaro estaba tan débil, que un simple artículo de prensa podría derribarle. El tumulto se acercó al cuartel de artillería, y su jefe, el coronel Esminger, fue insultado y golpeado. Poco después, aunque Alfaro había ordenado suspender la orden del ministro de Gobierno, los estudiantes siguieron en la protesta. Un policía murió en la refriega. Los disparos al aire no atemorizaron a esa juventud conducida a la sublevación abierta. Pero apareció una escolta del batallón Carchi que, al ser atacada, disparó: un estudiante murió al momento, varios fueron heridos de gravedad. El escándalo fue inmenso: afirmaron que Alfaro había asesinado a la juventud y al pueblo quiteño ¡Abajo el tirano!, fue la voz de los que esperaban el momento de subir. Pero aún las uvas no estaban maduras.

Si el viejo terco no se rendía, quedaba un camino: el asesinato. En el mes de julio, estando en Guayaquil, le quisieron matar. Por una conversación telefónica, interceptada casualmente por Gabriel Pino Roca, un escritor de ingenio y admirador de Alfaro, y por Jerónimo Avilés Aguirre, marido de Esmeralda Alfaro, se descubrió la conspiración aunque sin medir todos sus alcances. Cierta matrona de rancio nombre burgués pasaba indicaciones a un fraile de Santo Domingo. Se supo después que muchas personas se retiraron del complot cuando advirtieron los fines siniestros. La noche del 19, Alfaro dormía en su alojamiento de la Gobernación. Nutridas descargas de fusilería lo despertaron. La guardia era asaltada. Se lanzó del lecho, vistiendo aún el camisón de dormir. Por las calles inmediatas, también se descargaban pistolas y revólveres. Mientras se resistía en las puertas, Alfaro, a medio vestir, se presentó. Fue breve la lucha: vio caer a ocho oficiales jóvenes de su guardia, cubriendo con sus pechos la vida del caudillo.

Horas más tarde, los hilos de la trama cayeron en sus manos. Un consejo de guerra juzgó a los prisioneros, soldados corrompidos con oro. De los dieciséis juzgados, se sortearon ocho, que debían sufrir la pena capital.

Entonces, las mujeres de esos infelices lloraron ante la hija del General, Esmeralda, y le pidieron misericordia. Jerónimo Avilés, en las primera horas de la mañana, visitó a Alfaro y solicitó la gracia en nombre de su hija.

—Ya lo tenía resuelto desde anoche: los indultaré —repuso Alfaro, golpeando la mesa con sus dedos—. Pero hay otros que tendrán que ser castigados. Los asesinos de mis camaradas no quedarán impunes.

Llamó para dar órdenes, pero en ese momento su ministro de Guerra le informó:

—Es tarde, General. Los sentenciados acaban de ser pasados por las armas.

El viejo palideció. Llevo ambas manos a la cabeza y exclamó:

—¡Qué barbaridad! ¡Aún no era hora! Se incorporó, colérico, las manos hechas puños, la voz definitiva:

—Los verdaderos culpables no eran esos desgraciados. Yo he de sacarlos de sus escondites. Estoy bien informado, Jerónimo, ¿lo oye? Enrique Baquerizo Moreno es uno de los principales: lo fusilaré.

Dio un puñetazo en la mesa y empezó a caminar para calmarse.

Avilés supo donde estaba oculto Baquerizo. Fue a buscarle. Eran enemigos personales, por un incidente de club, pero él mismo guió una lancha para hacerle fugar. Condújolo a bordo de un buque que partía en esos instantes. El barco ya había levantado anclas y fue menester forzar la marcha y agitar las manos pidiendo espera.

Después, se presentó a Alfaro.

—General, tengo que comunicarle que acabo de hacer fugar a Enrique Baquerizo.

Alfaro lo midió con los ojos de arriba abajo y no le dijo nada. Miró hacia la pared para sonreír: le solucionaban un problema.

Se había doblegado ante la Convención Nacional cuando le fue pedido el cambio de su gabinete, aun a costa de perder amigos. Quiso dar pruebas de su respeto al primer poder del Estado; pero de nada le servía aquel sometimiento a las normas que él mismo forjara. De concesión en concesión, iría cayendo. Ahora, un año después, se veía débil. El congreso de 1907 le destruyó los proyectos como un viento malo a edificios de arena. Quiso reformar el sistema tributario, lleno de rezagos coloniales y abundante de inútil burocracia. Impuestos técnicos reclamó. Impuestos que no gravasen por igual al pobre y al rico. La burguesía no se lo permitió.

Hizo una inspección al ferrocarril de Puerto Bolívar a Machala y el Pasaje. Estaba en pésimo estado. Vía indispensable para la defensa nacional y movilización de la riqueza de aquella zona, promovió su reconstrucción urgente, pero no fue escuchado. Algún señor senador osó afirmar que los informes de Alfaro eran falsos y no tenían más objeto que los negocios ilícitos.

Después, fue el contrato Chamaco, que había celebrado en principio, esperando el estudio y aprobación del Congreso. El conde Chamaco, apoyado en banqueros –Rotschild, entre ellos–, hizo una propuesta para un ferrocarril al oriente, pagadero en terrenos baldíos. Vendrían inmigrantes europeos, se redimiría el territorio inmenso, y la situación limítrofe con el Perú habría variado fundamentalmente. Alfaro había conseguido la propuesta, basada en sus conversaciones anteriores con Harman. Estupendo proyecto. Se afanó por convencer a los legisladores. Angustiado, trajinando con ideas y con hombres discutió, exigió, pidió... La torpe gritería le dejó confundido. No lo podía creer. La guerra civil estaba a las puertas. Calumnias, bajas suposiciones, politiquería que traicionaba los mejores intereses nacionales, le golpearon a él, árbol viejo secándose de pena. Ya no tenía fuerzas para luchar así. Se lamentó con palabras simples, que sólo él decía, en las más graves circunstancias:

–Con la realización del contrato Chamaco, habríamos terminado la más grande aspiración nacional.

Corta vida tuvieron todos sus proyectos. La difamación contra el ferrocarril a Ibarra hizo que Harman pidiera la cancelación del convenio. Alfaro, en la ancianidad, volvía a ser el general de las derrotas, sólo que ahora ya no se levantaría de sus cenizas como en los años brillantes. El contrato para el ferrocarril que cruzaría las provincias australes y serviría para la explotación de la hulla y que acaso alcanzaría Loja, también fue cancelado. Mármol, hierro, cinabrio... Y no quedaba nada, la explotación de los minerales se perdió entre el atuendo del odio y la ceguera de los hombres. No lo pudieron matar, no lo pudieron echar del poder: se vengaban así, haciéndole fracasar, no permitiéndole gobernar como gustaba.

Capitalistas de Chicago llegaron para explotar la cabuya de Imbabura, cuyas muestras al analizarse resultaron superiores a las de Filipinas y Yucatán. Para facilitar el transporte, se proyectó un tranvía eléctrico desde Quito a Ibarra. Nuevos sueños rotos: el Congreso gastó retóricas, se hizo el escándalo de ocasión y los inversionistas se ahuyentaron. El país vivía del monocultivo del cacao, y esto no daba sosiego a Alfaro, que miraba el provenir. Mas, ¿para qué esforzarse si las mazorcas estaban tan cerca de la mano y no había sino que cogerlas, y ya venía el oro a llenar los bolsillos de los señores que vivían en París? Locuras de Alfaro, se dijo la gente. El caco no se acabará, y, lo que es más, todo el mundo seguirá bebiendo chocolate por siglos... Lo que pasa es que –dijeron otros– el viejo quiere embaucarnos con sus planes fantásticos. Parloteros y tiesos, con posturas de frac mal aplanchado, razonaban en discursos ripiosos de las cosas que no entendían o que de mala fe destruían para acabar con las últimas fuerzas de aquel viejo romántico y enfermo.

Fracasado el proyecto de extracción de la hulla, Alfaro promovió la utilización de caídas de agua cerca de Ambato, para obtener energía eléctrica para el ferrocarril. Los agitadores conmovieron a los provincianos dueños de las huertas y les hicieron protestar porque les quitarían el agua para sus sembríos. Alfaro movía la cabeza –sobraba agua– y no se atrevía a imponer sus

decisiones.

Así, con los proyectos. Él seguía pensando en cosas grandes, y su derrota sería, por eso, también grande. Concibió el ferrocarril de Guayaquil a Manabí con fines militares, pues en el caso de una guerra con el Perú, esa provincia serviría para amagar el puerto principal. Pero le forzaron a gobernar con lo pequeño, con lo inmediato. Ya se dejaba conducir, quiera que no, por las fuerzas operantes de esos días sin color. Abusaron de su enfermedad y de su bondadosa confianza. Un ministro de hacienda fue acusado de robo. Los caudales públicos decían que eran manejados como hacienda privada. Cierta ocasión, le denunciaron un desfalco en la caja de Policía. Llamó al intendente:

—¿Que hay de verdad en lo de la caja de Policía?

—No es exacto, mi general, lo delatado por el cajero. Esos fondos no han sido robados. Es el caso, mi general, que los dieciséis mil sucres no provenían de vales de policía, sino de ahorros hechos por mí, porque en la administración, pues, de la policía, yo soy muy económico. El rancho y lo demás, usted sabe, mi general... Yo necesitaba pagar lo que debía de mi casita; por eso, he dispuesto de doce mil sucre; mi secretario, por librarse de un apremio personal, tomó los cuatro mil. Esta es la verdad, mi general...

Alfaro arrugó el entrecejo. Miró a los dos hombres, y, dirigiéndose al Cajero, le dijo, como estallando:

—Doce y cuatro son dieciséis... Está completo. ¡Vete! ¡Está completo! ¡Fuera todo el mundo! ¡Vete!

El país le había tomado por el cuello y le exprimía las energías. El chisme político afirmaba que en unas elecciones de diputados y senadores como alguien le observara que el gobierno no debía intervenir para nada, respondió, con una mueca de amargura:

—No perderé con papelitos lo que he ganado con las bayonetas.

Era la derrota.

Y sin embargo, él mismo trataba de que fuesen elegidos dipu-

tados y senadores de la oposición. No podía estar sin luchar. ¿Triquiñuelas? No, necesidad de cotejar inteligencias y propósitos. Lo malo era que, a veces, la oposición le ganaba la mayoría, o los que se habían comprometido se pasaban al enemigo, porque ya no tenían qué provecho obtener del viejo.

Su refugio era el ferrocarril, y hasta en él intervenían por negarle paz. El contrato obligaba a la compañía a concluir la obra en junio de 1907. El incumplimiento hizo que la empresa fuera enjuiciada por mandato del Congreso. Se llegó después al arbitraje, con delegados nombrados por los Presidentes del Ecuador y de los Estados Unidos. Los tenedores de bonos admitieron una reducción de intereses del 6 al 5 por ciento en los bonos comunes, entregarían gratuitamente el primer cupón de 1907 al Gobierno y recibirían por el de 1908 certificados sobre la producción de sal. En cambio, la compañía fue autorizada a emitir nuevos bonos por cerca de dos y medio millones para poder concluir los trabajos. Hubo senadores que impugnaron el arreglo, pero esta vez la sinrazón no tuvo asidero posible y el contrato se aprobó.

La locomotora estaba en Machachi. Un declive se convirtió en nuevo obstáculo: el terreno se hundía por las grietas que formaban comentes de agua subterránea. Nuevos préstamos hizo Alfaro para reforzar ese lecho de manera que pudiera recibir las paralelas hasta Tambillo.

El 25 de junio de 1908 –día de su cumpleaños–, Alfaro, vistiendo larga levita de ceremonia, ambas manos apoyadas en el puño de plata del bastón, asistió a la fiesta de Chimbacalle. El ferrocarril llegaba a Quito. El pueblo corrió alborozado a la estación final. Hubo petardos, discursos, camaretas, campanas, banderines... Las bandas militares rompieron los aires con el himno nacional. Los ponchos se movieron como una inmensa, como una suave marea de colores, se acercó la máquina embanderada y con palmas, repiqueteando como las campanillas en las procesiones de Noche Buena. Partió recto el pito agudo; una columna de humo se irguió, delgada y ágil, hasta romperse en un juego

de aros blancos.

Su hija América puso el último clavo, hecho de oro macizo. Alfaro y Harman se dieron la mano y la multitud lanzó vítores al viejo luchador y al rubio empresario de brillantes espejuelos.

El pueblo siguió la fiesta. La chicha agridulce y el puro de caña les hizo bailar y cantar. El picante de cerdo con mote, las empanadas de morocho, los cuyes asados, las choclotandas y el llapingacho... Los pregones lloriqueantes arrastraban mansas lenguas de súplica, mientras la tarde se cubría de llovizna gris.

Todo aquel día las campanas de las iglesias repicaron, plata y bronce ligados. Un simulacro de batalla libró el ejército en los aledaños de Quito. El Municipio ordenó crear la parroquia Alfaro en el barrio Chimbacalle. Y en el Congreso, se ofreció el homenaje oficial al General Presidente, entregándole numerosos regalos conmemorativos de aquel acontecimiento nacional.

Cargadas las espaldas, la perilla clavada contra el pecho, paso a paso cortito, tristemente se perdió por los salones de palacio.

IV LA PATRIA INTACTA

El ferrocarril trasandino era cosa acabada. Alfarero, milagrosamente supervivía. En el silencio de la noche, se deslizaba por las habitaciones, arrastrando los pies y pensando en la muerte. Largas horas tristes permanecía frente a sus propios misterios no esclarecidos. Quedó encorvado como un sirgador, abiertas las espaldas y el cuello vencido. Aún reía con los hijos y los domingos batía los cascabeles de una alegría arrancada de las últimas fuentes recónditas: llamaba a Montero, ya general de la República, y le decía:

—Pedro, ven a hacerme el suero salado.

El general Montero, con su ancha risa montubia, quitábase la casaca del uniforme, vestía el delantal, anudándolo a la cintura, retiraba, uno a uno, los anillos de sus gruesos dedos y los entregaba a Esmeralda, entonces en Quito:

—Que me los tenga la niña.

Con sus manos hacía la sabrosa cuajada tierna y luego la sobaba y sobaba para que el suero quedase listo. Amasaba el bolón de plátano verde, relleno con chicharrones. Y cómicamente, se cuadraba:

—Están cumplidas sus órdenes, mi general. Otra vez con los galones, se ponía a la mesa, orgulloso de sentarse junto al viejo caudillo de los tiempos heroicos.

La unión nacional pudo haber sido. La misma tragedia que persiguió a los libertadores, le mordió como una loba: falta de hombres de pensamiento, falta de abnegación en los tenientes, falta de cultura política en el pueblo, falta de condiciones históricas y geográficas. Era un lindo país, así: de un lado el mar, con playas milagrosas y aguas cristalinas; en la mitad la sierra, con

todos los climas suaves, las montañas extraordinarias, el verde infinito, los parques en las faldas de los cerros, la dulzura inefable de las cosas blancas; atrás, el Oriente desconocido, cuento de vidas perdidas y de fiebre y de árboles que andan y que muerden. Y entre la costa y la sierra, el trópico con toda la furia de la mitad del mundo, fecundo y bárbaro. Era un lindo país. Y en él, el ferrocarril más difícil del mundo se convirtió en un vehículo de negocios, nada más. La burguesía desarrollaba su capacidad a mucha prisa y ya no necesitaba de Alfaro. Por el contrario, la alfarada le resultaba peligrosa. Había cansancio. Uno que otro escándalo de un alfarista, y ya estaba la maldición en boca agria. Medardo cometía alguna barbaridad, cuando se embriagaba, y se indignaban contra la familia entera cuyo patriarca era el Presidente de la República. Si en la Sabana Grande soldados, ebrios, al mando de un pariente de Alfaro, hicieron un escándalo que se cobró con vidas, pues Alfaro –decían– tiene podrido al país y entregado en manos criminales. Todo venía descomponiéndose, cuesta abajo. Los señores feudales del altiplano empezaron a penetrar por los resquicios, como antes, cuando se llamaron progresistas, trastocando ahora las coordenadas históricas. Algunos simulaban ser mansos, tomaron el nombre de liberales y pudieron acercarse al poder. Dos clases dominantes, frente a frente, y ambas desarticuladas de luchas interiores. Dos compases poderosos, pero enemigos. La economía, anárquica, corroída por las contradicciones, dictaba el comienzo de la disolución.

Sierra contra costa y costa contra sierra fue la forma aparente que adquirió la operación histórica determinante. El cacao daba fuerzas de oro a la burguesía comerciante del litoral, que se iniciaba por los caminos financieros. La producción agrícola serrana, realizada en común por los indios y aprovechada individualmente por los amos, apéndices de la Colonia, daba la tónica a la convivencia de las ciudades andinas. Para que el conflicto se hubiera resuelto, siquiera en parte, se habría necesitado de una revolución destructora de los privilegios coloniales. La doctrina liberal no tuvo, en verdad, otro objeto que lograr tamaña

transformación. Así, habría avanzado el capitalismo y una etapa de progreso, más o menos homogénea, hubiera conseguido la construcción de la nacionalidad. Los nuevos problemas que surgirían, después, con el proletario en la escena, ya no serían asignaturas de la burguesía.

Trunca la obra, no resultaban, sin embargo, vanos los esfuerzos realizados. Los hitos iniciales quedaron apuntados. Sólo que el país mismo ahogó la alfarada y adulteró los ideales de Alfaro. La revolución quedó por completarse. El instinto nacional de la clase media no pudo alcanzar adecuada dirección. En los años venideros, aquella oposición de dos geografías sería una de las claves de los violentos cambios del poder.

Pero, no haya mal entendido, Alfaro no era de los luchadores que se rendían. Su principal batalla la sostenía consigo mismo, y allí ganaba todos los días, enderezándose y matándose la inquietud. La pelea es peleando, solía decir de repente, con la risa abundante. Y si en agosto de 1907, ante la amenaza de una subversión, había teleografiado a un comandante: “Con veinte hombres que tenemos en Barraganetal, se puede batir muy bien un centenar de enemigos”, el mismo vigor subió a la superficie, cuando obtuviera, en el Congreso de 1908, la Ley de Beneficencia, promulgada el 17 de octubre. “Los bienes llamados de manos muertas, puestos en arrendamiento o administración, según la Ley de Cultos (expedida en octubre de 1904, durante la primera administración de Plaza), han llegado a ser casi improductivos para las comunidades religiosas y completamente inútiles para el pueblo, en cuya munificencia está el origen de esos bienes. Declaradas las Comunidades religiosas como instituciones de derecho privado por la Constitución, no han cumplido con las prescripciones del Código Civil, ni en orden a su existencia legal; de manera que mal se podría considerar a dichas Comunidades como usufructuarias de esa cuantiosa propiedad, amortizada en perjuicio de la República. No habría, pues, incon-

veniente alguno en adjudicar los bienes de manos muertas a los Establecimientos de Beneficencia, debiendo administrarlos las Juntas y Tesoreros del ramo, para proveer con sus frutos a las necesidades y socorro de la clase desvalida. Así, los bienes que pasaron del pueblo a los Institutos Religiosos, volverían al pueblo menesteroso, y se invertirían en su exclusivo alivio y beneficio: sería ésta una obra de justicia, aplaudida por la Religión y la Filosofía. Mas, como tampoco sería humanitario privar de la subsistencia a los actuales miembros de las Comunidades Religiosas, sería menester señalarles un auxilio equitativo, asegurado con los mismos bienes adjudicados a la Beneficencia”, dijo en su mensaje al Congreso, el 9 de octubre de 1908,

Hospitales para los pobres, asilos para los ancianos... Nunca más grande y fuerte que cuando se acercaba al pueblo.

Después halló solaz en la construcción de la Exposición Universal, que se inauguró en Quito el 10 de agosto de 1909, con ocasión de celebrarse el centenario del primer grito por la independencia americana, lanzado por los patriotas quiteños. Dijeron que altos personajes de la administración alcanzaron provechos personales con el certamen... Algunos conservadores también obtuvieron provecho de dineros, pero el castigo hubiera parecido interés político... Alfaro nada supo o prefirió no saber. El comentario público, en esos días, dio la preferencia a un gesto que perduraría en la antología de los anecdotarios: Manuel Antonio Franco entró al pabellón que ocupa el Perú y con su bastón de general rompió el mapa que cercenaba el territorio ecuatoriano.

Nada, en verdad, le entusiasmaba. No le daba treguas a la fatiga. Desde 1907, tenía fundado el Instituto Normal de Señoritas en Guayaquil. La enseñanza laica se había establecido definitivamente en la República. Dejaría más de mil quinientas escuelas primarias con más de cien mil alumnos, cifra hasta entonces no alcanzada. Y estas cosas, bien que lo sabía, eran apenas los pasos preliminares.

Porque era un adelantado del provenir. Y así, tenía que hacer

frente a las minucias inaplazables, como cuando su viejo amigo, Cornelio Lourido, en 1908, le escribía desde Jipijapa: "... Cuando estuve en Guayaquil, te manifesté la necesidad que tenía del dinero que te proporcioné en épocas anteriores; en vista de las razones que te expuse, estoy convencido que te habrás cerciorado de mis circunstancias, las que, a pesar mío, fueron el móvil que obligaron a molestarte. Teniendo en la actualidad graves compromisos que atender, y siéndome difícil subsanarlos, por avanzada edad, te suplico hagas un esfuerzo y me envíes una parte de dicha cantidad, teniendo en cuenta que me harás un positivo favor, pues tengo el sagrado deber de dejar a mi familia lo que le corresponde. Debes advertir que, en tantos años, no he sido tan tenaz en molestar; mas hoy que te encuentras en posibilidad, y yo necesitado... es muy justo que algo hagas por el amigo que nunca hubiera vacilado en serte útil..." Te encuentras en posibilidad... Para cualquier espectador, sí. Para Alfaro, ser Presidente le significaba un sueldo para vestir y comer. Y Lourido le enviaba cuentas desde el año 1874: dos letras protestadas, cuentas viejas a cargo de la sociedad Eloy Alfaro y Compañía, pasajes a Panamá en la época de los destierros y las fugas... Eran cosa de sesenta y cinco mil sucres...

Alfaro se golpeaba la cabeza. Por entonces, el Ministro de Chile en el Ecuador le enviaba, con elocuente carta, el obsequio del uniforme de un famoso general chileno. Y Rafaela de Veintemilla, le agradecía, conmovida, las atenciones y delicadezas que había tenido para su fallecido hermano don Ignacio. "El Señor le premie largamente tan buena acción..." ¡Ah, papá Ignacio des-

cansado! No estaba triste, pero sí preocupado. Cuando le dieron noticias –adelantado del porvenir– de que en la península de Santa Elena había petróleo, saltó de buen humor, y telegrafió al mayor José Vega, agradeciéndole un saludo: “... y ya que ahora no veo el Chimborazo, habría querido ver tu nariz...”, y se puso a preparar un mensaje especial al Congreso que se reuniría el 10 de agosto de 1909. A él fue con sus pies reumáticos, con la voz íntegra y promisorio, y habló y habló sobre aquella riqueza incalculable del petróleo.

1909 terminaba.

Cierto día, durante el almuerzo, conversaba animadamente alrededor de la mesa. Se hablaba de muchas cosas, unas importantes, triviales otras. Hacía un rato que Alfaro permanecía en silencio. Le hicieron preguntas: respondió con monosílabos. Alguien, no se sabe por qué, nombró a Bolívar. El viejo don Eloy movió dos veces la cabeza y dijo despacito:

–Bolívar fue libertador hasta 1824. Después, fue un desgraciado, entre la atmósfera reaccionaria que quería asfixiarlo.

¡Ah, pero aquel día, cómo se puso en pie! Sacudió todo el cansancio. Peinó sus canas con rabia. Aún no concurría a su despacho, cuando le llevaron los telegramas. No le dolieron las piernas ni le crujieron los huesos de las manos. La sangre le llegó a la frente y el milagro de la mocedad le brincó en los ojos. Hubiera pactado con el demonio para no perder a la República, su bien amada. Juventud eterna para dársela, soberbio Fausto indígena.

El pueblo de Quito cantaba en las calles el himno nacional. ¡Armas para luchar contra el invasor peruano! El viejo luchador tendió las manos abiertas sobre la inmensa muchedumbre. La quería apretar contra sí, enarbolar su corazón por encima de los Andes y por encima del mar. La llevaría por entre la atormentada

geografía de la Patria, muralla de piedra viva colocaría contra el enemigo, ríos de sangres señalarían los límites inviolados.

Lo venía temiendo durante años: el fallo arbitral de Alfonso XIII no convendría ni al derecho ni a los intereses nacionales. La diplomacia peruana era fuerte y era hábil. El virreinato se levantaba audaz y poderoso, Alfaro, entonces, desarrolló una política internacional enérgica y de madura maestría. Hasta que la situación hizo crisis, como lo había previsto, y el Perú movilizó su ejército. El viejo entregó la Presidencia de la República al presidente del Congreso y asumió la jefatura de las fuerzas armadas del país. A su ministro en Madrid telegrafió: “Perú amenázanos guerra. Estamos listos: triunfaremos”.

Bien sabía que el ejército peruano contaba con efectivos superiores. Pero cada soldado ecuatoriano lucharía por justa causa atropellada. Y él, previsor, había alcanzado los mejores días para su ejército. Cincuenta mil fusiles, veinticuatro piezas de artillería gruesa, completa dotación de artillería de montaña... Y una oficialidad valerosa y capaz; Había mandado a los más destacados a estudiar en academias militares de Europa y los Estados Unidos. En Punta de Piedra, defendía la entrada a Guayaquil una moderna batería naval. Allí funcionaba la Escuela de Minas y Torpedos, organizada por él. En el cerro de Santa Ana, Guayaquil tenía un fortín bien provisto. Nunca antes el ejército tuvo

* Víctor Emilio Estrada en *Vida de un Hombre*, dice (ob. cit., pág. 128) “...la salud del General era manifiesta, visiblemente, malísima... Después de comer... terminaba por quedarse dormido... Su respiración era fatigosa y su voluntad, su imperio mismo, sentían ya el peso de los años. No podré olvidar jamás el irrespeto y la chocarrería que reinaron durante la sobremesa, en Santa Rosa... ante la propia persona del general Alfaro que visitaba ese día al ejército... en la frontera, en abril de 1910. Estoy... convencido de que en el campamento de Mapasingue, en el vivac de Gatazo o al atardecer de Chasqui, el General, con pleno dominio de su voluntad, no hubiera consentido semejantes actitudes”.

condiciones mejores ni fue tan bien organizado como entonces. Su hijo Olmedo habíale ayudado en la empresa de modernizar los efectivos de defensa. La Escuela de cadetes era modelo de disciplina y de provechosa enseñanza.

Y, sobre todo, había un jefe heroico y de harta experiencia, que se pasó la vida entre el fragor de los combates. Las rencillas se olvidaron. Todos acudieron a ofrecer su espada. Contaban que un ministro de Estado habló a Alfaro, temeroso de la guerra. El viejo le miró duramente y duramente le dijo:

–Presénteme su renuncia en el acto.

En Guayaquil le recibieron con delirio. De la mañana a la noche, ni un minuto quedó sin actividad bélica. Se asomaba al balcón, entre la tarea, a ver desfilar al pueblo. Puños levantados, camisas desgarradas, carne morena y fuerte, juventud brillante y deseosa de gloria, voces altaneras, macizas... El bosque humano se movía creciendo, con húmedas raíces renovadas. Marchaban los reclutas. Banderas, himnos, canciones. La patria se estremeció: la unidad nacional volvió a correr sin ataduras por los cuatro lados del país.

Un día, le avisaron que la escuadra peruana merodeaba por el golfo de Guayaquil.

–Que levanten vapor en el “Libertador Bolívar” –ordenó al instante.

–Pero, general, los buques peruanos son muchos...

–He dicho que levante presión en el “Libertador Bolívar”. Yo mismo saldré en él. ¡Qué se cumplan mis órdenes!

El aviso no fue cierto. Después, llevó diecisiete mil soldados a la frontera. El “Libertador Bolívar” salió de todas suertes y paseó por la costa peruana, protegido con su buen andar. Alfaro

* Archivo del autor, documento actualmente donado a la Biblioteca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

** Archivo de la familia Alfaro.

Alfredo Pareja D.

visitó en la frontera las líneas de defensa. Analizó todos los detalles. Estuvo en Machala y en El Pasaje. En el Macará la tropa veló las armas día y noche. Cerca de treinta mil hombres aguerridos se acuartelaron y más de veinte mil voluntarios, en diarios ejercicios militares, repitieron sus palabras:

–Yo os prometo que conduciré a nuestro ejército a la victoria, siguiendo la sombra egregia de Sucre y obedeciendo los mandatos ultraterrenos del Libertador.

El rey de España se abstuvo de emitir el laudo arbitral. Y como Alfaro y su notable Canciller, José Peralta, no se habían descuidado de nada, los Estados Unidos de Norteamérica, Brasil y Argentina ofrecieron la mediación. Se retiraron los ejércitos.

La patria quedó intacta.

V

TIEMPO CUMPLIDO

He aquí que el tiempo se cumplió, y don Eloy, casi de repente, se vio frente a dos problemas últimos. El período legal de su mando terminaría el 31 de agosto de 1911. Igual que dieciocho años antes, la sucesión le trajo amargas horas. Los círculos de la política empezaron a trajinar. Flavio Alfaro, otra vez, se lanzó a la campaña eleccionaria, pero don Eloy se opuso. A más de que no le quería mucho, había otras razones:

—Este Flavio es de mi familia —dijo—, razón suficiente para que le retire mi apoyo, pues han de decir que le he nombrado mi sucesor con el objeto de que encubra mis robos.

Ya en 1901 había querido que le sucediese Emilio Estrada. Era éste un liberal de profundas convicciones, poseía clara cabeza y firme carácter, que aun motejado de intransigente, dábale cualidades de organizador. Viejo camarada de los años de monotonera, intendente de su ejército en la toma de Guayaquil, en 1883, donde, sin estar obligado por sus funciones, se lanzó a la lucha en la vanguardia, chapulo fogueado y hombre de cultura que no pocos servicios había prestado al gobierno; con aquella historia en su favor, Alfaro no vaciló en escogerlo. Así, Estrada se impuso con facilidad en las elecciones. Flavio Alfaro fue el segundo en los sufragios.

* Circular de Alfaro, Imprenta y Encuadernación Nacionales, Quito, 1911.

** Víctor Emilio Estrada, Vida de un Hombre, ob. cit., págs. 77-78.

El otro problema fue de mayor estatura y contemplaba el futuro de la República en dilatados años. Háblale enseñado la experiencia, especialmente la de pocos meses antes, que las relaciones con el Perú producían crisis periódicas que llegarían a comprometer la existencia misma de la Patria. Pensó que el dilema estaba en su delante: Galápagos o el Oriente, Galápagos o las provincias de El Oro y Loja. Al mismo tiempo, las dolencias físicas aumentaban. No le obedecían bien las piernas, y cuando se incorporaba no lo hacía sin dolor. Frecuentes viajes a Guayaquil, en busca de calor y tierra baja, le aliviaban. Sólo que nunca pensó declararse en derrota. Aquel sueño que le invadía después de las comidas hizo pensar a muchos que sus facultades mentales se debilitaban.* Pero despedirse sin gloria ni ruido no convenía a la naturaleza de su espíritu marcharse dejando limpio el porvenir, he aquí la ambición que le sostuvo.

Conservaba en su poder un Memorándum del ilustre Fray Enrique Vacas Galindo, preparado para la Junta Patriótica Nacional el 15 de octubre de 1905, y que decía, después de la firma: “No se presentó esto a la Junta, porque no se reunió”. En ese Memorándum, después de analizar la situación con el Perú y de hacer mención a una memoria secreta del ministro de Relaciones Exteriores de ese país, según el cual, de ser favorable al Ecuador el fallo arbitral del Rey de España, no sería acatado, sugería, ante la posibilidad de la guerra, medidas como éstas: “alianzas de los países vecinos, sin perder de vista a Panamá; la enajenación de Galápagos, determinando el modo y forma de conservar e invertir esos fondos; la empresa y pronta terminación del ferrocarril al Curaray... (algunas otras un poco más simplistas que las anteriores), y, por fin, “militarizar nuestras reservas, establecer

* Archivo de la familia Alfaro.

centros de enseñanza militar, organizar la academia de guerra y el Estado Mayor, etc.... Atendidas las actuales difíciles circunstancias por las que atraviesa la República, éstos son los puntos que he tenido por conveniente presentar a la ilustre consideración de la Junta Patriótica Nacional”*

La idea no pareció a Alfaro totalmente desechable, pero el Archipiélago de Galápagos cedido no era negocio que él sólo pudiera resolver. Mientras tanto, recibió la inevitable propuesta de los Estados Unidos. Y entonces, el 16 de diciembre de 1910, luego de varios años de la sugestión de Vacas Galindo, dictó para su Gabinete este documento: “...Habiendo recibido... la propuesta de arrendar el Archipiélago de Galápagos, hecha a nombre del Excelentísimo Señor Presidente Taft..., resuélvese que no es posible aceptar ninguna modificación a la cláusula sobre garantía de la integridad territorial de la Nación. El artículo segundo de la Constitución dice: “El Territorio de la Nación ecuatoriana comprende todas las provincias que formaban la antigua Presidencia de Quito y el Archipiélago de Colón...” Ninguno de los poderes públicos... puede prescindir de esta declaración fundamental... De consiguiente, al exigir que los Estados Unidos de Norte América garanticen la integridad de nuestro territorio... hemos llenado un deber, del que no podemos apartarnos ni una sola línea; y si esta condición esencialísima no es aceptada por el gobierno proponente, es inoficioso continuar discutiendo la mencionada propuesta... Esta es la resolución definitiva del Ecuador”.**

Pero los rumores ya estaban soplando odios sobre el viejo luchador. Un clamor de rabia se alzó contra el mismo hombre que había vigilado en persona las fronteras de la Patria y obligado al Perú a detener su invasión. Le llamaron traidor. Los perio-

* Guaricha: mujer del soldado serrano que le acompañaba en sus viajes y en las batallas.

distas vociferaron. Le lapidaron de injurias. Los jóvenes de Guayaquil manifestaban su hostilidad en media calle. Era famosa “la palomilla”, liga de bohemios y pendencieros que luchaba contra la policía, al grito de ¡Alfaro nos vende! y ponían en la política la misma pujanza que en los puñetazos al asaltar un baile de arroz quebrado. El pueblo estaba absorto y no sabía qué hacer.

El 16 de enero de 1911, envió una circular a los gobernadores de provincias, y en Guayaquil, además, a Emilio Estrada, ya su candidato a la Presidencia de la República: “He recibido insinuaciones para arrendar el Archipiélago de Galápagos a los Estados Unidos de Norte América, por el precio de quince millones de dólares y el tiempo de noventa y nueve años; comprometiéndose, además, el gobierno norteamericano a garantizar la integridad del territorio del Ecuador... La posición geográfica de nuestro Archipiélago lo colocará entre los más importantes del mundo de Colón, tan luego como se abra el Canal de Panamá... El archipiélago de Galápagos –que en 1856 nadie quiso aceptar como garantía de un empréstito de tres millones– adquiere importancia diaria... Nuestra soberanía en el Archipiélago llegará a constituir muy en breve un problema internacional sumamente delicado; y la solución de problemas de esta naturaleza casi nunca resulta favorable para las naciones débiles...”

Ningún secreto para el pueblo. Enseñó las manos, y luego advirtió, visionario del tiempo... “Y menos, si sobreviene una guerra del Asia contra las potencias americanas; porque entonces, sin tiempo a equivocarnos, podemos prever la ocupación de las islas sin nuestro consentimiento y sin indemnización alguna...”

Treinta años después las Galápagos se cederían, aunque por

* Víctor Emilio Estrada, Un Capítulo de Historia Real o el Término de una Regencia, sin pie de imprenta, por ser el primer ejemplar encuadernable, obsequio del señor Estrada al autor, mayo de 1951, págs. 29-31.

pocos años, pero sin compensación alguna, a los Estados Unidos, en guerra con el Japón.

Pidió Alfaro la opinión de las mayorías, para atenerse a su fallo: "...Mi deseo sería... oír la opinión de todos los ecuatorianos, a fin de proceder con el dictamen y acuerdo de las mayorías. Como no sería practicable este modo de conocer la voluntad popular, he resuelto dar a ustedes el encargo de que convoquen a las personas más honorables de esa provincia, sin exceptuar a ningún partido político; y que les consulten sobre el arrendamiento de que se trata... Si estas juntas provinciales opinan en favor del arrendamiento del Archipiélago, el Gobierno entrará a discutir las bases del contrato respectivo; pero, en caso contrario, se abstendrá absolutamente de tomar en consideración las insinuaciones... Para el caso de realizarse el arrendamiento, el Gabinete opina, por unanimidad, que ni un solo centavo del precio debe ingresar a las cajas fiscales; sino que la suma íntegra se invierta en obras de utilidad nacional..."*.

Ocho millones para el saneamiento de Guayaquil, tres para el ferrocarril a Cuenca, dos para la Línea férrea de Ambato al Curaray, los últimos dos millones para el ferrocarril de Quito a Ibarra...

La respuesta de Emilio Estrada fue así: "Señor General: En la mañana de hoy (enero 20) recibí en mi oficina a un grupo de caballeros compuesto de los señores Carlos A. Aguirre, Pedro G. Córdova, Francisco Urbina Jado, Eduardo Game, Abel Castillo, doctor Luis F. Cornejo Gómez y José A. Campos. Asistió también el doctor Eduardo López. Púseles de manifiesto la circular dirigida por usted al señor Gobernador y a mí, y, después de alguna discusión, resolvieron por unanimidad no aceptar la insinuación de los EE.UU. para el arrendamiento del Archipiélago, por creer que tal negociación hiere el patriotismo. Su afectísimo amigo".**

Fue su última batalla en grande. Acento el mando; otra vez se marchó despacio, envuelto en silencios, acusado de propósitos infames, a perderse en los caminos de su recogimiento.

Y bien, él no podía escapar a la ley que la gloria deja caer sobre los conductores. Don Eloy contra Alfaro tuvieron un encuentro dramático. El último acto de la tragedia había empezado; el coro contaba presagios de muerte y el viejo sostuvo un diálogo terrible con su sombra.

Los propósitos de grandeza, las ideas tan amadas sobre la Gran Colombia, iluminaron, por instantes breves, sus tinieblas. Venezuela proyectaba una gestión diplomática, que llamaba Unión Boliviana. Desde Guayaquil, Alfaro comunicábase con su ministro de exterior, José Peralta, que le había informado de conversaciones habidas con el representante chileno: "...Ministro de Chile opina que su país y el Ecuador quedarán perjudicados con la Unión Boliviana... no se debe contar con Bolivia que apoyará al Perú, después de verificar arreglos, porque no necesita de Colombia ni Ecuador... Tampoco debemos contar con Venezuela, por ser partidaria del Perú... Estaríamos en minoría en Congreso y en todo... Opina que sin manifestamos adversos a la idea de Venezuela, podríamos aprovechar situación y obtener alianza con Chile y que si esta idea fracasa, siempre nos quedará libre el trabajo con Unión antigua Colombia, pero no con Perú... Deseo saber opinión usted para contestar..." Alfaro, enfermo en Guayaquil, respondió: "Lo que me comunica referente a Bogotá, es delicado y debe tratarse con Consejo de Ministros... Por mi parte, reitero mi opinión de que deben ser cinco las naciones que compongan la proyectada unión boliviana, y entre esas, tres que han sido arteramente despojadas por el Perú... Este se encontraría en completa minoría y, por tanto, al Ecuador le compete no oponer obstáculos a Venezuela... No obstante esto, debemos trabajar por la confederación colombiana que indudablemente es la practicable y que al realizarse nos aseguraría la recuperación de lo que se nos retiene contra la razón y la justicia. Respecto de Chile, debe declararse al ministro Eastman que Chile debe siempre descansar tranquilo en el gobierno ecuatoriano y que la

pretendida unión boliviana puede alejar más si cabe a Colombia y al Ecuador del Perú...”.*

Y en seguida, partes diarios a doña Anita: “He sentido hoy tal calor...; esto es un horno... Mejor noche que las anteriores. A las dos de la madrugada, me suministró el capitán Colón una dosis de sal de fruta inglesa, muy bien. Hoy, segundo día de dieta de pura leche cruda; mañana se termina... Hoy tercer día de dieta pura leche. No me hace falta otra clase de comida. En el sueño voy ganando, aunque lentamente... Estoy mejor; sin embargo, anoche me volvió el insomnio, me levanté desde la una, pero sin sentir fatiga alguna... Hasta la tarde de ayer he tenido toda la pierna derecha hinchada, pero con el masaje de hoy, me encuentro casi bien...”

Y cuando se encontraba ya en Quito, gustaba de bromear con doña Anita, llamándola de súbito: “Ayayay, Anita” Luego, se echaba a reír.

Un funcionario del ferrocarril conversó con don Eloy y díjole que el médico americano aseguraba que la grave afección cardíaca de Estrada no le permitiría vivir en Quito, sobre los dos mil ochocientos metros de altura, más de tres meses. Alfaro, desconcertado, comenzó a vacilar. Allí saltó la intriga: el interés, el chisme, la ambición le sitiaron. Parecida ecuación política que en 1901 se presentó con incógnitas fatales. La muerte de Estrada significaría la anarquía, la guerra civil... Su propia muerte acaso... El instinto de vivir se presentó con una fuerza que nunca conoció. Un nuevo error irreparable se iba a producir. Terán, ahora general de la República, conspiraba.

El ejército estaba confuso. Terán, tan hábil como era, fraternizaba con los guarichas* con los soldados, bebía ellos... Flavio Alfaro, resentido, se resolvió a mayores. Don Eloy llamó al Presidente electo a Quito, donde se reunieron, junto a varios partidarios, el 27 de julio de 1911. Víctor Emilio Estrada cuenta así los principales detalles de esta conferencia, a la que él asistió

acompañado de su padre:*

“La primera razón expuesta por el General... fue la salud precaria de mi padre... Su réplica fue cortante: “Eso es cosa mía. General”... Ante su respuesta inevitable, el General, dejando atónito al viejo amigo, descubre el motivo real... y formula la atroz acusación: “Los amigos dicen que tú no tienes popularidad; manifiestan desconfianzas que yo no he podido desvanecer; creen que el partido liberal está amenazado; y conviene buscar una solución que salve al país”. La respuesta tras incidentes verbales y banales con varios de los presentes, llega precisa: “Estoy completamente resuelto a no renunciar;... hoy, que muchísimos miles de ecuatorianos han comprometido su nombre exhibiéndome y sosteniéndome, me sostendré aunque me maten... pues tras de mí sólo hay la guerra civil, implacable y formidable, y, si se optara por la dictadura, como un solo hombre se levantaría el país”. Estas palabras están en una hoja suelta con la firma de mi padre... increíble profecía cumplida por desgracia en los sucesos que seis meses después ensangrentaron y avergonzaron al Ecuador. El General, en medio del silencio y desconcierto de los presentes, insinuó: “Denme un medio para evitar eso...” Y mi padre: “Queriéndolo usted, todo puede remediarse sin inconvenientes...” El General, temeroso de que la insinuación de mi padre envolviese una medida violenta, se anticipa: “Yo no puedo fusilar a Flavio ni atropellar a nadie”... No se trata de eso –le replica mi padre–. Ya usted estuvo de acuerdo en que yo nombre a Franco ministro de Guerra. Pues nómbrelo usted hoy, y mañana no hay ni un flavista ni un dictatorial en toda la República...” ...El General no aceptó la fórmula, como tampoco explicó su negativa, limitándose a requerir nuevamente otra solución... Sus amigos sugieren el nombramiento de (Alfaro) General en Jefe del Ejército por el Congreso, cargo inconstitucional y también nueva prueba de desconfianza. Mi padre ofrece nombrar al General Gobernador del

Guayas... Pero el ambiente carecía ya del elemento primario. La innoble zapa había minado el criterio del cansado Viejo Luchador, y la deshilvanada conferencia se cerró con estas palabras, aparentemente amigables, del General, pronunciadas al levantarse: “Bueno, Emilio, es preciso que medites una resolución que armonice todo”.

A poco, el periodista Luciano Coral, desde “El Tiempo”, abrió campaña contra el presidente elegido. La voz de Alfaro le ataca, fue el comentario público. Y no era así; por el contrario, Alfaro reprendió más de una vez a Coral y éste se excusó otras tantas. Coral obedecía a intereses de Flavio. Y los rumores crecían por todos lados, asegurando que el Congreso anularía las elecciones. Estrada se violentó. Contaban que había dicho:

–Alfaro ha cedido a sugerencias de intrigantes, de los nuevos candidatos. Yo sé que el Congreso no anulará mi elección y mañana parto a Guayaquil para volver a Quito a tomar la Presidencia.

Don Eloy pensaba en Peralta.

Y ocurrió que cierto día, en la puerta de un hotel, el coronel Luis Quirola mató a balazos al general Emilio María Terán, de quién, aseguraban, recibiera agravios en su honor familiar, Quirola se dirigió a la Policía a entregarse. La conspiración por Terán buscó a Estrada, y con buen manejo, los hilos y finales del trabajo quedaron en manos del presidente electo. Vino a Quito su hijo, el capitán Víctor Emilio Estrada, se entendió con los conspiradores, hizo lo que fue menester y el problema político, tan complicado, se fue canalizando sólo a dos soluciones: dictadura o pacífica posesión de Estrada.

Se reunió un Congreso Extraordinario, a fines de julio. Su Presidente, Freile Zaldumbide, se acercó a Don Eloy y le dijo que la mayoría de senadores y diputados estaban de acuerdo para militar la elección de Estrada. Pidióle consejos. Don Eloy convocó una conferencia con sus Ministros de Estado, el presidente del Senado y otros personajes, y nada se resolvió. La anulación,

con invento de pretextos, de los sufragios por Estrada, favorecía a Flavio, que le seguía en votos, y ésta no era una solución para Alfaro. Se dijo que se convocaría, entonces, a nuevas elecciones. Fue lo cierto que, después de esa conferencia a puerta cerrada, corrió la voz sembrando alarma: dictadura de Alfaro, dictadura de todos modos...

Y le acosaron los palaciegos. Frecuentemente, decía a sus amigos:

–Ahora no quiero sino descansar. Y en otra vez:

–Ni dictadura ni reelección.

¿Y si Estrada moría? Era su propia muerte que veía cerca. Su propia destrucción. Sostenía la cabeza entre las manos, y se dejaba conducir por la trágica lógica de los hechos.

La Junta Patriótica de Quito publicó un manifiesto: locas ambiciones le fueron atribuidas al viejo fatigado. El Arzobispo de Quito, Federico González Suárez, su amigo, era la primera firma de aquel documento. No, no podía ser, no quería que fuera... Descanso para su cuerpo envejecido de tanto pelear...

La política interna no le había permitido asistir a la fiesta centenaria de Caracas, para la que fuera invitado. Tenía fuerzas bastantes para escribir frecuentes cartas a Julio Andrade, su Ministro en Bogotá. Arduas cuestiones internacionales, amistad con Colombia, viejos sueños de los que no podía desprenderse sino al cruzar las fronteras de la muerte. Retazos aislados y sin

* Víctor Emilio Estrada, *Un Capitulo de Historia Real*, etc., ob. cit., págs. 6-7, acusa a Olmedo Alfaro, de quien dice: "Habitado... a considerar el Poder Ejecutivo como una dinastía, presenta el caso extraordinario y forzoso de que la muerte de un Presidente conduzca a una guerra civil... Olmedo no pensó que había un Vicepresidente... Lo que había dentro del pensamiento de Olmedo es otra cosa: si se muere don Emilio Estrada, se acaban los nexos del alfarismo con el poder, y, entonces, para volver... debe haber guerra civil, como en efecto la hubo en enero de 1912..."

vigor. Igual que cuando le saludó la Sociedad de Escritores Latinoamericanos de Caracas, en el día de las naciones que formaron la Gran Colombia... Y los acontecimientos que le aventaban los ánimos por todos los lados de la duda. El 7 de agosto llamó a los jefes militares de Quito. Todos hicieron protestas de lealtad, y dirigieron, con la aprobación de don Eloy, un telegrama a Estrada, pidiéndole que renunciase e invocando pretextos malos de relaciones con el partido conservador. Estrada repuso: “La sola contestación que ustedes tienen derecho a esperar de un hombre honrado, es la que les doy: No. Proceder de otro modo, sería vileza de mi parte. Si hay guerra civil, será obra de ustedes, no mía...”

Don Eloy seguía pensando en su ministro Peralta. Hasta Montero vacilaba en Guayaquil, comprometido, según decía, con Estrada. El 9 de agosto, Alfaro le telegrafiaba: “Se conoce que cada cual tira para su lado. En un círculo notable de esta ciudad, se asegura... que en Guayaquil todo está preparado para formar un triunvirato, que lo compondrán don Martín Avilés, don Benjamín Rosales y Placita, bandeando por completo a don Emilio. Yo temo que te asesinen o te tomen preso, sorpresivamente...” Y también, en otra parte. “Todo lo que sea necesario se hará, todo menos la dictadura...”

¿Montero contra él? Nunca lo creyó. Y tuvo razón. Le hacía entender las razones que tenía: “En la cuestión Estrada, nadie más comprometido que yo; pero como no miro sino la salvación del partido... no paro mientras en nada de lo que mira a mi persona. Tus compromisos, si se comparan a los míos, son secundarios, pero estamos en el deber de procurar asegurar la paz y conjurar todo peligro para la causa liberal, sacrificándose sin reservas. Es menester partir de que en ningún caso sería conveniente que yo continuase en el poder, como dictador; porque esto me deshonoraría y perjudicaría gravemente a nuestro mismo partido. Lo que importa es mantener la constitucionalidad; y cuando llegue el caso, convocaré una Asamblea Liberal para que ella libremente elija al candidato que debe presentarse al

voto popular...”

Y aquella vez que Montero le hizo saber ciertos chismes, no se contuvo en el telegrama: “Al que se acerque a decirte que yo desconfío de ti, rómpelo la boca con un palo”.

El 10 de agosto se presentó al Congreso. “En cuanto a mí –dijo con voz conmovida–, pronto siempre a servir a mi Patria como ciudadano abnegado, me retiraré del poder en el término fijado por la Constitución, entregando la suerte de la República en vuestras manos y en las de todos los que la amen de veras y quieran sacrificarse para salvarla.

Os hablo quizás por última vez, y me habéis de permitir manifestaros que jamás he abrigados esas ambiciones que el odio político me atribuye... Lejos de mí la vulgar idea de aspirar a la dictadura y perpetuarme en el poder; almas como la mía tienen más elevadas aspiraciones y no las mueve sino el amor desinteresado de la Patria...”

“Os hablo quizás por última vez...” ¿Por qué estas palabras, si sólo el 31 de agosto tenía que entregar el mando y hacerlo en presencia del Congreso? El presentimiento le tenía sujeto. Y don Eloy no quería sino descansar, porque le había ganado la batalla a Alfaro.

Al general Montero, jefe de la Zona Militar de Guayaquil, en la mañana –las once y media– de ese mismo 10 de agosto, le dirigió un telegrama cifrado: “Supongo te encuentras muy mortificado por la situación política... Si quieres, puedes venirte para regresarte inmediatamente después de arreglar aquí cuanto sea necesario. En este caso, llama a Medardo, para que quede en tu lugar...”

* M. A. González Páez, Memorias Históricas, Quito, Editorial Ecuatoriana, 1934, pág. 582.

¿Habría de llamar a Montero, su hombre fuerte en Guayaquil, de abrigar la decisión de dar al día siguiente o ese mismo día un golpe de Estado? Durmió apaciblemente aquella noche.

¿Qué ocurría esa mañana? Colón Eloy almorzaba en casa del Ministro de Colombia, don Carlos Uribe. Hacíalo nerviosamente. Terminado el almuerzo, pidió permiso para retirarse. Pocos momentos antes, una dama había llamado desde su balcón y advertídole que aquella misma tarde se daría un golpe de cuartel. Caminaba ahora por las calles de Quito, en busca de su padre. A la casa presidencial, a juntarse con él y darle el aviso. Llegaba a la plaza de armas, cuando la cometa anunciaba la salida del general. Alzó las miradas al reloj: la una de la tarde. Desvió un poco sus pasos para alcanzar la entrada lateral del Palacio de Gobierno. De allí vio cómo su hermano, el coronel Olmedo, avanzaba al Palacio, adelantándose a Don Eloy. Juntos en la puerta, ambos hermanos se dirigieron al gabinete presidencial. Observaron que la guardia no había formado como de costumbre, frente a la escalera y a la puerta del despacho. Estaba, en cambio, en doble fila, espalda al Ministerio de Guerra.

—Mira, Colón Eloy —dijo Olmedo—, ese pobre oficial: está temblando. Debe estar con los fríos de calentura. Haré que lo releven.

El teniente les miraba huidizamente. Pero ya entraba don Eloy y la guardia presentaba armas. Habíase cerrado la puerta del gabinete, cuando se oyeron tiros de fusil. Provenían del cuartel del Regimiento Bolívar. Olmedo y Colón Eloy corrieron al balcón de la oficina de la secretaría privada; los oficiales del regimiento trataban de dominar a la tropa sublevada. Dispara-

ban aquellos hombres, huyendo a la calle, al grito de ¡Viva la Constitución!

Ambos hermanos se miraron. No se dijeron una palabra, pero estaban entendidos. A la puerta de la Sala de Edecanes. ¡A la puerta y a contener la guardia! El corredor del Ministerio de Hacienda, entre la escalera y la entrada al gabinete, estaba lleno de empleados. Por eso, acaso, la guardia no pudo escapar por el mismo corredor, y habíase lanzado, dando una vuelta, por el lado de la Cámara de Diputados. Olmedo Alfaro, luciendo uniforme, gritaba sus órdenes, pero no era obedecido. Colón Eloy, midió el tiempo rápidamente. Así, vistiendo traje paisano, empujó, luchó, rompió la compacta masa de gente. A ganar la entrada antes que la guardia, dándole el cruce. Respiraba afanosamente, sacudido por la premura. Era tarde:

sólo seis hombres de tropa quedaban arriba. Los demás, estaban ya en la calle. No lo pensó siquiera: echó mano a la pistola y gritó:

—¡Alto la guardia!

No le obedecieron. Y allí la mano se le crispó y cayó el primer soldado a pocos pasos. El que venía atrás del caído apuntó con el rifle, silbando palabras cautamente:

—No lo mate, mi capitancito... No lo mate... Los cuatro metros de distancia se cortaron ágilmente con el tiro. Sintió la bala a la altura de la oreja, latigueante, golpeando contra el pilar de piedra. Movi6 la cabeza y ya iba a disparar nuevamente su pistola, cuando el soldado que intentó matarle arroj6 el fusil y corri6 escalera abajo. Los cuatro hombres restantes se rindieron, cuadrados, esperando órdenes. Fueron desarmados por Col6n Eloy y el coronel Olmedo que acababa de llegar. Y con esos fusiles y las pistolas que cada quien tenia. Olmedo Alfaro organiz6 la defensa. All6 estaban algunos bravos: el comandante Ram6n Acevedo, H6ctor Egas, dos sirvientes de la Casa Presidencial... Un pu6o de hombres leales.

¿Qu6 hacer? Una sola orden, muchachos, resistir. Don Eloy no se habia movido de su asiento. Estuvo, s6, en el balc6n, pero

sus hijos le hicieron sentar. No hablaba. Miraba las cosas despacio, esperando. Después, le obligaron a ir al Ministerio de Gobierno, acompañado de personas amigas. Se levantaba de la silla, cuando un tiro, disparado desde la calle, verticalmente, atravesó el asiento. Sonrió don Eloy y movió la cabeza levemente. Otra vez la muerte buscándole, se repitió para sí. Ordenes por teléfono. Olmedo dirigía la resistencia y trataba de comunicarse con los cuarteles. Una conversación telefónica sorprendida. ¡Oh, aquella voz de mujer, agitada, aguda que decía: “El general Alfaro está vivo y lo tienen en el Ministerio de Gobierno”

Desde arriba, la defensa era certera. Un tiro tras otro. Los dos hijos y los amigos leales. Una pausa. ¿Alguna conferencia? ¿Parlamento? Piden órdenes, mi general, preguntaron. Olmedo seguía indagando por los batallones, había conversado con oficiales y con tropa, desde hacía muchos días. ¿Qué quería entonces el coronel Olmedo Alfaro? Su padre le miró y después hizo transmitir esta voz:

–Que siga el orden constitucional.

Estas palabras coincidían casualmente con el santo y seña de Estrada, de sueño que los cuarteles se lanzaron a la calle. Se oyeron los tiros de la lucha encarnizada. Los soldados invadieron la Plaza de la Independencia. Alfaro, absorto, no se agitaba. Nunca, nunca fue herido en los combates. Le gustaban las balas. El sonido que hacían era bello, silbaban, y en el momento de la explosión, el alma se hinchaba de cosas raras. Tristemente, murmuró:

–Mis muchachos... Mis muchachos...

El coronel Luis Andrade había descendido por las escaleras de Palacio para tratar de incorporarse a su regimiento. Apareció en el atrio, desafiante, pidiendo paso, disparando su pistola, hasta que dio un salto y cayó. Las puertas quedaron libres. Pero no se atrevían a subir... El viejo luchador estaba allí... El viejo... Y algo impalpable, misterioso, antigua voz escondida como una garra en el pecho, los detenía... ¿Una comisión? Sí, los revoltosos mandaban una comisión. Un señor Fernández Madrid la

encabezaba y exigía la rendición.

—Dimita usted, general.

Alfaro, sentado con la espalda a la escalera, bajo el escudo patrio, se puso en pie, terrible el ceño, voz rabiosa y digna, descargando el puño sobre la mesa:

—¡Carajo, no puedo renunciar! No conozco la magnitud de este movimiento en el resto de la República.

Hizo amenazas la comisión y se marchó. Pocos minutos más tarde los Ministros de Chile, del Brasil, y de Colombia se presentaron a Alfaro. Le ofrecían asilo. Don Carlos Uribe le contó que doña Anita y su hija América estaban bien hasta ese momento. Que les había ofrecido asilo en la Legación, pero que doña Anita se había negado hasta recibir instrucciones de su marido...

Tembló ligeramente. Doña Anita, América, solas... Las turbas, la soldadesca embriagada por las calles. Buscarían su casa... Sobrecogido, en vencimiento ya, aceptó el asilo en la Legación de Chile. Se evitaría, cuando menos, la anarquía en la ciudad. El Ministro de Chile, Víctor Eastman Cot le protegió. Salió de su brazo. Su hijo Olmedo, valientemente abría el camino con cuatro soldados leales. Colón Eloy había sido detenido con algunos ministros que debían ser conducidos al panóptico. Un general le tomó el brazo y le condujo hasta alcanzar el grupo en que iba su padre. Ya no restaba nada que hacer. Allí vio que un rifle se tendía sobre el pecho de don Eloy y que el representante chileno, Eastman, se adelantaba y le cubría con su cuerpo. Olmedo y Eloy pensaban que aún la resistencia era necesaria. Había soldados leales, el resto del país, armas... ¿Por qué derrotarse?

Contaban después que Flavio Alfaro, que almorzaba en una quinta, al oír los primeros tiros, había dicho:

—Yo no toreo hoy.

Luego, la soldadesca se derramó por las calles con todos los instintos en libertad. Entraron al panóptico y descuartizaron al coronel Quirola, matador del general Terán, a propósito de cuya muerte el comandante conservador, Gonzalo Páez, escribiría unas memorias venenosas, y dejaría en ellas estas ruines pala-

bras: ...”Fue el principio de la Ordalía, esto es, de los Juicios de Dios...”.*

Doña Anita había empezado a dar órdenes en la casa. Allí estaban su hija América y un negrito, llamado Aniceto. Quemó papeles que no pudieron ser encajonados a tiempo. Salvó lo que había en la caja de hierro: coronas, laureles, tarjetas de oro... El tiroteo la interrumpía, porque ella, previsora, se asomaba a ver por dónde y a qué distancia se luchaba.

Más tarde fue al asilo, a juntarse con su Eloy. ¿Los hijos? Salvos, gracias a Dios. Lo supo todo. La firmeza de Olmedo. El valor encendido en los veinte años de Colón Eloy, el capitanci-to... Flavio Alfaro estaba en el panóptico.

Al día siguiente, Freile Zaldumbide, hecho cargo del poder en su calidad de Presidente del Senado, solicitó, el 12 de agosto, la dimisión de Alfaro. Palabras menguadas las de su antiguo partidario, Freile: “...De otra manera, me sería quizás imposible impedir que no se respetase el asilo al que ha apelado usted en la Legación de Chile...”

Don Eloy respondió: “Sin entrar a considerar los términos de su carta, quiero manifestar a usted que, como ecuatoriano patriota, no deseo que, por mi interés, se derrame una sola gota de sangre y que, por lo tanto, hago dimisión del cargo de Presidente de la República, lo cual hará que pueda continuar el régimen liberal, al amparo de la Constitución”.

Como el general Ulpiano Páez, con mil doscientos hombres, avanzaba sobre Quito, el Ministro del Brasil y el secretario de la Legación de Colombia llevaron una carta de Alfaro a Páez, que

* Ramón Lamus G., La última Guerra Ecuatoriana –habla el secretario del general Flavio E. Alfaro, San José, Costa Rica, Establecimiento Tipográfico “Alsina”, 1912, págs. 24, 25 y 28.

Alfredo Pareja D.

ya estaba en Latacunga: “...Por mi parte, olvido, en aras de la felicidad de la Patria, la grave ofensa que se me ha irrogado, y deseo que se consolide la paz, continuando el régimen liberal... Te aconsejo que atiendas la solicitud del señor Ministro del Brasil. . pues hoy he presentado mi renuncia... Haz extensiva esta carta... a todos nuestros principales camaradas”.

¡Ah, y aquellos oradores de palabra barata cómo se lucieron en el Congreso! Una resolución, que no llegó a cumplirse, fue tomada: en la entrada de Palacio debía colocarse una lápida infame:

“El 11 de agosto de 1911 el heroico pueblo de Quito y el Ejército dieron fin con la tiránica dominación del señor general Eloy Alfaro. Este hecho sirva de ejemplo a quienes tratan de envilecer al digno pueblo ecuatoriano, conculcando la Constitución y las leyes”.

* Mensajes reproducidos en *El Asesinato de Alfaro ante la Historia y la Civilización*, por Olmedo Alfaro. Guayaquil, Editorial Jouvin. 1938, págs. 112-113.

** Olmedo Alfaro. *El Asesinato de Alfaro*. ob. cit., pág. 113, telegrama de Panamá del 30 de diciembre de 1911.

VI ÉXODO

“Panamá, octubre 9 de 1911.— Hijita Esmeralda, recordada de mi alma: El día tan grande como el aniversario de Guayaquil, me complace escribirte; tiempo doblemente bien empleado... Todavía me parece un sueño lo que ha venido pasando desde el 11 de agosto. Ha sido providencial que haya salvado del asesinato, que era la base principal de ese trastorno criminal en todo sentido. En cuanto a tu mamacita, se manejó como un general en jefe renombrado. Ella estaba solita en casa, acompañada de América, que también se comportó como un buen edecán veterano... El fuego en las calles era un tiroteo nutridísimo... Bajo esa atmósfera, daba órdenes doña Anita... Tres días con sus noches duró el fuego de fusilería de parte de los revoltosos... Voy terminando esta carta y todavía no he hablado de esa nietecita ángel, que Dios me ha dado...”

¿Adónde se cobijaron los sueños? ¿Qué fue de tanta gloria celosa? Echado del poder, echado de la tierra, Viejo estorbador de ajenas ambiciones, ya no tienes nada que hacer aquí, decían entre dientes. Tirano, corrompido, traidor, eran palabras que deletreaba la generación recién nacida. La República se envenenaba. Bien que lo vio, bien que la afrenta se le clavó en mitad del corazón. Al destierro, al querido Panamá de los recuerdos mozos... Allí estaba ahora, absorto, la mano pálida en la perilla blanca, asiéndola como un retazo de sueños... Un rumor de

* Manifiesto a la Nación, Imprenta “El Vigilante”, Enero 5, 1912.

voces cautas llegaba por el balcón. Lejos, el mar, la bahía dulce y verde, el pregón de los diarios. Pero él se fue olvidando de las cosas vecinas. Estaba amaneciendo y renegó del día. Guayaquil... El viento barría las calles cuando rozó la tierra con sus pies livianos. Sus ojos se lanzaron por los cuatro lados de la duda... Inválidos de las guerras por la libertad, combatientes de los primeros días de la alfarada, sastres y zapateros con despachos de comandantes, pueblo triste y atónito le despedían. La derrota no era sólo de él: hombres descalzos, mujeres de sonrisa amarilla, niños que amaron su nombre como el del Padre Nuestro cotidiano, esperanza de una tierra malograda por la historia, todos eran vencidos. Tuvo un estremecimiento. El general Montero le miraba, la pregunta en los ojos. Entonces, don Eloy le tomó la mano y con el entrecejo duro, cuajado de tristeza viril, le advirtió:

–Permanecerás en Guayaquil de guardián del Partido Liberal, Pedro. Es tu obligación: cumple con ella.

Nada respondió Montero porque sintió la voz apedazada. Le dejó partir, y ya no pudo ser más; quedó solo, partija desvanecida, cuento sin palabras. No lo supo tan pronto. Fue después, cuando quiso levantarse sin don Eloy que se halló destruido y sin cabeza; corazón desorientado, nada más.

Panamá no estaba tan cálido aquel día, o acaso él no sintiera el calor porque estaba viajando por las horas increíbles de su caída. Perdonaba a Montero. Claro, si el ministro de lo Interior de Freile Zaldumbide, un Octavio Días –hechura mía también, se dijo– había advertido al general Páez que si no rendía sus fuerzas, la vida del general Alfaro no podía garantizarse. Páez debió contárselo a Montero... Empero, la muerte se le acercó, y los acuerdos con el cuerpo diplomático no se respetaron inme-

* Olmedo Alfaro, ob. cit., págs. 116-117.

** Comunicación del 5 de enero de 1912.

diatamente. No le dieron el pasaporte en los primeros días. Agitadores venales hirieron sus oídos con la voz de sangre. Estaba asilado, bajo la bandera chilena, sin rabia, sin odio, un poco asombrado, receptor como era de la palabra misteriosa del pueblo. ¡No era el pueblo! Eran locos que venían a darle muerte y que llegaban ya al jardín y empujaban las puertas y lanzaban piedras. Gritos roncacos, ojos saltados de furia, alcohol, el olor insoportable del alcohol y las cebollas, allí cerca del balcón desde donde fijaba las miradas dulces, pegado al vidrio semioculto por el cortinaje de seda. ¡No era el pueblo! Locos, borrachos, soldados disfrazados, soldados con uniforme. ¡Si le dieran un caballo y unos cuantos hombres de su guardia! ¡Buena letra, muchachos! Pero recibir la muerte así... Empezó a pasearse, las manos a la espalda. ¿Y doña Anita? ¿Y los hijos? Una mancha de sangre le subió a los ojos; lo esperaba todo, cuando los locos empezaron a retirarse porque el Ministro de Chile y sus empleados defendían las puertas... Creo que me van a dejar vivir todavía, se repitió. Y luego, pudo preparar su equipaje para el puerto y el destierro.

En Manabí, Carlos Alfaro, hijo de Medardo, encabezó la revuelta a nombre de la legitimidad, pero fracasó. Senadores y diputados suplentes completaron el número de los que no quisieron regresar a la legislatura –habían estado comprometidos con Flavio– y el orden constitucional prosiguió. El 1 de septiembre, Emilio Estrada tomó posesión de su cargo.

El 21 de diciembre murió súbitamente en Guayaquil. He aquí que el presagio se cumplía. La provincia de Esmeraldas se sublevó por Flavio Alfaro, que desde Panamá conspiraba, ocultándose de don Eloy, y creía poder arreglarse con Plaza. Un día, Flavio embarcó para Esmeraldas. “En todos los planes revolu-

* José Peralta, Eloy Alfaro y sus Victimarios, Buenos Aires, Editorial Olimpo, 1951, págs. 100 y 103.

cionarios... siempre tuvo el cuidado de obrar sin dejarle conocer el mínimo detalle a su tío, el general Eloy, a quien consideraba el peor enemigo para sus aspiraciones... “Mi tío, me decía (a su secretario), no quiere convencerse de su desprestigio y pretende pesar todavía en la balanza política cuando ya el país sabe que no le puede dar nada porque su edad y su salud no le ayudan... A la sombra de su gobierno el árbol del odio ha esparcido sus ramas y ellas han llegado a molestar a los miembros de la misma familia. Mi tío no debería moverse de Panamá... El general Plaza es mi compadre, cultivé con él... muy buenas relaciones y en su administración, que fue la mejor del liberalismo, fui su ministro de Guerra... Creo que no me sería difícil un acercamiento con él y entonces sí le aseguro a usted que el Partido... se hará poderoso en el Ecuador... Al día siguiente de nuestro arribo a Esmeraldas, el coronel Otoya presentó sus cuentas... El 30 de diciembre en la mañana se recibió noticia de Guayaquil de haber desconocido el gobierno del doctor Freile Zaldumbide y de haberse proclamado como Jefe Supremo al general Pedro J, Montero... Fue aquí cuando nació el gran peligro para la revolución con motivo de quedar proclamados dos Generales como Jefes Supremos”.*

En Guayaquil, Flavio contaba con partidarios de valer. Habían acosado a Montero para que lo secundase. La candidatura presidencial de Leonidas Plaza quiso imponerse desde el gobierno; Montero rehusó. Fueron seis días de trajines políticos. Montero, Jefe de la Zona Militar del Guayas, aun pareció acceder en favor de Flavio, pero los consejeros le cantaron músicas en los oídos y, perplejo, el 28 de diciembre de 1911 habíase proclamado.

Aquella noche, montado en brioso caballo, corrió Montero por las calles, obligando a cerrar teatros y cantinas, sableando

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., págs. 381-382.

** Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., pág. 413.

grupos de curiosos.

—¡Cierra puertas! —gritaron por todos los barrios. Y la juventud dorada repitió con rabia:

—¡El cholo Montero se proclamó! Este es el alfarismo... Y empezaron a huir de la ciudad, para sumarse el ejército que el gobierno de Quito enviaría a combatir.

Don Eloy quería paz. No la pudo alcanzar. Primero le hirió la nueva de la trágica muerte de Archer Hacinan en Nueva York, de una caída de caballo. Mató los días escribiendo la Historia del ferrocarril o cartas a los amigos y a las hijas, a su secretario Barrerita, a los partidos que le insinuaban otras revoluciones ya candorosas. Y, de súbito, la noticia telegráfica, cuando aún estaba repasando el recuerdo de su caída, y que leyó por tres veces: “Siguiendo su consejo de no dejar claudicar al Partido Liberal Radical, he aceptado que el pueblo me nombre Jefe Supremo, pero siempre bajo las órdenes de usted, y espero venga en primer vapor para entregarle el ejército”. Firmaba Montero. ¿Montero? ¡Qué podía hacer solo! Un día mas tarde, nuevo mensaje: “Urge presencia suya aquí. Si es preciso, vapor expreso”.*

¿Es posible que Montero haya hecho eso?, se dijo tantas veces. Pocos días atrás le había escrito, por intermedio del capitán Colón Eloy, prohibiéndole la revuelta. Montero habíase reído, y luego dicho:

—Don Eloy está lejos... No esa bobo; te ascenderé a mayor.

De nada valieron protestas de Colón Eloy y su hermana Colombia.

Montero reía y guiñaba los ojos.

Y ahora, tenía la noticia. Por lo pronto, a consultar a los ami-

* Francisco Guarderas, *El Viejo de Montecristi*, ob. cit., pág. 432.

* Jorge Pérez Concha, *Eloy Alfaro*, etc., ob. cit., págs. 398-399.

gos, pero ya en el alma luchadora le estaba ganando la decisión. “Deseo vida privada –decía a su hijo Colón Eloy y a sus dos yernos, Emilio Clemente Huerta y Jerónimo Avilés Aguirre–, pero deber mío atender voluntad pueblos, prefiriendo ser mediador pacificador”.**

Y así vino a Guayaquil, donde lanzó un manifiesto a la Nación y se dirigió a los gobiernos de Quito, al del Flavio y al de Montero. Nada mejor para el país que terminar con el militarismo. Un candidato civil, como ya lo había querido en 1901 y 1911, era la fórmula política adecuada. ¡La paz! Clamaba por ella con todas las fuerzas de su destino contradictorio... “Hoy más que nunca deben posponerse las aspiraciones personales ante la necesidad de unificar la acción patriótica de cimentar la paz de la República... para contener la anarquía, cuyas funestas consecuencias a nadie se le ocultan. Para evitar tan grave mal, prefería abandonar el suelo patrio, antes que ocupar nuevamente la Presidencia como pude hacerlo sin ningún esfuerzo, a raíz de los sucesos de agosto del año pasado (cuando menos, evité entonces la guerra civil, al ordenar al general Ulpiano Páez rendir las armas),... La familia ecuatoriana se encuentra en plena discordia y a punto de entrar en una guerra fratricida, cruenta y dolorosa. En tales circunstancias, no he trepidado en abandonar mi retiro para mediar amistosamente con el objeto de que se llegue a buen acuerdo entre las secciones de la República que se encuentran regidas por gobiernos diferentes. El patriotismo me impone misión de paz, y, si como lo espero, me secunda la mayoría de los ecuatorianos... será ello lo que constituya la más grande satisfacción de mi vida... Reclamo, pues, el concurso de todos mis compatriotas para la obra que me propongo realizar, haciendo completa abstracción de mi personalidad y sin otra

* Robalino Dávila, *El Ocaso del Viejo Luchador*, ob. cit., págs. 554-556.

** Jorge Pérez Concha, *Eloy Alfaro*, ob. cit., pág. 399.

mira que la de ver a mi patria feliz al amparo de una sólida paz interna basada en el imperio de las instituciones liberales vigentes. Procedamos con la cordura que las circunstancias reclaman y no sólo daremos una prueba de civilización, sino que escribiremos una bella página en la historia ecuatoriana”.* Viejo patriarcal, visionario, quería que se olvidaran del caudillismo de hombres de espada, del que tenía, en buena porción, la responsabilidad. A Olmedo, que permanecía en Panamá, le escribía: “Se hizo todo con reserva, pero se traslució que recomendábamos un candidato civil, lo cual me ocasionó disgustos muy graves... Montero se comporta con lealtad conmigo en todo lo que está a su alcance comprender... La exigencia de Quito para que Montero adoptara la candidatura oficial de Placita fue lo que produjo el movimiento del día 28... Se cree generalmente que el gobierno seccional de Quito aceptará mi mediación; y en caso contrario, me parece que debo reembarcarme para Panamá... He palpado que si hubiera propalado que quería volver al poder, casi todos me habrían rodeado y apoyado. Pero he manifestado con sinceridad que no quiero más volver a regir los destino del país, y todo aquéllos que necesitan de empleos para vivir se me han enfriado y retirado... Atravesamos una situación parecida a la del año 60, cuando surgió el partido conservador con García Moreno a la cabeza...”.*

Eran palabras tristes las que decía, evocando la historia, profeta de la dolencia de la patria. Mas no le creyeron. Creció el odio contra el alfarismo, no contra la alfarada: contra Montero y los que cometieron los desacatos desgraciadamente usuales en nuestros países. Aún tenían esperanzas, empero, en Freile Zaldumbide, que, muerto Estrada, habíase vuelto a encargar del Poder como Vicepresidente de la República. Una vez más, el anciano, antes que por la edad, por las penas, trajines de su heroica lucha, y su enfermedad arterial, fue engañado. ¿Iba Freile Zaldumbide a entender palabras tan dignas como las que le dirigiera, como lo hiciera con Montero y Flavio Alfaro?:

“... Para el mejor éxito de mi pacificadora misión es indispensable disipar hasta la sombra de la sospecha de una ambición personal de mi parte, y, con tal motivo, insinúo la conveniencia de fijarse en un candidato civil para el ejercicio del poder. Punto es éste sobre el que llamó la atención de usted, confiado en que sabrá estimarlo como la segura prenda de que no me guía otra aspiración que la de la paz general y la de la buena armonía de cuantos componen el gran partido liberal radical. Conozco el patriotismo de usted, y no dudo que sin vacilación alguna se prestará a coadyuvar a la consecución de la paz sin derramamiento de sangre, con lo cual habrá usted alcanzado un nuevo timbre honroso y la gratitud de los ecuatorianos...”.**

¡Ah, pero la prensa al servicio de la beatería derrotada pedía sangre y escarmiento! Y por su parte, Flavio Alfaro, indignado por la tesis civilista de don Eloy, quiso cierto día, con sus partidarios, “amarrar al Viejo Luchador...; y ya tenían todo listo para reembarcarlo a Panamá como enemigo de la clase militar. Asegúrese que Flavio llegó a conspirar contra Montero, y éste contra aquél; y que, cada uno por su lado, tentó avenimientos con Julio Andrade, Jefe de Estado Mayor del Ejército...”.*

Y salieron las tropas de Quito, como su General en Jefe, Leonidas Plaza y como Jefe de Estado Mayor, Julio Andrade.

Después de la jornada de Yalancay, donde Andrade ganó la primera batalla, las tropas de Quito vencieron y entraron a Hui-gra el 11 de enero. El coronel Belisario Torres, Jefe de las fuerzas montero-flavistas, fue hecho prisionero y llevado a Quito. En las puertas del panóptico, lo abalearon por la espalda.

—¡Cobardes! ¡Así no se mata a un prisionero indefenso y amarrado! —exclamó.

¿Al Hospital? No. Antes quisieron obligarlo a firmar una declaración culpando al pueblo, a un disparo anónimo, de su muerte. Con sus últimas fuerzas, se negó a la infamia. Agoniza-

ba ya cuando llegó al Hospital Militar, acompañado de su soldado Perdomo, también herido de muerte.

El 14 de enero. Plaza tomó Naranjito, y avanzó al Milagro, desde donde telegrafió al general Andrade, que hallábase en Huigra: “En vez de Venecia, debe quedar al segundo convoy en San Miguel. El primer convoy pasará hasta el Ingenio “Matilde”, en donde acampará usted, quedando a diez minutos del Ingenio “Valdez”, en que estoy yo. Usted vendrá hasta este cuartel general, donde le daré un abrazo y discutiremos su plan, que tiene que ser bueno y que, desde luego, lo aceptaré y tomaré mi parte en desarrollarlo. Véngase usted, mi querido General, a mandar estas tropas y vencer con ellas, que yo no sirvo para estas cosas. La sangre de Huigra y Naranjito me tiene anonadado”.*

El 18 de enero sobrevino el desastre de Yaguachi. El general Andrade hubo de ametrallar a sus propios soldados cuando no quisieron avanzar por la línea del ferrocarril, pues los heridos se ahogaban en la creciente del invierno. Fue una cruenta batalla, de la que no había memoria en algunos años de guerras civiles. Flavio Alfaro, aunque sin pericia estratégica, se batió valientemente, desmontado por la muerte de su caballo, hasta que le hirieron en una pierna y cayó disparando su pistola. Entonces, el coronel Carlos Concha, lo tomó en brazos, ayudado por otros camaradas y le hizo descender hacia el río, donde en una canoa fue conducido a Guayaquil.

Don Eloy no quiso que siguiera la contienda. Poseía barcos de guerra, y la toma de Guayaquil, con un ejército que venía combatiendo sin descanso, era empresa hartó difícil. Así lo diría el general Julio Andrade al Gobierno, cuando hubo de defender el compromiso de la capitulación... “es evidente de toda evidencia que, sin el compromiso, los Generales no entregaban la plaza, no disolvían su ejército... y nos veíamos nosotros en las condiciones más desventajosas que imaginarse puedan para continuar la campaña y obrar sobre Guayaquil con acción inmediata. A ningún ejército del mundo se le podía exigir más de lo que el nuestro había dado. Tres combates en una semana, y, después de

Yaguachi, la postración fue evidente... habría sido indispensable perder el terreno ganado, retrogradar a Alausí y Riobamba para establecer nuestros cuarteles de invierno...”.**

Y bien, producido el desastre de Yaguachi, Alfaro aceptó, en reemplazo de Flavio, el nombramiento de Director General de la Guerra hecho por Montero, mas no para batallar, sino para negociar. “Verdaderamente, en esos momentos su figura cobra grandeza singular... Ni pensó en fugar, como pudo hacerlo, pues le sobraban medios y ni siquiera le ataban responsabilidades, ya que no había autorizado ni aprobado la rebelión”.*

Convenció a Montero que había que negociar, única respuesta posible a las intimidaciones de rendición que Plaza hiciera. Protestó entonces Flavio en una carta a Montero, por la intervención de don Eloy en asuntos políticos, pues habían ambos convenido en que el viejo estuviese alejado de ellos. Según Flavio, el acuerdo con Montero estaba roto. Don Eloy se encogió de hombros. La paz era su decisión. Veníala buscando para sí sin poder hallarla; acaso ahora, si la Patria la alcanzaba, también le llegaría a él. Logró así la mediación del cuerpo consular, y una comisión compuesta de varias personas de prestigio y de los cónsules de Inglaterra y los Estados Unidos marchó a Duran para encontrar a Plaza, el 20 de enero. Avisado el Gobierno por su General en Jefe de que había ofrecido la paz, a cambio de la entrega de Guayaquil y el compromiso de que los “cabecillas” se ausentasen del país por un tiempo prudencial, Freile Zaldumbide respondió: “Acordamos (él y sus ministros)... que proceda a la inmediata ocupación de Guayaquil por medio de las armas, si fuere necesario, pues sería una vergüenza para ustedes y el Gobierno conceder garantías a los traidores que han ensangren-

* Leonidas Plaza Gutiérrez, Mensaje a la Cámara de Diputados, octubre 18 de 1912, respecto a la acusación presentada por la señora Clara viuda de Serrano, Quito, Imprenta Nacional, 1912, Págs. 4, 6,7 y 8.

tado la República...”.*

El odio y la ambición se extendían por el país manchándolo todo, mientras naufragaban los principios y la condición humana descendía a sus más primitivos estadios. El 10 de enero de 1912, en Quito, el diario oficial, “La Constitución”, decía: “Ayer lo decíamos y hoy reiteramos nuestra aseveración categórica: Es imposible la vuelta del alfarismo en el Ecuador. Y si él viene, será para que el pueblo de Quito haga con esa gente lo que el pueblo de Lima hizo con los Gutiérrez (asesinados, arrastrados y colgados de faroles, en Lima, en 1872)”. El ministro de Gobierno, Octavio Díaz, había dicho terribles palabras, reproducidas en “El Tiempo” de Guayaquil, el 8 de ese fatídico enero: “Los Alfaro son imposibles; si ellos intentan regresar, los liberales, radicales y conservadores nos uniríamos con el gran pueblo para rechazarlos o para incinerarlos si cayeran prisioneros”. El diario La Prensa de Quito, en editorial del 11, titulado La Víbora en Casa, calumniaba de manera repugnante al viejo Alfaro y agregaba: “... con aire de Soberano del Congo viene a pacificar sus dominios, y dirige circulares y da órdenes hasta al Gobierno de Quito, olvidando el imbécil que no impunemente se ultraja la moral.. Esta es la víbora que tenemos entre nosotros, oh ecuatorianos, y a esta víbora es preciso triturarla!” Y en otro editorial, también del 11, publicado en “El Comercio”, también de Quito: “...Será (la llegada a Guayaquil de Alfaro)... un poderoso estímulo para acabar, de una vez para siempre, con todos estos elementos nocivos para la República. Tal vez la justicia haya unido a Montero con Alfaro para ejercer sobre ellos sus inexorables reivindicaciones”.*

Plaza respondía el 22 a Freile Zaldumbide: “En cuanto que sea vergonzoso obtener la entrada a Guayaquil por capitulación,

* Francisco Guarderas, El Viejo de Montecristi, ob. cit., pág. 435.

acepto esa vergüenza y desde ahora les aseguro que esta página será la mejor que legue a mis hijos. Exento de ambiciones y hombre sin pretensión, ni vanidades, prefiero los modestos triunfos pacíficos a los ruidosos y sangrientos. Mi espíritu está enfermo. La sangre derramada en Huigra, Naranjito y Yaguachi es sangre de nuestros hermanos y no puedo ser impasible ante semejante calamidad. Todavía tenemos 400 cadáveres insepultos en Yaguachi. ¿Se quiere más sangre? Que venga otro a derramarla”.**

Suscrito el acuerdo, desde el 21 de enero, las fuerzas del gobierno desembarcaron el 22 en Guayaquil. Y ocurrió que un contingente del batallón esmeraldeño “Vargas Torres”, que fueran tropas de Flavio Alfaro, negose a entregar sus armas y luchó hasta que no tuvo cartuchos. ¿Estaba Flavio tan desconcertado que sólo pensaba en la guerra? Los muertos que quedaron en las calles de Guayaquil irritaron al ejército vencedor, que esperaba entrar sin disparar un tiro. Y en este incidente se encontró el pretexto para afirmar que los rebeldes no habían cumplido con la entrega de las armas, estipulada en la capitulación.

Olmedo había permanecido en Panamá por haberlo así dispuesto su padre. Otros miembros de la familia del General se hallaban a bordo del “Chile”, listo a zarpar en cuanto se viera acercar la lancha con don Eloy, según instrucciones enviados por éste con su hijo Colón Eloy. No quería marchar hasta que las condiciones de la capitulación fueran cumplidas. Le acompañaba su hijo político, Jerónimo Avilés Aguirre. Como le hicieran objeciones, repuso tranquilamente:

—No, no Placita tiene que cumplir con su palabra. Están de por medio los cónsules. Después me embarcaré...

Los soldados vencedores andaban por las calles proclamando el exterminio. Era una gran pena que no les hubiera sido autorizado el saqueo de la ciudad, como lo hicieron en Yaguachi. Y el viejo Alfaro... Tendrían que arrancarle la barba... Le buscaban, olfateando su rastro. En una casa amiga, don Eloy halló refugio. Era un cuarto pequeño, pobre, una hamaca, tablas carcomidas en el piso, tres sillas y en las paredes algunos retratos. Esperaría

la oportunidad para embarcarse, cuando los ánimos se hubieran apaciguado. Con esa pausa que siempre tuvo y que ahora acentuaba la edad, se quitó la americana y se echó en la hamaca, vistiendo su chaleco blanco y el pantalón de fuerte tela ordinaria. Los zapatos ñatos y gruesos apenas si alcanzaban el piso, mientras se mecía despacio. Cerca de él, Jerónimo Avilés estaba callado. Alfaro tampoco quería hablar.

Llamaron de repente. Una escolta. Don Eloy les recibió de pie y les habló. Los aprehensores dijeron que el general Plaza les enviaba y que su vida estaba protegida. ¿Y Montero? Montero tenía un salvoconducto de Plaza. Entonces se presentó.

—Quiero correr la misma suerte de mi caudillo. Lo había escuchado todo desde una habitación vecina.

Una delgada pared los separaba de la sala donde se juzgaba a Montero. Escuchaba en silencio. Ahora hablaban los testigos: oficiales, aquel mismo ayudante de Plaza que le prendió, aquel otro que vino en el ejército... Don Eloy movía la cabeza y se pasaba la mano por la perilla. Montero respondía a las preguntas con voz tranquila: casado, cincuenta años de edad, general de la República.

Junto a don Eloy, su hermano Medardo, enfermo, un poco paralítico. Acababa de llegar en un buque, ignorante de las derrotas. Fue desembarcado y hecho prisionero. Olmedo había avisado a don Eloy que Medardo viajaba y que era necesario doblar los efectivos militares. Ninguno de ellos pensó que el desastre le sorprendía. Más allá de Medardo, el general Manuel Serrano, se paseaba por la habitación; nada había tenido que ver con el alzamiento. Flavio Alfaro, herido, también fue apresado, a pesar

* Francisco Guarderas, *Mis Épocas*, Cali, Edit. Fernández Mongado & Lahera, Ltda. 1945, pág. 55.

de que mostraba el inútil papelito del salvoconducto en su mano derecha. El general Ulpiano Páez, que había sido designado Jefe del Estado Mayor del ejército de Montero, miraba a don Eloy y le seguía la dirección de los ojos. Luciano Coral, el periodista que desde “El Tiempo” fustigara al régimen también les acompañaba. Jerónimo Avilés ya no estaba; obligado a separarse, le condujeron al barco donde se hallaba la familia.

Todos miraban al viejo luchador vencido, esperando algo de él y algo que sabían imposible. Pero tenían que asirse de la esperanza frágil.

¿Qué había ocurrido? El general Plaza lo explica así:

“Desde el... 21 de enero yo venía demandando del Supremo Gobierno su alta autorización para cumplir la Capitulación que había firmado ese mismo día y para permitir, en virtud de ella, que los cabecillas... pudieran salir del país. El Gobierno me había negado esa autorización, negativa que me confirmó, perentoria y terminantemente, el señor general ministro de Guerra (Juan Francisco Navarro, en Guayaquil desde el 24 de enero), quien, a poco de llegar... me ordenó el enjuiciamiento de esos cabecillas. Obediente a las resoluciones de la superioridad, yo expedí la orden... de enjuiciamiento del general Pedro J. Montero, único de los prisioneros que estaba sujeto a la jurisdicción militar. El día 25 de enero, a las 7 a.m. fue reducido a prisión el general don Manuel Serrano. ¿De quién emanó esta orden de prisión? De nadie. Soldados y paisanos armados... acudieron a su casa lo aprehendiere, conduciéndolo enérgicamente al edificio de la Gobernación, donde ya se encontraban los otros prisioneros... Os lo repito... no impartí yo la orden de prisión...; pero si la hubiese impartido, tranquilamente os lo declarara, porque esa prisión era lo menos que se podía hacer con un General llamado a servicio activo de las armas por el titulado Jefe Supremo general Montero, según constaba en los boletines y periódicos que circulaban en Guayaquil... Era el medio día

del 25. Estaba yo presente en la sala que servía de prisión,... Hora de almuerzo; conversábamos. En cierto momento, el señor general Serrano, dirigiéndose a don Eloy Alfaro, le suplicó... que declarase ante mí cómo era cierto que él... no había tomado parte alguna en la revolución... Eran las cinco de la tarde, más o menos... El pueblo de Guayaquil y la tropa del Ejército Constitucional pasaban por una terrible crisis de indignación incontenible a causa de la explosión que había ocurrido en el cuartel de artillería. Se culpaba a los rebeldes y se pedía inmediata y enérgica sanción. Las masas populares asediaban el edificio de la Gobernación. La consigna era reclamar la cabeza de los Generales Montero y Alfaro. Aquello era una tempestad horrible de gritos, imprecaciones y denuestos. La muchedumbre pugnaba por invadir el edificio. Y allí yo, jugando mi vida, mi nombre y mi fortuna política, contuve las masas, defendí los prisioneros, y me coloqué resueltamente en la puerta de entrada... mientras se ultimaban los preparativos para iniciar el Consejo de Guerra que debía juzgar al general Montero, única perspectiva que había logrado calmar momentáneamente las iras populares...”.*

Los gritos de los soldados ebrios llegaban a estrellarse contra las paredes de madera. Volvían ellos a mirarse. Todo venía ocurriendo como un vértigo, pero preciso. Ya no se discutía la libertad de los prisioneros, a pesar de las formales protestas de los cónsules, que afirmaban que el tiroteo habido al desembarcar las tropas del gobierno era completamente extraño a la voluntad de Alfaro y de Montero. ¿Adónde juzgar a los prisioneros? Era lo único que debatía.

Plaza había teleografiado diciendo que si se quería más san-

* Leonidas Plaza Gutiérrez, Mensaje, ob. cit., págs. 9-12 y 16.

** Olmedo Alfaro, ob. cit., pág. 41.

*** Olmedo Alfaro, ob. cit., pág. 40.

gre, viniera otro a derramarla. Vino a eso el ministro Navarro, dócil instrumento de una situación que le sobraba. El asesinato del coronel Torres ya no era un secreto. Si los llevaban a Quito, era segura la muerte de todos. Pues a juzgarlos en Guayaquil. Hasta ciertos enemigos políticos de Alfaro intercedieron para que no lo llevaran al panóptico.

Don Eloy fumaba. Mal le sabía el cigarro. Buscó fósforos en el bolsillo y no los halló. Entonces, mordió la punta del cigarro, la mascó un momento y escupió.

La rivalidad entre Plaza y Andrade era pública. Montero había pedido entregar las armas al general Andrade. Con él conversó largamente y en reserva don Eloy. Los rumores corrieron sobre un entendimiento entre Alfaro y Andrade, así como antes se afirmara de ciertas comunicaciones con Montero, antes del 28 de diciembre, para oponerse a Plaza. ¿Montero y Andrade de acuerdo?...Y ahora, ¿todavía el viejo tenía fuerzas para conspirar? quizás; ahora le iba la vida en ello. Pudieron hablar largo rato a solas. Le daría las gracias por haberle salvado de la soldadesca pues, cuando le condujeron a pie desde su refugio y en medio camino, el general Andrade había desenvainado su espada y dándole el brazo.

No irían a Quito. Nadie en Guayaquil dudó que llevarlos era sacrificarlos. Todo, en la capital, estaba preparado para el asesinato, para el doble crimen de matarlos y después culpar al pueblo.

¡Ah, y esas explosiones en el cuartel de artillería! El periódico conservador, “El Ecuatoriano”, vespertino que ordinariamente circulaba a las seis de la tarde, se voceó a las dos de

* Olmedo Alfaro, ob. cit., págs. 58-59.

** Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., págs. 410-411.

*** Francisco Guanteras, El Viejo de Montecristi, ob. cit., págs. 442-443.

ese 25 de enero: “Se cree que han sido manos criminales... Por lo pronto, sólo se tiene noticia de quince muertos y de varios heridos que con su sacrificio han venido a oscurecer más el cuadro horrendo de esta guerra civil que va asumiendo los más salvajes caracteres; y decimos que va asumiendo porque se nos antoja que la inmolación ciudadana no ha terminado todavía... Hay grande excitación popular... Aunque muchos lo dudamos, deseamos que sea esta la última sangre vertida para el logro de ambiciones... Escritas estas líneas, se nos informa el juzgamiento del general Montero, mediante un Consejo de Guerra que debe reunirse hoy a las cinco de la tarde...” Y “El Grito del Pueblo”, también en Guayaquil, que la víspera del sacrificio de Montero, decía: “Si el general Montero asumió la responsabilidad, él debe salir a la buena a costo de su propia cabeza”; y el diario liberal “El Guante”, de combativa influencia entre la intelectualidad guayaquileña: “Con qué gusto habríamos visto que el noble gremio de cocheros de la capital, y los batallones de aquella guarnición, levantasen una horca más alta que la que levantaron los limeños para los hermanos Gutiérrez en la torre de la Catedral de Lima”.*

–Oigan, van a leer la sentencia –dijo alguno. Inclinaron los cuerpos, aguzaron los oídos, se quedaron inmóviles.

La explosión en el cuartel de artillería fue naturalmente atribuida a Montero y sus secuaces. Claro, eran ellos que debían haber puesto la colilla del cigarro del borracho sobre la dinamita...

–Dieciséis años de presidio y degradación militar.

–Yo no soy un traidor –se alcanzó a oír entre las voces de odio.

Le gustaba tanto su grado. En su papel de cartas, a manera

* Jorge Pérez Concha, Eloy Alfaro, ob. cit., pág. 412.

de escudo, hacía imprimir una alegoría a grandes letras, con su nombre y el grado, General de la República...

—¡No! ¡La muerte! ¡La muerte!

Cuántas voces airadas se cruzaban desde la calle hasta el tribunal que les juzgaba. Montero se hizo oír:

—Está bien: les daré mi vida, pero mañana... Quería despedirse de su mujer, quería ganar tiempo.

—¡Mañana no! ¡Ahora mismo!

Un sargento del “Marañón”, Alipio Sotomayor, le aventó el grito mientras le apuntaba. Oyeron el tiro y luego el ruido de un cuerpo que se desplomó.

Ya no pudieron escuchar más que una inmensa voz múltiple de rabia. Sillas destrozadas, saltos, alaridos, disparos, maldiciones...

Vivía aún Montero, cuando le arrojaron por el balcón. Lo arrastraron hasta la Plaza de San Francisco, atravesándolo de bayonetas, las entrañas colgando.

Le prendieron fuego y empezaron a brincar sobre las llamas.

“En la tarde de ese día atrozmente luctuoso, tuve la única conversación de mi vida con el viejo caudillo liberal. Es de imaginarse la consternación que se apoderaría de los compañeros de Montero al presenciar su tragedia. Todos los del grupo ya presentían la propia. Sin embargo, el general Eloy Alfaro se mantenía impasible, con una serenidad heroica. Al acercarme a él para ofrecerle algún pequeño comedimiento, me preguntó mi nombre. Mi apellido suscitó su interés por una devota amiga suya, tía política mía, doña Rosa Cevallos de Guarderas, y por su hijo Guillermo, dos partidarios que le fueron fieles en la vida y en la muerte. Sus preguntas todas concernientes a ellos, fueron de tal índole que me pareció que se sentía ausente del esquiliano horror que nos envolvía”.*

Sólo a su hija Colombia permitieron bajar del buque. Corrió

de un sitio a otro para ver a su padre. Debía esperar. Todo aquel día se atormentó, suplicante enloquecida, y no pudo ver al querido viejo enfermo. Una hora más, le decían... Y vino la noche y con ella el asesinato de Montero. Los tiros de fusilería coreaban los gritos de sangre. Rompieron puertas de almacenes, robaron, dispararon sobre inocentes. En algunas casas de gente bien se murmuraba: “Deben hacer lo mismo con el indio Alfaro”. “Todos los Alfaros deben morir”.

A la medianoche, la llamaron por teléfono para avisarle que el general Plaza podía recibirla. Tenía que pasar por las calles transitadas por soldados ebrios que jugaban a la muerte. Tenía que atravesar aquella plaza en que los órganos de Monteros se subastaron al más audaz. Tenía que pasar junto a la hoguera. No le dejaron salir. Pero en la mañana habló con Plaza. Las lágrimas le adelgazaban la voz y no hacía más que pedir compasión con las temblorosas manos juntas.

El general Plaza había estado hasta tarde en la noche junto a los presos políticos, según se ve de su explicación a la Cámara de Diputados, meses más tarde: “... Me constituí en guardián de sus vidas (después del asesinato de Montero)... Puse mi cuerpo como antemural al atropello. Y abandoné ese recinto únicamente cuando me avisaron que las turbas quemaban los restos del general Montero en la Plaza de San Francisco. Volé a ese lugar, solo, enteramente solo, sin que nadie me acompañase, y, apenas llegado..., me impuse a los desalmados, ordené a la guardia de una compañía de bomberos allí ubicada que sacase una manguera y apagase el cadáver humeante de la desgraciada víctima; y luego envié en busca del Subintendente de Policía... recomendándole que trajese gente, un ataúd y un vehículo; y cuando me cercioré de que este funcionario había cumplido mis órdenes, llevándo-

* César Sánchez Núñez, Fuego y Sangre, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1913, pág. 62.

** Ramón Lamus G., La Ultima Guerra..., ob. cit., págs.

se aquellos restos semicarbonizados, regresé a la Gobernación. Era, más o menos, las 9 y 30 de la noche... Allí me dijo el señor ministro de Guerra que ya les había notificado a los presos la orden de partida a Quito, íbamos a comentar ese particular, cuando fui llamado por el general don Eloy Alfaro. Acudí a verlo en el acto... me salió al encuentro y me abrazó efusivamente, casi con emocionante ternura, y cuando iba a hablar, me adelanté, diciéndole: “General, no me lo cuente, porque ya lo se”... Fiel a la promesa que había hecho, me dirigí al señor ministro de Guerra, solicitándole la libertad del señor general Serrano, en atención... a su menor culpabilidad... Oyeron mi alegato los señores general Julio Andrade y don Gustavo R. de Ycaza. Y en mi demanda fui apoyado por este último... El señor ministro de Guerra me ofreció revocar la orden... No tuve valor para despedirme de los prisioneros; y aunque fueron muchas las llamadas que me hicieron los Generales don Eloy y don Flavio Alfaro, que querían, según ellos, despedirse de mí, me abstuve de pasar por ese trance siempre doloroso, y salí de la Gobernación por la puerta del Telégrafo. Puesto que los presos debían ser trasladados a Quito en pocas horas más, ¿para qué me quedaba yo en la Gobernación, si debía ser solamente mudo testigo de un acto que repugnaba a mi criterio y voluntad? Me recogí en mi alojamiento y de él no salí hasta las nueve y media de la mañana del día siguiente, hora en que, ya dispuesto a embarcarme, fui a la Gobernación... El señor ministro de Guerra... me informó de cómo se había efectuado el envío... Le pregunté si había cumplido su oferta de dejar al señor general Serrano, y, por única respuesta, me dijo que eso no había sido posible, en atención a que dicho General se había

* Telegrama reproducido por Robalino Dávila en *El Ocaso del Viejo Luchador*, ob. cit., pág. 634.

** Archivo del autor.

negado a cumplir sus compromisos... Fue a mi regreso... que conocí los pormenores de la negativa del señor general Serrano a firmar la renuncia de su grado militar... Mi conciencia me dice que, como funcionario y como hombre, supe honrar a mi patria, a mis padres y a mis hijos, en aquellas horas en mi destino quiso colocarme entre las ceguedades del triunfo popular y las atracciones benditas del infortunio que aplastaba a mis prisioneros de guerra. Yo sé –y esto me basta– que tuve fuerzas en el alma para ser hermano antes que un verdugo”.*

Plaza había teleografiado al Presidente y Ministros, el 22 de enero: “Los cónsules de Inglaterra y Estados Unidos de América reclaman íntegramente el cumplimiento de las bases de la capitulación acordada con Montero... El pueblo de Guayaquil está reunido y vigilante y seguramente hará cuanto pueda para evitar la salida de los prisioneros. Por mi parte, creo que debemos cumplir lo pactado, obligando a estos señores a dar garantía de que no volverán al país durante cuatro años. También esperaríamos para embarcarlos la entrega de todas las plazas rebeldes y de los elementos bélicos que tienen en ella. Mediten bien el asunto y resuelvan lo más conveniente para el país y para el honor del ejército”.** Y el general Andrade, el mismo día: “Mi opinión en incidente de la captura de los Generales Eloy Alfaro, Montero y Páez, es que debemos cumplir el compromiso de darle garantías para que salgan del país; lo contrario sería ofensivo para los cónsules... y aún podría exponerse a una reclamación diplomática si alguno de dichos Generales fuese víctima de un atentado popular que es muy de temer”.*** El 23 recibía Plaza este telegrama:

“Amigos y compatriotas creemos absolutamente imposible la libertad de Eloy Alfaro ni sus cómplices por ninguna

* José Peralta, Eloy Alfaro y sus Victimarios, ob. cit., pág. 165.

causa, so pena de la ruina de la patria. La opinión es completamente unánime de que presos sean juzgados. .. Proyecto de libertad ha causado gran excitación que puede tener funestísimas consecuencias”. A este mensaje, respondió Plaza el mismo día: “No comprendo la indignación de los ciudadanos de esa capital por... haber expresado honradamente mi opinión... Como no nací para verdugo, mañana mismo declinaré el mando del ejército para que venga a reemplazarme quien se atreva a llevar a estos desgraciados Generales a esa capital, con el propósito de que corran la misma suerte del infortunado Quirola. Llevando a los prisiones a Quito se va a infringir la Constitución que ordena no distraer a los delincuentes de sus jueces naturales”.*

Los mismos y otros firmantes, enviaron aquel mismo día otro telegrama a los Generales Plaza y Andrade: “La sola lectura de los telegramas de ustedes... ha causado profunda indignación en las masa populares (que en su gran mayoría no sabían leer)... piden a grito herido la sanción legal para los traidores y el cumplimiento inmediato de la orden del gobierno para que sean remitidos a esta capital. El comicio popular (???) reunido en este instante en casa del Encargado del Poder Ejecutivo ha resuelto lo arriba expresado”**. **

A Plaza, Juan Benigno Vela, el 24 de enero le telegrafiaba así: “Deje pasar la justicia de Dios, remita los presos a Quito, no se enajene la voluntad de los pueblos: su situación es delicadísima, corre peligro su inmenso prestigio y sería de lamentar que después de haberse coronado con tantas glorias, tenga la patria una nueva calamidad separándolo a usted del escenario político: sus deberes de capitán victorioso y su generosidad para con los vencidos están ya satisfechos; deje, por lo mismo, que caiga sobre ellos la sanción de la ley”. ***

No era la sanción de la ley lo que esperaba a los prisioneros en Quito. Eran el circo y las fieras.

Plaza, como todos, sabía, aún antes del asesinato de Monte-

ro, que el envío a la capital de los prisioneros era entregarlos a la horripilante muerte del descuartizamiento callejero. Por eso, telegrafió a Freile Zaldumbide el 24 de enero: “No quiero entrar en discusiones respecto de las facultades del General en Jefe del Ejército, porque sería impropio y no llegaría al resultado que me propongo, pero si debo dejar constancia de hechos que debe conocer la historia: el general Montero tenía fuerzas... para dar otra batalla tan sangrienta como la de Yaguachi, y, sin embargo, no vaciló en aceptar las condiciones que le impuse y que constan en la capitulación que se firmó; que la facción flavista obstaculizó los arreglos con fines siniestros contra sus compañeros, y especialmente contra los Generales Eloy Alfaro y Pedro J. Montero, quienes salvaron por el hecho de haber entregado las armas del “Tulcán” a los bomberos, que los defendieron del machete de los esmeraldeños; que los Generales... pudieron escapar el día anterior y no lo hicieron para evitar que el flavismo se apoderara de la situación y para cumplir las estipulaciones de la capitulación; que momentos después de que ocupé la plaza, el señor general Eloy Alfaro dio aviso al Gobernador del lugar en que se encontraba, habiendo enviado yo el batallón “Guardia de Honor” para conducirlo al lugar donde ahora se halla. Todo esto es verídico y debe tenerse en cuenta por el Gobierno. Acabo de saber que viene el general Navarro... y me alegro... para que sea él quien viole una capitulación que yo firmé... convencido de que hacia un gran servicio al país y al ejército. Como la campaña ha terminado con la entrega de las provincias de Esmeraldas, El Oro y Los Ríos, y no cabe duda que Manabí” se someterá tan luego podamos comunicarnos con las autoridades, declino el Mando del Ejército, porque quiero aprovechar la salida del vapor “Chile” para irme a Nueva York a reunirme con mi familia.*

* Coronel Carlos Andrade, Carta fechada en Riobamba el 20 de febrero de 1912, dirigida a la señora Colombia Alfaro de Huerta, publicada en Noticias Históricas, Quito, Imprenta Nacional, 1912, págs. 33-35.

Pero las fieras y el circo esperaban en Quito lo que no pudieron terminar en Guayaquil.

Vino el ministro Navarro, ya lo sabe el lector. Plaza no partió a Nueva York, sino que decidió seguir a Manabí a recibir la rendición de esa provincia. En el peor de los casos, esta conducta sería un delito de omisión. ¿No se hallaba todo perdido?, se diría el General, que empezaba a sospechar de la lealtad de Freile Zaldumbide a su candidatura a la Presidencia, pues los rumores decían de entendimientos con sectores de la derecha llamada progresista. La alternativa, pues, quizás hubiera sido la de dar un golpe de Estado, apresar a Navarro en Guayaquil, y muy probablemente exponerse al odio de las tropas serranas, cuyo regionalismo se había estimulado como simple antialfarismo, y al de las mujeres, los hijos, los hermanos que perdieron a los suyos en la guerra contra Flavio Alfaro. ¿Otra contienda civil, entonces? ¿Y con las perspectivas de que fuera infructuosa?

Nadie puede saber lo que ocurrió entre el 24 y el 25 de enero en el espíritu del general Plaza, como nadie tampoco lo que preocupaba al espíritu del general Andrade, a quien los conservadores “progresistas” de la costa, siguiendo a algunos de la sierra, ofrecíanle su apoyo para que ganase él la Presidencia de la República, a la cual era ya candidato el general Leonidas Plaza.

Así era la confusión general de política y ambiciones, de entregar entusiastas al mito de unas ideas que empezaban a flaquear con la división de los liberales, de afán de lucha y machismo tropical, de venganza y de miedo, una atmósfera densa agravada por el repugnante crimen cometido contra el general Montero. En esos momentos, en que la vida cuenta poco y el aire se llena de muerte y presagios de horror, doña Colombia imploraba a Plaza que salvase a su padre. Procuró él tranquilizarla. Los presos habían partido ya por orden del ministro de la Guerra... Si, desde la madrugada, según fue dictada la orden la noche anterior... Pero irían bien guardados, y él. Plaza, avisaría a doña Anita que saliera en el primer buque de Panamá para ver a don Eloy en Quito. Rogole ella que pusiera un telegrama

a Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, pues él sería el único capaz de contener a las fanáticas turbas quiteñas. (¿Era acaso las turbas quienes habían montado el circo y cebado a las fieras?) Pero ella misma escribió otro con la fiel expresión de sus sentimientos de hija: “En medio de mi desesperación acudo a usted como única áncora de salvación para consérvame la vida de mi idolatrado padre, a quien llevan a ésa como preso político. Espero que usted oirá esta súplica de una hija que, en su impotencia por hacer algo en favor de su padre, no tiene otra esperanza más que en el Todopoderoso y su representante en esta tierra. Perdone, Señor mi abuso en molestarle, y compadézcase de la desgracia...”*

He aquí el telegrama del general Plaza al Arzobispo González Suárez: “Apelo a sus sentimientos humanitarios y cristianos para que emplee su influencia en favor de los prisioneros de guerra... Vele usted por la vida de éstos a fin de que la justicia cumpla con su deber. Un acto de sangre y de violencia sería un escándalo ante el mundo que nos exhibiría muy tristemente. Apelo a usted, apelo a la Junta Patriótica, apelo al noble pueblo de Quito, para que todos reunidos cuiden a los prisioneros y contengan la ira popular que es inconsciente. La tragedia de ayer tiene consternada a toda la ciudad y hasta el pueblo que la consumó está arrepentido y avergonzado. Deme una respuesta tranquilizadora”.**

Doña Colombia pidió viajar para seguirlo. No corrían trenes. Tendría que ser más tarde. Habló con Julio Andrade. Siempre más tarde, porque la compañía del ferrocarril no recibía aún las órdenes. El general Andrade telegrafió a su hermano, el coronel Carlos Andrade: “Esta mañana salió tren con generales prisioneros: incorpórate al convoy y haz cuanto puedas por salvarles la vida, a don Eloy especialmente. Yo trato de salir hoy para

* Coronel Carlos Andrade, ob. cit, págs. 36-39.

secundarte, y si lo consigo, nos encontraremos en el camino. Te abrazo, y piensa en que es ésta la comisión más noble y más sagrada que has podido desempeñar”.*

Era un tren militar. La soldadesca disputaba. Por una lata de galletas, un soldado mató a otro de un tiro de fusil. Las caras pálidas, brillantes de sudor, vistas como al través de una amarilla luz de esperma, se alineaban pegadas a las ventanas o allí mismo, contra el suelo, en hacinamiento triste y malo. Era un tren militar. Y corría por entre las avenidas verdes.

Clamaba la prensa de Gobierno. Sangre para la fiesta del circo. El director del panóptico se afanó en comunicaciones diciendo que las puertas de su cárcel se hallaban débiles y que necesitaba de más hombres armados para defenderla. Hoy pedía un candado; mañana, un fierro; otro día, fusiles... Tramoya de la farsa. Algunos presos políticos a quienes se quiso salvar fueron puestos en libertad.

Así, el 25 de enero, Freile Zaldumbide ordenó con su firma la libertad de Emilio Chevasco “en la noche... cuidando de tomar para ello las precauciones convenientes en orden a la seguridad del mencionado preso...” Y luego el 27 de enero, se ordena dar libertad al coronel Pedro Concha y Augusto Yépez.** Un diario contaba los días: faltan cuatro, faltan tres, faltan dos...

Aquella fortaleza de piedra, el panóptico, se podía defender con pocos hombres. Y las puertas eran inexpugnables.

Desde Guayaquil, doña Teresa de Montero telegrafió al Encargado del Poder: “Deber sagrado de esposa me obliga a dirigirme a usted para solicitar la entrega de la cabeza y el corazón de mi esposo, señor general Pedro J. Montero, que existen como trofeos

* César Sánchez Núñez, ob. cit., pág. 225.

** César Sánchez Núñez, ob. cit., pág. 226.

en poder del ejército del señor general Leonidas Plaza Gutiérrez, pues fue cobarde y alevosamente asesinado anoche”.* No hubo respuesta.

La embarcación que los llevó a Duran navegó con luces muertas. Don Eloy habló al coronel Alejandro Sierra, jefe del batallón “Marañón”:

–Si no han tenido valor para asesinarme en Guayaquil, fusíleme usted aquí mismo, pero no me obligue a hacer este viaje. ¡No quiero hacer este viaje!

Ulpiano Páez lo miraba. Don Eloy respondió a esos ojos tan abiertos:

–Prepárate, Ulpiano, para que nos descuarticen. Flavio Alfaro, encerrado en silencio. El general Medardo, recogida la cabeza contra el pecho. Luciano Coral, con esperanzas. El comandante Saona procuraba pasar inadvertido porque confiaba en que le dejarían con vida.

La máquina jadeaba antes de parar. Una delgada columna de humo hacía arriba, y por cerca de las ruedas el vapor silbando. La música que tuvo medio siglo adentro el viejo luchador. Así pasaban las estaciones del tránsito: humo en el cielo, desde la punta de los cerros hasta los ejes lustrosos, humo en los hombres que le insultaban, azadas y palos contra las ventanillas. Cada piedra rebotaba y su ruido se iba a perder en la suave tierra serrana.

–Si esto sigue así –dijo el coronel Sierra–, va a haber bala –y miró fijamente a los prisioneros.

Don Eloy no le hizo caso y se entretuvo en contar los puentes. Cada uno tenía su historia y en cada uno se prendió su sangre.

–¿Por qué me obligan a hacer este viaje?

Cuando se incorporó al convoy el coronel Carlos Andrade, entonces, trabajosamente se puso en pie y le abrazó. En el Hotel de Huigra, les esperaba el almuerzo.

“...Los Generales y demás compañeros fueron –relata el coro-

nel Carlos Andrade –servidos dentro del vagón. El general don Eloy, al empezar a tomar la sopa, me dijo:

“Desde ayer de mañana, sólo he tomado una tacita de café, que me dieron en Guayaquil: ahora no quiero sino unos bocados de caldo. Ya has de saber la muerte de Montero. No es obra del pueblo guayaquileño... Placita hizo lo que pudo y se portó bien”. A poco siguió el tren en su marcha. Pasada la Nariz del Diablo, el maquinista se detuvo.... Encontráronse... muchas piedras en la línea... Cerca de Alausí, otra detención: de una manera intencional, habían querido destruir el tanque de agua, a golpes de hacha, para inundar la vía; pero llegamos a tiempo... Más adelante, una piedra enorme, colocada en la mitad de la línea. Pasamos el obstáculo. Al llegar a Alausí, de noche, una poblada nos esperaba en la estación, y prorrumpió en gritos torpes contra el general Eloy y compañeros. Me asomé a una ventanilla, increpé duramente a los manifestantes, y se disolvieron... Entramos a un hotel... Catani, dueño del hotel, facilitó colchones para los Generales don Eloy y Flavio, quien estaba herido... Al día siguiente, 27, supe que había orden de no seguir la marcha, sino la de que los prisioneros regresaran a Guayaquil para ser allí juzgados. Fuime a hablar con el coronel Sierra... Tratamos detenidamente de esto, y ... me manifestó que había inminente peligro, que la tropa... estaba desesperada por llegar a Quito, y que la gente de Alausí, así como también la de los pueblos cercanos, se había apercebido de que los prisioneros no avanzaría, y estaban de acuerdo con la tropa para fines siniestros. Entonces, convinimos en poner un telegrama al Gobierno... entendido que respondíamos de que en el trayecto no habría novedad y que era más peligroso el regreso a Guayaquil... Me entregó un rollo de papeles escritos en máquina (el general Eloy Alfaro), en presencia de los demás prisioneros, y oficiales y tropa... “Te encargo esto, me dijo, que me ha tenido muy preocupado durante el viaje, por temor de que se me pierda,

no de que me roben, porque felizmente estos muchachos son muy honrados. (En el tono de frase se notó la ironía de la última frase). La maletita en que los he guardado a cada rato se me confunde; y en tus manos, los papeles quedarán seguros. Es la historia del ferrocarril"... A poco respondió el Gobierno que podíamos seguir viaje a Quito, y que contaba tomaríamos providencias para que en el camino no ocurriera novedad. Entonces bajaron los prisioneros a almorzar en la estación; y sentados ya a la mesa, el general Don Eloy Alfaro me dijo: "Esos papeles que te he dado son muy interesantes: sería lástima que se perdieran. Contienen la historia del ferrocarril. Es la vindicación del pobre Harman, a quien tanto se ha calumniado... En cuanto puedas, que eso se dé a luz. Es la única copia que me ha quedado... Tal vez me dé un cólico en viaje y quiero estar seguro de que esos documentos no desaparecerán..."*.

Al italiano Catani, dueño del hotel, pidió el viejo que lo despidiera de sus hijos. Que acompañen a su madre -díjole-, que no beban nunca mis hijos hombres. Nada hay peor que la embriaguez. Dígalos usted que voy a morir, pensando en ellos, hijos queridos de mi alma.

"A la una de la tarde estuvo listo el tren para seguir marcha... Una turba más numerosa e insolente que la de la víspera... comenzó a gritar desaforadamente. No pude calmarla, a pesar de mis esfuerzos. Fui insultado también yo. Por fortuna, partió el tren... En otras estaciones del tránsito no faltaron alarmas... De Guamate se comunicó al Gobierno... que llegaríamos a las cuatro de mañana a dos kilómetros de Quito, según el itinerario acordado. En Ambato, trataron de hacer manifestaciones hostiles... pero pasamos rápidamente... Por varios motivos... demoramos en Latacunga cosa de dos horas; y en consecuencia, no se pudo realizar el itinerario acordado. En esa estación hubo también una feroz asonada. No obstante haber llegado a las doce de la noche, acudió una horda de mujeres desarrapadas... a insultar

infamemente a los Generales prisioneros y arrojar tierra y guijarros a las ventanillas del coche. En un rato de indignación hice, sin poder contenerme, dos disparos de revólver al aire, pero ni así se contuvo la furia de aquella gente, hasta que el tren estuvo en disposición de seguir marcha. Allí tomo el general una tacita de café: yo me permití ofrecérsela, y la aceptó sin repugnancia ni recelo. Al amanecer, después de una noche horriblemente fría, llegamos a Tambillo. El Gobierno ordenaba el avance a Quito... La tropa del “Marañón” nos inspiraba serios temores, y era imposible demorar en Tambillo, ni retroceder, razón por la cual el coronel Sierra recibió autorización para continuar... Ya en el tren, el general don Eloy llamó al citado Coronel y a mí y nos dijo textualmente:

“—A mí me gusta preverlo todo: entiendo que en la estación de Chimbacalle (Quito) nos espera una poblada, y yo quisiera que ustedes enviaran adelante una comisión para que se entienda con la multitud, manifestando que me resigno a ir al panóptico, a esperar el resultado de un juicio, o lo que sea. Si acaso no convienen, que me permitan hablarles, y los convenceré de que estoy resuelto a irme al panóptico, y en último caso les diré que me perdonen. No quiero que me vengán agarrar de las orejas o de la barba, ni ser ultrajado de ningún otro modo”.

“El coronel Sierra y yo le dijimos que no tuviera cuidado, que ya estaban tomadas las medidas... Se resignó el General y no volvió a decirnos una palabra. Por lo demás, su actitud durante el viaje fue de completa serenidad y de una resignación imponderable. Ni un reclamo, ni una queja... Ya cerca del lugar en que debía parar el tren para que los prisioneros fueran trasladados en un automóvil, según lo convenido, el general don Eloy recomendó al Mayor Alberto Albán, quien iba al frente de su asiento, el cuidado de dos maletitas de ropa interior, para que se las mandara después al panóptico... Entonces los Generales bajaron del tren y subieron al automóvil, con absoluta serenidad. Yo pedí un caballo para acompañarlos; y como no hubiera, el coronel Sierra me indicó que fuese en el automóvil. No hago comentarios sobre

tal indicación, que quizá pudo ser inspirada por buenos fines, pero ya mi compañía, en esas condiciones, de ninguna utilidad podría ser para los prisioneros; y les vi partir sin imaginarme que me despedía de ellos para siempre...”.*

El Comandante Saona bajó por otra puerta, y nadie quiso notar su falta.

Empezó la procesión. Piedras curvando el aire lleno de insultos. Una tocó las mejillas de Páez.. Disparos de fusil. Don Eloy advirtió la palidez de sus camaradas. Medardo, medio parálítico, tenía un temblor extraño.

—¿Tiene miedo a la muerte?—preguntó despacito don Eloy—Ningún Alfaro ha temido nunca el peligro. Sigamos al sacrificio.

Frente a frente, la fortaleza de piedra. Descendieron del automóvil. Don Eloy, arrastrando los pies, dificultado en su marcha por los anchos escalones, tropezó y cayó. Le dieron el brazo y siguió trepando.

Se cerraron luego las puertas del panóptico. El coronel Sierra se dirigió a la multitud:

—Yo ya cumplí con mi deber.

Y aquel soldado oscuro se marchó.

¿Cómo obró el notable historiador y prelado, Federico González Suárez, Arzobispo de Quito? Simplemente, por no desoír las solicitudes de doña Colombia y del general Plaza (una del general Andrade nunca llegó a su destino), hizo circular ese pavoroso 28 de enero una candorosa y pequeña hoja suelta con el título de SÚPLICA: “Ruego y suplico encarecidamente a todos los moradores de esta católica ciudad, que se abstengan de hacer con los presos demostración alguna hostil: condúzcanse para con ellos con sentimiento de caridad cristiana. Lo ruego, lo suplico, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo”.*

Bien poco era, por cierto, para quien mucho hubiera podido en población tan religiosa como era entonces la de la ciudad

capital. ¿Temió el ilustre prelado a la multitud y a las maniobras del Gobierno? He aquí la respuesta al general Leonidas Plaza: “Ayer a las siete de la mañana, recibí su telegrama. Estaba escribiendo la contestación cuando aconteció la acometida del pueblo al panóptico: así que los presos entraron al panóptico creí que se había salvado la vida de ellos. No es posible que usted pueda ni siguiera imaginar la escena de ayer; lo menos cinco mil personas, a quienes nadie podía contener. La fuerza militar fue arrollada y el panóptico invadido”.**

El panóptico, dicho está, es una fortaleza. Pocos hombres bastaban para defenderlo.

En salvo. Era increíble. Don Eloy se estaba llenando de paz interior. ¿Qué le importaba ya el poder? Vivir, sí, un poco más, para ver a los hijos y dar consuelo a doña Anita. Cuánto silencio en la piedad. El frío le entró a los huesos. Apoyado contra el muro, se frotó las manos, dio vuelta a la cabeza y luego llamó: quería un cajoncito para sentarse.

De repente, como un estallido, gritos y carreras surcaron por los corredores. Las escaleras de fierro sonaron enmohecidas. Tiros de fusil se ahogaron entre las paredes grises. Don Eloy no lo quiso creer. Corrían, se empujaban, ola en furia, reventazón en los acantilados... ¡No! No lo sería. Se acercaban. ¿A qué? No distinguía palabras; eran nudos de garganta desatados los que trepaban a su celda. Y así estaba, recogido, los nervios finos por saber, cuando su puerta se abrió de un golpe. El se incorporó, tieso y veraz:

—¡Silencio! ¿Qué quieren de mí?

Un tiro en la cabeza le hizo caer suavemente, como un desvanecer de piel y huesos. Sus brazos delgados se posaron en el pequeño cajón de madera y allí, sin una seña, reposó. Era la primera y última herida que recibía el Viejo Luchador en más de cuatro decenas de constante batallas.

Rieron los invasores. Y aquél que blandía el arma se adelan-

tó. Cochero José Cevallos, el primero, matador alegre. Y los soldados del Marañón con las fauces húmedas. El carnicero José Chuleo, Rosa, alias la hermosa. La Pacache, el clérigo Serrano con una bandera bien levantada, el fraile Bravo de La Merced, Las Potrancas, Adelaida Almeida, alias Piedras Negras, el hijo de La Pola...

¡En el nombre de Dios! Prostitutas, ladrones y frailes. Alargaron las manos sobre el menudo cuerpo, a tantearle, a dejarle sin sonido, a desgarrar sus ropas, a tocarle alguna vez, ídolo muerto. No podían hablar, pero reían. Se dieron placer en clavar las uñas y robarle. Desnudo ya, descolgado de su aventura, le llevaron hasta el filo del corredor y de allí lo aventaron contra el patio.

El general Páez había ocultado una pistola en la bota, y se defendió:

—¡Muero matando! —gritó al desplomarse. Flavio Alfaro, herido y todo, opuso resistencia. Arrimado a la puerta de hierro, no dejaba pasar a nadie, pero le ubicaron el primer blanco y fue agarrado. Se prendió del corredor, las manos engarriadas. Entonces, le clavaron las bayonetas en los dedos. ¡Abajo, herejes! Saltó en el vacío, volteando las piernas, recogiendo la cabeza.

—¡Mueran los masones!

—¡Mueran los herejes!

—¡Viva la religión!

Mujeres sudorosas, las manos en alto, los cabellos abiertos como las colas de los cometas, las faldas girando llenas de color... Voces universales, torrentes despeñados, sangre en las manos, sangre en los rostros, sangre en las miradas...

—¡Que le arranquen la lengua! ¡Para que no hable más!

Luciano Coral, el periodista y coronel decía que no con la cabeza y los ojos le brincaban de espanto. ¡La lengua! ¡Saca la lengua! Una mano inmensa se posó en la boca y le desgarró los labios. Un trapo sucio sirvió para atraparla y con la punta de una bayoneta la cortaron de tajo. Dio un salto el cuerpo entero, arco la espalda, sacudidas las piernas de aserrín...

El anciano Medardo semi-paralítico rodaba por los escalos-

nes de piedra, desnudo, rojizo, cárdeno. La cabeza del general Serrano golpeaba el pavimento, salpicando botas y alpargatas con rojiblancos pedazos de cerebro. El tímido cuerpo de don Eloy iba inerte, tirado de las piernas. Flavio, Páez, unos sin acabar de morir, otros blancos, mudos, con los ojos clavados en una distancia inapelable.

Cuerdas oportunas fueron distribuidas. Todos desnudos, a unos de los pies, a otros de los brazos, los arrastraban. Celia María León, La Pájara, se había prendido la primera y marchaba cantando, la cabeza en compás. El jefe de guardianes del panóptico, Arroyo, que había hecho disparos certeros de guía, brincaba de gozo. Algunos se embolsicaban de prisa las monedas enviadas para el reparto. Y los niños descalzos, curiosos, corrían en pos de los cuerpos, cuesta abajo.

—¡Al Ejido!

En el dilatado parque se partieron los despojos. Gritos y saltos, una pierna jugaba de mano en mano, testículos arrancados pasaban por sobre las cabezas. Y un bárbaro de ojos rojos pidió que le mirasen la prueba: levantó con ambas manos un cráneo hueco, colmado de chicha, y se puso a brindar y a beber.

Anohecía. Los árboles se pintaron de crepúsculo. Miradas extrañas y atónitas se acercaban, y todos los balcones vecinos se llenaron de caras de espanto. Bebieron como locos y danzaron, regando kerosén sobre los miembros apedazados. Crujieron las llamas torcidas. ¡La prueba de saltar de una en una, de dos a un golpe, a la carrera! Olor a carne quemada hízoles abrir las narices.

En la punta de una bayoneta, la barba de don Eloy viajaba iluminada por las llamas.

En los parque, ese domingo de caníbales se escuchó, como solía hacerse de costumbre, las retretas de las bandas militares de la guarnición de Quito.

Del notable maestro en ecuatorianidad, Pió Jaramillo Alvarado, es menester reproducir unas palabras de su Acusación Fiscal ante el jurado que se reunió en Quito el 6 de marzo de 1919: “...

En esta ciudad (Quito) crecía... la ola enorme de la indignación popular, que encontró allanados todos los caminos en la debilidad del gobierno de... Carlos Freile Zaldumbide... en perenne incertidumbre, en el afán de simpatizar con todas las corrientes de opinión, buenas o malas, de piedad para los vencidos o de dar pábulo a la represalia que se planteó con caracteres precisos, por mucho que se emplee la palabra legalidad, donde sólo podía leerse exterminio... En todo flotaba la intención de exterminar a los prisioneros de guerra... que se tradujo claramente por los diarios “El Comercio”, “La Prensa”, y el diario oficial “La Constitución”... “La Prensa” decía... “Esta es la víbora –calificando así al general Alfaro– que tenemos entre nosotros,... y a esta víbora es preciso triturarla”

“...He aquí su confesión (la del general Navarro, ministro de Guerra)... al Congreso de 1912: ‘Para el juicio de los contemporáneos y de la Historia, creo un sagrado declarar categóricamente que hube de usar mi alta autoridad... para imponer al General en Jefe del Ejército (Leonidas Plaza Gutiérrez) el cumplimiento de las órdenes del Gobierno, relativas a la traslación de los presos a Quito...; y ante la negativa del General en Jefe...; ante sus persistentes alegatos tendientes a que se cumpliera la capitulación pactada, yo no vacilé en imponer la voluntad el Gobierno, que se tradujo, como primera medida, en ordenar el enjuiciamiento del general Montero. El General en Jefe renunció su alto cargo ante el Gobierno de Quito; pero esta renuncia no fue aceptada. La insistencia en ella habría traído complicaciones difíciles de calcular; y acaso fue esta patriótica determinación en las que se inspiró el General en Jefe al someterse a las disposiciones del Gobierno’... ‘Lo hice (continúa Navarro) en la honrada y profunda convicción de que así los salvaba de un destino análogo al del general Montero”.

“...Si es verdad que el general Alfaro tuvo grandes errores (continúa Jaramillo Alvarado), sus virtudes también fueron grandes, y su vida y su muerte corresponden a esa grandeza.

Faltaba el martirio, y he aquí que sus propios enemigos le han dado la consagración suprema: morir por un ideal... ¿Y por qué –continúa Jaramillo Alvarado–... no se eligió por lo menos una hora adecuada para el arribo a la ciudad?... Llegado que hubo el convoy a Chiriaco... el Subsecretario de Guerra... y el Jefe de zona (Alcides Pesantes y Leonardo Fernández) observaron al coronel Sierra la conveniencia de refugiar al general Alfaro en el Cuartel de la Magdalena, para conducirlo en hora más oportuna... pero el coronel se negó rotundamente... y no solamente no la aceptó (la indicación), sino que, en vez de preferir la ruta de la Magdalena, que alejaba... a los prisioneros de la zona poblada, prefirió recorrer la Avenida 24 de Mayo...’ Hasta la llegada al panóptico, dice en su declaración... el señor Pesantes, si bien se hizo a los prisioneros manifestaciones hostiles por parte del pueblo, se pudo garantizar la vida... Puse especial cuidado en conducir personalmente... Avancé del brazo del general Eloy Alfaro hasta dejarlo en la puerta misma del presidio, quedándome yo afuera... Traté de que el pueblo se retirara... no quedó gente momentos después ni en la puerta ni en el atrio. Viendo despejado el peligro, entré al edificio...”.

Narra luego Jaramillo Alvarado la renuncia de su cargo del Intendente de Policía, don Agustín Cabezas, y sus declaraciones en el juicio, que terminan así: “–Al día siguiente fui reemplazado por el señor Leopoldo Narváez”.

“Quiero llamar preferentemente vuestra atención (dice a los Jurados) a los documentos que acabo de leer... Las declaraciones de los señores Pesantes y Cabezas valen... por todo un proceso para inquirir el ánimo de la población “...Dice el Comandante Miguel C. Dávila (preso político en el panóptico): ... ‘la turba se regresó... para la esquina de San Roque, sin saber nosotros por qué quedaba la escolta de soldados... para custodiar... en número... de unos seiscientos... Viendo esto y creyendo que ya no tenían riesgos los Generales, salimos yo y mis compañeros a la

garita...; y en es mismo momento el guardián Segundo Estrada... me gritó: Comandante Dávila, escóndase, porque ya se regresa el pueblo, vienen armados,..., con escaleras y palos, con barras... Regresamos y... directamente nos dirigimos a la ventana, y vimos que la gente de tropa llamaba con pañuelos, sombreros y las manos al pueblo (subrayado del autor de este libro)... y apenas llegó el pueblo se abrazaban con los soldados quienes les entregaban sus rifles y yataganes... con los que rompieron las puertas de la Dirección... Después de un minuto ya oímos tiros de rifle en la Bomba (ruedo central del Penal) y también los soldados que custodiaban el panóptico hacían descargas a la Bomba y de estos resultados murió con siete balazos el preso común Martín Serrano'... “No se ha podido esclarecer —expresa Jaramillo Alvarado— la coincidencia desgraciadísima de que el cochero José Cevallos, que afirma que estuvo con el ministro de Gobierno (Octavio Díaz), resultó momentos después el victimador de don Eloy Alfaro...”

No quiere el autor de este libro fatigar más al lector con este epílogo, pero le recomienda que lo lea (se encuentra en Estudios Históricos, Casa de la Cultura, 1960, págs. 177-210). Pero si se toma la imperiosa y obligatoria libertad de transcribir el final de esta notable pieza jurídica:

“... Acuso ante la historia la responsabilidad del Gobierno del señor Carlos Freile Zaldumbide, y conjuro ante la faz del mundo al Congreso Nacional que se encargará de formular la acusación definitiva, para que la Corte Suprema diga con su sentencia que la justicia es inexorable para los grandes, como lo ha sido para los pequeños”.

La Justicia ecuatoriana olvidó de lo que debe ser y sólo es para los débiles con repugnante frecuencia.

FIN



Este libro *La hoguera bárbara II*
de la Colección Media Luna
se terminó de imprimir en el mes de julio
de 2003
dentro de la Campaña Nacional Eugenio
Espejo
por el Libro y la Lectura.